

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD



PUBLICACION DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

REPUBLICA ARGENTINA

SUMARIO DEL N° 11

(mayo - agosto de 1960)

ARTE: *Reflexiones sobre la crítica de arte*, por Jorge Romero Brest.

HISTORIA: *El pueblo en la Revolución de Mayo*, por Carlos Heras.

FILOSOFÍA: *Korn y el pensamiento europeo*, por Eugenio Pucciarelli.

SOCIOLOGÍA: *Korn, historiador de las ideas argentinas*, por Luis Aznar.

AXIOLOGÍA: *Límites y aportes del relativismo axiológico de Alejandro Korn*, por Ricardo G. Mallandi.

CIENCIA: *El aporte de Alejandro Korn a la psiquiatría*, por Rubén Córscico.

EDUCACIÓN: *Tendencias actuales del pensamiento pedagógico en Francia*, por Angel Diego Márquez.

BIBLIOGRAFÍA: *Nota sobre la bibliografía de la Revolución de Mayo*, por Ricardo Piccirilli.

PROBLEMAS ARGENTINOS: *Recursos mineros de la República Argentina*, por Roberto V. Tezón.

APORTACIÓN EXTRANJERA: *Los proyectos históricos y los valores*, por Alfred Stern.

TESTIMONIOS

Rivadavia labrador, por Andrés Ringuelet ⊙ *Una extraña arquitectura: La Sagrada Familia de Gaudi*, por Matilde Guido Lavalle ⊙ *Cartas de un estudiante de Córdoba en 1808*, por Ricardo Rodríguez Molas ⊙ *Impresiones de un viaje al Japón*, por Aurelio Hernández.

REVISTA DE LIBROS

Reseñas por: Julio Sager, Mario Presas, Angelina Rogero, Armando Deluchi, Amelia Sánchez, Carlos Antonio Moncaut y Ricardo Nassif.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

Enero - Abril 1960

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

10



DIRECTOR

NOEL H. SBARRA

PUBLICACION DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
REPUBLICA ARGENTINA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Presidente

Dr. Danilo C. Vucetich

Vicepresidente

Dr. Constantino Brandariz

Guardasellos

Dr. José Méndez

Consejo Superior

Decanos: Ing. Agr. Edgardo N. Camugli; Ing. Alberto R. Gray; Dr. Enrique M. Barba; Dr. Amilcar A. Mercader; Dr. Constantino C. Brandariz; Dr. Humberto Giovambattista; Dr. Federico E. B. Christmann; Cont. Ricardo L. Rosso y Dr. Sebastián Guarrera. *Director del Observatorio Astronómico:* Dr. Reynaldo P. Cesco. *Delegados de los profesores:* Ing. Agr. Italo N. Costantino; Ing. Juan Sábato; Prof. José M. Lunazzi; Dr. Raúl Dumm; Dr. Edilberto Fernández Ithurrat; Dr. José D. Méndez; Dr. Ricardo R. Rodríguez; Dr. Samson Leiser son y Dr. Angel L. Cabrera; *Delegados de los Graduados:* Ing. Agr. Luis G. Cornejo; Ing. Octavio de la Colina; Prof. Juan M. Sadi; Dr. César Ves Losada; Dr. Vicente A. Antonini; Dr. Pedro J. Aymonino; Dr. Néstor O. Ladd; Contador Angel R. Mugetti y Dr. Constante P. Moneda. *Delegados de los estudiantes:* Ludovico Naumann; Sr. Eduardo Medrano; Sr. Jorge Alfredo Crespi; Sr. Humberto Maxwell; Sr. Enzo Roccia; Sr. Roberto Manuel Catávolo; Sr. Hugo A. Crego; Sr. Heriberto Zardini y Sr. Roberto Carpinetti.

Dr. Julio M. Martin
Secretario General

Prosecretario General
Sr. César A. Dumm

Director de Administración
Dr. Humberto Prados

Tesorero General
Sr. Rafael F. Arriola

SUMARIO

| | | |
|---------------------|--|-----|
| EDITORIAL | <i>La extensión universitaria</i> | 7 |
| ELSA TABERNIG | <i>Problemas técnicos y literarios de la traducción</i> | 11 |
| ARMANDO ASTI VERA | <i>Objeto y método de la filosofía de las ciencias</i> | 31 |
| GUSTAVO CIRIGLIANO | <i>Tendencias actuales del pensamiento educacional en los Estados Unidos</i> | 47 |
| LUIS MARÍA RAVAGNAN | <i>Tendencias actuales de la psicología</i> | 63 |
| ALFREDO L. PALACIOS | <i>Proyecciones del Nuevo Derecho del trabajo</i> | 79 |
| BOLESLAO LEWIN | <i>Típac Amaru, símbolo de rebeldía americana</i> .. | 93 |
| JUAN CARLOS GENÉ | <i>Universidad y profesión teatral</i> | 101 |
| MAURICIO ROSENBAUM | <i>La enfermedad de Chagas, uno de nuestros principales objetivos sanitarios</i> | 111 |
| JUSTINO FERNÁNDEZ | <i>La obra de Diego Rivera</i> | 133 |

TESTIMONIOS

| | | |
|-----------------------|--|-----|
| CATALINA A. DE HUSSON | <i>Cartas de becarios (desde España)</i> | 140 |
| JULIO PAINCEIRA | <i>Impresiones de Samay - Huasi</i> | 144 |
| MARSHALL R. NASON | <i>E. Thynón Lebic, seudónimo de un autor consagrado</i> | 152 |
| EMILIO AZZARINI | <i>La Plata, cuna del sistema musical de doce notas</i> | 156 |

REVISTA DE LIBROS

RESEÑAS POR: Juan Carlos Gené, Lucrecia Teresa Taboada, Julia F. Alías de Aguirre, Martha Georgina Lapalma, María Concepción Garat y Nejama Lápidus de Sager

ILUSTRACIONES

DIBUJOS de Diego Rivera. FOTOGRAFÍAS suministradas por Raúl Bongiorno, Julio Pinceira y C. Moneo Sánz.

La Extensión Universitaria

UN NUEVO HORIZONTE HA QUEDADO ABIERTO PARA la Universidad Nacional de La Plata con la decisión de llevar a la práctica un plan de extensión universitaria, tomada por el H. Consejo Superior el 23 de diciembre de 1959. Dicho plan consiste de un modo definido y concreto, en una empresa de cultura popular.

La iniciativa asigna vigencia a un más amplio concepto del papel social de la universidad pública. Cuando se exalta la importancia que las universidades tienen para la comunidad, generalmente no se piensa en otra cosa que en la función de preparar los cuadros dirigentes y los técnicos necesarios al orden social dado. El reverso de esa función así entendida es la obligación de la universidad de servir de instrumento a la conservación de una determinada estructura social, según el interés de las minorías dominantes. Un sistema económico-social que impide a muchos terminar la escuela elemental y a la mayoría recibir la enseñanza secundaria, constituye el marco dentro del cual ese papel social viene a cobrar significado.

La exigencia básica del movimiento reformista en el sentido de que la universidad pública debe ser una universidad popular tuvo su expresión definida en el postulado de la extensión universitaria. La idea venía envuelta en la ansiedad por acortar distancias entre la universidad y las clases sociales postergadas. Encerraba la aspiración de devolver la universidad al pueblo.

Pues bien; la voluntad de llevar adelante un programa de extensión universitaria, en la forma de un sistema de cultura popular, mediante la participación activa de las facultades, institutos y cátedras de todas las especialidades, tiene entonces un sentido más profundo que el de agregar una simple actividad complementaria. Responde a un

concepto de la universidad pública según el cual ella es fundamentalmente un centro de cultura al servicio de la comunidad toda.

La confección del plan de extensión universitaria no se efectuó en forma meramente especulativa. Tuvo como base un estudio de las reales posibilidades de la universidad. El aspecto más importante de ese estudio fue una consulta directa a la totalidad de los profesores titulares de las facultades e institutos superiores, que se hizo mediante un cuestionario. La encuesta fue contestada por la mitad de los docentes. Solamente un trece por ciento de los profesores que respondieron se pronunció en el sentido de que la naturaleza de las respectivas especialidades no permite aplicaciones a la extensión universitaria. En cuanto al contenido de la acción, el doce por ciento ofreció participar en forma de investigaciones y un veinticinco por ciento para labores de asesoramiento técnico, mientras sesenta y tres de cada cien docentes se manifestaron dispuestos a colaborar en diversas formas de enseñanza y difusión cultural.

Las preguntas hacían referencia también a las condiciones en que se hallan las cátedras para cumplir aquellos propósitos. Muy pocos profesores consideraron disponer de recursos suficientes. En este orden la encuesta ha resultado, sin quererlo, una significativa exploración de la opinión del claustro docente acerca de los medios en que se desenvuelven las cátedras.

Otro aspecto del estudio básico para el plan de extensión ha sido el análisis de algunos institutos de la universidad que revisten especial significación en materia de cultura popular. Con diferencias en lo que respecta a recursos y orientaciones, el examen ha puesto en evidencia que la Universidad de La Plata se halla en la práctica muy bien dotada para la extensión con organismos tales como la estación de radio, el teatro y los conjuntos orquestales, los departamentos de cinematografía, cooperativismo y otros de pareja importancia. La existencia de esos recursos, unida al hecho de que en cada facultad hay varias cátedras de directa vinculación con lo social, permitió fundar sólidamente un programa de aplicabilidad relativamente inmediata.

El proyecto ha sido concebido como un organismo susceptible de constante ampliación, a la vez que incluye un programa definido para un término de aproximadamente dos años. El mecanismo clave previsto por el plan está dado por las Delegaciones de Extensión Univer-

EDITORIAL

sitaria. Estas consisten en "centros estables, orgánicos y activos, distribuidos en medios urbanos y rurales". A través de las delegaciones llegarán a las comunidades los aportes culturales de la universidad en forma sistemática. Provistas de personal especializado y radicado en la zona, la tarea de cada delegación tendrá en todos los casos como base una investigación social de campo, que permitirá programar el trabajo en función de las necesidades y modalidades de la respectiva población. Con ese punto de partida, la delegación establecerá contacto con las instituciones locales, conviniendo con ellas las actividades concretas.

Un sistema de delegaciones de extensión universitaria, que abarque cada vez más comunidades y llegue cada vez más lejos, hacia el interior, constituirá un estímulo múltiple y permanente para las cátedras e institutos de todas las especialidades, a los que llevará los problemas de la realidad viva del país.

Respaldando las delegaciones en la sede central del Departamento de Extensión Universitaria, el plan establece la creación de tres oficinas que acompañarán permanentemente la acción de extramuros: Investigaciones, Acción y Radio. La primera tiene por objetivo la preparación de los proyectos de estudio de las comunidades en que se instalarán las delegaciones, así como los análisis que se hagan necesarios para el perfeccionamiento de los métodos de trabajo. La oficina de Acción Cultural responderá a los requerimientos de las delegaciones en materia educativa, preparando los proyectos, gestionando la colaboración de las cátedras y elaborando el material. La actividad radio-telefónica, por último, ha sido prevista como un puente dinámico entre la Universidad y las comunidades en que funcionen las delegaciones, con el objeto de completar y reforzar la labor de éstas.

El plan aprobado establece la organización inicial de dos delegaciones de extensión universitaria: una urbana, otra rural. La primera será establecida en la zona denominada "Los Hornos", de la ciudad de La Plata. La segunda en el partido de Veinticinco de Mayo, en el centro mismo de la provincia de Buenos Aires, donde la Universidad cuenta con un instituto de su dependencia.

El modo en que, a través de la organización expuesta, se llevará a cabo la tarea, está concebido en el sentido de la descentralización. Es la Universidad —esto es, sus facultades, institutos y cátedras— quien hará extensión universitaria, más bien que el departamento que lleva

esta denominación. Este organismo tiene una función coordinadora, que permitirá actuar con visión de conjunto y economía de recursos. Pero no sustituye a los verdaderos agentes de extensión, que son las facultades y sus medios de investigación y enseñanza, los cuales deban abrirse a la realidad social.

La participación de las cátedras se concreta en el plan mediante las Misiones de Extensión Universitaria. Estas misiones no son otra cosa que los equipos de profesores, graduados y alumnos que las cátedras formarán para desponder a alguna necesidad definida de las comunidades en que actúan las delegaciones. La misión tendrá que estudiar el problema planteado, programar su trabajo e instalarse, si ello es necesario, en la zona correspondiente.

Así como la delegación de extensión universitaria significará el puente efectivo con el medio social, la misión concretará la manera viva en que las cátedras e institutos asumirán su compromiso. Esta forma de trabajo traerá naturalmente una cantidad de ventajas a los organismos que participen: nuevos campos para la investigación y la experiencia, oportunidades inmejorables para la práctica profesional de los alumnos. Pero estas ventajas, que indudablemente enriquecerán la función científica y docente, se darán sólo por añadidura en la tarea de extensión universitaria, cuyo principal objetivo es, ante todo, el cumplimiento responsable de un servicio social.

GUILLERMO SAVLOFF
Director de Extensión Universitaria

Letras

Problemas técnicos y literarios de la traducción

ELSA TABERNIG

NACIDA EN FRANCIA, en Montmorency, cerca de París, cursó sus primeros estudios en su patria y en Suiza. Se graduó de profesora de francés en el Instituto Superior del Profesorado, en Buenos Aires, donde dicta literatura francesa. Ha explicado literaturas románicas en la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán y es profesora de literatura francesa y de idioma alemán en la Universidad de La Plata. PUBLICACIONES: La mujer en la obra de Racine, Goethe y el clasicismo francés, Valery y la inspiración poética, Gabriel Marcel dramaturgo, Marine de Rimbaud. CONFERENCIAS: Instituto Pedagógico de Porto Alegre (Brasil), Biblioteca Nacional y Facultad de Humanidades de Caracas (Venezuela), Universidades de La Plata, Cuyo y Tucumán y en diversas entidades culturales. Ha traducido del francés obras de Charron, Malebranche y Bremond; y del alemán varios libros importantes.

LAS lenguas, vehículos de ideas, deseos y emociones, permiten la comunicación entre los hombres. Pero la inmensa diversidad de lenguas existentes en el mundo, a través del tiempo y del espacio, entorpece esa posibilidad: es obvio que un hombre sólo puede dominar un reducido número de lenguas y que los hablantes de las distintas áreas lingüísticas no pueden entenderse directamente. A su vez es innegable que la incomprensión de los pueblos constituye una barrera que fomenta la dispersión y la separación. Por eso, desde tiempos remotos, los hombres tuvieron que recurrir a la traducción. Este hecho muestra que la traducción es necesaria e ineludible: es el puente que aproxima mentes y corazones, que acerca naciones y culturas separadas por diferencias idiomáticas, que acorta distancias en el orden del espíritu y es instrumento de conciliación social y política. También es un acceso a lo desconocido, a lo remoto.

El papel de la traducción, importante

—aunque de diversa manera— en todos los tiempos de la historia, ha ido creciendo a través de los siglos y en la actualidad alcanza su punto culminante. En la vida contemporánea se suman los factores que concurren a erigir la traducción en elemento de comunicación cada vez más imprescindible: el contacto directo entre jefes y funcionarios de gobierno de los distintos países, la necesidad de una información diplomática precisa y amplia, los congresos y pactos internacionales, los nuevos descubrimientos científicos, la difusión de las noticias que dan el periodismo, la televisión, la radio y el cinematógrafo.

Es tal el apremio de la versión de textos a otros idiomas que, durante el último decenio, ingenieros y lingüistas de varios países se plantearon científicamente el problema de la traducción a fin de darle una solución mecánica. Desde 1954 se asiste al perfeccionamiento de la primera máquina electrónica de traducción, IBM-701, y ya se utiliza la traducción automática para artículos científicos. Tampoco es casual que en los tiempos que corren se multipliquen los centros en que se prepara intérpretes y traductores, se publiquen revistas especializadas, entre ellas algunas internacionales como “Babel”, y que la Unesco edite además diccionarios técnicos catalogados y un Índice de las obras traducidas en todo el mundo, y que en muchos países se hayan instituido premios a las mejores traducciones literarias.

FUNCIÓN DE LA TRADUCCIÓN

Históricamente, las primeras traducciones estuvieron vinculadas a necesidades religiosas: los budistas reclamaron la traducción al exhortar a sus adictos a aprender las palabras de Buda, cada uno en su propia lengua; y para recoger con exactitud el mensaje del maestro, Hyen Tsang convocó a un concilio de traductores para determinar las reglas que asegurasen la fidelidad en la versión del pensamiento budista. San Pablo exigió al que hablaba diversas lenguas que las pusiera al servicio de la religión cristiana. La exégesis es ejercicio de traducción. San Jerónimo, el traductor de la Biblia al latín, redactó “de optimo genero interpretandis”. La Reforma fue en gran parte un debate entre traductores.

Las traducciones literarias, en general menos remotas, tendían a otros fines y solían estar condicionadas por convenciones, intereses cul-

LETRAS

turales, exigencias estéticas, hermenéuticas, lingüísticas o estilísticas del momento. Hacia el año 250 a. C., Livio Andrónico, el iniciador de la traducción literaria en Roma, declaró que emprendía la versión de la *Odisea* al latín movido por una intención estrictamente artística: se proponía realizar una recreación que debía servir de texto de poesía y mitología griegas. El Renacimiento, que emprende en vasta escala la traducción de clásicos griegos y latinos, es también la época en que se elaboran exhaustivas teorías de la traducción. Baste recordar los nombres de Sperone Speroni, en Italia, de Luis Vives y Juan de Valdés, en España, de Marot, Ronsard, Du Bellay, Le Pelletier du Mans, en Francia, para limitarnos a unos pocos. El interés por la seriedad de la traducción se mantiene vivo sobre todo en eruditos y poetas de los siglos siguientes. En la actualidad ha renacido y ha cobrado nuevo impulso también entre lingüistas y lógicos. Unos sustentan criterios culturales: enriquecer la lengua y la literatura vernácula con vocablos, conceptos y temas provenientes de obras extranjeras; otros aducen razones estéticas: incorporación de formas, motivos, ritmos nuevos. Hoy abundan sobre todo los que reclaman la traducción como vehículo de información.

ALGUNOS JUICIOS TRADICIONALES SOBRE LA TRADUCCIÓN

Las teorías elaboradas por escritores y eruditos muestran la diversidad de criterios adoptados para juzgar las traducciones, la multiplicidad de aspectos que éstas comportan y la confesión, no por reiterada menos desalentadora, de la imposibilidad de alcanzar una correspondencia perfecta entre el original y su traducción.

Las difundidas expresiones de “bella infiel” y su contraria “fea fiel” resumen las dos posibilidades extremas que desde el Renacimiento se le adjudican a las traducciones, sobre todo de obras literarias: la fidelidad, entendida como equivalencia de palabras y de sintaxis o como reproducción de ideas, resulta incompatible con la belleza, y ésta parecería suplantar sin remedio a aquélla. En su afán de reproducir las intenciones estéticas y las resonancias emocionales del original, unos sacrificaban la forma y alteraban su contenido intelectual. Otros pugnaban por mantener la identidad del sentido verbal y reproducir literalmente el texto, siguiendo el consejo de fray Luis de

León: "El que traslada ha de ser fiel y cabal y, si fuere posible, contar las palabras para dar otras tantas, y no más ni menos, de la misma cualidad y variedad de significaciones que las originales tienen".¹ En esta exigencia de un prudente traslado verbal— irrealizable por razones de diverso orden, a las que nos referiremos más adelante— que reprime toda preferencia y exégesis y toda libertad de índole estética, se condensa la norma de la traducción yuxtalineal, defendida por Chateaubriand (por ejemplo, en su versión francesa del PARAISO PERDIDO, de Milton)² y practicada con fines pedagógicos y utilitarios en ediciones filológicas de textos clásicos. En el caso de fray Luis de León, los entendidos prefieren a cualquiera de sus traducciones 'fieles', las 'infieles' versiones de las ODA'S de Horacio, en las que "vierte en las antiguas tinajas vino nuevo".

Hay autores que tratan de reproducir los efectos lingüísticos del original. Unos creen lograrlo trasladando el original a una lengua que ofrezca la misma soltura, espontaneidad y propiedad que aquélla de que ha partido. Paul Valéry aconseja reconstituir del mejor modo posible "el efecto de cierta causa por medio de otra causa". Wilamowitz, experto en la traducción alemana de obras literarias griegas, exige que se haga hablar al espíritu del poeta con palabras, expresiones y sintaxis habituales de la lengua de la versión.

No faltan, sin embargo, autorizadas opiniones contrarias. Schleiermacher, veterano traductor de Platón, considera que la traducción tiene que conducir hacia el lenguaje del autor adoptando las formas lingüísticas del mismo, forzando la tolerancia gramatical y sintáctica del idioma a que se traduce a fin de hacer patente, no sólo las modalidades del original, sino la distancia que lo separa de él. Es también el criterio que sustenta Ortega y Gasset: salir de la lengua propia a la ajena y no al revés.³ Por esta razón propugna las traducciones en que se manifiesta juntamente lo muy distinto, lo exótico, aquello que dis-

¹ LUIS DE LEÓN: *Obras completas*, edición anotada y revisada por Félix García, Madrid 1944, pág. 29: Prólogo a la exposición del Cantar de los Cantares.

² A. VINET: *Etudes sur la littérature française au XIX siècle*, Lausanne-Paris, 1911, tomo I, pág. 490-491.

³ J. ORTEGA Y GASSET: *Miseria y esplendor de la traducción*, en *Obras completas*, Revista de Occidente, Madrid, 3ª ed. 1955, tomo V, pág. 452.

LETRAS

tingue una lengua de otra. Por esta vía parece haberse encaminado José Gaos en su laboriosa versión del texto de Heidegger. Ya Hölderlin, como se sabe, había mantenido la sintaxis griega en sus traducciones de poetas de esa lengua.

La traducción, inevitablemente, nunca es más que un reflejo. A la refracción que se produce por la diferencia de las lenguas —de distinta densidad y resistencia— se agrega la que proviene de la personalidad del traductor. Gide llama la atención sobre este aspecto psicológico de la traducción. Cada traductor es una sensibilidad, un temperamento permeable a tal o cual cualidad del original. Este factor subjetivo es ineludible. Es éste uno de los sentidos que sugiere el viejo y manido dicho “traduttore traditore”: el traductor es un traidor porque al interponerse entre el original y la versión, con su juicio, su imaginación, su sensibilidad y su gusto, despersonaliza y deforma el mensaje que intenta trasladar a otra lengua. Este factor personal, que conspira contra la autenticidad del traslado, se advierte fácilmente cuando se comparan distintas traducciones a un idioma de una misma obra.

Pensando en esas mismas diferencias que van de autor a traductor y de idioma a idioma, pudo decir Alfonso Reyes que la traducción es un peligroso viaje en caballos de desigual carrera: el escritor y el traductor, uno independiente y el otro servil. Éste tiene que avanzar a fin de alcanzar la misma meta de aquél.

A la dificultad de ajuste preciso se refiere Valery Larbaud, traductor de *MOBBY DICK* de Melville al francés, cuando afirma que traducir implica un esfuerzo semejante al de sacar la punta al lápiz: hay que llegar a la finura, pero detenerse antes de anular la resistencia. Esfuerzo de contralor, de sutileza y de gusto para reintegrar en el producto todas las intenciones del autor original.

“La traducción menos mala (no existe ninguna que sea buena)”, sostiene un crítico literario, “será para nosotros aquélla que deja a los compatriotas del traductor una impresión análoga a la que experimentaron los contemporáneos del autor”, * con lo que afirma la categórica imposibilidad de cualquier traducción a aspirar a un juicio de aprobación.

Los lingüísticos actuales, en cambio, frente a la urgente necesidad de traducciones, insisten en destacar los rasgos positivos que de-

* ABEL CHEVALLEY, en *Mercure de France*, 1-IX-1928

be ofrecer la traducción: "Ella consiste en producir en el lenguaje de recepción el equivalente natural más aproximado posible del mensaje de la lengua del original, primero en lo que se refiere a la significación y segundo al estilo"⁴.

Todos estos juicios presuponen la imposibilidad de una correspondencia total entre el original y la traducción. La causa del desajuste es atribuída a la diferencia de las formas externas e internas de las lenguas, a la diversidad de estructuras mentales de los hablantes y a la desviación que se produce por la interposición del espíritu del traductor.

CATEGORÍAS DE TRADUCCIÓN

Estos aspectos lingüísticos y psicológicos tienen que ser tomados en cuenta en todo estudio exhaustivo sobre el problema de la traducción, pero su incidencia no es idéntica en todos los casos. Por lo mismo se impone una clasificación, consignada ya en la profusa bibliografía sobre el tema.

Es corriente separar de las demás traducciones, la de documentos públicos. Desde hace mucho existe la carrera especial de traductor público, en la que el futuro profesional adquiere el conocimiento del lenguaje técnico y del uso de ciertas fórmulas legales vigentes en los distintos países, fórmulas que pueden variar incluso en países del mismo idioma. La lengua de los documentos es una lengua de convenciones y ella debe ser rigurosamente respetada.

La categoría de traducciones técnicas y científicas, que son las más necesarias y urgentes en nuestros días, comprende desde las matemáticas puras y aplicadas hasta las disciplinas que lindan con la literatura.

Cierran la lista las traducciones literarias, desde el ensayo hasta la poesía hermética, que presentan problemas de diverso orden y complejidad.

Habría que completar la lista con tipos especiales de traducción: las meramente informativas que no apuntan a la publicación y que se realizan en los centros de investigación; la traducción de noticias de prensa, de guiones cinematográficos, de propaganda comercial y

⁴ EUGENE A. NIDA en el tomo *On translation*, Harvard, 1959.

LETRAS

de documentos oficiales, que suelen atenerse a normas especiales y convencionales.

Cuanto más técnica es una obra, menos conocimientos lingüísticos requiere su traducción. Hay tipos enteros de oraciones, palabras, tiempos y modos verbales que prácticamente no intervienen. Desaparecen los elementos rítmicos y expresivos: las exclamaciones e interjecciones. El lenguaje científico va en busca de valores lógicos. Cada palabra técnica de un idioma tiene su equivalente insustituible en los demás. La polisemia no es corriente en el lenguaje científico. Instituciones como la Unesco se empeñan en unificar y estandarizar los léxicos técnicos y publican diccionarios especializados interlinguales hasta en 77 idiomas distintos. El traductor de textos científicos requiere, eso sí, un conocimiento de la ciencia respectiva y se lo exige de exigencias estilísticas. Su versión ha de ser clara y precisa.

La matemática pura, que es un sistema de signos y opera con un léxico muy ajustado y unívoco, constituye una especie de lenguaje universal y permite una traducción casi perfecta. En este terreno el cerebro del hombre ya ha podido ser reemplazado por la máquina de traducción.

Las dificultades aumentan con los textos de física, química, astronomía, ciencias naturales, etc., debido a la extensión y variedad del léxico.

Más complejo se torna el problema para la versión de textos de las ciencias humanas. En un sentido su lenguaje pertenece al campo de la ciencia, pero, en otro, tiene características del lenguaje literario, que contribuyen a la dificultad de clasificar a la filosofía y a la historia, a veces, entre las ciencias. El filósofo suele crearse su propio vocabulario, en que cada término está cargado de una significación especial que él mismo le imprime. Por eso, para traducir filosofía, además de conocer los dos idiomas y el vocabulario técnico correspondiente, es preciso ser capaz de seguir y comprender al expositor en su itinerario intelectual, por complejo que sea, a fin de interpretarlo cabalmente. ¿Quiere decir esto que la traducción de las obras de filosofía tiene que ser una pura interpretación, una glosa? No es esta la solución, como tampoco lo es la pura literalidad. Hay que decidirse por un camino intermedio. La versión de esos conceptos inéditos es siempre un problema, y muy a menudo los traductores fracasan, al no encontrar un equivalente feliz. Heidegger reconoce que

la "traducción de los términos filosóficos griegos a la lengua latina no constituyó, en modo alguno, un procedimiento inofensivo, como se cree aún en la actualidad. Pues tras la traducción, en apariencia literal y por lo mismo conservadora, se oculta el traslado de la experiencia griega a un modo de pensar distinto". El mismo Heidegger crea a sus traductores dificultades casi insolubles con sus particularísimas denominaciones. Piénsese, por ejemplo, en la palabra *Dasein*, que García Bacca traduce por "realidad de verdad", Gaos por "ser ahí" y otros por "existencia", "hombre" o "realidad humana". Pero a pesar de estas dificultades, la traducción de las obras de filosofía es necesaria en todo sentido, inclusive para el desarrollo y el ahondamiento del autor. "Por la traducción" sostiene Heidegger en el prólogo a la traducción francesa de *¿Qué es la metafísica?* (Gallimard, París 1938, p. 7-8) "el trabajo del pensamiento se encuentra transportado al espíritu de otra lengua y surge así una transformación inevitable. Pero esta transformación puede resultar fecunda, porque hace aparecer bajo nueva luz la posición fundamental de la cuestión". También José Bergamín considera que la traducción, cuando no es una franca traición, representa una verificación del pensamiento del filósofo.

Las dificultades se multiplican en el campo de la literatura, sobre todo en el de la poesía. El novelista, el dramaturgo, el ensayista expresan ideas, consignan intuiciones, manifiestan estados afectivos, reproducen situaciones y momentos con el sabor que se desprende de su propia personalidad o el de los personajes que presentan; los caracteriza un estilo. Nada de esto ha de escapársele al traductor. ¿Pero qué decir de la versión de la poesía, que por su esencia es irreductible, no permutable? Frente a ella los traductores siempre se interrogan sobre la validez de su esfuerzo.

DEL PROBLEMA DE LA LENGUA AL PROBLEMA DE LA TRADUCCIÓN.

Durante los últimos decenios. filósofos preocupados en el problema de la comunicación humana, encararon el estudio sistemático de la lengua partiendo del problema de la relación que existe entre la lengua y el pensamiento. Investigaron estadísticamente el comportamiento de cada lengua para expresar ideas y exploraron las dife-

rencias de los elementos constitutivos de diversas lenguas. En dicha tarea descubrieron que en el proceso de la traducción había elementos útiles para su investigación. Al mismo tiempo que comprobaron que en las operaciones del pensamiento y del lenguaje había una parte de automatismo, que existen estructuras constantes, descubrieron que también hay formas idiomáticas irreductibles que se revelan particularmente en la tarea de la traducción. Con esto el problema de la traducción se incorporó al ámbito del problema de la lengua.

Ninguna labor de traducción en los días actuales puede desconocer los resultados de dichas investigaciones y, por lo mismo, todo traductor está obligado a familiarizarse con la lingüística. Estos estudios conducen a una serie de revisiones y aclaraciones de conceptos de la gramática y la sintaxis tradicionales y aportan nuevos criterios para la estratificación y determinación de los hechos lingüísticos que, a su vez, repercuten en el campo de la traducción y aportan elementos para la solución progresiva de la traducción automática.

Toda lengua es un sistema de expresión sometido a innumerables contingencias históricas, geográficas, sociales que, teóricamente, le otorgan un perfil definido. Una parte de la lengua es fácilmente asimilable por los extraños. Pero existen aspectos exclusivos que sólo son percibidos por espíritus sutiles y penetrantes.

Cada pueblo tiene su visión del mundo determinada por su contexto vital. Esta óptica peculiar repercute en sus preferencias lingüísticas. Para Goethe, que no separa el lenguaje del conocimiento, las cosas son diferencias que marca el hombre. Este, al enfrentarse intelectualmente con el mundo, lo primero que hace es clasificar los fenómenos, separarlos en grupos. A cada objeto le asigna una voz. Y si el europeo separa a los objetos en tres grupos genéricos, masculino, femenino y neutro, hay africanos que los separan en veinticuatro: lo móvil, lo inerte, lo animal, lo vegetal, lo mineral, lo abstracto, etc. La mente germana tiende a sustantivar; el latino perfecciona su sistema verbal marcando matices temporales y aspectuales que el germano, en cambio, señala con una profusión de adverbios. Hay lenguas, el samoyedo, por ejemplo, que poseen una única palabra para expresar las conjunciones *y* y *o*. En el chino el ritmo constituye el principal elemento sintáctico. El traductor tiene que enfrentarse con esas diferencias, reconocerlas y resolverlas.

Pero eso no siempre resulta fácil. Hay culturas más o menos abiertas, más o menos acogedoras de lo foráneo. En el estrecho horizonte de los pueblos primitivos no caben los amplios conceptos de las naciones cultas. Y entre los pueblos cultos, los' más expansionistas suelen tener más ductilidad para absorber lo extraño en sus lenguas. Frente a una nueva realidad, a una noción exótica, el inglés, por ejemplo, tiende a incorporarla a su cultura y a su lengua. Muy a menudo adopta el nombre con que se la presenta la cultura extraña, pero suele teñirlo con sus propios hábitos fonéticos dándole una fisonomía especial y exclusiva que lo distingue del original. El *flirt* que desde Inglaterra se difundió por el mundo ya no recuerda a los mismos franceses la *fleurette* que los galanes arrojaban gentilmente a las damas. ¿Quién se animaría a discutir la estirpe inglesa del tennis? Todo el mundo ha olvidado que el imperativo francés *tenez* está escondido en la palabra tennis y que el jugador del *jeu de paume* lo pronunciaba al arrojar la pelota.

Hay lenguas cultas que son más reacias. El español, sin flexiones, con sintaxis bastante rígida, con léxico registrado y normas fiscalizadas, y el francés en el que, según Ortega y Gasset, estas condiciones se agravan, ofrecen pocas posibilidades para acoger expresiones inéditas y nuevas estructuras sintácticas. El traductor al español se encuentra inhibido por el purismo cuando traduce del inglés, por ejemplo, mientras que el traductor al inglés no encuentra las mismas trabas frente a textos españoles.

Muchas veces, la mayor o menor posibilidad de verter un texto no sólo depende de la maleabilidad de la lengua de traducción. Incide además el criterio con que el traductor maneja la lengua. Aquel que dispone de la lengua como de un producto terminado, como obra acabada de la que hace uso sumiso manejando rigurosamente el diccionario y la gramática normativa tendrá menos recursos que el que considera a la lengua como fuerza creadora, como actividad en la que tiene derecho a participar.

Este aspecto afecta en especial a las versiones de textos literarios.

LA TRADUCCIÓN LITERARIA: LA PALABRA AISLADA.

Mucho se insiste en la fidelidad de las traducciones. Pero ¿qué se entiende por fidelidad? ¿Es la literalidad, la equivalencia casi numé-

LETRAS

rica de palabras, el calco de las oraciones y de los giros idiomáticos? ¿Pero acaso la traducción literal en ese sentido es posible? ¿Existe necesariamente un equivalente exacto para cada palabra del original en la lengua de versión? No existe ningún caso de superposición de esquemas lingüísticos. Y aun en las lenguas más semejantes, nunca se conservaría la identidad de sonidos, de ritmos. La literalidad, defendida por algunos, al final de cuentas no consistiría más que en la fidelidad a un elemento de la lengua; y sacrifica otros elementos apreciables "Cuando la traducción no es más que literal, no por ello es fiel a la palabra. Lo es cuando los términos se adaptan al lenguaje de las cosas", afirma Heidegger.⁵

En el texto, las palabras no tienen autonomía; están subordinadas al contexto. Con todo, frente a algunas palabras aisladas, el traductor puede quedar perplejo. Algunas no tienen equivalente en el idioma de traducción. ¿Qué actitud tomar? Adoptar la palabra extranjera, adaptarla, si lo consiente, recurrir a perífrasis, crear un término nuevo. Hay neologismos que hicieron fortuna y fueron definitivamente aceptados, como "vivencia" y "eticidad", que producen el sentido de *Erlebnis* y de *Sittlichkeit*. Menos feliz es, por ejemplo, la palabra *das Umgreifende*, fundamental en el pensamiento de Jaspers, que José Gaos traduce por "lo circunvalante". El traductor tiene que estar dotado de cierta capacidad creadora. No puede ser transvasador que obre mecánicamente, sino intérprete no exento de inventiva.

La lengua alemana ofrece dificultades especiales al traductor a lenguas latinas. Pues junto a términos genuinamente germánicos emplea los equivalentes latinos, muchas veces con una leve diferencia de matiz. ¿Cómo distinguir *Geschichte* de *Historie*? A veces aparece *das Sein* frente a *Existenz*, a *Dasein* y a *Leben*. El traductor tiene que captar previamente las intenciones del autor y seleccionar cuidadosamente cada palabra para no deformar el pensamiento original.

El significado de una palabra no siempre corresponde al significado de la palabra morfológicamente similar de la otra lengua. El equipaje corriente castellano no es el *equipage* corriente francés; los españoles no contestan como *contestent* los franceses; la simpatía española no coincide con la *sympathy* inglesa. Estas palabras tienen connotaciones distintas. Y son muchas las palabras que tienen varias

⁵ *Holzwege*, V. Klostermann, Frankfurt a. M., 2ª ed. 1952, pág. 297.

significaciones. Es esencial observar el sentido total de la frase, pues éste indicará cuál es la significación que corresponde. Esta observación parece obvia; sin embargo es frecuente encontrar errores debidos a que el traductor no prestó atención a la idea total o no exploró suficientemente el contexto. En una traducción de Dilthey apareció una de esas fallas a que conduce el culto de la palabra aislada. En la transcripción de unas líneas de las CONVERSACIONES CON GOETHE de Eckermann, el traductor dice: "Napoleón dominaba a su ejército como el moscardón a sus alas". Pero no dice eso el original, sino: "Napoleón dominaba a su ejército como Hummel a su piano". ¿Qué había ocurrido? El traductor, quizá por apresuramiento, no reparó en las circunstancias gramaticales, y no advirtió que Hummel es un nombre propio, el de un gran pianista que deslumbró a Europa entera a comienzos del siglo pasado, y le dio el sentido del sustantivo homónimo que significa moscardón. El traductor podía haber salvado esta primera distracción si, por desgracia para él, la palabra alemana "Flügel" no significara a la vez ala y piano de cola. ¿Qué más natural que suponer que se trataba de las alas del insecto? La traducción tenía sentido. Pero Goethe no había dicho eso. Admirado por el arte con que el gran pianista sometía al instrumento a sus imposiciones, quiso señalar que también las masas humanas, con voluntad propia, pueden ser manejadas como un objeto cuando el que las conduce tiene genio y energía.

Refiriéndose a la diferencia de connotaciones que presentan las palabras en los diversos idiomas, André Gide escribe lo siguiente en el prólogo a la versión francesa de Shakespeare hecha por François Víctor Hugo: "Casi siempre un vocablo, aun cuando designa un objeto preciso y encuentra un equivalente adecuado en otra lengua, se rodea de un halo de evocaciones, de una abundancia de sugerencias y reminiscencias, especie de armónicos, que no serán los mismos en la otra lengua y que la traducción no puede tener la esperanza de conservar". Recuerda a este propósito el ejemplo del *mallard* inglés, una especie de oca salvaje, cuya característica es la fidelidad. Esto lo saben los ingleses, pero lo ignoran los franceses y los españoles. Al emplear la palabra, Shakespeare pensó ante todo en la fidelidad del ave, y ésta es la noción que interesa ser conservada y destacada por el traductor, "aunque tenga que abandonar la oca", agrega Gide. En poesía, ca-

LETRAS

da palabra tiene la posibilidad de múltiples significaciones. Al traductor se le exige, pues, ese conocimiento profundo de las evocaciones anexas. No interesa la correspondencia exacta de los vocablos, sino la identidad o, por lo menos, la equivalencia de intenciones.

Un problema semejante al de las palabras con connotaciones exclusivas e intenciones especiales es el que plantean los idiotismos o modismos, los grupos de palabras, cuyo sentido global no depende del análisis de cada uno de los elementos verbales del grupo. ¿Hay que trasladarlos en versión literal explicando el sentido en una nota aclaratoria, como aconseja George Moore? En la traducción, esa expresión natural del idioma se tornaría en contorsión y artificio, que el lector asignaría también al original. ¿No es preferible seguir el consejo de Alfonso Reyes, de buscar el equivalente accesible del idioma al que se traduce y, si se considera imprescindible, relegar a la nota la expresión del original, señalando su índole peculiar cuando la diferencia es notable? ¿O conviene reducirlos a una expresión neutra? ¡Cuántos conocimientos lingüísticos se exigen del traductor que no son indispensables para el escritor!

TRASLADO DE IDEAS.

Admitimos que la prosa científica y la prosa explicativa no ofrecen en general dificultades insalvables. Cuando las ideas han sido expuestas con claridad por el autor, el traductor ha de verterlas con igual claridad. Pero siempre es posible preguntarse si, aun siendo inteligible, el idioma de traducción es capaz de recibir íntegramente el pensamiento que se intenta llevar a él. Ortega lo niega.

No siempre las ideas de un autor se expresan diáfananamente. Hay obras con pasajes incomprensibles, o que se pueden interpretar de diversas maneras, a veces contradictorias entre sí. Al traductor le corresponde decidirse por uno u otro sentido. Pero ¿por cuál? ¿El más lógico, el más poético, el más evocador? También puede mantener una ambigüedad y hasta una ininteligibilidad, de la que sin duda el lector lo hará responsable.

A veces las ideas son claras, pero de difícil captación. Manuel García Morente, experto traductor de Kant, mantuvo una actitud deliberada a este respecto. Si la lectura de Kant no es fácil en el original ¿por qué ha de serlo en la versión española? Por eso conservó la di-

ficultad del texto alemán manteniendo detalles aparentemente insignificantes que hacen penosa la lectura. García Morente estaba seguro que toda soltura o facilidad en el decir introducidas en la traducción habrían desvirtuado el original. Por eso nunca sustituyó la frase original por la aclaración o la simplificación. Prefirió la fidelidad —en este caso la complejidad de expresión— a la paráfrasis, al comentario y a la explicación. No por ajustarse al original alemán, su traducción deja de ser castiza.

Hay casos en que los autores no son correctos. En muchas obras pueden advertirse faltas, negligencias, solecismos, desfallecimientos. ¿El traductor tiene que respetarlos, atenuarlos o suprimirlos? En una palabra, ¿puede el traductor reemplazar o corregir al original? Si reproduce las fallas, el lector se las atribuye al traductor. Si mejora el original, también puede falsearlo. A pesar de su esfuerzo, el resultado suele dejarlo disconforme. ¡Cuántas veces los pasajes más desajustados de una traducción fueron los más arduos para el traductor!

TRASLADO DE VALORES EMOCIONALES Y ESTILÍSTICOS

Tampoco con el fiel traslado de las ideas queda cumplida la tarea del traductor, sobre todo en las traducciones literarias. Estas exigen al mismo tiempo la fiel trasposición de otros valores.

En la versión a otra lengua de obras de contenido psicológico, sociológico o político, en la novela, el teatro, el ensayo, en que el autor presenta situaciones concretas, ambientes determinados con sus objetos típicos y su lenguaje característico, se siguen diversos criterios. Una vez, en Tucumán, asistí a una representación en español de LA PUERTA RELUCIENTE de Lord Dunsany. Allí se hablaba del Aconquija, de la Avenida Mate de Luna, de la caña de azúcar. ¿Puede llamarse traducción a tal trasplante? No creo que haya inconveniente en conservar el ambiente original con sus nombres propios y sus objetos. Porque no por cambiar los elementos exteriores, la decoración, se traslada la atmósfera total de la obra. Los personajes siguen perteneciendo a su ambiente original por los problemas que los agitan, por su manera de sentir y de obrar. ¿Ese trasplante de ambiente, realmente hace más accesible la obra? De aceptar el criterio, se caería en situaciones muy extrañas, a veces absurdas y cómicas, y como acota con humor Alfonso Reyes, el "Sois sage, o ma douleur, et tiens toi plus tranquille" de Baude-

LETRAS

laire llevado al arrabal porteño se transformaría en “Araca corazón, callate un poco” y la “Cavallería rusticana” en “nobleza baturra” o en “nobleza gaucha”.⁶ El mismo Reyes recuerda los fracasados esfuerzos de Gregorio Martínez Sierra y Catalina Bárcena por reproducir el lenguaje plebeyo de *PIGMALION* de Bernard Shaw, recurriendo a la golfa madrileña. La pseudo-adaptación al ambiente, que al final no es más que un traslado exterior de palabras, y no de valores, no sólo deforma y falsea la obra, sino también la intención del original.

Hay soluciones más prudentes, por cierto insuficientes. Si el lenguaje del original es arcaico o pertenece a un medio reducido —el de la vida diaria de cierto grupo social de determinada región, por ejemplo—, si está demasiado cargado de modismos, el traductor guiado por su tacto y discreción, puede llevarlo a un plano más neutro, insinuando lo arcaico o lo familiar o lo regional sin recurrir a un arcaísmo o regionalismo artificial, que de ningún modo reproduciría las peculiaridades histórico-geográficas presentadas por el original. A menos que el traductor, renunciando a ajustarse externamente a la letra de la obra, se inspire en ella para hacer una adaptación, una imitación como la realizó, por ejemplo, Corneille cuando compuso *LE MENTEUR*, de ambiente francés, basado en la comedia *LA VERDAD SOSPECHOSA* de Juan Ruiz de Alarcón. Pero en ese caso dejaría de ser traductor.

En la traducción literaria es imprescindible respetar los rasgos estilísticos del autor. El estilo es la preferencia consciente o inconsciente de determinados modos de expresión. Al traductor le corresponde descubrir esas preferencias e intenciones y ajustar la versión a las mismas. Tiene que lograr una aproximación al original no sólo por la reproducción de las ideas, sino de los imponderables subjetivos del escritor, por la reproducción de las intenciones expresivas y estéticas, las cualidades plásticas y musicales, el contenido afectivo. Tiene que reconstruir endopáticamente el mundo interior de la obra, sustituir la inspiración, en su sentido más amplio. No basta conocer las correspondencias de los sistemas gramaticales y los valores léxicos de ambas lenguas. El traductor tiene que respetar totalmente la personalidad del original manifiesta en todas sus dimensiones. Sin embargo siempre resulta difícil eludir la disyuntiva: o buscar una forma estética para algo que ya tiene forma estética —lo cual parece una aspiración utó-

⁶ ALFONSO REYES: *La experiencia literaria*, Ed. Losada, Bs. Aires, 1942 pág. 153.

pica—, o elaborar lógicamente lo que originalmente recibió forma estética, con lo cual se desvirtúa el original. Cada traducción, de hecho, disminuye o enerva o transforma la obra, pues la personalidad del autor necesariamente se funde con la del traductor.

Con esto llegamos al problema más delicado de la traducción: el de la versión de la poesía, el de la reproducción de formas, en que lo esencial es la expresión, el ritmo, la rima, la metáfora fundidos en un efecto global. La poesía, complejo total, autónomo, es intransferible, incanjeable.

Las opiniones sobre el valor y la eficacia de la traducción de la poesía suelen ser categóricas. Verlaine, por ejemplo, reconoce que es vano todo intento de traducir música. Croce afirma rotundamente que las traducciones, en tanto traslado de formas y de lo poético, son impracticables. Sólo la prosa admite traducción de lo que tiene de no-poético, pues ella carece de autonomía, ya que su misión es la de ser un medio ⁷.

Alfonso Reyes, el traductor de Mallarmé al español, aprueba la cordura de Baudelaire de traducir las poesías de Poe en prosa francesa. Considera que “es imposible encerrar en un molde castellano de iguales dimensiones que el molde francés todo el contenido de un poema mallarmeano”. Para Valéry la reducción del verso a prosa, en cambio, no tiene sentido; es un “preparado anatómico, aves muertas”, pues poesía es, también en la traducción, fusión de sentido, sonido y ritmo, aun cuando no existe relación racional entre dichos elementos. Por eso elogia tan cálidamente al traductor de San Juan de la Cruz, al P. Cipriano de la Natividad, que realizó una obra de arte produciendo poemas cuya sustancia le era ajena y cuyas palabras, una por una, le habían sido impuestas por un texto dado. Fue fiel y a la vez poeta. Al modificar el tipo de verso, adoptando el octosílabo en lugar del heptasílabo y el endecasílabo, “Cipriano de la Natividad comprendió que la prosodia debe seguir a la lengua y no trató, como otros, en particular en los siglos XVI y XVII, de imponer al francés lo que el francés no le impone ni le propone al oído francés. Tradujo, por lo tanto, efectos por medio de causas diferentes” ⁸.

⁷ B. CROCE: *La poesía*, Laterza, Bari, 1946, págs. 100-105.

⁸ P. VALÉRY: *Variété V*, pág. 173.

LETRAS

No hay que olvidar que una de las últimas actividades de Valéry fue la traducción de las *BUCÓLICAS* de Virgilio. Valéry, siempre atento a sus procesos intelectuales, también se observó traduciendo y llegó a las siguientes conclusiones: los traductores de poesías pueden adoptar tres actitudes distintas: la del virtuoso que, frente al original se entrega al placer de producir efectos mediante sus propias posibilidades, poniendo en acción su talento poético y obedeciendo a sus deseos; la del erudito que, preocupado por aproximarse al contenido y a la forma, en un esfuerzo de comprensión total, se traslada al momento histórico y psicológico de la vida del poeta para recrear la experiencia; y finalmente la del poeta que, partiendo del poema mismo, prescindiendo de todo aparato histórico y erudito, imagina las condiciones interiores de la creación y de la expresión resultante. Es esta última la que aconseja y adopta Valéry. Para él, todo acto de expresión es traducción, es transmutación. Traducimos la misma idea a lenguajes distintos, según quien sea el destinatario: la madre, el hijo, el maestro, el discípulo, el amigo, el público. Traducir —y crear— es por lo tanto aproximar una idea al lenguaje adecuado. La misma inquietud afecta al creador y al traductor. Ambos reconocen sus aciertos, experimentan satisfacciones, arrepentimientos, resignación. Y así como todo poeta tiene conciencia de lo que compone y de los recursos de que se vale —Valéry desecha la inspiración como motor de la creación poética—, el traductor ha de tener conciencia de los suyos. No basta ni la fidelidad literal, ni la fidelidad al sentido. Lo esencial es el efecto semejante, la armonía, la poesía.

Muy otra es la opinión de Jorge Guillén. Este no rechaza la posibilidad de traducir poesías, pero considera que tal empresa debe ser obra colectiva. Se evitaría que cada traductor hiciera lo posible por huir de todo traductor anterior, alejándose cada vez más del original. Y es así como se logró una traducción satisfactoria del *ULYSSES* de James Joyce, que si bien no es una obra poética, ofrece dificultades inmensas. Augusto Morel realizó el primer esbozo, con singular maestría de los recursos de la lengua francesa. Stuart Gilbert, conocedor a fondo del empleo que Joyce hace de la lengua inglesa, practicó acertados ajustes y Valery Larbaud revisó la versión y atenuó algunas precisiones casi matemáticas introducidas por Gilbert. El mismo Joyce intervino para aclarar los puntos más oscuros de su obra

densa y proteica. Es verdad que la crítica estimó que la traducción hacía más clara a la obra que el original. Y esa colaboración de los traductores consistente en aclarar lo hermético quizá constituya una transgresión, en este caso, aceptada por el autor.

Ortega considera que es necesario que de una misma obra existan distintas traducciones, pues cada una ofrecerá un punto de vista distinto. Gracias a ellas, el lector estará en mejores condiciones para reconstruir el original.

Para aquellos que adjudican un papel primordial a la inspiración, la traducción de las poesías, que necesariamente es ante todo producto racional, restauración de valores ajenos, no tiene calidad poética. Son muchos los que dudan de la eficacia de la traducción de versos. ¡Cuántas veces una escueta metáfora sólo encuentra correspondencia en una expresión diluída, y el impulso que vibraba en la extrema compresión se transforma en flojo resorte! ¡Y cuántas veces la poesía termina disolviéndose en pura lógica! Pero la experiencia nos prueba que también puede haber traducciones inspiradas.

De estas opiniones parece desprenderse que lo ideal es que el traductor de poesías, sea él mismo poeta, en lo posible poeta con afinidades con el poeta original. Rilke pudo ser un buen traductor de Valéry, P. J. Jouve de Shakespeare sonetista, porque sin dejar de ser esclavos, fueron esclavos estremecidos. "Servi siam, si, ma servi gnor frementi", decía Alfieri.

Pero en ningún caso la traducción alcanza plenamente al original. Siempre será su sombra, a veces demasiado larga o demasiado corta, a veces rala, a veces densa, o deformada o difusa. Pero aunque no alcance al original, la traducción de la poesía realizada con prudencia y criterio de artista más que de artesano, y con fina intuición es necesaria. Es un instrumento de aproximación a los poetas, un elemento de aprendizaje.

DEL ESCRITOR AL TRADUCTOR.

La relación entre el escritor y el traductor ha de ser estrecha, pero, lógicamente, el autor siempre lleva ventaja. El primero tiene una personalidad autónoma. De él depende la obra en todas sus dimensiones. Se entrega a su inspiración, a su intención, a su intuición. Sólo podrán detenerlo las vallas que le impone la gramática; pero has-

LETRAS

ta de éstas puede evadirse, pues le están permitidas licencias, neologismos, desvíos semánticos, lógicos, sintácticos. El escritor impone su estilo.

También el traductor tiene su personalidad, pero tiene que someterla al texto que expresa la personalidad del autor. Todo elemento personal que aflore en su versión constituye un índice de refracción más o menos deformador del original. Al traductor no le están permitidas las evasiones a la norma gramatical. Puesto que las virtudes del material verbal rara vez pueden ser reproducidas plenamente, el traductor tiene que esforzarse por producir un sucedáneo en que, por fuerza, predomina el elemento lógico, porque a él se le exige inteligibilidad. Para ser eficaz, el traductor tiene que estar dotado de espíritu crítico y creador a la vez, de intuición, sagacidad, gusto, sentido estético, decisión. La exigencia de fidelidad, en su sentido lato, reclama además condiciones de carácter: honradez, imparcialidad, objetividad, capacidad de simpatía, humildad. Con todos estos requisitos, además de todos los conocimientos que hemos enumerado, está en condiciones de ser fiel al pensamiento y a la expresión del autor que traduce. La tarea es inmensa e ingrata. Pero siempre gana con ella, pues se enriquece en la empresa y al mismo tiempo contribuye a la difusión del saber y de la cultura.



MUJER ESPERANDO, dibujo por Diego Rivera (Col. Frida Kahlo).

Filosofía

Objeto y método de la filosofía de las ciencias

ARMANDO ASTI VERA

NACIDO EN Bs. AIRES en 1914. Graduado en la Facultad de Filosofía y Letras, se ha especializado en lógica y filosofía de las ciencias. Desde 1950, en que obtuvo por concurso la cátedra en la Universidad del Litoral, ha enseñado esas disciplinas en las universidades nacionales de Buenos Aires, Tucumán y Nordeste. Actualmente es profesor en la Universidad de La Plata. Sus trabajos de investigación filosófica sobrepasan el medio centenar. Es consultor en filosofía de revistas norteamericanas y pertenece a sociedades científicas y filosóficas del país y del extranjero. La Unesco lo ha incluido entre "Los principales investigadores de América Latina". Ha pronunciado conferencias en universidades de los Estados Unidos invitado por la International Society for General Semantics, de Chicago. Participó en congresos nacionales y extranjeros de su especialidad.

NECESARIAMENTE sintético, dada la índole de esta revista, en el presente trabajo intentaremos dilucidar algunos serios equívocos que complican las cuestiones de fundamentación de la filosofía de las ciencias. La gran difusión de estos estudios en Europa y en los Estados Unidos,¹ su carácter revolucionario y el tono catequístico de algunas escuelas actuales² hacen pensar en la urgencia de un examen objetivo y de una desapasionada valoración de su problemática fundamental.

La determinación estricta del campo de la filosofía de las ciencias permitirá circunscribir a sus justos límites la filosofía "científica", a la vez que restituirá a las investigaciones metateóricas el carácter filosófico que le negara el neopositivismo. Algunas de las conclusiones que surgirán de este estudio se refieren a la formación del filósofo y a la función que deben cumplir en tal sentido las escuelas universitarias respectivas.³

1. — METALENGUAJE, METATEORÍA, METACIENCIA.

Las palabras “metalenguaje”, “metalógica”, “metateoría” y “metaciencia”, así como las más específicas “metabiología”, metahistoria”, “metalingüística”, etc., se derivan del término “metamatemática” (*Metamathematik*) acuñado por Hilbert ⁴ para denominar a la ciencia (en rigor, metaciencia) cuyo objeto definiríamos hoy como el estudio de la sintaxis (lógica) de la matemática o, más estrictamente, de un lenguaje-objeto de la matemática.

La expresión “metateoría”, en el sentido actual del término, nada ha conservado de su significado trascendente originario: quiere decir, simplemente, un nivel teórico superior (y la palabra “superior” no tiene aquí sentido axiológico), entendido en conformidad con la teoría de los niveles del lenguaje ⁵ tal como ha sido desarrollada principalmente por la escuela polaca (especialmente, por Tarski) y por Carnap. La distinción entre *lenguaje de objeto* (L_n) en tanto que lenguaje dado (o “lenguaje *del cual se habla*”) y *metalenguaje* (L_{n+1}) o sea un lenguaje que trata al anterior (o “lenguaje *en el cual se habla de* L_n ya era conocida por los escolásticos y está implícita en la obra de Aristóteles ⁶. Fue propuesta, en nuestros días, como una solución para las paradojas semánticas, así como la teoría de los tipos fue creada por Russell para resolver las paradojas lógicas ⁷.

La teoría de la teoría física sería, pues, meta-física, pero esta “metafísica” no tiene por objeto *to on e on* (lo que es en tanto que es), como su homónima aristotélica, sino algo mucho más simple: el lenguaje-de-objeto de la ciencia física. Significaciones análogas tienen la metabiología, la malingüística, etc.; en general, metaciencia ⁸ es toda teoría de las teorías científicas, y metateoría —una generalización de metaciencia— una teoría de teorías (científicas y no científicas). A su vez, la metalógica ⁹ es una parte de la semiótica ¹⁰ que trata los signos lógicos en un nivel metalingüístico, y, en consecuencia, puede ser desarrollada en un plano sintáctico o semántico. Entre los problemas metalógicos más importantes figuran el de la consistencia, la decisión y la completitud de un cálculo. ¹¹

2 — EPISTEMOLOGÍA Y FILOSOFÍA DE LAS CIENCIAS

La epistemología es, pues, la metaciencia cuyo objeto es el estudio crítico de las ciencias en sus aspectos formales ¹² mediante métodos es-

trictamente científicos. Los filósofos alemanes suelen confundirla con la teoría del conocimiento, equívoco que ya está implícito en la traducción alemana de la palabra griega: Erkenntnistheorie, que significa justamente teoría del conocimiento.¹³ Sin embargo, en general, el uso más corriente de ambos términos no ha seguido esta identificación semántica. La teoría del conocimiento puede ser entendida en forma general o en sentido estricto, según la primera significación, hay que distinguir entre psicología, lógica y metafísica del conocimiento. La psicología del conocimiento trata la génesis psíquica y el desarrollo del conocer;¹⁴ la lógica del conocimiento se ocupa de las formas del conocimiento y la metafísica del conocimiento investiga su esencia en relación con una concepción absoluta de la realidad (por ejemplo, el conocimiento de los arquetipos, o la identificación del conocedor con lo conocido dentro de la filosofía aristotélica. La teoría del conocimiento en sentido restringido es una disciplina filosófica cuya finalidad es investigar la naturaleza, los límites y la posibilidad del conocimiento.

El sentido actual de epistemología se vincula al concepto de ciencia, en especial al de ciencia particular.¹⁵

La filosofía de las ciencias y la epistemología son matateorías, pero aparte de pertenecer al mismo nivel teórico, poco tienen en común: se distinguen por la extensión de su objeto y por sus *métodos*. Los objetos de la epistemología son las ciencias en su aspecto formal (es decir, en cuanto estructuras) y, por estas características, restringe su campo teórico a las ciencias naturales y formales, consideradas solamente desde un punto de vista lógico. Su máxima aspiración es la reducción de todo conocimiento científico a puras estructuras formulables en un cálculo. Esto explica el notable desarrollo de la sintaxis lógica y, en general, del formalismo, así como la influencia del pensamiento lógico-matemático. Por análogas razones, en los albores de la epistemología, el éxito de la ciencia física favoreció el *fisicalismo*.

La filosofía de las ciencias también se ocupa de las ciencias, pero las considera en un sentido amplio y no está limitada por la exigencia formalista. Las ciencias culturales, por ejemplo, son también sus "objetos"; por eso, como veremos en la parágrafo 3 de este trabajo, cabe referirse a una filosofía de la lingüística o de la ciencia de las religiones con el mismo derecho que a la filosofía de las matemáticas o de la biología.¹⁶ Los problemas filosóficos de la historia, de la psicología, de

la sociología, de la economía, del derecho, carecen de interés para el epistemólogo, en cambio son temas de importancia vital para el filósofo de las ciencias. El epistemólogo sólo aceptará ocuparse de las ciencias culturales si las puede reducir a las ciencias formales, considerarlas estructuralmente, axiomatizarlas y tratarlas con métodos lógico-matemáticos. La penetración formalista en el derecho, la lingüística y la sociología, provienen del campo de la filosofía científica o son productos de una inspiración similar.¹⁷

Más notable es aún la diferencia entre ambas disciplinas en lo tocante al método: la filosofía de las ciencias puede emplear cualquiera de los métodos de la filosofía¹⁸ y, en la medida que lo repute conveniente, también los de la epistemología. Esta, en cambio, sólo considera válidos los métodos científicos. Por eso, la filosofía de las ciencias es una rama de la filosofía en tanto que la epistemología aspira a ser una ciencia.¹⁹

Los métodos de la epistemología son el análisis lógico y la semiótica,²⁰ el primero consiste en utilizar la lógica simbólica como instrumento. Schlick, en el libro ya citado (V. la nota 18), al destacar que la reforma radical de la filosofía debe ser de carácter metodológico, propone como método a la lógica matemática “creada silenciosamente por los matemáticos” e “ignorada hasta hoy por la mayoría de los filósofos profesionales” (V. op. cit. p. 8). Carnap (V. *La science et la métaphysique devant l'analyse logique du langage*, Herman & Cie. Editeurs, Paris, 1934. p. 39) sostiene que a la filosofía sólo le resta usar el método del análisis lógico (p. 39) que es susceptible de una utilización negativa o positiva. En su primer sentido, el método sirve para denunciar las pseudoproposiciones; en el segundo expone el carácter lógico de los conceptos y de las proposiciones con sentido; de este modo, proporciona una base lógica a las ciencias fácticas y a la matemática” (p. 39). Pero el análisis lógico comienza, para Carnap, con el uso de la semiótica, en especial de una de sus ramas: la sintaxis lógica (V. R. Carnap: *Le problème de la logique de la science*, edit. Hermann, ya citado, año 1935).²¹

El método semiótico asume caracteres distintos según cuál sea el punto de vista de quienes utilicen: sintáctico, semántico o pragmático. En las obras de Carnap citadas más arriba es sintáctico, en cambio en los trabajos de Morris (V. su libro citado y, además, *Signs, Language and*

FILOSOFIA

Behaviour, Prentice Hall Inc., New York, 1946) el enfoque es pragmático, lo mismo que en las obras del epistemólogo Mannoury, debido al interés de estos autores por los planteos psico-socio-lingüísticos. Una significación análoga tienen los trabajos de la corriente contemporánea denominada "semántica general" (Korzybski, Rapoport, Hayakawa). A veces, los métodos semiótico y lógico se confunden (Carnap es un buen ejemplo) desde que el análisis lógico se reduce a sintaxis o semántica (como ocurre en la serie de estudios sobre semántica publicada por Carnap en los EE. UU.)

En conclusión, la epistemología y la filosofía de las ciencias se distinguen por la extensión de sus objetos respectivos, por la manera de considerarlos y por sus métodos; distintos son, asimismo, los intereses intelectuales, las aptitudes y la formación de quienes cultivan una y otra disciplina. Por eso, en tanto que la inclusión de la epistemología es necesaria en las facultades de ciencias, sólo tiene escaso interés (puramente informativo) en una facultad de filosofía donde es imprescindible, en cambio, la filosofía de las ciencias.²²

3 — LOS ASPECTOS GENERAL Y ESPECIAL DE LA FILOSOFÍA DE LAS CIENCIAS. LAS DISCIPLINAS AFINES.

El examen de la naturaleza, el valor y el fin de las ciencias, el estudio de las relaciones entre las leyes naturales y las leyes científicas, el carácter esencial del indeterminismo o la valoración de la hipótesis determinista, la consideración de las hipótesis y de las teorías científicas, todos estos problemas pertenecen a la ciencia *in toto*; de ellos se ocupa la filosofía de las ciencias en general. Pero cada una de las ciencias particulares (fácticas, formales y culturales) presenta problemas propios que no se pueden reducir a los planteos generales comunes a todas las ciencias; estas cuestiones son tratadas por la filosofía de la ciencia respectiva. El estudio de las relaciones entre la ciencia, la filosofía y el arte, o el de la unidad de la ciencia, corresponden a la filosofía de las ciencias en general, pero la fundamentación filosófica de la teoría de los conjuntos, la cuestión del finalismo biológico o de la genética, la definición de la estructura lingüística o de la noción de stress son problemas que deben ser considerados por la filosofía de cada una de las ciencias particulares. Así, pues, hay una fi-

losófia de la lógica,²³ de la matemática,²⁴ de la física, de la biología (incluso de la medicina), de la lingüística, de la historia,²⁵ de la antropología,²⁶ de la historia de las religiones,²⁷ etc., etc.

Las investigaciones históricas en las ciencias particulares son de antigua data, pero la *historia de la ciencia*, como disciplina autónoma, se constituye recién a principios del siglo XX cuando esta disciplina adquiere conciencia de su objeto, método y fines especiales. La historia de la ciencia requiere una aptitud dual: conocimiento del método histórico y un suficiente manejo de las ideas científicas. Hay una historia de las *ideas* científicas (del pensamiento científico) y una historia de los *hombres* de ciencia.²⁸

La *sociología de la ciencia* trata las relaciones entre la creación científica y la sociedad²⁹ y la psicología de la ciencia³⁰ se ocupa de la génesis, el desarrollo y la evolución de las teorías científicas en la mente humana.

La *metodología de la ciencia* puede ser entendida de dos maneras: a) como el examen analítico de los métodos y las técnicas adecuadas para la enseñanza de las diversas ciencias³¹ y b) como la investigación, valoración y crítica de los métodos que utilizan las ciencias (con los cuales *se hace* la ciencia). En el primer sentido es una rama de la pedagogía; en el segundo se vincula estrechamente a la epistemología.

Las disciplinas afines que acabamos de enumerar no son las únicas que se confunden con la filosofía de las ciencias o la epistemología. De las consideraciones que hemos hecho en otra parte de este trabajo, se desprende que ello también ha ocurrido en relación con la lógica y la teoría del conocimiento. Es cierto que no sólo hay diferencias entre todas ellas sino, asimismo, algunos puntos de contacto o de interrelación. También lo es que no existen compartimientos estancos ni que los mojones son fijos y unívocos. A veces, el estado de la interrelación depende de la escuela filosófica de que se trate. Por ejemplo, la psicología de las ciencias tiene poco interés para el neopositivismo (interesado esencialmente en la lógica), en cambio es importante para la epistemología genética (Piaget), la filosofía dialéctica (Gonseth) y la epistemología de Bachelard.

Sin embargo, hemos considerado muy necesaria la determinación del campo de estos estudios para mejor delimitar el objeto y el

FILOSOFIA

método de la filosofía de las ciencias, así como sus diferencias con los de la epistemología. Esta es, a nuestro juicio, la única manera de desvanecer los múltiples equívocos que han gravitado —y aún gravitan— sobre tan esenciales problemas. Las proyecciones filosóficas, metodológicas y pedagógicas de tales equívocos justifican nuestro empeño.

N O T A S

1 La difusión de la epistemología se ha cumplido en forma casi paralela a la de la lógica simbólica, entre otras razones, debido a la analogía de sus métodos respectivos (que, para algunos autores, llegan a ser idénticos) y a una fuente común de origen. Además de contar con publicaciones especializadas como *The British Journal for the Philosophy of Science* (inglesa), *Philosophy of Science* (norteamericana), *Dialectica* (suiza), *Methodos* (italiana), *Erkenntnis* (austriaca), *The Journal of Unified Science* (norteamericana), *Theoria* (española) y *Episteme* (argentina) (las cuatro últimas ya no se publican), la mayor parte de las revistas de filosofía europeas y norteamericanas incluyen artículos de epistemología y filosofía de las ciencias. Algunas revistas como *Philosophy* (inglesa), *Philosophy and Phenomenological Research* (norteamericana) y la *Revue Philosophique* (francesa) han dedicado sendos números a tratar temas de filosofía de las ciencias. Esta última publicación destinó tres tomos a la filosofía de las ciencias (los números 3, 2 y 1 de los años 1956, 1957 y 1958, respectivamente).

Un índice revelador de la creciente penetración de la epistemología en los medios filosóficos lo constituyen los congresos internacionales. Incluso, se han realizado congresos de filosofía de las ciencias: el primero tiene lugar en Praga en 1929. En 1935, hay un nuevo congreso en la Sorbona; en 1936, en Copenhague y en 1937, en París. En 1938 y 1939 se realizan dos congresos en Cambridge y en Harvard respectivamente y en 1949 en la Sorbona. En Zúrich se reúne un nuevo congreso en 1954. En todos los congresos de filosofía se dedican importantes sesiones a la consideración de temas de epistemología. En el "Tenth International Congress of Philosophy", realizado en Amsterdam en 1948, el 50% de las páginas de las *Actas* son ocupadas por comunicaciones sobre filosofía de las ciencias. Entre nosotros, el interés por la lógica simbólica y la epistemología se ha acentuado en estos últimos años. (Nótese que, provisoriamente, usamos las palabras "epistemología" y "filosofía de las ciencias" como sinónimos; en el párrafo 3 de este trabajo, haremos las distinciones semánticas necesarias entre ambos términos).

2 El tono polémico que, en ocasiones, asume un acento casi mesiánico, es frecuente en los escritores neopositivistas. Véase, entre otras, las obras siguientes: H. Reichenbach: *La filosofía científica*, F. C. E., México-Buenos Aires, 1953, *Unified Science as Encyclopedic Integration*, por Otto Neurath, en *Encyclopedia and Unified Science*, The University of Chicago Press, Chicago, Third Impression, 1946 y R. Carnap: *La Science et la Métaphysique devant l'analyse logique du langage*, París, Hermann & Cie, Editeurs, 1934. Por otra parte, I. M. Bochenski destaca como un rasgo fundamental del neopositivismo "un espíritu proselitista muy celoso, muy polémico y hasta agresivo" (V. su libro *La filosofía actual*, F. C. E., México, 1955, p. 76) y F. Barone observa "il generale atteggiamento filosofico di fronte a temi speculativi assunti como termini di chiarimento polemico" (V. *Il neopositivismo logico*, Edizioni de "Filosofia", Torino, 1953, p. 1).

3 En un próximo trabajo, examinaremos las corrientes epistemológicas contemporáneas, su vinculación con algunos aspectos cosmológicos y metafísicos y la pretensión de sustituir la filosofía por la denominada "filosofía científica".

4 La primera utilización de la partícula griega *metá* dentro de la filosofía se remonta al siglo I A.C. Andrónico de Rodas, al ordenar las obras de Aristóteles, colocó las que trataban

de "filosofía primera" (*proté, filosofía, teología o sofía*, como la llamó indistintamente el estagirita) después de aquéllas cuyo tema es la filosofía natural o física (*ta füsycá*). Las primeras eran *ta metá ta füsycá* (literalmente, "los libros que están después de los que tratan la naturaleza"). Bien pronto, el sentido ocasional de *metá* como "después" se convirtió en "más allá" asumiendo el sentido técnico que hoy conserva la palabra "metafísica", derivada de "metaphysica" (o "transphysica"), traducción medieval de la expresión griega: lo que está más allá (*metá*) de la naturaleza (*physicá*).

5 Las teorías de los tipos (Russell, Ramsey, Chwistek, Quine) y de los niveles del lenguaje representan la sustitución de la jerarquía ontológica y metafísica (y también teológica) por una jerarquía lógica que tiende a la aniquilación del orden trascendente y cualitativo. Las nuevas teorías introducen la cantidad (tipos cero, uno, dos, etc.; y, si L_n es el lenguaje de objeto, L_{n+1} , L_{n+2} , L_{n+3} , etc., son los metalenguajes), racional (en lugar de intelectual) y convencional. Por supuesto que los problemas ontológicos y metafísicos no son resueltos sino eludidos (uno de los procedimientos empleados para hacerlo es declararlos "pseudoproblemas", o reducirlos a "sentencias sin sentido"), o reintroducirlos en la metateoría, lo que equivale a su aniquilación. Por ejemplo: la derivación de los principios lógicos de los principios ontológicos es suplantada por la transmutación de aquéllos cuyas leyes lógicas (tautologías) o teoremas, o en reglas (metalógica). En este último caso, se les "ordena" convencionalmente. Desde este punto de vista, podríamos decir que la teoría de los tipos es una anti-ontología y la de los niveles lingüísticos una anti-metafísica. (V. nuestro trabajo *Caracteres antimetafísicos del pensamiento contemporáneo*, en el primer número de la segunda época de la *Revista de Filosofía* (Facultad de Humanidades, Univ. Nac. de La Plata).

6 La diferencia entre lenguaje y metalenguaje corresponde, en el nivel semiótico, a la distinción entre uso y mención de un signo, que ya conocían los escolásticos denominándola *suppositio formalis* y *suppositio materialis*. Si decimos "Aristóteles fue un gran metafísico", la palabra "Aristóteles" es *usada*, en cambio en la expresión "Aristóteles es un sustantivo", el mismo término "Aristóteles" es *mencionado*. En la obra de Bochenski *Ancient Formal Logic* (North Holland Publishing Comp., Amsterdam, 1951) se explica la semiótica aristotélica. Tampoco el tratamiento logístico de las paradojas es nuevo: los autores escolásticos ya las estudiaron analíticamente.

7 Si bien no se puede aceptar que "la concepción de una jerarquía de lenguajes forma parte de la teoría de los tipos", como dice Russell (V. *Investigación sobre el significado y la verdad*, Losada, Buenos Aires, 1949, p. 75), hay que admitir que, de algún modo, estaba implícita en ella. De manera análoga, puede afirmarse que los antecedentes de la teoría de los tipos se remontan a Aristóteles (V. E. W. Beth: *Les fondements logiques des mathématiques*, Gauthier-Villars, Paris, 1950, p. 168). Por otra parte, Russell —saliéndole al paso a una de las temibles aporías de Wittgenstein— había dicho que si bien "todo lenguaje tiene una estructura de la cual nada puede decirse *en el lenguaje*, puede haber otro lenguaje, de distinta estructura, que trate la estructura del primero" (V. la *Introduction* de Russell al *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein, Kegan Paul, Trench, Trubner & Co. Ltd., London Third Impr., 1947, p. 23).

8 La ingenuidad de algunos epistemólogos contemporáneos llega hasta el extremo de evitar cuidadosamente toda expresión perteneciente a la "filosofía especulativa" (denominación ésta que no es meramente designativa porque implica un disvalor), como "metafísica", "filosofía" e incluso "epistemología". Para sustituir a este último término, proponen la palabra "metaciencia", sin percatarse de que su uso no está exento de las implicaciones trascendentes de la partícula griega *metá* (V. la nota 4).

9 La palabra "metalógicus", título de la obra de John de Salisbury (Siglo XII) es una mera coincidencia que nada tuvo que ver en el uso actual de la expresión "metalógica". El

FILOSOFIA

libro de de Salisbury ha tenido influencia, sin embargo, en las especulaciones de filosofía de la lógica, sobre todo de algunos trabajos de Schopenhauer.

10 La Semiótica es la ciencia o teoría general de los signos, así bautizada por Ch. Morris, cuyas ramas son: a) la *sintaxis*, que es el estudio de los signos y de las relaciones formales entre ellos, b) la *semántica* que investiga las relaciones entre los signos y los objetos que éstos designan y la *pragmática* que trata de las relaciones entre los signos y quienes los usan. A veces, para distinguir la *sintaxis* (rama de la semiótica) de la *sintaxis* (gramatical) se la denomina "sintaxis lógica". Según esto, la teoría completa de un lenguaje de objeto, que se formula en un metalenguaje, es una semiótica.

11 Un mismo problema metalógico puede ser considerado desde un punto de vista sintáctico o semántico. Por ejemplo: el concepto de decidibilidad se puede definir, en términos sintácticos, por la existencia de un procedimiento mecánico de decisión que permita, ante una expresión (bien formada) cualquiera de cálculo, determinar si es o no un teorema. Esta misma propiedad se define semánticamente así: un cálculo es decidible si poseemos un procedimiento efectivo para determinar si una sentencia cualquiera es verdadera (desde el punto de vista semántico). Análogamente, se pueden definir la completitud y la consistencia, tanto sintáctica como semánticamente. Por ejemplo: un sistema logístico (cálculo) es inconsistente si, entre sus teoremas, hay uno de la forma T y otro de la forma $\neg T$; es consistente si no es inconsistente. Esta es una definición sintáctica. Pero también podemos enunciar la propiedad semánticamente: un cálculo es consistente si y sólo tiene un modelo. Se llama "modelo" de un sistema logístico a un conjunto de objetos que satisfacen los axiomas del sistema. No es éste el lugar para considerar la teoría de los modelos, por ello nos limitamos a señalar su gran importancia filosófica. Su aplicación a las ciencias naturales ha sido realizada por J. O. Wisdom en *The Methodology of Natural Science* (V. *Philosophy in the Mid-Century*, edited by R. Klibansky, Firenze, La Nuova Italia Editrice, 1958, pp. 175-177), su estudio en relación con las ciencias formales ha sido llevado a cabo por varios autores (V., entre otros, G. Kreisel: *Models, Translation and Interpretations*, en la obra colectiva *Mathematical Interpretations of Formal System*, North Holland Publish., Amsterdam, 1955 y E. W. Beth. *La crise de la raison et la logique*, Paris, Gauthier-Villars, 1957, especialmente, pp. 12 y 31-32) y en relación con la ontología por J. H. Johnstone en *Systèmes formels et systèmes ontologiques* (*Logique et Analyse*, Nouvelles Serie, Première Année, Janvier 1958, pp. 24-27).

12 F. Amerio distingue la *filosofía de la epistemología* basándose en que ésta se atiene al examen "della scienza nel suo aspetto formale" (V. *Epistemologia*, Morcelliana, Brescia, 1948, p. 9). Desde este punto de vista, la epistemología sería una parte de la lógica del conocimiento (la que se ocupa del conocimiento científico) con lo que viene a coincidir con la "lógica de la ciencia" de Carnap que es, en realidad, una metalógica especial.

13 La traducción de "epistemología" por "erkenntnistheorie" no es incorrecta porque la palabra griega "*episteme*" también significa conocimiento, conocer (al igual que la palabra latina *scientia*). En realidad, el término "epistemología" se puede entender en sentido lato o con una significación restringida. En este último sentido, es el estudio formal de las ciencias realizado con métodos científicos (análisis lógico y semiótica). El uso de "epistemología" como sinónimo de "teoría del conocimiento" equivale a considerar aquella expresión con un significado amplio. No sólo los filósofos alemanes adoptan esa significación, también los ingleses y algunos belgas. (V. E. Jacques: *Introduction au problème de la connaissance*. Publications universitaires de Louvain, Louvain, p. 63) Van Stenberghem (V. su obra *Epistemologie*, de la misma editorial, año 1947) acepta, alternativamente, uno y otro sentido. La introducción de la palabra "epistemología" en el vocabulario filosófico como sinónimo de "teoría del conocimiento" se debe a J. F. Ferrier (V. *Encyclopaedia Britannica*, The University of Chicago, Chicago, London, Toronto, 1944, Vol. 8, p. 660).

Sin embargo, el significado corriente del término restringe su empleo al conocimiento científico (acentuando o no el aspecto formal), como lo señala acertadamente A. Lalande (V. *Vocabulaire technique et critique de la philosophie*, Paris, 1947, pp. 282-283). Puede aceptarse la definición de Lalande haciendo la salvedad de que no corresponde incluir en ella a la psicología de las ciencias, como propone este filósofo. (V., en este mismo trabajo, el párrafo 3 que dedicamos a la distinción entre la filosofía de las ciencias y las disciplinas afines).

14 La distinción entre conocimiento y conocer podría hacerse por analogía con la que establecía Pfänder —con un criterio fenomenológico— entre pensar (acto psíquico) y pensamiento (productos lógicos). (V. *Lógica*, de Pfänder, Espasa-Calpe Argentina S. A., Buenos Aires-México, 1938, pp. 10-11).

15 Dentro de los diálogos (y también de las epístolas) *episteme* equivale a *theoria*, que es contemplación (espectáculo, en sentido vulgar). Para Platón, la ciencia (*episteme*) es *theoria* porque es visión intelectual (intuición, contemplación) de la idea (*eidos*). En el *Gorgias*, a la retórica se opone la dialéctica: sólo ésta conduce a la ciencia verdadera; en el *Menón* contraponen *episteme* a *doxa* (en el *peri fúseos*, de Parménides, *doxa* es una de las dos vías), que es la opinión, el conocimiento contingente y falaz de las cosas que, en realidad, no es conocimiento verdadero. En Platón —como en Plotino— existe una concepción metafísica del conocimiento porque conocer es contemplar y contemplar es realizar (la verdad, la belleza, la bondad); ésa es la forma suprema de actividad.

En Aristóteles, *episteme* quiere decir ciencia y ésta es el conocimiento de las causas de las cosas. De ahí que el positivismo comteano —que es esencialmente antimetafísico— sustituya las causas por las leyes. Para el estagirita, el conocimiento científico es una abstracción que el intelecto realiza separado (tal es el sentido de la palabra “abstraer”) la forma (la idea). Aunque Aristóteles considera que la ciencia suprema es la metafísica, es indudable que prepara el camino para el tránsito de *theoria* a *praxis*, con su concepto de la ciencia como *téjne*: *praxis* es acción y *téjne* es conocimiento de efectos prácticos pero orientado por la *theoria*; *téjne* no es apráctica como la *theoria* pero depende de ésta (se encuentra a su servicio). Las palabras *téjne* y *poiesis* están vinculadas al arte y su especial significación explican el arte sacro (metafísico) donde los *artefactos* (objetos de arte) son representaciones simbólicas de lo trascendente. (Por otra parte —y dicho sea sólo de paso— el “racionalismo” y el “cientificismo” de Aristóteles han sido seriamente impugnados por las modernas investigaciones del R. P. Zürcher, que atribuye esos caracteres a Teofrasto y no a Aristóteles. V. H. Duméry: *Aristote était-il aristotélicien?*, en la obra *Regards sur la philosophie contemporaine*, Casterman Paris, 1956, donde se mencionan los libros de Zürcher y las exposiciones y réplicas de Le Blond y E. Barbotin).

El concepto actual de ciencia se constituye cuando *episteme* es entendida como *praxis*, es decir no como el intelecto puro en contemplación de los arquetipos sino como la razón humana dispersa en el mundo de las cosas (empírica): no ya la intuición intelectual sino la razón fundante, no la visión trascendente sino la demostración. La historia de las ciencias nos presenta un cuadro análogo sobre la evolución del concepto de ciencia: desde la ciencia como filosofía (o, mejor aún, como metafísica) a la ciencia como poder sobre la naturaleza, representada por el éxito del método experimental instaurado por Galileo (observación, hipótesis, verificación). Con Galileo, se inicia la “fenomenización” de la razón y la “racionalización del dato”, proceso que culminará en el Renacimiento y el Iluminismo y proseguirá interrumpidamente hasta nuestros días. Para llegar al concepto moderno de epistemología, fue preciso que se alcanzara primero la noción actual de ciencia.

16 Uno de los “objetos” de la filosofía de las ciencias es la parapsicología justamente porque su legitimidad como ciencia ha sido —y sigue siendo— puesta en duda. La determinación de la validez o invalidez de la pretensión científica de la parapsicología es un problema que corresponde al filósofo de las ciencias. La cuestión *quid facti* está fuera de duda, desde que existen investigaciones parapsicológicas —incluso textos— desde hace más de medio siglo (sin contar los estudios previos de metapsíquica); queda por estudiar la cuestión *quid juris*,

FILOSOFIA

es decir, la posibilidad o la legitimidad científica de las consideraciones parapsicológicas. No es éste el lugar para tratar el problema, ni siquiera para indicar la bibliografía parapsicológica, pero sí corresponde señalar aquí que su problemática fundamental ha sido planteada en un nivel metateórico en sendos estudios publicados en las revistas *Science* (V., entre otros, los siguientes artículos: *Compatibility of Science and ESP*, por P. S. Meehel & M. Scriven y *Probability, Logic and ESP*, por P. W. Bridgman, en el Vol. 123, N° 3184, del 6-1-1956, pp. 14 y 15, respectivamente) y, más recientemente, en *The British Journal for the Philosophy of Science* (V. *ESP and Memory: a Physical Theory*, por N. Marshall y H. R. Post: *Retrospective Miracles or Betting after the Race*, por H. R. Post, en el Vol. 10 N° 40, II de 1960, pp. 265 y 338, respectivamente). Lamentablemente, la limitación de sus postulados iniciales veda a la mayoría de los epistemólogos el tratamiento de éste y otros problemas metateóricos, cuya importancia filosófica ya fue vislumbrada por hombres de ciencia como Freud, autor de media docena de artículos sobre cuestiones parapsicológicas. (V. G. Devereux: *Psychoanalysis and the Occult*, International Universities Press, Inc., New York, 1953, donde se incluyen, además, ensayos debidos a la pluma de otros psicoanalistas).

Quien estas líneas escribe está muy lejos de participar de la valoración de la parapsicología tal como se desprende de los libros fundamentales de Rhine y sus seguidores. Nuestro juicio, al respecto, lo hemos formulado en sendas comunicaciones, presentadas al *Primer Congreso Argentino de Psicología* organizado en 1954 por la Universidad Nacional de Tucumán, tituladas *El método y las técnicas en el estudio de la psique* y *Los estados psíquicos supranormales* (el primero de ellos fue publicado en las *Actas*, Tomo I, único tomo aparecido). Estas referencias sólo tienen por finalidad iluminar, con algunos ejemplos precisos, los equívocos que oscurecen la comprensión de estos importantes problemas metateóricos. Si la ortodoxia de sus planteos no se lo hubiera impedido, los epistemólogos hubieran tomado en cuenta los temas parapsicológicos tal como se presentan en la historia de las religiones o en el campo de la antropología, disciplinas ambas que caen dentro del ámbito de la filosofía de las ciencias. (V., por ejemplo, las obras de M. Eliade, especialmente, su estudio sobre el shamanismo titulado *Le Chamanisme et les techniques archaïques de l'extase*, Payot, Paris, 1951, y algunos de los libros del antropólogo E. De Martino, especialmente *Il mondo magico*, Seconda edizione, Einaudi, Torino, 1958 y *Sud e magia*, Feltrinelli, Milano, 1959. V. también los trabajos de Métraux y R. Bastide).

17 Las ciencias del espíritu, ciencias culturales o ciencias del hombre son ciencias fácticas, pero los hechos (datos) que tratan pertenecen a la cultura creada por el hombre. (V. H. Rickert: *Ciencia cultural y ciencia natural*, Espasa-Calpe Arg. S. A., Buenos Aires-México, 1943; E. Cassirer: *Las ciencias de la cultura*, F. C. E., México-Buenos Aires, 1951; E. Grassi-Th. von Uexküll: *Las ciencias del espíritu y de la naturaleza*, Miracle, Barcelona, 1952. Además de la conocida obra de Dilthey, puede verse el trabajo de H. J. Ulball: *Ciencias culturales* publicado en la *Revista de lenguas y literaturas*, tomo I, n° I, 1949, en Tucumán. Este ensayo, no obstante su brevedad, es importante sobre todo como un antecedente para la comprensión de la definición de la lingüística como ciencia cultural autónoma y deductiva, que es el punto de vista de la escuela estructuralista de Copenhagen). Por tratar una cierta experiencia (los hechos de la cultura), las ciencias del hombre se aproximan a las ciencias naturales, que se ocupan también de hechos; pero, a la vez, difieren de éstas en el carácter de los objetos, en la manera de examinarlos y en los métodos utilizados. El análisis desintegra al objeto en las ciencias de la naturaleza, en cambio en las del espíritu se detiene en el objeto que es considerado como unidad; en tanto que las primeras tratan de establecer relaciones cuantitativas entre los fenómenos, las últimas fundan sus consideraciones en la cualidad. Sin embargo, las semejanzas apuntadas, la prevalencia de una mentalidad positivista y su aspiración a constituirse en ciencias autónomas favoreció la inclusión de estas disciplinas entre las ciencias naturales o jornales, adoptándose en cada caso los respectivos métodos. Sus funestos resultados pueden comprobarse en la psicología positivista y también en la sociología, el derecho, la lingüística, etc. del siglo pasado. En la actualidad, prevalecen los ensayos de formalización de las ciencias del espíritu. La lingüística estructural, por ejemplo, ha logrado convertirse en una ciencia formal pura a través del tratamiento estructuralista de la escuela de Copenhagen (V. L. Hjems-

lev: *Prolegomena to a Theory of Language*, Waverly Press Inc., Baltimore, 1953 y Hjelmslev-Uldall: *Outline of Glossematics*. Copenhagen Nordisk Sprog-og Kultur.

18 En su *Lettre sur l'humanisme* (Aubier, Editions Montaigne, texte allemand traduit et présenté par R. Munier, 1957, p. 29) Heidegger señaló el "complejo de inferioridad" de la filosofía ante la ciencia: "Desde entonces, la "filosofía" se encuentra apurada por la constante necesidad de justificar su existencia frente a las "ciencias". Cree poder lograrlo de la manera más segura elevándose a sí misma al rango de ciencia. Pero este empeño equivale a abandonar la esencia del pensar. La filosofía se siente perseguida por el temor de perder validez y consideración si no es una ciencia. Se ve en ello una carencia que equivale a su no-cientificidad". El mismo Husserl debe haber sentido de alguna manera esta necesidad cuando escribió su trabajo sobre la filosofía como ciencia estricta.

El tratamiento científico de la filosofía comienza "oficialmente" con el positivismo pero sus orígenes se remontan a la antigua Grecia e, incluso, a la filosofía de Oriente. La escuela contemporánea que mejor concretó esta aspiración es el neopositivismo: hay que hacer una ciencia de la filosofía. Un punto de vista opuesto es el de W. Szilasi que considera la ciencia como filosofía. Retorna al pensamiento griego clásico según el cual las ciencias son ontológicas regionales. Szilasi preconiza el empleo del método fenomenológico, pero más que en el sentido de Husserl en el de Heidegger (tal como es expuesto en las primeras páginas de *Ser y tiempo*).

19 Cr. Morris declara que la semiótica es una ciencia y la misma aspiración comparten Carnap y Reichenbach. Sin embargo, Schlick —el fundador del movimiento— le negaba carácter científico y continuaba llamándola la "reina de las ciencias". En su libro *Les énoncés scientifiques et la réalité du monde extérieur* (Hermann & Cie. Editeurs, Paris, 1934), define la ciencia como un sistema de conocimientos verificados experimentalmente y la filosofía como una actividad que tiene por objeto establecer el sentido de los enunciados científicos. Para Schlick, la filosofía era una disciplina definitiva, pero no un sistema de conocimientos sino de actos, de operaciones: las necesarias para establecer el sentido de los enunciados. El concepto de la filosofía como "actividad" y como "análisis del lenguaje de la ciencia" es una herencia de Wittgenstein. El autor del *Tractatus logico-philosophicus* no sólo influyó sobre Schlick sino en Carnap (directamente e indirectamente a través de Schlick). Recuérdese que la *Lógica de la ciencia* de este autor es "el análisis lógico del lenguaje de la ciencia".

A juicio de Morris (V. *Foundations of the Theory of Signs*. The University of Chicago Press, Second Impressions, 1940, p. 2) la semiótica es, además de una ciencia, un instrumento (organon) para las ciencias. El proyecto de ciencia unificada (título de la revista publicada por el positivismo lógico en EE. UU.) se cumplirá, según Morris, a través de la semiótica.

20 Carnap ha ilustrado el uso del método sintáctico en su faz negativa en su obra "*La science et la métaphysique...*" ya citada, sometiendo a análisis algunos fragmentos del libro de M. Heidegger *Qué es metafísica*, debido a la gran difusión de esta obra.

E. W. Beth (V. su comunicación *Scientific philosophy: its aims and means*, en el tomo II de las Actas del Congreso Internacional de Filosofía de Barcelona, que tuvo lugar entre el 4 y 10 de octubre de 1948) incluye entre los métodos de la filosofía científica a la investigación histórica, nombrando entre quienes lo pusieron en práctica a Couturat, Duhem, Enriques y Kelsen.

21 En la práctica, denominación no siempre corresponde al contenido de la disciplina y suele ocurrir que los filósofos científicos desnaturalizan la enseñanza de la filosofía de las ciencias hasta convertirla en epistemología o, lo que es peor aún, en un mero curso de introducción al estudio de las ciencias. Las razones de estos hechos son perfectamente explicables: quienes han recibido una preparación científica porque su finalidad era cultivar alguna ciencia particular (matemática, física, biología), conocen y valoran los métodos que conducen a la adquisición del conocimiento científico, carecen de una formación filosófica mínima o, en el mejor de los casos, han adquirido ciertos conocimientos autodidácticamente. Pero, así como

FILOSOFIA

para ser físico hay que estudiar álgebra y análisis matemático, y para investigar en las ciencias biológicas hay que dominar la química o la física por su carácter instrumental imprescindible, del mismo modo para filosofar hay que formarse y prepararse. El conocimiento de las lenguas clásicas, de la historia de la filosofía, de las disciplinas humanísticas y de sus métodos es el camino obligado: aquí tampoco hay una "vía real". Es natural que quienes han recibido una preparación científica, puestos a "filosofar" propongan el uso de los métodos que conocen y aceptan como válidos: los métodos de las ciencias. Su criterio de verdad será la verificación (o la deducción) y su concepto de la realidad será empírico. Lo que no es ya natural ni lógico es que estas personas que han abandonado el terreno científico quieran reducir la filosofía al ámbito limitado que sólo les permiten su estrecha visión y las restrictivas postulaciones que aceptan como base de sus reflexiones.

Es así como la historia de la filosofía es destruida convirtiéndola en "historia de problemas", como propuso Schlick (V. op. cit.) y Reichenbach expuso con lujo de detalles en su difundida obra "*La filosofía científica*" (V. la edición castellana del F. C. E., México-Buenos Aires, 1953), o "en un museo filosófico", según la expresión del propio Reichenbach (V. op. cit., p. 118). Las dudas acerca de la legitimidad de la historia de la filosofía son el resultado de un error y de una ingenuidad: el error consiste en creer que la historia de la filosofía es "historia"; la ingenuidad reside en suponer que la filosofía es igual que la ciencia y que, así como para ser un hombre de ciencia no se requiere conocer su historia, para ser un filósofo de nada sirve la historia de la filosofía. La razón profunda del rechazo de esta disciplina es la mentalidad antimetafísica, que también se manifiesta ante la historia de las religiones, convertida asimismo en "historia", sometida a métodos positivos o reducida a un capítulo de la psicología médica. (V. la segunda parte de nuestro estudio mencionado *Caracteres antimetafísicos del pensamiento contemporáneo*, que se publicará en el segundo número de la época segunda de la *Revista de Filosofía*, de la Univ. Nac. de La Plata).

La actualización informativa, la modernidad, la temporalidad, son caracteres del conocimiento científico: la ciencia válida es la más reciente. La filosofía no necesita negar su historia para ser válida sino, al contrario, está *entrelazada* con su historia. (V. M. Gueroult: *Le problème de la légitimité de l'histoire de la philosophie*; E. Castelli: *La philosophie de l'histoire de la philosophie* y A. Dempf: *Philosophie de l'histoire de la philosophie* en la obra colectiva publicada por la Librairie Philosophique Vrin, Paris, 1956). Por eso, L. Tatarkiewicz enumera seis pasos en la tarea del historiador de la filosofía: "elegir los hechos, interpretarlos, integrarlos, clasificarlos, vincularlos unos con otros y corregirlos". (V. *La historia de la filosofía y el arte de escribirla*, en *Diógenes* Nº 20, diciembre 1957, p. 70).

22 La filosofía de la lógica y la metalógica son disciplinas diferentes. Esta es una parte de la semiótica que tiene por objeto el estudio de los signos lógicos (sistema formal). También podría definirse como un metalenguaje donde se estudian las propiedades (consistencia, decidibilidad, saturación, completicidad, independencia) de un cálculo, desde uno de estos dos puntos de vista: sintáctico o semántico. La metalógica es, pues, una metateoría análoga a la metamatemática de Hilbert (V. la nota siguiente). Lógica y metalógica se distinguen por estar expresadas, respectivamente, en un lenguaje de objeto y un metalenguaje. Pero, incluso, diferenciando los niveles lingüísticos, la separación entre ambas tiende a desaparecer en los autores modernos. Como dice Marie-Louise Roure (V. *Logique et métalogue*, E. Vitte Edit., Paris, 1957, p. 8) la sintaxis y la semántica (originadas por las investigaciones metalógicas) tienden a formar parte de la lógica simbólica o, al menos, son como su prolongación natural. De hecho, ningún libro de lógica puede eliminar las consideraciones metalingüísticas y metalógicas (lo mismo ocurre en los libros de matemáticas con respecto a la metamatemática).

La finalidad de la filosofía de la lógica es otra, aunque en algunos pocos aspectos pueda superponerse parcialmente con la anterior: por ejemplo, en la consideración de algunos problemas planteados por las escuelas filosóficas de la matemática (intuicionismo, logicismo y formalismo). La filosofía de la lógica trata de la naturaleza de la ciencia lógica y, ante todo, de si existe una ciencia tal, del examen de las expresiones lógicas (en su significado y esencia y no meramente como signos de un cálculo sometido a reglas), reflexiona sobre los postulados de la lógica, el valor de sus leyes, explicita las implicaciones filosóficas que subtiende el cálculo lógico (lo que Piaget llama las "preocupaciones extralógicas" y Gonsseth la "doctrina previa"),

estudia las relaciones entre la lógica y las otras ciencias y sus conexiones con la filosofía, la significación de la nueva lógica, de la lógica aristotélica, etc., etc. Son consideraciones filosóficas sobre la lógica gran parte de las expuestas por Marie-Louise Roure en el libro citado, las de Piaget en las primeras treinta páginas de su *Traité de logique* (A. Colin, Paris, 1949) y el libro de Husserl *Investigaciones lógicas* (también otras obras de este filósofo como *Lógica formal y trascendental*).

23 La metamatemática de Hilbert aspiraba a lograr una formalización estricta de las teorías matemáticas, inclusive de sus demostraciones, siguiendo el modelo del cálculo lógico: los *objetos* de la metamatemática serían los símbolos y las fórmulas desprovistos de todo contenido significativo. La filosofía de la matemática —como la filosofía de la lógica— no se limita a establecer mediante reglas adecuadas las condiciones para que una fórmula esté bien formada, tiene sus problemas propios: qué es la matemática, cuál es la relación entre ella y la realidad, por qué las leyes matemáticas son “aplicables” a la naturaleza, cuál es el *locus* de los entes matemáticos, cuáles las relaciones entre la matemática y las otras ciencias, etc., etc.

24 La historiografía o Historia (con mayúscula) es una teoría acerca de los sucesos que constituyen la historia (con minúscula); su problema fundamental es la gradación de sus dos componentes necesarios: los conceptos y los hechos. La subordinación del hecho a la idea conduce al idealismo (en todas sus formas, desde el subjetivismo absoluto hasta el logicismo formalista); la idolatría de los hechos desemboca en el positivismo. La epistemología de la historiografía estudia las hipótesis y las teorías de esta ciencia, el valor de los métodos y las técnicas que pone es juego para alcanzar la formulación de proposiciones verdaderas. La filosofía de la Historia, con un criterio más amplio, examina toda la problemática que está implícita en la ciencia histórica. Pero hay también una teología de la historia que estudia las relaciones entre la historia, es decir los hechos históricos, y lo sagrado. Su misión consiste en examinar las relaciones entre dos órdenes de realidades: uno trascendente (la revelación) y otro inmanente, la realidad fáctica (*res gestae*). La metafísica de la historia busca las causas y los principios del suceder histórico con una finalidad metafísica: la teología de la historia busca las leyes divinas. Muchas filosofías de la historia son, en realidad, metafísica o teología.

25 La antropología positivista acuñó como dogmas las hipótesis de Levy Brühl sobre la “mentalidad primitiva” y la “mente prelógica” que convertía en frenasténicos a los miembros de las sociedades arcaicas, con un desprecio absoluto por la cosmología, la teología y la metafísica que estaban implícitas en sus concepciones del hombre y del mundo. Ignorando que el propio Levy Brühl ya había comprendido que su teoría era errónea (V. sus *Carnets*, Presses Univ., Paris, 1949, pp. 129 y siguientes), los positivistas comparaban el niño con el “salvaje” y extraían generalizaciones acerca del “primitivo”. En la actualidad, la filosofía de la antropología está por hacer, aunque algo se ha adelantado en las obras de algunos antropólogos, como Griaule, Radin, Tempels, Slotkin y Leenhardt.

26 El científicismo antimetafísico es antirreligioso y, por ello, tiende a la destrucción de la hierografía. Los procedimientos más comunes han intentado reducir lo sacro a otras categorías. Así tuvieron origen la ciencia de las religiones (Max Muller), la psicología y la historia de las religiones. Los historiadores y filósofos de las religiones (M. Eliade, Petazzoni, Van der Leeww, Dumézil) destacan que no es mera “historia”, sino ante todo “religión”. Algunos estudios antropológicos revisten importancia también para la historia de las religiones (tal es el caso de los libros de Radin, Griaule, etc.).

27 En la historia de la matemática hay un capítulo que puede ser examinado desde uno u otro de estos puntos de vista: la creación del cálculo infinitesimal. Cuando se relatan las incidencias polémicas en torno a la paternidad del cálculo, la prioridad de su creación, etc., estamos en la historia de los *hombres* de ciencia, mero capítulo de crónica. Lo importante es,

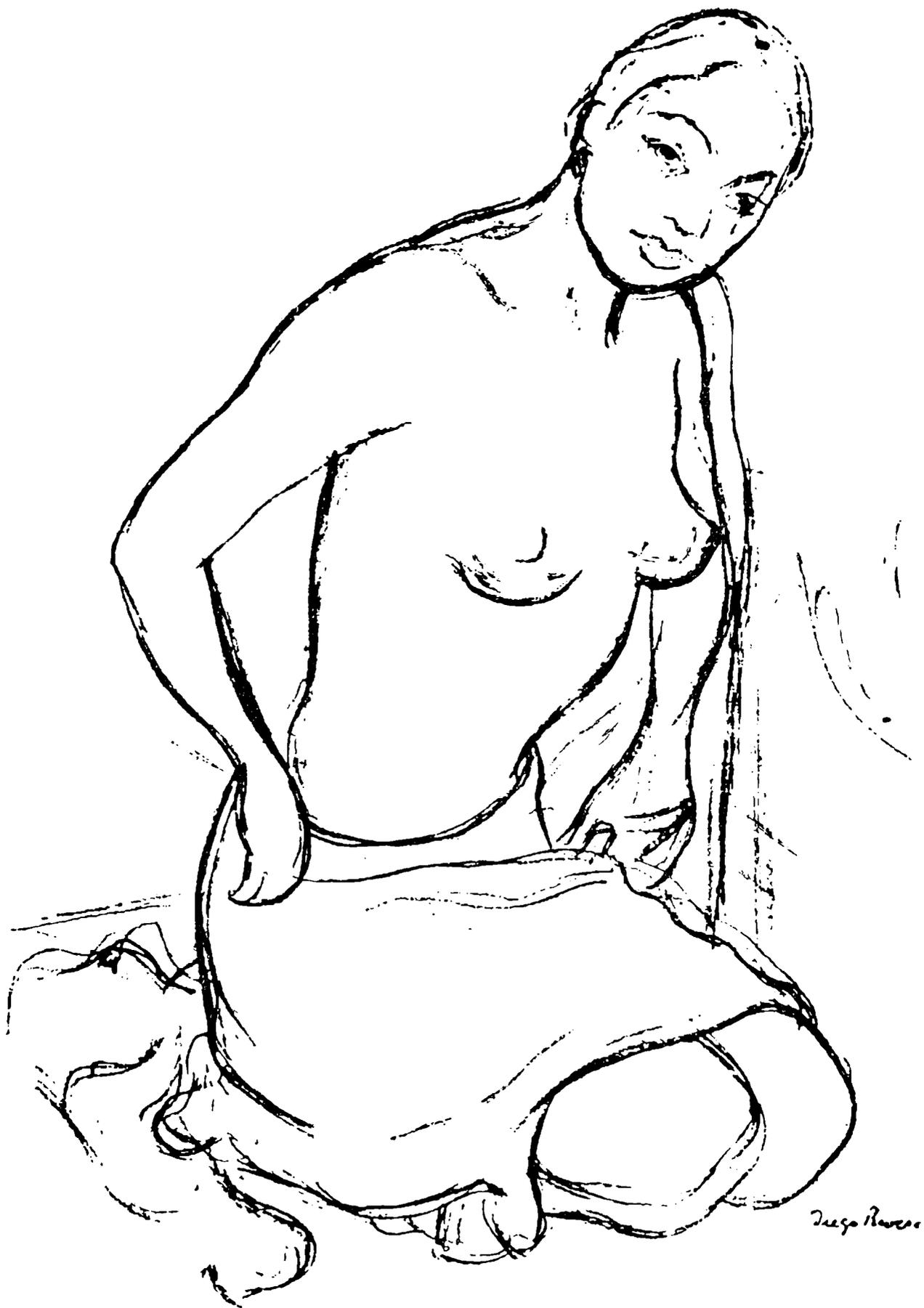
FILOSOFIA

por el contrario, el análisis de los conceptos matemáticos tal como fueron expuestos por Newton y Leibniz. En este último caso, estamos en la historia del *pensamiento* científico.

28 Las relaciones entre la sociedad y la ciencia son de mutua influencia: tanto la ciencia se proyecta sobre la sociedad como los grupos sociales influyen en la creación científica. Pertenecen a la sociología de la ciencia determinar dentro de la historia de la genética, por ejemplo, cuál ha sido la influencia de la filosofía política marxista en la aceptación oficial de la teoría de Lysenko-Michurin. También entra dentro de su esfera, el estudio de las relaciones entre la situación bélica y el progreso de la cibernética, etc., etc.

29 ¿Cuál es el papel de las figuras en la enseñanza de la geometría superior? ¿Es conveniente emplear la intuición sensorial para "facilitar" la comprensión de las teorías abstractas? ¿Cómo debe enseñarse la química?, etc., etc., son problemas que se refieren a los procedimientos para transmitir el conocimiento científico. Pero su estudio sobre el valor del método axiomático o de la inducción pertenece a la metodología entendida científicamente.

30 La psicología de la ciencia es, en realidad, un capítulo especializado de la psicología porque exige el conocimiento de los conceptos científicos respectivos. Consideraciones de carácter psicológico se encuentran en algunos de los libros de Poincaré y de Hadamard. Las conexiones entre la psicología de la ciencia y la epistemología han sido explicadas por León Delpech en una comunicación titulada *Epistémologie et psychologie différentielle* (publicada en el tomo 1º de las Actas del Congreso Internacional de Filosofía de las Ciencias, editadas por Hermann et Cie., en 1951).



NIEVES, dibujo por Diego Rivera (Col. Frida Kahlo).

Educación

Tendencias actuales del pensamiento educacional en los Estados Unidos

GUSTAVO F. J. CIRIGLIANO

NACIDO EN Bs. AIRES en 1930. Se graduó de profesor de filosofía y de pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Se doctoró en 1959 con una tesis sobre "Análisis fenomenológico de la educación". En dicha facultad ha sido jefe de trabajos prácticos en diversas asignaturas pedagógicas y secretario del Departamento de Ciencias de la Educación. Ha sido profesor de pedagogía y didáctica en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires y de la Escuela Normal de Profesores "Mariano Acosta". Actualmente es profesor interino de ciencia y filosofía de la educación en la Universidad de La Plata. Asesor pedagógico de la Escuela Superior de Guerra. Contratado este año como profesor asistente del proyecto 102 de la OEA. Es miembro de la "John Dewey Society" (Ohio) y de la "Adult Education Association" (Illinois) de los EE. UU. de Norteamérica.

AL iniciar este intento de perfilar las tendencias actuales del pensamiento educacional en los EE. UU. nos vemos precisados a señalar que una gran dificultad para llevarlo a cabo radica en el peligro de que el panorama a recomponer a distancia del escenario original vaya a pecar de inexacto. Pero esta no es la dificultad mayor. Más complejo aún es organizar, distribuir las escuelas, en la búsqueda de una mejor visión, bajo esquemas y rótulos que desfiguran o alteran la situación real. Pero no queda otra salida que acomodar, de alguna manera, la realidad al esquema. En agosto de 1957 nos visitó una delegación de educadores norteamericanos encontrándose entre ellos el Presidente de la Sociedad de Educación Comparada. Este manifestó que en la actualidad existían en los EE. UU. no menos de seis escuelas o corrientes en Filosofía de la Educación claramente diferenciables. Gran problema son los nombres. Hallamos grandes agrupaciones bajo títulos como Conservadora, Autoritaria, Libe-

ral, del Laissez-Faire, Progresiva, a la vez que encontramos escuelas o movimientos como Experimentalismo, Pragmatismo, Instrumentalismo, Progresivismo, Esencialismo, Escuela Católica, Perennialismo, Idealismo, Realismo, Escuela de las Artes Liberales, Tomistas, Humanistas, Reconstruccionismo, Organicismo, Sobrenaturalismo, Separatismo, etc.

En razón de esa complejidad hemos procedido a dividir todo el panorama educacional en dos grandes orientaciones y a limitarnos en este trabajo a una especial referencia a aquellas figuras menos conocidas en nuestro país.

Así tendríamos, por un lado, la *orientación metafísica* (corrientes esencialistas o estáticas) y, por el otro, la *orientación científica* (creacionistas o dinámicas). La primera incluye conservadores, esencialistas, tomistas, realistas, perennialistas, sobrenaturalistas, etc., mientras que la segunda reúne pragmatistas, instrumentalistas, reconstruccionistas, etc.

Concretamente, dentro de la primera recordaremos el Humanismo Racional de R. Hutchins (que pudo además haber incluido a M. J. Adler y M. Van Doren). Seguidamente el Humanismo Religioso de Fitzpatrick y el Sobrenaturalismo de Cunningham y Henle, bajo la denominación de Teología de la Educación. Dentro de la primera orientación también señalaremos la Teoría Realista de Broudy, la Filosofía del Organismo de Whitehead, la Filosofía Orgánica de la Educación de Wegener y la Teoría de los Valores Metafísicos de la Educación del Profesor Ulich.

Dentro de la Orientación Científica, partiremos de una breve referencia al Pragmatismo-Instrumentalismo-Experimentalismo (Dewey, Moore, Bode) para pasar a considerar el Progresivismo (Kilpatrick, Hook, Washburne, Kallen, Childs), el Reconstruccionismo de Theodore Brameld y algunos otros aportes más recientes.

Nuestro intento es el de sintetizar rápida y superficialmente las líneas principales de pensamiento y sus figuras más relevantes.

I. ORIENTACION METAFISICA

1 — EL HUMANISMO RACIONAL, DE ROBERT M. HUTCHINS

El canciller Hutchins es sumamente conocido en los EE.UU. por su oposición a las nuevas ideas. Es defensor de las Artes Liberales y

EDUCACION

admirador del sistema de los "Hundred Great Books". De entre sus obras han de citarse: "Higher Learning in America" (1936), "Education for Freedom" (1943),¹ "The Great Conversation" (1952), "The University of Utopia" (1953)² y "The Conflict in Education in a Democratic Society" (1953).

Ha de ser ubicado en la línea de los esencialistas o metafísicos por cuanto considera a la educación como un cultivo o desarrollo de lo esencial del hombre, siendo lo esencial del hombre la razón. Por eso su pensamiento puede ser caracterizado como "Humanismo Racional": cumplimiento de la perfectibilidad humana en su núcleo racional.

Todo su planteo educativo se ha de reducir, por fuerza, a ser una búsqueda de la incrementación o crecimiento intelectual: "Si se entiende bien la educación, ésta debe entenderse como el cultivo del intelecto".

Por otra parte, el hombre, esencialmente racional, es libre. Su alimento natural han de constituirlo las "artes liberales" por ser las propias del hombre libre.

El Humanismo Racional —como se ve— no es sino la reiteración del pensamiento "tradicional" y al igual que éste postula un humanismo disminuído a lo intelectual. Las verdades existen inmutables. La verdad, alimento del intelecto humano, puede hallarse en los Grandes Libros.

Se adscribe a la posición tradicional tomista otorgando primacía al entendimiento sobre la voluntad. La razón, para él, es la facultad supervisora, especulativa, fuera de las circunstancias concretas, que elige entre ideas y de acuerdo al valor de éstas. La educación se torna una "conversación que apunta a la verdad".

Señala como fines de la educación: la sabiduría para el entendimiento y la bondad para la voluntad.

Finalmente, son conocidos sus ataques acertados contra la superficialidad en la educación y contra el vocacionalismo. Posee notable habilidad para señalar las fallas pintorescas de los cursos de cosmética, de choferes o de porteros escolares de la escuela norteamericana.

¹ R. Hutchins: "Educación para la Libertad", trad. de Pedro Zuloaga, Editorial Jus. México, 1947.

² R. Hutchins: *La Universidad de Utopía*, trad. de N. Rosenblatt, Eudeba, Bs. As., 1959.

2 — TEOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN.

Reunimos bajo este título el Humanismo Religioso de E. Fitzpatrick, el Sobrenaturalismo de W. F. Cunningham y la posición escolástica de R. Henle. Un autor católico, John H. Hampsch, en irreprochable lógica, postula como culminación natural de este tipo de planteo, una Teología de la Educación, al afirmar que la filosofía de la educación no puede divorciarse de la teología de la educación puesto que la educación debe formar al hombre para que conozca cómo vivir de la manera más completa, y ésto se realiza cuando las facultades más bajas se subordinan a la razón y la razón a la fe y todas son animadas por la caridad.³

En razón de ello hemos extendido esta denominación para todos estos autores que parten del principio teológico del destino sobrenatural del hombre. Este es algo más que animal racional, está sobrelevado. El hombre es más que natural. Es un ser de destino divino. Por tanto no cabe ya el simple planteo clásico del humanismo.

Parten de una actitud semejante al humanismo al preguntarse por el ser del hombre y al buscar con la educación desarrollar su naturaleza esencial. Pero hallan en su esencia una nota ulterior y trascendente a la animalidad racional.

Edward A. Fitzpatrick en sus obras "Exploring a Theology of Education" (1950), "How to Educate Human Beings" (1950), "Foundations of Christian Education" (1930) y "Philosophy of Education"⁴, caracteriza su idea de hombre como la de "un alma inmortal llamada a un destino eterno". Destaca la necesidad de una teología de la educación para plantear el problema del destino humano y considera a la educación como una posesión de la vida plena. Esa vida ordenada culmina en su más alta manifestación, la vida espiritual y religiosa. La religión se ha de convertir en una fe viviente, "en un esquema fundamental de las motivaciones en el aprendizaje y en la vida y en todas nuestras relaciones para con nosotros mismos, para con

³ John H. Hampsch: *Integrative determinants in the Philosophy of Education of St. Thomas Aquinas*, Educational Theory, Illinois, Enero 1959.

⁴ E. A. Fitzpatrick: *Filosofía y Ciencia de la Educación*, Editorial Paidós, Bs. As., 1958.

EDUCACION

el prójimo y con Dios. El humanismo religioso tendría que ser el centro de la educación".⁵

William F. Cunningham en su importante obra "The Pivotal Problems of Education"⁶ reitera conceptos semejantes: que el hombre es animal racional lo afirma la filosofía basada en la razón natural. "Pero la teología, basada en la revelación, dice algo más sobre la naturaleza del hombre. . . Dice que al hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, le fueron dados dones superiores a los que por naturaleza le correspondían".⁷

A través de su posición filosófica el Sobrenaturalismo subraya que el hombre es un animal religioso, que vive no sólo humana sino sobrenaturalmente y que entre los factores que forman la personalidad del hombre además del intelecto y la voluntad se halla la Gracia. El fin de la educación ya no es sólo el propio perfeccionamiento individual o la "vida ordenada humanamente" sino la perfección cristiana, la incorporación al Cuerpo Místico y la eterna salvación.⁸

Debiera tal vez señalarse que Cunningham pareciera buscar más una filosofía del Sobrenaturalismo que una mera Teología de la Educación.

Robert J. Henle en "An Essay in Educational Theory"⁹ presenta una posición muy semejante a las que recordamos: el problema primario de la educación es determinar la naturaleza del hombre y en qué consiste su perfección, la ordenación de las potencialidades y su integración con el fin sobrenatural, etc.

Parece pertinente señalar que estos autores (que más que esencialistas son perennialistas según el concepto de Th. Brameld) se hallan sumamente cercanos al pensamiento de Jacques Maritain expre-

⁵ E. A. Fitzpatrick: op. cit., pág. 48.

⁶ W. F. Cunningham: *Filosofía de la Educación*, El Ateneo, Bs. As., 1955.

⁷ W. F. Cunningham: op. cit., pág. 219.

⁸ W. F. Cunningham: op. cit. pág. 42.

⁹ R. Henle: *An Essay in Educational Theory*, The Modern Schoolman, St. Louis University, Enero 1948.

sado en "Education at the Crossroad"¹⁰ que originariamente fue un conjunto de conferencias que el filósofo francés dictó, en EEUU. precisamente, durante la última guerra.

3 — LA FILOSOFÍA REALISTA DE LA EDUCACIÓN: HARRY S. BROUDY

El pensamiento de Broudy se halla emparentado al Esencialismo y se conecta con la tradición realista que comienza con Aristóteles. En su obra "Building a Philosophy of Education" (1954) presenta su pensamiento que consiste, según afirma Sawhill Virtue, en una verdadera antítesis del reconstruccionismo de Th. Brameld.¹¹

Como método para la filosofía de la educación elige el uso de los métodos de la filosofía misma. Parte de una actitud general ante la vida, a la que considera como un todo, y luego analiza las consecuencias que para la educación surgen a la luz de esta básica concepción del mundo. La "gran ocupación" de la vida es devenir creativamente consciente de las potencialidades de la vida y realizar estas potencialidades en acto creador.

La educación es la guía racional del aprendizaje de la naturaleza de lo real a fin de que el individuo pueda participar en los valores verdaderos del ser. La filosofía de la educación es la clarificación del camino a través del cual el proceso de aprendizaje guiado toma cuenta de estos valores.

Su posición ante el mundo y el ser es racionalista-realista y trata de explicar las situaciones educacionales en términos de su sentido último en una concepción racional del mundo. La educación ha de promover el bien humano. Su formulación de la "vida buena" implica una teoría de los valores. Rechaza el pensamiento antropológico-naturalista y propone una teoría realista del valor como "la relación entre estructuras de cosas y la estructura de la naturaleza humana". Da una lista específica de valores: vital, económico, asociacional, intelectual, recreacional, etc. Y trata el rol de la escuela en relación con cada uno de estos valores.

¹⁰ Jacques Maritain: *La Educación en este momento crucial*, Edic. Desclée, Bs. As., 1954.

¹¹ Charles F. Sawhill Virtue: *General Philosophy and Philosophy of Education: A Word from and Academic Philosopher*, Educational Theory, Illinois, Octubre 1958. Este artículo ha sido utilizado como fuente para la descripción del pensamiento de Broudy.

EDUCACION

Como se ve, aparecen en su pensamiento los típicos elementos de la orientación metafísica: ser humano racional, los valores, la educación ajustada a éstos, etc. Debe notarse, sin embargo, que Broudy evita la acentuación enfática de los aspectos puramente intelectuales de la educación.

4 — LA FILOSOFÍA DEL ORGANISMO: ALFRED N. WHITEHEAD

Si bien Whitehead no ha conformado un sistema que pueda denominarse con precisión como “filosofía de la educación” ocupa por la calidad e influencia de su pensamiento general un lugar destacado en el ámbito educacional, y es, por otra parte, sumamente citado como autoridad a raíz de su trabajo “Aims of Education”.¹²

Aunque Whitehead, en esta clasificación, ha sido ubicado entre los metafísicos —porque lo es— no lo es a la manera de los esencialistas o perennialistas que hemos recordado. En realidad debiera figurar en un nivel diferente.

Uno de los libros más importantes para el conocimiento de su filosofía es “Process and Reality”. Whitehead, de pensamiento matemático y metafísico, influido de platonismo, denomina a su filosofía “la Filosofía del Organismo”. Entre las ideas centrales de su filosofía del organismo figura su idea de socialidad que no tiene estrictamente que ver con la realidad política o social. Whitehead, metafísicamente hablando, llama a toda realidad una sociedad. El mundo se compone de aconteceres, no de cosas. El acaecer es la unidad sintética del universo aprehendido. El acaecer es un organismo.¹³ La fuente primera de lo humano es lo religioso. La experiencia religiosa es nuestro más profundo sentido de la cualidad trágicamente armoniosa del proceso universal. En ella la subjetividad y la objetividad están inmersas en la contemplación de la belleza creadora.¹⁴

Como se indicó, no ha escrito sobre educación más que un solo libro, “Los Fines de la Educación”, en el que la analiza bajo su

¹² A. N. Whitehead: *Los fines de la Educación y otros ensayos*, Editorial Paidós, Bs. As., 1957.

¹³ I. M. Bochenski: *La Filosofía Actual*, F. C. E., México, 1949, pág. 229.

¹⁴ El citado artículo de Sawhill Virtue ha servido como fuente para la descripción del pensamiento de Whitehead.

aspecto intelectual, como un estímulo al desarrollo autónomo. En esa obra ha tratado el problema de la educación técnica y la superación del antagonismo con la educación liberal. Preocupado por una educación para la vida, le exige que sea creadora y promotora de vida, que amplíe nuestro sentido a la vez de orden y de aventura, nuestra lealtad a lo adquirido y nuestra libertad creadora.

Su pensamiento educativo se enlaza con su teoría general: es el filósofo de la infinita creatividad, "proclamador de un dinamismo radical".¹⁵

5 — LA FILOSOFÍA ORGÁNICA DE LA EDUCACIÓN: FRANK C. WEGENER

Siguiendo la línea del pensamiento de Whitehead se halla el de Frank C. Wegener, quien se reconoce a sí mismo en la senda metafísica. Sus ideas se hallan expuestas en su obra "The Organic Philosophy of Education" (1957).

El mismo Wegener en un artículo publicado en 1958 señala algunas notas que distinguen el pensamiento orgánico del pensamiento experimental o pragmático de Dewey.¹⁶ Permite esta confrontación penetrar mejor en su pensamiento, dado lo conocido que es el pensamiento del experimentalismo.

El pensamiento de Dewey se manifestaba en contra de todo dualismo. También lo hace el pensamiento orgánico. Pero si el de Dewey termina en una unidad experiencial mediante la síntesis o subordinación de uno de los dos términos, el orgánico arriba, para superar el problema de los dualismos, al principio metafísico de la biopolaridad. Y así como Dewey aplica su principio de la unidad experiencial a la educación, lo mismo acontece en la filosofía orgánica con el de bipolaridad.

"El principio bipolar implica la noción de que una realidad o un proceso orgánico está constituido por diversas fuerzas en una relación unificada, de tal manera que dicha unidad contiene las relaciones de dos polos o esferas que exhiben una diversidad dentro de la unidad;

¹⁵ I. M. Bochenski: op. cit., pág. 232.

¹⁶ F. C. Wegener: *Some differences between the Organic Philosophy of Education and John Dewey's Experimentalism*, Educational Theory, Illinois, Octubre 1958.

EDUCACION

esta relación de diversos polos contiene las relaciones de conjunto total (unidad) y de separabilidad (diversidad). Estos polos o esferas en sus relaciones recíprocas están coordinadas y no subordinados".¹⁷

Una segunda diferencia: ya en el mismo campo de la educación encontramos que las experiencias educacionales tienen lugar primeramente en dos esferas: la de las experiencias empíricas y la de las experiencias racionales (el Polo Físico y el Polo Mental). Y también en una tercera esfera constituida por las interacciones y reciprocidad de las dos primeras esferas. En el pensamiento pragmático sólo existía una: la de la experiencia vital que, según el pensamiento orgánico, sacrificaba a veces uno de los dos polos.

Wegener señala otra nota distintiva: el pensamiento de Dewey y de los experimentalistas concebía a la educación como un proceso social. El pensamiento orgánico acepta que en parte es un proceso social. La educación es un proceso orgánico total, es el desarrollo del hombre en el contexto de toda realidad que incluye los aspectos individual, social, natural, metafísico, ontológico y religioso.

La filosofía orgánica ha descrito las funciones genéricas del hombre como las "diez funciones básicas": intelectual, moral, espiritual, social, económica, política, física, doméstica o familiar, estética y de recreación. El hombre es la vertebración orgánica de estas diez funciones y la tarea de la educación es el desarrollo sistemático de las mismas.

A diferencia de Dewey que acentúa el proceso educativo en términos de "conducta inteligente", la filosofía orgánica de la educación asigna una doble función a la inteligencia: búsqueda de la verdad y de la intelección y conducta inteligente.

Una quinta diferencia, siempre según el mismo Wegener, distingue a ambas filosofías: mientras que en el proceso educacional pragmático predomina la continuidad experiencial, en la filosofía orgánica el proceso se basa en la reconciliación bipolar de la continuidad lógico-psicológica. La bipolaridad acepta la existencia de —por una parte— estructuras determinadas objetivamente o inteligibilidades conceptuales coordinadas con —por la otra parte— el orden determinado subjetivamente: necesidades, intereses, motivaciones, etc.¹⁸

¹⁷ F. C. Wegener: artículo citado, pág. 241.

¹⁸ F. C. Wegener: artículo citado, pág. 247.

6 — LOS VALORES METAFÍSICOS EN LA EDUCACIÓN: ROBERT ULICH

Así como hemos hechos referencia a Whitehead, de origen inglés, nos referiremos a Robert Ulich, de origen alemán, pero ambos destacados en la filosofía actual estadounidense.

El propósito de Ulich es el de hacer “reingresar como elemento constitutivo y valorizador de la experiencia humana el mundo de los valores y de los fines”.¹⁹

Lógicamente esta introducción de un mundo de valores independientes habrá de traer consecuencias para la educación. Así ésta será el órgano para la formación de una humanidad no sólo en experiencia abierta a la solidaridad, a los cambios y a los múltiples contactos sino verticalmente sostenida en un común fundamento de existencia y en una universalidad de valor.

Obras del Profesor R. Ulich: “Fundamentals of Democratic Education” (1940). “History of Educational Thought” (1945), “The Human Career” (1955), “Professional Education as a Human Study” (1956).

En su obra —posiblemente la más importante para conocer su pensamiento— “Fundamentos de una Educación Democrática”, parte primero del análisis de las causas de la educación, bajo el punto de vista biológico, sociológico, ético y emocional, para luego pasar al problema de los fines.²⁰

Los fines no pueden estar determinados por una suerte de subjetivismo caótico sino que deben asentarse en un orden más profundo, en una teoría del valor determinada metafísicamente. La educación es un intento organizado para desarrollar habilidades y criterios, conocimiento y valores, que nos ayudarán no sólo a distinguir entre el bien y el mal, la libertad y la esclavitud, sino que nos ayudarán a decidir activamente por lo positivo y rechazar lo negativo. Pero ese intento no estará basado sólo en la experiencia sino en el darse cuenta de la significación final de la vida.²¹

¹⁹ Lamberto Borghi: *J. Dewey e il pensiero pedagogico contemporaneo negli Stati Uniti*, La Nuova Italia Editrice, Firenze, 1951, pág. 109.

²⁰ Robert Ulich: *Fondamenti dell'Educazione Democratica*, La Nuova Italia Editrice, Firenze, 1954.

²¹ Robert Hoffman: *Some remarks on Professor Ulich's Philosophy of Education*, Educational Theory, Illinois, Enero 1959.

EDUCACION

Preocupado por una educación de fundamento ético y por el rol del futuro en una educación hasta ahora guiada por la sola experiencia, Ulich formula su planteo para superar esa limitación del pragmatismo; en este sentido puede su pensamiento compararse con lo que pretende el reconstruccionismo: enfrentar el problema del futuro y de la elección de alternativas, proponiendo fines.

II — ORIENTACION CIENTIFICA

I — PRAGMATISMO. INSTRUMENTALISMO O EXPERIMENTALISMO: JOHN DEWEY.

Mucho más conocidas entre nosotros son las ideas educacionales de estas escuelas. Mencionemos simplemente al primer pragmatista de nota: *William James* y una obra suya dedicada especialmente a la educación: "Talks to teachers on Psychology and to Students on some of Life's Ideals" (1899). Y recordemos que al pragmatismo se le asigna el lema de que conocer es actuar.

El nombre más destacado en filosofía de la educación en EEUU. ha sido sin duda el de *John Dewey* que pasa de un pragmatismo a un experimentalismo o instrumentalismo. Vasta es su obra ("Democracia y Educación", "Experiencia y Educación", "La Educación de Hoy", "Las Escuelas de Mañana", "La Ciencia de la Educación", etc.).²² Sumamente difundido aunque a veces muy interpretado y muchas otras peor realizado es su pensamiento: la educación como proceso de la experiencia, la educación en su relación con la idea de crecimiento, la determinación de las leyes de la experiencia educativa, identidad entre educación y experiencia democrática, su teoría del interés y el esfuerzo, su importantísima interpretación del fin dentro de la actividad lo que conduce a la identidad de medios y fines, su oposición a todo dualismo, etc.

Permítasenos una referencia a *Ernest Carroll Moore*, discípulo de Dewey, autor de "What is Education" (1915), "Fifty Years of American Education" (1917), "The Essence of the Matter" (1940). En Metafísica es pragmático ("es imposible definir al mundo por lo

²² Todas estas obras citadas han sido publicadas por Editorial Losada, Bs. As. Otra importante obra suya: *El hombre y sus problemas* lo ha sido por Editorial Paidós, Bs. As., 1952.

que originariamente es”) al igual que en epistemología (“el conocimiento es una actividad selectora de propósitos que emplea los recursos de la experiencia”). La educación es para él el proceso de utilizar la propia mente en caminos provechosamente sociales en la creación del pensamiento. Y fin de la educación es “convertir la actuación con propósito de uno en el mundo en un proceso de vida”.²³

Mencionemos también otro notable pensador de esta corriente y difusor de las ideas de Dewey: *Henry Boyd Bode* y algunas de sus obras: “*Fundamentals of Education*” (1928), “*Modern Educational Theories*” (1927) y “*Conflicting Psychologies or Learning*”, (1929).

2. PROGRESIVISMO

Así caracteriza Th. Brameld al “progresivismo”: “Esta filosofía no considera como fin primordial de la educación la adquisición de la mayor cantidad del contenido del mundo exterior sino la incitación a pensar con efectividad, a analizar, a criticar, a seleccionar entre alternativas y aventuras soluciones basadas en el análisis y la elección. Pensar es poner en práctica el método científico, es ajuste y reajuste inteligente con el ambiente natural y social de que es parte. Las escuelas debidamente organizadas son el medio en el que el niño aprende a vivir inteligentemente, es decir, enjuiciando y responsabilizándose. Las escuelas son centros democráticos porque proporcionan constantes oportunidades para encararse con problemas que se resuelven con la colaboración del mayor número de alumnos-ciudadanos. En este medio los maestros son colaboradores en la empresa común de la experiencia social y el aprendizaje se realiza en el empleo vital de dicha experiencia”.²⁴

El progresivismo es el desarrollo y la puesta en práctica de las ideas educacionales que comienzan con John Dewey.

William Heard Kilpatrick es sin duda la figura más representativa. Su obra más importante entre los muchos libros que ha escrito

²³ Johns H. Harrington: *E. C. Moore, Apostle of Pragmatism*, Educational Theory, Illinois, Abril 1958.

²⁴ Th. Brameld: *Las filosofías educativas de una época en crisis*, Pedagogía, Junio 1956, Puerto Rico.

EDUCACION

es "Philosophy of Education"²⁵ en la que desarrolla su interpretación de la escuela tradicional como alejandrina, su oposición al adoc-trinamiento autoritario, su ideal de una democracia de la humanidad, su nueva teoría del aprendizaje, su preocupación por el planteamiento de problemas que serán inminentes en el futuro, su empeño por el ingreso de las relaciones humanas en la educación, etc.

Sidney Hook es otra figura destacada. Su obra, "Education for Modern Man", (1946)²⁶ es la más significativa. En ella defiende vigorosamente el pensamiento progresivo de los ataques de las corrientes metafísicas, plantea con lucidez los nuevos enfoques, señala las contradicciones en que se debate la actitud tradicional. Conocido es su análisis de la situación de la educación vocacional o profesional en una democracia de economía industrial.

Carleton W. Washburne en su obra "What is Progressive Education?" (1952)²⁷ analiza con un criterio histórico y práctico-didáctico los problemas y dificultades de la escuela progresiva como así también enfrenta las críticas formuladas a la misma.

Horace M. Kallen (entre sus obras: "The Education of Free Men", 1949) participa de la misma temática de la Escuela Progresiva: la autonomía de la escuela frente a la sociedad, la educación como conquista de la responsabilidad y del autogobierno de la sociedad, la situación de la educación en la sociedad industrial que aleja de los hombres el control de la propia existencia, la alienación, el problema de la educación para la libertad, la educación y la guerra, etc.

John L. Childs ("Education and Morals, An Experimental Philosophy of Education", 1950) en la línea del pensamiento de Dewey trata de examinar a la luz del enfoque moral el sistema de la educación progresiva, sosteniendo una ética experimental. El elemento de valor está extraído del principio de la democracia, combinado con el principio psicológico del desarrollo.

²⁵ W. H. Kilpatrick: *Filosofía de la Educación*, Edit. Nova, Bs. As., 1957.

²⁶ Sidney Hook: *La Educación del Hombre Moderno*, Edit. Nova, Bs. As., 1957.

²⁷ Carleton W. Washburne: *Che cos'è l'educazione progressiva?*, La Nuova Italia Editrice, Firenze, 1953.

No nos queda espacio más que para solamente mencionar a *Harold Rugg, George S. Counts, H. Gordon Hullfish, George Axtelle* y *William Van Til*.

3. EL RECONSTRUCCIONISMO DE THEODORE BRAMELD.

Una de las críticas más típicas al pensamiento experimental o progresivo es la de la carencia de dirección o finalidad en la actividad. Tal era la réplica de los metafísicos y por ello insistían en la asignación de un mundo de valores y fines. Esta situación afecta incluso a los seguidores de Dewey. Surge así el Reconstruccionismo en un intento de guiar entre los cursos de acción a seguir.

Th. Brameld en su obra "Patterns of Educational Philosophy", 1950, (su última obra es: "Toward a Reconstructionist Philosophy of Education", 1956), luego de analizar el Progresivismo, el Esencialismo y el Perennialismo pasa a describir el Reconstruccionismo.

El mismo Brameld expresa en un artículo: "Lo que hace falta es una formulación de fines, los más amplios posibles, que rijan la reconstrucción de la cultura. Estos fines podrían determinarse en búsqueda común: el reconstruccionismo está convencido de que ya hay reconocimiento creciente de las características básicas. El mundo del mañana ha de ser aquél en que gobierne el hombre común, el hombre de la calle, no sólo en teoría sino en la práctica. Ha de ser un mundo en que se utilicen las posibilidades tecnológicas para todo: salvaguardia de la salud, desarrollo de la abundancia, seguridad de las masas sin tener en cuenta la raza ni el color, ni el credo ni la nacionalidad. Un mundo en el cual la soberanía nacional esté supeditada a la autoridad internacional".²⁸

La filosofía de la educación de Brameld se apoya en supuestos ontológicos de tipo naturalista, persigue valores determinados por la cultura, presenta una teoría de la historia como lucha social y marca un especial énfasis en el problema del inminente futuro.²⁹

Enfrentamos una encrucijada en la que se ofrecen diversas alternativas para nuestra cultura de crisis. Luego de analizar esas al-

²⁸ Ver artículo citado anteriormente en nota 24.

²⁹ Ver artículo citado anteriormente en nota 11.

EDUCACION

ternativas, expresa: "El reconstruccionismo, la alternativa restante, no es en modo alguno una filosofía terminada, completa. Sin repudiar ninguno de los logros del progresivismo y reconociendo la importancia tanto del conocimiento esencial y del claro análisis racional, esta filosofía se entrega, sobre todo, al renacer de la cultura moderna. Está imbuída en la profunda convicción de que nos encontramos en medio de un período revolucionario en el cual el sistema industrial, los servicios públicos, las fuentes naturales de cultura estarán bajo el dominio del hombre común, del hombre de la calle, del que a través de las edades ha luchado por alcanzar una vida segura, decente y pacífica para él y para su descendencia".³⁰

4 — OTRAS DIRECCIONES: IDEALISMO DE LA COMUNIDAD. CREATIVISMO.

I. B. Berkson, en su obra "The Ideal and The Community" (1958) esboza un intento de solución que no caiga en los extremos del absolutismo o del experimentalismo. Si bien no desea alejarse de esta última corriente, rechaza una filosofía de la educación basada en lo biológico; al mismo tiempo rechaza la primacía del cambio y la identificación de método científico y experimentación.

Trata de fundar su filosofía de la educación en una filosofía social indicando que en cada comunidad y cultura existen ideales declarados y vigentes. Los que Berkson señala, para los EE. UU., son los de la Constitución, Declaración de la Independencia y la tradición hebreo-cristiana.

El *Creativismo* tal vez no pueda recibir aún la designación de una corriente plenamente estructurada pero como tal parece insinuarse. Con motivo de la conmemoración del centenario de John Dewey varios educadores: Joe Burnett, Hobert W. Burns, Nathaniel L. Champlin, Otto Krash, Frederick C. Neff y Francis T. Villemain han publicado en una revista norteamericana³¹ un manifiesto bajo el título: "Dewey and Creative Education", algunos de cuyos puntos son: Inteligencia Creadora, Experiencia Creadora, Investigación

³⁰ Ver artículo citado en nota 24. Véase además la caracterización del "Reconstruccionismo" en la citada obra de Fitzpatrick, *Filosofía y Ciencia de la Educación*, pág. 539.

³¹ "Saturday Review" del 21 de noviembre de 1959.

Creadora, Individualidad Creadora y Etica Creadora. Se consideran a sí mismos como continuadores del pensamiento deweyano.

Y con estas últimas dos brevísimas referencias, finalizamos este comprimido panorama del pensamiento educacional norteamericano que por necesidad ha debido ser parcial y reducido. El único intento perseguido era mostrar la gama de matices y direcciones actuantes y tratar de estructurarlas en sus más amplias orientaciones.

Psicología

Tendencias actuales de la psicología

LUIS MARÍA RAVAGNAN

NACIDO EN Bs. AIRES
Se graduó de profesor de filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es profesor de introducción a la psicología y de psicología contemporánea en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Ha sido profesor de psicología general en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Ejerció la dirección del departamento de Psicología y Asistencia Social Escolar del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires. LIBROS: Los métodos de la psicología (Ed. El Ateneo, 1948) y Problemas psicológicos contemporáneos (Ed. Nova, 1958). Colabora asiduamente en el suplemento dominical del diario LA NACIÓN. Aparte de diversos trabajos en revistas especializadas, ha publicado artículos en las revistas: Sur, Anales de Buenos Aires, Educación (Ministerio de Educación de la prov. de Bs. Aires), Nosotros, Substancia, Notas, Estudio de Filosofía, etc.

DURANTE las postrimerías del siglo XIX el permanente estado de crisis que afectaba a la psicología se vio particularmente acentuado ante la irrupción de nuevas tendencias y concepciones que parecían iluminar el desarrollo de su incesante problemática, descubriendo perfiles hasta entonces insospechados. La aplicación de métodos que surgían de interpretaciones dispares, postergaba la constitución de una psicología científica ya que los aportes emanados de investigaciones aisladas se diluían en el fárrago de polémicas estériles o de visiones parciales que no lograban precisar el sentido y objeto de esta disciplina. A partir de la labor experimental de Weber, Fechner, Helmholtz, Hering, Delboeuf y Wundt mismo, se había ido preparando una dirección denominada "Nueva" Psicología, cuya temática insistía en los contenidos de conciencia, por lo cual los resultados traían consigo el signo de la mutilación y la amenaza que involucra toda posición unilateral en la apreciación de los fenó-

menos. La "Nueva" Psicología, psicología de *contenido*, contaba entre sus representantes capitales a Wundt, Hering, G. E. Müller, Stumpf, Ebbinghaus, Külpe y Tichener. Sus rasgos típicos, de índole negativa, consistían en la atomización de la vida psíquica, la asociación y yuxtaposición de sus "elementos", la postergación de los factores cualitativos, el desconocimiento de la dinámica psíquica y la aceptación dogmática del dualismo tradicional.

No vamos a insistir aquí en el itinerario de las diversas corrientes que acentúan los errores que hemos mencionado. Esta referencia sólo intenta ser válida en tanto pretende señalar la virada polar que se opera en nuestro siglo, donde nuevas tendencias, afianzadas por la investigación y el experimento, hurgan en el orden de la conducta humana y animal partiendo de ciertas categorías fundamentales acordes con la naturaleza de la concreta unidad viviente y su significación.

Ya en 1894 Dilthey, a través de un enfoque en muchos aspectos valioso, puntualiza los errores de apreciación en las investigaciones anteriores, proponiendo una nueva concepción de la vida psíquica centrada en las nociones de estructura, evolución e historicidad, conceptos éstos que si bien obedecen a la fundamentación científico-espiritual que habrá de proveer esta disciplina, ponen de relieve la primacía del todo sobre las partes, el incremento vital y su carácter dinámico y la continuidad en el tiempo de las intransferibles vivencias personales. Si bien Dilthey invalida toda psicología que desnaturalice las raíces esenciales de la estructura psíquica en su afán por instituir sobre sólidas bases el estudio de las ciencias del espíritu, existen en el itinerario de la época y en los umbrales del siglo XX figuras relevantes que van trazando igualmente nuevos rumbos. Nos referimos a W. James, H. Bergson y F. Brentano, tres nombres de excepción que procuran cimentar, los dos primeros, la unidad y dinamismo de la conciencia y la duración psíquica, y particularmente el último, el carácter intencional de la vida psíquica, iniciando un movimiento de investigación que habrá de cobrar extraordinaria trascendencia en los desarrollos fenomenológicos posteriores de Husserl, Heidegger, Sartre y Merleau-Ponty. No obstante, a través de la obra de los tres autores mencionados, lo esencial al fenómeno psíquico no ha sido aún expuesto según su naturaleza peculiar. Las reacciones contra una psicofisiología de corte mecanicista va postergando la visión de las

bases neurológicas de la personalidad y, en ocasiones, el excesivo subjetivismo oscurece la consideración de los factores no conscientes y la dinámica instintiva y pulsional, pese a las observaciones clínicas que ya habían irrumpido en las obras de Charcot, Breuer, Pierre Janet y la sistematización de lo inconsciente operada por Freud.

A partir de la primera década del siglo XX florece en los Estados Unidos una dirección que habrá de asumir un aspecto significativo en el cuadro de las psicologías llamadas de "reacción". Se trata del movimiento conductista (behavior) según la orientación que le imprimiera John Watson, tendencia que contenía el propósito de elaborar una psicología científica, sin recurrir a la vida interior y adoptando el modelo de las ciencias naturales. La interpretación y los métodos correlativos se ceñían a lo observable y experimentable, tomando por base la relación estímulo-respuesta en función de los sucesivos condicionamientos operados por el medio y acordando un precario índice a los factores hereditarios. Tal concepción postulaba la atomización y el elementalismo, revelando una visión molecular de la conducta que habría de ser severamente censurada a través de la profunda obra desarrollada por la Gestalttheorie. Afortunadamente, dentro de la dirección conductista investigadores como W. Mac Dougall y E. C. Tolman hubieron de superar la estrecha concepción de Watson, tratando de integrar la conducta dentro de un esquema más amplio capaz de aprehender la articulación interna de la misma y su dirección y finalidad. (Psicología hórmica; behaviorismo teleológico).

Cabe señalar, con marcado énfasis, la obra de Wertheimer, Koffka y Köhler, conjunto de investigadores que integran la Escuela de Berlín, quienes pretenden conciliar la dirección científico-espiritual con la interpretación molecular del conductismo watsoniano. Tal dirección que quiere conciliar los contenidos de las nociones de naturaleza, vida y espíritu, anula las oposiciones que han existido con respecto a los conceptos de cantidad, cualidad, mecanismo, vitalismo y sentido, procurando integrarlos dentro de un mismo sistema, caracterizando a la conducta como un proceso causal que ocurre dentro de un campo de comportamiento donde operan fuerzas y tensiones que afectan al Yo y su medio en tanto se regulan las rupturas de equilibrio entre ambas instancias.

Las tendencias actuales de la psicología ofrecen como signo sobresaliente su carácter dinámico. Tal caracterización supone el manejo de nociones ausentes en la temática tradicional, como ser, tensión, energía, interacción, niveles de conducta, pulsiones, tendencias, condicionamientos, motivación, frustración, etc.

Cabe puntualizar que las adquisiciones fundamentales de la *Gestalttheorie*, su interpretación de la conducta, las relaciones causales entre el Yo y el campo de comportamiento preparan una más amplia imagen de lo psíquico que supera ciertas limitaciones de aquella doctrina con respecto al riguroso ejercicio de la experiencia inmediata. Un representante notorio de esta superación, dentro del marco de una psicología esencialmente dinámica, lo constituye Kurt Lewin. Este investigador quiere elaborar un sistema conceptual que pueda dar forma científica a la conducta y a la personalidad utilizando las nociones de energía y tensión no asimiladas adecuadamente por la Escuela de Berlín. Lewin inaugura así una psicología denominada topológica, expuesta en buena medida en lenguaje matemático, en tanto dichos conceptos puedan expresar con mayor nitidez las características vectoriales del comportamiento.

Lewin reacciona contra toda interpretación aristotélica de la fenomenología psíquica, vale decir, rechaza la inclusión en este dominio de las nociones de clase y regularidad por cuanto tal interpretación dificulta la legalidad científica y las posibilidades de comprensión de lo singular. Por consiguiente, debe eludir también las implicaciones estadísticas en tanto la tipificación soslaya los matices individuales, subsumiendo al sujeto en el orbe de lo general. Tal intento exige un enfoque de tipo galileano que posibilite el ahondamiento en el caso concreto, por una parte y la adecuación al carácter dinámico de la vida psíquica, por otra.

La totalidad que determina la conducta constituye para Lewin el espacio vital psicológico que comprende al sujeto y su situación dentro de una misma estructura. Pero este espacio no se reduce sólo a los factores contemporáneos sino que también allí poseen eficacia el cúmulo de tensiones que operan más allá de la situación unidas a la importante gravitación de los procesos somáticos. Toda conducta tiene lugar dentro de tal espacio vital que incluye la persona y su mundo en torno, constituído éste por prójimos y por objetos que cobran

distintas funciones y valencias, del mismo modo que se transfiguran o cobran realidad hechos sociales inexistentes y aun ideas cuya transformación se opera en la medida de su intersección en el orden de la locomoción. De este modo, la vida psíquica expresa un conjunto de sistemas en tensión cuya vocación secreta es restaurar el equilibrio. Este equilibrio puede lograrse mediante las descargas de energía, pero dichas descargas pueden tropezar con obstáculos que constituyen barreras, sean de índole física, social o conceptual capaces de determinar frustraciones y conflictos. El conflicto ya muestra la configuración topológica del espacio vital psicológico, es decir, la existencia de zonas, estratos o niveles a los cuales el sujeto puede transferir sus fantasías, sueños, deseos, etc., evadiéndose del plano de la realidad e instalándose en una zona irreal cuya distinta estructura permite la liberación o gratificación pulsional. El plano de lo real es rígido y consistente; el plano de lo irreal es plástico y fluido; la diferenciación y transiciones entre ambos varían notablemente en el niño y el adulto.

Dentro del espacio vital psicológico está el sujeto caracterizado por Lewin como persona. La persona es una región con una estructura y diferenciación específicas ya que comprende un conjunto de sistemas, subsistemas y regiones, de acuerdo a las etapas y características de la evolución ontogénica. Con rasgos un tanto groseros podríamos señalar que ella posee una zona intrapersonal y una zona periférica. Esta última integra la capa perceptivo-motriz, que actúa como puente entre la zona intrapersonal y el campo. Así, la zona intrapersonal influye en el contorno a través de la perceptivo-motriz y a su vez, por su mediación, el campo influye sobre la zona intrapersonal. En la zona personal el sujeto canaliza una determinada tarea ya que no es posible admitir la descarga de todos los sistemas, y si bien dicha región es unitaria, en el plano de la acción está vedada la manifestación total de los sistemas puesto que ello produciría actitudes caóticas. Aún dentro de la zona intrapersonal se diferencian regiones, centrales y periféricas, vinculadas al potencial energético de las tensiones; diferencias éstas que permiten justificar las características personales en relación con la solidez de los límites que separan las regiones.

La dirección de las necesidades, apetencias, aspiraciones, etc., las representa Lewin como vectores, que señalan la orientación que rige dinámicamente la conducta. Por consiguiente, la personalidad involu-

cra un juego de tensiones que pueden obedecer a motivaciones actuales o profundas, por donde se torna manifiesto que la concepción de Lewin se aproxima a las teorías psicoanalíticas rebasando de este modo el cerco de la experiencia inmediata que las direcciones subjetivistas y la Escuela de Berlín habían impuesto, si bien con diferencias de matiz, como frontera sistemática en el ejercicio de la conducta.

Las observaciones clínicas de Charcot, Pierre Janet, Breuer y Freud mismo, fueron consolidando desde el siglo XIX la constitución de una orientación psicológica llamada "profunda", cuya sistematización fue obra de Freud, capital representante de la Escuela de Viena. Con esta tendencia se procuró superar las insuficiencias de la psicología de conciencia, expresando que la vida psíquica, compleja estructura dinámica, ofrece una dimensión longitudinal que exhibe planos, niveles, estratos que trascienden la esfera consciente.

Freud señala la legitimidad y eficacia de los contenidos inconscientes, factores capitales del "aparato" psíquico, que presenta, según su segundo esquema de la personalidad, tres instancias diferenciadas: el Yo, que por una de sus caras consolida la capa perceptivo-motriz y por la otra, se sumerge en lo inconsciente que fuera su cuna originaria; el Ello, que constituye lo inconsciente mismo, y el Super Yo, formación reactiva que sufre en una época determinada de la vida infantil (período de latencia) por asimilación e introyección de normas y códigos de moralidad y control.

El sistema de Freud, que enunciaremos aquí por su perduración significativa en nuestro siglo como importante concepción de la personalidad, caracteriza una dinámica, una tópica y una económica. Dinámica, por la incesante movilidad de las representaciones; económica, por el juego de cargas y contracargas que rigen el equilibrio o los desequilibrios de la personalidad, y tópica, por su estratificación singular de niveles cada uno de los cuales reserva caracteres, contenidos y propias limitaciones. Lo inconsciente, que coincide con la indiferenciación primaria del individuo, es, por naturaleza, caótico, sexual, atemporal, alógico y rige en él el principio del placer. Es sede de pulsiones, instintos y experiencias arcaicas. Tales contenidos son repri-

PSICOLOGIA

midos en su mayor parte por contracargas y sistemas de inhibición que se oponen a su libre acceso y gratificación, lo cual llega a ser causa determinante de hondos problemas de conducta. La teoría de las neurosis que nos brinda Freud se fundamenta en las relaciones existentes entre los factores que hemos señalado y, particularmente, en una determinada concepción de la vida instintiva modificada en el curso de las experiencias clínicas superando así la excesiva reducción al plano sexual, según se expresaba en la primera época.

La doctrina freudiana auspicia un método de curación cuyo material lo constituyen los mecanismos de defensa, los sueños, los síntomas somáticos, asociaciones libres, etc., procurando la adecuada interpretación y más especialmente el advenimiento de una experiencia emocional correctiva suscitada en la relación paciente analista en tanto se cumple el proceso de la transferencia.

La teoría denominada psicoanalítica, genial concepción que surgió de la mente de Freud, va siendo superada en algunos de sus aspectos unilaterales mediante la obra de investigadores próximos a nosotros quienes han intentado modificar ciertas implicaciones etiológicas acerca de los trastornos de conducta, descubriendo nuevos factores y aspectos determinantes, de acción eficaz en tanto causa primaria de los conflictos.

Ya con Adler y Jung se caracterizan nuevas doctrinas, destacando el primero ciertos rasgos inherentes a la naturaleza humana que muestran una urgencia por contrarrestar los sentimientos de insuficiencia y el incesante impulso hacia la virilidad, con el propósito de indicar que la clave de bóveda de las neurosis no es precisamente lo sexual sino la insistente aspiración por llegar a ser más y donde la libido cobra sentido en función del "estilo de vida" que se perfila desde los primeros tiempos de la vida infantil bajo el significativo influjo de las minusvalías orgánicas y las dosis afectivas que encierran el mimo y el odio.

Por su parte, Jung, hubo también de rechazar el criterio universalista de las interpretaciones freudianas. Lo que modela el carácter infantil es la efectividad; de tal modo, la interpretación genética centrada en los instintos y que parte de una libido originaria, sólo puede ser válida para Jung en tanto se transforme en interpretación funcional, capaz de señalar el factor agente y las relaciones afectivas con-

comitantes entre padres e hijos. Además, el espíritu humano trasciende los límites de la subjetividad ya que posee reminiscencias arcaicas que obligan a admitir una psique colectiva presente en cada hombre y de carácter suprapersonal e impersonal.

La dirección psicoanalítica en renovada progresión registra en la investigación contemporánea los nombres de Sullivan, Rank, Alexander, Horney, Fromm, para citar los más significativos, quienes han destacado nuevas raíces etiológicas en la enfermedad y sus vínculos con la angustia y la situación edípica, procurando emanciparse de los esquemas universales y haciendo intervenir factores de índole cultural y particularmente social cuya incidencia en la conducta normal o patológica corrobora la experiencia clínica y la asimilación de nociones de naturaleza evolutiva que intervienen en la integración misma de la personalidad.

Una tendencia de honda significación en nuestro tiempo surgida de las investigaciones del fisiólogo ruso Ivan Petrovich Pavlov, auspicia una interpretación reflexológica de la vida psíquica. Este investigador, trascendiendo todo dualismo, ha elaborado una explicación unitaria y armónica de la conducta y de los procesos evolutivos que van consolidando la personalidad, partiendo de la conexión que se establece entre los reflejos incondicionados y condicionados. Aclaremos previamente que “un reflejo incondicionado es una conexión nerviosa permanente entre un excitante preciso, inmutable y una acción bien determinada del organismo; en cambio, un reflejo condicionado es una conexión nerviosa temporaria entre uno de los innumerables factores del ambiente y una actividad bien determinada del organismo”.

Pavlov provee un método objetivo que ha llegado a instaurar en nuestro tiempo una psicología científica basada en la actividad superior del sistema nervioso. La corteza cerebral asume así un papel dominante, centro de control de las relaciones existentes entre el organismo y el mundo exterior. B. M. Teplov de la escuela rusa actual señala que el cerebro humano *refleja* el mundo exterior lo cual, utilizando sus palabras, significa: “que la actividad psíquica es actividad nerviosa

superior y que los procesos psíquicos son inseparables de los procesos cerebrales; que la actividad psíquica es la actividad refleja del cerebro; nuestras sensaciones, percepciones, conceptos y pensamientos son imágenes del mundo material. La actividad psíquica, como todas las otras formas de actividad viva está determinada por las condiciones de la existencia del organismo. La psique humana y la conciencia están primaria y decisivamente determinadas por las condiciones sociales de la existencia. De donde la conciencia es un producto social”.

El reflejo condicionado señala las conexiones que se establecen entre el cerebro y el mundo, serie de mecanismos que van acreditando el conocimiento de la realidad exterior. El reflejo condicionado más elemental ya establece una conexión entre la *señal* (agente indiferente) y el estímulo que es vital y está referido al reflejo incondicionado, vale decir, innato y absoluto. Esta conexión reserva un carácter temporario y exige el cierre de un circuito donde operan los analizadores corticales de los estímulos condicionados e incondicionados. No obstante su carácter temporario, la conexión puede transformarse en estable a través de las generaciones acrecentando así el elenco de reflejos incondicionados.

La *señal*, distinta del símbolo, constituye un elemento indiferente para el organismo antes de su conexión, pero es capaz de producir un reflejo absoluto si se vincula a un estímulo absoluto. Ahora bien, esta señal, en tanto directa, es común al animal y al hombre como puede ser una luz o el sonido de una campanilla captados sensorialmente, pero sólo el hombre es capaz de poseer un nuevo sistema de señales, la palabra, el lenguaje en suma, abstracción con respecto a la realidad puesto que resume las señales primeras y sus relaciones objetivas. Mediante el lenguaje el hombre designa objetos y construye conceptos al acentuar los rasgos comunes de dichos objetos. El primer sistema de señales es la estructura básica; el segundo sistema de señales se desarrolla a partir de él y “representa el sistema regulador de la conducta humana”.

La perduración de las conexiones condicionadas o su desaparición se halla vinculada a dos procesos fisiológicos de la corteza cerebral; son los procesos de excitación e inhibición, ambos en relación antagónica y que participan en las funciones analíticas y sintéticas del cerebro cortical. Los primeros vinculados a los analizadores y a las

múltiples excitaciones del mundo; los segundos en relación con las estructuras complejas de las actividades superiores del pensamiento.

La inhibición constituye una especie de bloqueo frente a las excitaciones internas o externas. A través del juego de ambos procesos se consolida el contenido mismo de las operaciones corticales y su extraordinaria complejidad.

Las teorías de la escuela rusa consideran a la corteza como el lugar de reflexión de todas las estimulaciones sean ellas internas o externas. Tal concepción habrá de brindar, a lo largo de la serie de recientes desarrollos de discípulos y partidarios, una nueva imagen de las funciones psíquicas, de la conducta humana y animal y de la integración de la personalidad, señalando importantes vías de enfoque que surgen de la relación existente entre el sujeto y su contorno y proveyendo interesantes datos para la patología ya que existe una vinculación entre la zona cortical y los sistemas viscerales, hecho éste que brinda la posibilidad de una terapia basada en las funciones de inhibición y regulación cortical.

Con marcados relieves va cobrando preponderancia en la época actual una dirección caracterizada como neuropsicológica que carga el acento en la correlación existente entre el hecho psíquico y la constitución neurofisiológica cuyo punto de incidencia radica en el sistema centroencefálico. Ya la Escuela de Montreal le había asignado una importancia capital al sistema reticular activador ascendente en el mantenimiento del estado de conciencia por medio de las vías aferentes (sistema Magoun).

Existe una notoria conexión entre las reacciones vegetativas y el orden visceral y entre la vida emocional y las configuraciones neurofisiológicas. En dichas integraciones interviene el sistema límbico que está referido al organismo en totalidad. La afectividad del sujeto mantendría estrecha relación con un circuito situado como nivel intermedio entre el diencefalo y la corteza de la convexidad. De tal modo, el sistema límbico que se va estructurando en el curso de la vida humana posee una eficaz intervención en el plano visceral y en las manifestaciones de la vida emocional.

Según Rof Carballo, Barraquer Bordas, Penfield, y numerosos investigadores, en el cerebro interno daría comienzo el ciclo complejo que denominamos emoción. Allí se centralizan una serie de componentes que el primero de los nombrados ha enumerado del siguiente modo: a) impresiones de índole especial no diferenciadas en analizadores procedentes de los órganos de los sentidos y de la sensibilidad general del resto del cuerpo; b) impresiones vegetativas viscerales; c) regulación de la actividad del resto de la corteza; d) complejos muy elaborados sobre la integración del esquema corporal; e) informaciones y regulaciones cinéticas y reproducción mimética de la actitud y fisonomía del prójimo que al influir sobre el esquema corporal nos permite comprender sus sentimientos; f) esbozo de la expresión verbal de la palabra como substrato de la actividad verbal infinitamente más desarrollada en la corteza y, finalmente; g) el caudal mnémico que registra la historia personal.

Esta concepción supone, desde luego, un punto de partida fundamental, a saber, la unidad estructural del viviente, que lejos de ser un hecho de interacción causal, según las interpretaciones clásicas, es más bien un ensamblaje somático-anímico. La unidad estructural es así el fundamento inicial y asegura la continuidad, coherencia y persistencia de la dimensión temporal del hombre.

Esta tendencia contemporánea procura puntualizar las bases neurobiológicas de la personalidad y su simbiosis con lo psíquico insistiendo en la necesidad del conocimiento de la estructura anatómica y funcional del cerebro para señalar la posible interpretación de los trastornos psicopatológicos y psicosomáticos y particularmente del dinámico control armónico que alienta en la personalidad normal.

Una neta reacción contra la psicología tradicional y determinadas concepciones contemporáneas que llevan consigo vicios originarios y especialmente, contra todo tipo de psicología que se limite al mero registro de *hechos*, sin pulsar la significación de los mismos, lo constituye el importante movimiento que se caracteriza como psicología fenomenológica. En esta dirección late una vocación fundamental: la búsqueda de lo universal tras lo individual y la aspiración por ci-

mentar una antropología que supere los planteos unilaterales y “donde todas las disciplinas psicológicas puedan beber allí como en su propia fuente”.

Nacida de la mente de Husserl en la medida que este pensador trazara el itinerario de una filosofía fenomenológica, ha precisado netamente su temática al asignarle a la psicología como objeto propio el estudio de la conciencia empírica, vale decir, de la conciencia adscrita a un cuerpo, “conciencia encarnada”, en íntima relación con el mundo.

La psicología fenomenológica quiere aprehender lo esencial al fenómeno psíquico, fenómeno que irrumpe a partir de una unidad solidaria entre lo anímico y lo corporal, “sin fronteras en la existencia”, y ensamblada en un mundo que constituye el mundo fenomenológico de la experiencia inmediata. La conciencia se interpreta emancipada de toda implicación sustancial. La trascendencia es su nota fundamental ya que ser sujeto significa “existir *en* la trascendencia y *como* trascendencia”. La conciencia no es una entidad. Conciencia es conciencia de... y en esta dimensión intencional se agota todo su ser. Conciencia y mundo se determinan así recíprocamente y toda consideración dualística, en cualquiera de los órdenes, es el fruto de una dialéctica que por su índole abstractiva acarrea la pérdida y enajenación de la peculiar esencia de los fenómenos.

Sartre y Merleau-Ponty han insistido particularmente en caracterizar a la conducta como una posición asumida en totalidad e inseparable de la situación, mostrando que la cabal interpretación del fenómeno psíquico exige un examen exhaustivo de las nociones *hombre, mundo y estar-en-el-mundo*. Sólo partiendo de esta estructura “anterior a todo comportamiento”, es posible aprehender la significación de los actos que ocurren bajo el signo de una triple relación: entre presencias, consigo mismo y con los otros (Heidegger).

La dimensión social de la conducta cobra así relieves extraordinarios sistematizando los aportes del siglo XIX y la caracterización que nos brindara sagazmente W. James a propósito del Yo Social. “Somos un Yo por y con los otros” y para lograr lo esencial de nuestra intimidad es preciso la mediación del otro. La comunicación, que se cumple a través del diálogo, patentiza estas aperturas y revelaciones

PSICOLOGIA

recíprocas, la copresencia y coexistencia en una misma intención. El otro tiende un puente sin el cual se cercena la posibilidad de un sí mismo.

La fenomenología es un retorno a lo concreto, retorno que impone instalarnos en el plano de la percepción. Merleau-Ponty a través de sus obras: *LA STRUCTURE DU COMPORTEMENT* Y *PHÉNOMENOLOGIE DE LA PERCEPTION*, señala la necesidad de comenzar por un estudio fenomenológico de la percepción, instaurando una nueva concepción de este proceso a la luz de los aportes de la Gestalttheorie, de las observaciones clínicas y las investigaciones de la moderna biología y fisiología en tanto trascienden las concepciones unilaterales y mecanicistas. La conducta sólo puede ser interpretada en virtud de la simbiosis: unidad psicofísica-mundo. Todo comportamiento, sea corporal o mental compromete la totalidad del ser viviente. Aun aquellas reacciones que conciernen al organismo, por elementales que se las suponga (reflejos) llevan el sello de la totalidad psicofísica.

Los planteos de la psicología fenomenológica brindan una nueva concepción del esquema corporal, opuesto a las conclusiones de una psicología subjetivista y una fisiología abstracta. El cuerpo, en tanto cuerpo vivido es un cuerpo fenomenal que se erige como pivot del mundo en todas las instancias del existir. Solamente cuando el cuerpo se convierte en el eje de consideraciones teóricas, cuerpo pensado, cuerpo idea, puede ser interpretado como un objeto y entonces, ya inerte y vacío, abandona su cuna natural y pierde su significación.

Mediante esta dirección que promete cada día mayores adquisiciones y una elaboración epistemológica de fructíferos resultados, toda la temática de la psicología tradicional, en el itinerario que parte de Aristóteles y aún antes en las remotas actitudes mágicas de Oriente, se viste con un nuevo ropaje que exhibe una transfiguración total de los errados y unilaterales enfoques, tratando de interpretar la conducta como un fenómeno *significativo* inseparable de las instancias connaturales que lo acreditan como tal.

Todo el material acumulado hasta aquí quizá fuera ya suficiente para abonar el coherente desarrollo de un movimiento denomina-

do Psicología Clínica que cuenta con innumerables representantes e investigadores. Y hablamos de acumulación por cuanto la psicología clínica procura interpretar la conducta, en todas sus manifestaciones, a partir de un enfoque pluridimensional.

Este movimiento expresa una profunda reacción y polémica contra la errada desviación que hubo de derivarse de la psicología denominada de las diferencias individuales, por una parte, y por otra, del unilateral estudio del comportamiento, causa evidente de las renovadas crisis de la psicología. La conducta humana, según esta orientación, debe ser interpretada de acuerdo con una constelación de factores, cada uno de los cuales reserva especial significación ya que ninguno de ellos puede ser descuidado sin alterar la interpretación de la misma. La conducta se configura así como la serie de operaciones de un organismo psicofísico en situación, en virtud de las cuales responde como un todo organizado con el fin de restaurar el equilibrio amenazado por fuerzas tensionales que se derivan de la interacción existente entre el sujeto, sus requerimientos, posibilidades y las presiones y exigencias del medio. (Lagache).

La psicología contemporánea, ciencia de significaciones, quiere partir de lo concreto. Lo concreto es la unidad originaria con su fisonomía dinámica y su estratificación. Aún aceptando la psicología de los tests, sean ellos de aptitudes o técnicas proyectivas, aún valorando los análisis factoriales que tanto incremento han cobrado en nuestros días, la dirección clínica trata de aprehender el coeficiente personal en forma cualitativa (aplicación clínica de los tests) procurando determinar los factores específicos que caracterizan las modalidades de cierta personalidad donde cada uno es precisamente un "sí mismo y no otro". La no comprensión de esta premisa fue el funesto error de la psicología de las diferencias individuales que a pesar de su intención despreciaba esas mismas diferencias en el cuadro de la tipificación. Por ello la actitud contemporánea insiste en el fenómeno concreto e intransferible propio de *una* personalidad normal o enferma, aceptando todas las líneas de investigación, todas las aproximaciones posibles, considerando al sujeto como un ente único, individual y cuya investigación exige tomar nota de las múltiples instancias que gravitan en su conducta: el organismo, la historia personal, las motivaciones actuales y profundas, la situación, la valoración otorgada a los

PSICOLOGIA

objetos del campo, sus experiencias significativas, etc. etc. Tal criterio obliga a adoptar todas las técnicas que permitan la eficaz exploración, sean ellas de mera observación, introspectivas, psicoanalíticas, microsociológicas, técnicas proyectivas, análisis factorial, etc.

La psicología contemporánea rehabilita la experiencia inmediata, rehabilitación que se torna evidente aún en la dirección reflexológica (Teplov); tampoco descuida, en absoluto, las bases biológicas y neurofisiológicas de la personalidad y carga el acento en la relación social que señala uno de los factores dinámicos de la estructura psicológica ya que todo ser humano es parte integrante de un grupo que supone enlaces "explícitos y recíprocos".

La diversidad de escuelas y de tendencias vigentes con mayor profusión en el curso de los siglos XIX y XX han ido, no obstante, señalando paulatinamente notas de permanencia que fueron resistiendo las crisis de los últimos años. Ahora, en virtud de arduas y tesonerías investigaciones, de las reiteradas observaciones clínicas, de los estudios sobre psicología animal y los datos aportados por la patología, se ha logrado instaurar una psicología dinámica que abraza la totalidad del ser vivo fundido en un mundo en torno de extraordinaria gravitación en la conducta, particularmente en su dimensión social. Las impotentes conquistas de la fisiología, biología y neurología; los aportes de la filosofía y la exploración en el orden sociológico, permiten fijar las sólidas bases de una psicología científica, mejor aún, de una genuina antropología plena de lucidez y coherencia en cuanto a la aprehensión de su objeto y su significación.



PICAPEDRERO, dibujo por Diego Rivera (Col. Frida Kahlo).

Derecho

Proyecciones del Nuevo Derecho del Trabajo

(Exposición al inaugurar el Primer Congreso Nacional de Derecho del Trabajo)

ALFREDO L. PALACIOS

PROFESOR TITULAR de política económica en la Universidad de La Plata, a cuyo cuerpo docente pertenece desde 1921. Fue presidente de dicha casa de altos estudios y decano de la Facultad de Derecho de la misma. Fue decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, de la que es hoy profesor honorario. Profesor de legislación del trabajo en la Facultad de C. Económicas de Buenos Aires, cátedra por él fundada en 1916. Profesor "honoris causa" de las universidades de Lima, Montevideo, Cuzco, Arequipa, La Paz y México. Legislador por varios periodos, a partir de 1904, es autor de numerosas leyes de carácter social. Su producción escrita es muy grande y de ella citamos libros de diferentes épocas: Por las mujeres y los niños que trabajan (1911), Defensa de los trabajadores (1915), El Nuevo Derecho (1920), La fatiga y sus proyecciones sociales (1923), Esteban Echeverría (1955), entre otros.

NUESTRA disciplina enseñada desde hace muchas décadas en las universidades argentinas ha dilatado el campo del Derecho, vinculándolo estrechamente con la *psicología*, la *economía política* y la *higiene social*, para penetrar así en aspectos de la vida individual y colectiva, insospechados por el viejo derecho.

La primera cátedra de Derecho del Trabajo que fundé en 1916 —ha transcurrido casi medio siglo— se desarrolló dentro de un programa que no correspondía exactamente a simples exposiciones jurídicas, sino al estudio sistematizado del proceso histórico del trabajo y de los fundamentos económicos de las prescripciones que en gran parte obtuve en el Parlamento después de grandes debates en que representaba a la clase trabajadora frente a los voceros de los organismos industriales privados y estatales. El círculo estrictamente jurídico no comprendía, entonces, de una manera clara al *nuevo derecho*, cuya base económica y ética había que defender en beneficio del proletariado.

II LA ECONOMÍA POLÍTICA

Es claro que la enseñanza debía desarrollarse con una comprensión nítida del verdadero concepto de la economía política, encarada no como *teoría del enriquecimiento* que estudia como funcionan los intereses, pero no como deberían funcionar, sino una economía que respeta la persona humana, que estimula y favorece las energías creadoras, utilizándolas en beneficio colectivo. La economía ortodoxa hace entrar como factores de la producción indistintamente *materias primas, máquinas, hombres y caballos*. De ahí la oscuridad de sus conceptos y lo ininteligible de su jerga, pues asimila el producto manual al instrumento animado o inanimado; confunde al obrero con los animales y las cosas y no puede —por consiguiente— distinguir las relaciones de los hombres a los fines de la técnica o la división del trabajo, de la técnica misma, o sea la acción intencional de los hombres sobre los animales y las cosas.

El Derecho del Trabajo se ha estructurado para suprimir privilegios que violan la igualdad de valor de la persona humana, principio filosófico kantiano que conduce a conclusiones económicas.

III LA DEMOCRACIA SOCIAL.

La democracia social que nosotros propugnamos debe concretar la valoración de la persona humana. Así la libertad se impone por el sentimiento igualitario y nadie podrá negar que la libertad carece de un significado positivo si no se realiza en la igualdad. Se trata de un sistema de vida, de una continuidad de la conducta clara y un juego limpio en la acción; de una doctrina afirmada en la idea del valor equivalente de la dignidad del hombre. La democracia es un fin. Lleva en sí una filosofía de la vida; significa el respeto religioso e inamovible de los derechos de todos. Es el sentido de comunidad de los hombres libres en función de gobierno y en unidad de destino. Es también, el esfuerzo constante de realización histórica de los derechos proclamados en abstracto. La igualdad de valor de la persona humana es la idea básica de la democracia social.

DERECHO

IV LA NUEVA ECONOMÍA POLÍTICA. EL OBRERO TIENE COMO FUERZA MOTRIZ UN ALMA.

La economía política que nosotros vinculamos al derecho del trabajo debe partir del principio de que no hay más riqueza que la vida y que la comarca más rica es la que nutre mayores seres humanos nobles y dichosos. Seguimos a Ruskin, que desconcierta a los economistas ortodoxos y asesta un golpe formidable a los principios de Stuart Mill, sosteniendo que la resultante final y el término último de toda riqueza es producir el mayor número posible de criaturas humanas con pecho robusto, ojos brillantes y corazón gozoso. Yo tenía la obsesión de esas magníficas palabras cuando a principios del siglo inicié la legislación del trabajo después de presenciar la entrada en los talleres, de caravanas de mujeres enflaquecidas, de pecho enjuto y mirada sin luz, útiles *que creaban la riqueza*. Y de niños que en las fábricas de tejidos manejaban máquinas movidas a pedal que deformaban sus cuerpecitos, quitándoles gracia, salud y belleza.

La manufactura de las almas de *buena calidad* es la más lucrativa, pues la fortaleza y el bienestar de los pueblos, su superioridad física y psíquica dependen de la salud y la alegría de los hombres.

No podemos considerar al obrero como una máquina industrial, como un motor físico, sometido, exclusivamente, a las leyes de la mecánica, pensando sólo en la productividad. *El trabajador tiene como fuerza motriz un alma* y la potencia de este agente particular interviene como cantidad desconocida no calculable, en todas las ecuaciones de los economistas, a despecho suyo, haciendo frustrar sus resultados.

El elemento moral de la riqueza que el trabajador pone en ejercicio cuando elabora un producto —convirtiéndose en un creador— es de naturaleza superior al producto. Pero como la relación jurídica es la reguladora del esfuerzo económico no se obtenía la separación de ambos conceptos, razón por la que pudo decirse, en los comienzos del siglo, que se mantenía la posición jurídica del obrero en terreno falso. En efecto, el trabajador valía lo que valía su trabajo, del que era inseparable. Y así el trabajo era una mercancía, cosa negociable, sujeta a las condiciones del mercado. De donde resultaba que la *persona moral* desaparecía para confundirse en el valor material del

esfuerzo vendido por un salario. Mas, el concepto de persona, de sujeto de derecho, tiene valor universal y no está fundado en la experiencia: es un *autofin*. Por eso Ruskin afirma que la mayor suma de trabajo no será prestada por esta curiosa máquina —cuya fuerza motriz no es el vapor, ni otro agente de fuerza calculable— por un precio o por coacción, sino por su propia fuerza motriz, es decir, su voluntad libre que es de orden del espíritu.

V LA PERSONALIDAD COLECTIVA DE LOS TRABAJADORES.

La personalidad individual del obrero en el régimen del taller, asume el carácter de personalidad colectiva, creando una nueva forma jurídica que desconcertaba a los juristas, porque el derecho civil en virtud del concepto de contrato no toleraba ninguna restricción a la voluntad individual, negándose a admitir la realidad social, sus necesidades y sus intereses.

VI AUTONOMÍA DEL DERECHO DEL TRABAJO.

Se imponía, pues, la autonomía del Derecho del Trabajo. Era el tiempo del *nuevo Derecho*. Lo mismo pasó con el concepto del riesgo profesional que fue calificado de antijurídico. Recordaré siempre que cuando presenté en 1906 el primer proyecto de indemnización por accidentes del trabajo, terminado mi discurso un ilustre jurista se acercó a mi banca y me dijo: *Exprésale mi simpatía por su proyecto generoso, pero no será posible sancionarlo. ¿Por qué?, le pregunté. Porque viola el principio inconcuso de la culpa.* Pues de eso precisamente se trata, contesté al ilustre representante del derecho arcaico.

VII TRATADISTAS AL SERVICIO DEL CAPITALISMO.

Hoy, en el orden teórico del derecho, podemos desenvolvemos con amplitud. Digo *teórico*, porque una ola reaccionaria invade el mundo arrasando con las instituciones libres. Y hemos podido oír —con angustia— que un tratadista de renombre universal ha expresado desde la cátedra en la universidad argentina, que *la legislación del trabajo es un instrumento de destrucción de la economía y que*

DERECHO

no hay que hablar de *sindicatos* ni de *contratos colectivos*. Retrocede dos siglos el economista de mentalidad capitalista y vuelve a la *Casa del Terror* ideada en 1780 en Londres, donde los obreros trabajaban 16 horas diarias en plena orgía capitalista.

Podemos afirmar ahora con Ruskin, que valor deriva de *valere*, o sea *estar bien, ser fuerte*; fuerte en la vida si se trata de un hombre, fuerte para la vida si es una cosa. Tener valor significa, por lo tanto, favorecer la vida; una cosa que posee valor es una cosa que conduce a la salud, a la vida. Una cosa disminuye de valor en la medida que se aleja de la vida.

He enseñado a mis discípulos la *psicología*, la *economía* y la *higiene* como complemento del aspecto jurídico del trabajo y he llegado a conclusiones —después de amplias investigaciones— que me permiten contemplar nuestra disciplina científica con una gran amplitud, en beneficio no solo de los obreros sino de nuestra nacionalidad.

Hay una marcada tendencia en nuestro país —en esta hora de desconcierto y confusión— a equiparaciones peligrosas. Algunas veces las palabras —aun cuando no la intención— de algunos tratadistas permiten incurrir en gravísimos errores, al confundir los motores inanimados con lo que llaman *motores humanos*. Resulta absurdo estudiar el trabajo humano desde el punto de vista mecánico, pues el factor psíquico influye de una manera decisiva.

Se perfecciona constantemente la máquina, buscando el mayor rendimiento, pero con la más absoluta ignorancia de las condiciones en que debe efectuarse el trabajo del hombre, y olvidando que *la capacidad de rendimiento del obrero depende de su estado de salud*. Por eso en nuestras cátedras debemos realizar permanentemente investigaciones sistematizadas que permitan crear la verdadera ciencia del trabajo organizándolo sobre bases seguras. Solo así podremos conocer las cualidades fisiológicas y psíquicas que determinan la aptitud del obrero.

VIII EL AUXILIO DE LA CIENCIA SOBRE LA BASE DE LOS POSTULADOS ÉTICOS.

Ya no es posible estudiar la cuestión obrera sino pidiendo auxilio a la fisiología, a la psicología y a la higiene, con el método experi-

mental. Pero sin olvidar los postulados éticos basados en la justicia, que no es una simple abstracción —sutil formación mística— según algunos. Para mí es la *idea directriz* que el gran sabio positivista Claude Bernard admitía en el organismo humano para el desarrollo y evolución del germen hasta su disolución, idea creadora que se manifiesta y desenvuelve por la organización, es decir, un *quid proprium* del ser viviente.

El Derecho del Trabajo no debe elaborarse solo en el silencio de las bibliotecas; hay que estudiarlo donde quiera que el esfuerzo humano transforma la vida y pidiendo auxilio a otras ciencias, para que no se diga que hay una última y formidable ciudadela donde están los juristas, los legistas y los políticos, como en un reducto completamente aislado. Hay una perfecta solidaridad entre las ciencias y se observan a cada instante influencias recíprocas, especialmente entre la psicología y la fisiología, pues las perturbaciones funcionales están generalmente acompañadas de conciencia.

El derecho del trabajo unido al derecho económico abren nuevos caminos jurídicos que aparecen como un precipitado de las limitaciones actuales de la libertad contractual —según palabras de Radbruch en su FILOSOFÍA DEL DERECHO. El derecho del trabajo ha de ser una ciencia social que empleará todos los instrumentos de investigación, incorporando el método histórico utilizado por las ciencias precedentes. Y así con la observación directa, la experimentación, la comprobación y los métodos lógicos que completan el método histórico, obtendremos el método inductivo del descubrimiento científico.

Tal es la solidaridad de la ciencia. De ahí que estudios que hasta ayer se hacían exclusivamente con un carácter estrictamente jurídico, requieran hoy la cooperación del método experimental para estudiar científicamente el trabajo del hombre.

IX MIS INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS EN LOS TALLERES DEL ESTADO EN BUENOS AIRES.

En el *Congreso Internacional de Higiene y de Demografía* de Bruselas, a principios del siglo, cuando ya los iniciadores de la legislación obrera vinculaban el derecho del trabajo a otras ciencias, se insistió en la necesidad de un *examen médico* preliminar de los tra-

DERECHO

bajadores, con el fin de reconocer sus aptitudes y de guiarlos en la elección de una carrera; se insistió también primordialmente en la fundación de laboratorios de energética, destinados al estudio científico del trabajo obrero. Dejo constancia de que tengo a honra el haber llevado el laboratorio de psicofisiología a los talleres del Estado, habiéndolos instalado además en las Universidades de Buenos Aires y La Plata, con lo que incorporé gabinetes experimentales en el campo de las ciencias morales y donde estudié a los obreros en su fuerza muscular, el fenómeno psicológico de la atención y el ritmo cardíaco y pulmonar. Propuse, asimismo, que se obligara a los industriales a establecer esos laboratorios —que el endocrinólogo Dr. Pende llamó ocho años después *Dispensarios biotipológicos*— a objeto de salvar a los trabajadores de la tuberculosis —enfermedad social— si fuesen examinados y advertidos contra el terrible flagelo cuando sólo existen formas latentes o iniciales.

Hay que introducir la noción del factor psicofisiológico en la determinación de los salarios y en la *limitación de la jornada* que los economistas olvidan, pues solo se preocupan del producto del trabajo sin advertir las circunstancias en las cuales la tarea se efectúa produciendo la fatiga. En este último caso, aparte de otras razones, es imperiosa la limitación debida al desgaste del organismo *que no puede compensar ninguna alza de salarios*. Se trata de un principio de higiene social, otra ciencia frecuentemente olvidada u ignorada.

X LA HIGIENE SOCIAL. LA JORNADA DE OCHO HORAS.

La ley de la jornada de ocho horas, reclamada desde la penúltima década del siglo pasado y obtenida después de grandes debates en el Parlamento, y de investigaciones científicas, desgraciadamente acaba de ser derogada, sin intervención del Congreso, en los campamentos norteamericanos, donde los grandes consorcios realizan una tarea que yo he calificado severamente. Derogación de la ley que se realiza ante la indiferencia de los poderes públicos y de los mismos trabajadores, que antaño defendían con energía sus reivindicaciones.

Es que no hay conciencia de la importancia de la legislación del trabajo para el desenvolvimiento de nuestro espíritu nacional. Se ignora que la ley de limitación de la jornada no es una simple prescrip-

ción legal, sin vinculación con los aspectos fundamentales de la sociedad. No era así, al finalizar el siglo.

La jornada de ocho horas legislada para esta parte de América por primera vez en el mundo en las leyes de Indias, fue reclamada por los obreros en el primer plan de justicia social redactado por ellos en Buenos Aires, en 1890, plan que era el fruto de un movimiento netamente obrero, dirigido por trabajadores sin intervención de fuerza alguna extraña a la clase proletaria.

Fue entonces cuando proyecté la ley en la Cámara de Diputados estudiando la situación de los obreros de nuestras fábricas desde el punto de vista económico, higiénico y ético. Menger, el sabio profesor de la Universidad de Viena, sostenía que el Derecho del Trabajo estaba basado sobre un concepto de potencialidad que era real; que debido a los cambios industriales y a las conquistas políticas los obreros tenían fuerza y por eso debía respetarse sus intereses vitales. Yo sostuve que me determinaba primordialmente un interés ético, que tenía para mí un valor jurídico absoluto; y expuse a la vez los fundamentos económicos e higiénicos de la ley, partiendo del fenómeno de la *superpoblación relativa* o *ejército de reserva* del capital originado por el desarrollo de la maquinaria. Desalojado el obrero, engrosaba, progresivamente, el número de los desocupados, quienes se veían obligados a vender muy barata su fuerza de trabajo. Y así bajaba la remuneración, tanto más cuanto mayor era el *ejército de reserva*. De ahí la necesidad económica de disminuir la superpoblación para obtener una elevación del salario. Había que acortar la jornada de trabajo de una manera progresiva para obtener la ocupación de un mayor número de trabajadores en la industria.

Y las ciencias auxiliares probaron que no obstante el acortamiento de la jornada era posible obtener con el mismo número de obreros, exactamente la misma o mayor y mejor producción. Por paradójal que parezca, la conclusión era exacta y está basada en un cúmulo de experiencias y en mis investigaciones científicas realizadas en los talleres del Estado. Las causas son fisiopsicológicas.

Por otra parte, dentro de las especulaciones de la economía que con otros factores da fundamento a la legislación del trabajo, afirmo que la elevación del salario obtenido por el acortamiento de la jornada, obliga al empresario a renovar la maquinaria, introduciendo

DERECHO

perfeccionamientos, lo que a su vez es causa de la estabilidad de la superpoblación relativa. De ahí la necesidad de la constante disminución de la jornada, proporcionalmente a la intensificación de las fuerzas productivas.

Conviene expresar, para que no haya equívocos, que el alza de los salarios producida por el acortamiento de la tarea, si se generaliza con la jornada de ocho horas, se convierte en beneficio para todos los factores de la producción.

Asimismo la elevación del salario no determina un aumento en el precio de los consumos. Lo que es barato en los países donde el salario es bajo, es el servicio personal, que es caro donde el salario es alto. Es que el alza y la baja del beneficio y de los salarios no expresa sino la proporción en que capitalistas y obreros participan del producto de la jornada, sin que influya en la mayoría de los casos en el precio de las mercaderías.

Entrando en otro orden de consideraciones, ha demostrado que la jornada larga determina un gran número de accidentes de trabajo.

XI LA FATIGA Y SUS PROYECCIONES SOCIALES.

He advertido desde hace tiempo —dijo el industrial inglés Arthur Chamberlain, entrevistado por la famosa autora del libro *CRISIS DEL TRADEUNIONISMO*— *que la mayoría de los accidentes en los talleres se produce al final de la jornada de trabajo.* Las causas son los movimientos pesados, irregulares producidos por la fatiga —intoxicación de los músculos— que he estudiado en uno de mis libros.

Podemos también afirmar que la calidad del trabajo disminuye a medida que el tiempo se prolonga. He podido observar que los obreros sujetos a mis experiencias en el laboratorio de psicofisiología, en la décima hora de labor, manejaban con dificultad las herramientas y a veces se lastimaban, lo que no sucedía en las primeras horas. Sujetos jóvenes y fuertes, en excelentes condiciones de ambiente, sometidos a un excedente de dos horas de trabajo durante ocho días, sintieron los efectos de la fatiga de una manera alarmante. La producción fue débil en las últimas horas y de mala calidad.

Pero existen además razones de índole moral que militan a favor de la jornada de ocho horas. La jornada larga produce una laxitud de

los vínculos de familia; al obrero se le aparta de su hogar, se le aleja de su compañera, de sus hijos y se contribuye así el relajamiento del carácter, impidiendo la expansión del espíritu y privando así al trabajador del cultivo de sus facultades intelectuales.

XII LA CÁTEDRA NO DEBE CONCRETARSE AL ESTUDIO DE LAS LEYES.

¿Cómo será posible entonces que en nuestras cátedras nos concretemos al estudio de las leyes, sólo desde el punto de vista jurídico, sin advertir que la autonomía del Derecho del Trabajo y su vinculación con otras ciencias, rebasa el examen de los textos y de la jurisprudencia de los tribunales?

¿Y cómo no rebelarnos, si somos los defensores del derecho de la clase trabajadora, contra la violación sistemática de leyes que tienen su fundamento en la economía, en la higiene, en la moral? ¿Acaso nos contentaremos con encasillar en el Código Civil las nuevas figuras jurídicas sancionadas?

XIII EL CÓDIGO CIVIL.

El Código Civil cuando se inició el nuevo derecho de los trabajadores, no tenía reglamentación alguna acerca de las relaciones que nacen del trabajo, pues las disposiciones sobre locación inspiradas en los conceptos clásicos, en ningún momento se refieren a las relaciones entre patrones y obreros, que constituyen el eje alrededor del cual giran todos los grandes conflictos.

Y cuando se aplicaban los preceptos sobre obligaciones, se aplastaba al débil, porque el Código partía del principio de la autonomía de la voluntad, en presencia de un régimen económico que imponía la sujeción del obrero, dueño solamente de su fuerza de trabajo.

El Dr.: Estanislao Zeballos, siendo decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, sostuvo que no era necesaria una legislación social, pues en el espíritu y en la doctrina del Código Civil, estaban resueltas las cuestiones que se refieren a los problemas del trabajo, que en realidad eran simples cuestiones civiles. El Código resolvía los problemas entre patrones y obreros en dos de sus títulos, combinándolos sagazmente: el de las obligaciones de hacer y el de la locación de servicios. Y las responsabilidades en que pudiera incurrir

DERECHO

el patrón respecto de la vida, la seguridad y el bienestar de los obreros estaban gobernadas por otro notable título, el de los delitos civiles. Y refería que antes de sancionada la ley de accidentes del trabajo —que sanciona el riesgo profesional— un obrero acudió a la justicia demandando al patrón con motivo de un accidente sufrido durante su tarea. Pedía —dice— una indemnización, y el magistrado, exponiendo con claridad la doctrina del Código Civil —*que algunos desdeñan pretendiendo sustituirlo con una ley obrera* (son sus palabras)— mandó pagar la indemnización reclamada.

Desgraciadamente, la indemnización no llegó nunca a poder del obrero, porque la Cámara de Apelaciones, aplicando el texto legal, revocó la sentencia.

Ya en 1903, Juan Bialet Masse sostuvo que el codificador no había legislado especialmente sobre accidentes del trabajo con el nombre de tales, pero *había dado las reglas de la responsabilidad civil de un modo tan completo y preciso que todos los casos de todos los objetos del derecho se hallaban expresamente resueltos de una manera cabal.*

Con motivo de la limitación de la jornada de trabajo, el doctor Zeballos afirmaba que la libertad de contratar era inalienable; nadie podía impedir a un patrón que contratara con un obrero dispuesto, por su espontánea voluntad, a trabajar más de ocho horas si así le convenía. El establecimiento de la jornada —decía— depende de la voluntad del obrero y el patrón, quienes deben discutir las condiciones del trabajo.

Un obrero, de acuerdo con esta teoría, podría trabajar catorce, quince o dieciséis horas, si así le convenía; y en nombre de la libertad se podía llegar a sostener que por la libre voluntad del contratante estaba permitido el enajenamiento de la propia libertad.

Un profesor, desde su cátedra de legislación del trabajo, refutó al decano en una serie de conferencias sobre la libertad de contratar, demostrando que al no existir igualdad de condiciones entre los contratantes, obreros y patrones, no había libertad. El contrato individual no era libre y con él el obrero comprometía su *persona*.

XIV LA CONSTITUCIÓN NACIONAL.

Pero realizamos la tarea amparándonos en la Constitución, que proclama el *concepto de la persona humana*, del que surgen los dere-

chos de los trabajadores. Garantizaba con toda amplitud el derecho de asociación lícita, derecho del cual surge la autonomía de los sindicatos, libres de sindicarse, sin que se ejerza sobre ellos coacción alguna; y además el derecho de huelga, reconocido sin sinceridad por todos los gobiernos, pero siempre violado.

Y así el Nuevo Derecho pudo desenvolverse bajo la égida de la Constitución del 53, cuya amplitud no solamente permitió la difusión de todas las ideas, sino que autorizó la sanción de todas las leyes sociales dictadas por el Congreso Nacional.

XV EL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE DERECHO DEL TRABAJO.

Hoy nos reunimos en el *Primer Congreso Nacional de Derecho del Trabajo*, acontecimiento extraordinario que debemos señalar como un triunfo magnífico de los hombres que hemos trabajado con tesón en una nueva disciplina que ya tiene autonomía y que pronto exigirá un código redactado por juristas, economistas e higienistas.

En 1904 se publicó en Buenos Aires un libro titulado *EL OBRERO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA*. Su autor, Juan A. Alsina, dice en la primera página: *En la población de nuestro país, 5.347.986 habitantes existentes el 31 de diciembre de 1904, hay aproximadamente 2.700.000 obreros. Y agregaba estas palabras terribles: No existe ninguna ley relativa al trabajo, es decir que reglamente las relaciones de los distintos elementos en las industrias manufactureras y establezca protección para los obreros. Se hallan a discusión en el Congreso los proyectos (del diputado Palacios) sobre descanso dominical y reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños.*

Han transcurrido 56 años. No voy a referir acá las luchas interminables, las abnegaciones y los sacrificios para que el Congreso sancionara las leyes que hoy se propone codificar este Congreso. He sido actor en esas luchas y no deseo por eso hablar de ellas, pero sí quiero expresar a los señores congresales que estamos lejos de haber alcanzado una meta, y que desde ahora debemos iniciar una nueva lidia para obtener el cumplimiento de las disposiciones legales. Si las leyes continúan siendo letra muerta, nuestra tarea habría sido inútil.

DERECHO

Muchas leyes fracasan por carecer de los órganos necesarios para darles una atención rápida, y además porque no tratan de una manera desigual a los contratantes desiguales. El proceso no debe regularse de un modo idéntico para todos, pues eso implicaría el error de la medicina antigua que atendía a la enfermedad y no al enfermo; del derecho clásico penal, que se ocupa del delito y no del delincuente. No puede regularse el litigio sin fijarse en la calidad de los litigantes. Hoy hay tribunales del trabajo. Algunos de sus jueces eminentes están sentados en este recinto, pero desgraciadamente todavía no hay una conciencia formada, ni siquiera en la Nación en general ni en la clase trabajadora en particular, ni aun en la Universidad, donde un publicista extranjero defendiendo la libre empresa llegó al extremo de afirmar que *el aspecto destrucccionista del seguro contra accidentes y enfermedades, consiste sobre todo en el hecho de que tal institución promueve los accidentes y las enfermedades, esconde la recuperación de la salud y a menudo crea —intensifica y alarga— los desórdenes funcionales que siguen a las enfermedades y los accidentes. El seguro contra las enfermedades —agrega— engendra enfermedades: es una institución que tiende a estimular las enfermedades e intensifica considerablemente las consecuencias físicas y psíquicas de los accidentes y enfermedades.* Y no se detiene ahí este profesor que aparece como un espectro después de dos siglos, arrasando con todo. Arremete contra las convenciones colectivas y añora el contrato individual, del fuerte y el débil, para la mayor gloria del capitalismo.

Los que hemos tenido que luchar a brazo partido contra los representantes de ese capitalismo, en el Parlamento y en la Universidad, sonreímos desdeñosamente al leer los argumentos de von Mises, los mismos que hace medio siglo invocaban los detractores del *Nuevo Derecho*.

XVI EL ORDEN PÚBLICO.

Las leyes tuitivas del proletariado, son de orden público y su incumplimiento, aún cuando sea por la voluntad de las partes, afecta a la Nación en sus órganos más sensibles. Los jueces han declarado que el principio de la autonomía de la voluntad en los contratos no rige en el campo del derecho del trabajo, donde juegan principios normativos de orden público. Todas aquellas leyes que por su fun-

damento reposan en concepciones consideradas como básicas para la sociedad, deben conceptuarse como leyes de orden público, dijo Braudry-Lacantinerie.

Se ha discutido si sólo deben anularse las convenciones contrarias al derecho público. Es cierto que la línea divisoria entre el derecho público y el derecho privado —división clásica— se va borrando cada vez más, pero es evidente que hay leyes que interesan principalmente a la sociedad y otras que interesan primordialmente a los individuos. Podríamos decir que el orden público desde el punto de vista jurídico, significa garantizar la armonía jurídica para la realización del derecho y la justicia, que no podrían existir si los intereses particulares primaran sobre los intereses colectivos. De ahí que en la enunciación que hacen todos los jurisconsultos de las leyes de orden público entren invariablemente las que se refieren a la *higiene pública*, a la salud del pueblo. Contra ellas no pueden invocarse *derechos irrevocablemente adquiridos*.

De ninguna manera ha de considerarse un contrato de trabajo que puede afectar la salud de los trabajadores, como un contrato de compra-venta u otro cualquiera que tenga por objeto la prestación de una cosa; y no debe serlo porque el trabajo no puede ser separado de la persona del obrero, que representa un *valor absoluto*. El trabajo de un pueblo es superior a su patrimonio real, desde todo punto de vista, razón por la cual debe estar siempre amparado por el derecho público y por el privado. Por eso, anhelo fervorosamente que esta gran asamblea donde están los *defensores del derecho del trabajo* comience su tarea expresando su aspiración de que las leyes tuitivas de los trabajadores se cumplan.

Cuidemos el valor humano para que el trabajador no se convierta en un simple fusil para la guerra, en un tornillo para la máquina, en un número en la prisión, o en un pobre desocupado que está demás en el mundo. Para que las grandes fuerzas que él ha creado no lo transformen en un juguete o lo desalojen como trasto inútil. Trabajemos, para restablecer el valor del hombre y elevarlo por encima de toda cosa creada. Es ésta una vocación que nos viene de lejos. Se definió ya en Séneca y se actualizó en estadistas que elevan a la par de sí, como tipo de la raza, al hombre desdeñoso del mandril de cuero.

Historia

Túpac Amaru, símbolo de rebeldía americana

BOLESLAO LEWIN

NACIDO EN POLONIA en 1908. Allí cursó sus estudios, emigrando a hispanoamérica en 1931. En 1937 se radicó en la Argentina, naturalizándose. En 1958 comenzó a dictar cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores. En 1948 dictó cursos en las universidades de Bolivia y Perú. Y en 1951 en la Escuela de Temporada de la Universidad de Chile. Ha disertado asimismo en la Universidad de Montevideo. Actualmente es profesor titular de Historia de América (I) en la Universidad de La Plata. Director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad del Litoral. Es miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia de Bolivia y del Centro de estudios Histórico Militares del Perú. OBRAS: Túpac Amaru el rebelde (1943), La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la emancipación americana (1957) que le valió el premio Ricardo Rojas, discernido este año.

ES sorprendente la vastedad de la fama de Túpac Amaru en el continente americano y aun fuera de él. En la época previa a la Emancipación, cuantas veces se expresa temor ante los graves acontecimientos que se avecinan, se cita su nombre; en el período de lucha por la independencia, cuantas veces se la justifica, se lo nombra. Desde el punto de vista personal, Túpac Amaru inspiró, generalmente, simpatía a sus coetáneos y aun a sus enemigos. Lo que es un fenómeno digno de atención, por tratarse de un jefe rebelde de capas sociales muy humildes. En la historia se conocen pocos casos de esa naturaleza. Y si hoy algunos caudillos rebeldes populares son exaltados, sucede esto por razones políticas o después de arduas luchas reivindicatorias. El caso de Túpac Amaru es distinto, por lo menos bajo un aspecto: ya en la época, la sublevación encabezada por él no hallaba, en el terreno ideológico, la resistencia que se podría esperar encontrarse. Lo que es prueba de un grado muy avanzado de

descomposición del régimen imperante, incapaz de una defensa vigorosa en el campo de las ideas. Por ello —como siempre en regímenes caducos— la represión fue tan cruel, tan despiadada.

Vistas las cosas desde este ángulo, no deja de ser muy sintomático que en lo que podríamos llamar tradición folklórica Túpac Amaru no figura, por lo general, como símbolo de bestialidad, hecho tan frecuente en el caso de otros caudillos rebeldes que lucharon por causas no menos nobles y justas y que, sin embargo, sirven incluso para horrorizar a los niños. Su nombre se convirtió en el símbolo por excelencia de rebeldía contra el régimen español y aun de rebeldía americana en general. Cuando el famoso oidor chuquisaqueño Juan José de Segovia destacó la lealtad de los criollos a la corona española comparaba a Túpac Amaru con Cromwell¹, para los hispanos y en 1780, símbolo cabal de rebeldía y herejía. Unos lustros después otro americano conservador, Manuel del Campo y Rivas, parangonaba a Túpac Amaru con Robespierre². . . . A su vez Saturnino Rodríguez Peña, a fin de ganar adherentes para la causa carlotista, citaba el ejemplo de Túpac Amaru como seria advertencia a los americanos moderados que resistían sus proyectos. Parecida opinión expresaron los compatriotas de Miranda en cartas al Precursor. En la misma época, cuando el español quería motejar en forma despectiva, a su juicio, al gaucho o criollo díscolo e ingobernable lo llamaba *tupamaro*; cuando Liniers acusó a Elío —intransigente gobernador español de la Banda Oriental— de obrar en contra de los intereses de la monarquía hispana, afirmaba que su nombre correría a la par del de *Tupamaro* (pocos años después los patriotas de estas comarcas eran llamados por sus adversarios *tupamaros*); cuando Ambrosio Funes echó denuestos sobre la cabeza de cierta persona, se expresó acerca de ella: “El sale bien ahora en España por una razón análoga por la cual saldrá bien en América Tupa-Amaru”; cuando fray Servando Teresa de Mier justificó la causa de la independencia mexicana invocaba el nombre de *Topac-amaru*; cuando el diputado neo-granadino a las cortes de Bayona, Ignacio Sánchez de Tejada, abogó por reformas radicales en las colonias, citaba “las grandes insurrecciones del Perú y Santa Fe, en los años 1781 y 1782”; cuando un fran-

¹ Véase nota 5 del cap. XXI de *La Rebelión de Túpac Amaru*, Buenos Aires, 1957.

² Germán Posada: “Manuel del Campo y Rivas”, en *Estudios de Historia de América*, México, 1948, pág. 123.

HISTORIA

cés de nombre Durrey, que habitaba en México en la época de la Gran Revolución, quiso ganar adherentes para ella, afirmó que “estaba muy bien hecho que hubiesen gritado la libertad en el Perú”; cuando San Martín se dirigió a los indios solicitando su colaboración en la magna empresa libertadora, invocó el nombre de *Tupa Amaro*; cuando Cornelio Saavedra enumeró en su *Memoria autógrafa* las tentativas precursoras en la emancipación americana, se refirió en primer término a *Tupac-Amarú*; cuando Ignacio Núñez redactó sus páginas sobre el mismo tema, también citó a *Tupac-Amarú*; y el general Daniel O’Leary, que en compañía de Bolívar visitó el Cuzco, habla de *Tupac-Amaru* como de su “Belisario que le dio un día de esperanza”³.

Es de especial interés, tanto por la persistente posición negativa en torno a estos problemas como por su novedad, que asimismo en la Argentina el nombre de Túpac Amaru se había convertido en sinónimo de actitud rebelde frente a las autoridades españolas, singularmente en las capas populares. Así, durante la llamada “conspiración de los franceses” en Buenos Aires de 1795, una de las preguntas del interrogatorio de los testigos, la octava, se refería al inca rebelde, lo que es una prueba de la importancia que se le atribuía. A la aludida pregunta el testigo Pedro José Alegre contestó:

Que varias ocasiones cuando las revoluciones del Perú le contaba José Díaz que Tupamaro le había escrito, otras que había estado hablando con un sobrino de dicho Tupamaro en la otra banda queriéndolo persuadir a que tenía amistad con aquella gente y otros disparates⁴.

³ Conf. Carlos A. Pueyrredón, 1810. *La Revolución de Mayo*, Buenos Aires, 1953, pág. 187; *Archivo del General Miranda*, Caracas, 1938, passim; Alberto Zum Felde, *Proceso histórico del Uruguay*, Montevideo, 1919, pág. 42; Carlos A. Villanueva, “Napoleón y los diputados en las cortes españolas de Bayona”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*; Luis E. Azarola Gil, *La epopeya de Manuel Lobo*, Madrid, 1931, pág. 151 (este autor confunde, evidentemente, al último inca rebelde con el último inca reinante); Pablo Blanco Acevedo, *El gobierno colonial del Uruguay*, Montevideo, 1929, págs. 468 y 469; Francisco Bauzá, *Historia de la dominación española en el Uruguay*, t. II, vol. I, pág. 469; Biblioteca Nacional, Sección Manuscritos, N° 6481; J. M. Miguel y Verges, *La independencia mexicana y la prensa insurgente*, México, 1941, pág. 117; *Escritos inéditos de fray Fernando Teresa de Mier*, México, 1949, págs. 79 y 80; *Los precursores ideológicos de la guerra de Independencia (1789-1794)*, Archivo General de la Nación, México, 1929, t. I; Cornelio Saavedra, *Memoria autógrafa*, Buenos Aires, 1944, pág. 52; Ignacio Núñez, *Noticias Históricas*, t. II, pág. 82; Daniel F. O’Leary, *Memorias*, Madrid, s. d., t. II, pág. 420.

⁴ Se conocieron estos detalles durante la labor investigativa en el Archivo histórico de la Provincia, de el Seminario de Historia de América I de la Facultad de Humanidades de La Plata, dirigido por el que esto escribe e integrado por las señoritas Masramón, Nagore, Sommerfleck, Palermo y el señor Pereyra (adscripto).

El agente de Estados Unidos en la Argentina, Joel Roberts Poinsett, en su informe del 4 de noviembre de 1818, se refiere así a los indígenas, a la rebelión y a su jefe:

La insurrección de 1778 [por 1780] fue la más formidable que se ha conocido desde la conquista y convirtió en ruinas algunas de las más hermosas ciudades del Alto Perú. Oruro fue totalmente destruída y La Paz bloqueada por los indios. Si hubiesen conocido el manejo de las armas de fuego, toda la población blanca de esas poblaciones habría sido destruída... En el año de 1778 [por 1780], los indios de las provincias del Alto Perú realizaron un conato ineficaz para sacudir el yugo español. Reunieron una gran fuerza; y bajo el mando de Tupac Amarú, descendiente de los incas del Perú, saquearon y destruyeron gran número de pequeñas ciudades. Por dos veces sitiaron la ciudad de La Paz; pero, careciendo de armas de fuego e ignorantes del uso de las mismas, fueron rechazados con grandes pérdidas. Después de una lucha desesperada de tres años, fueron derrotados por ejércitos combinados de Buenos Aires y de Lima. Tupac Amarú, quien fue proclamado Inca, cayó en manos de los vencedores y, juntamente con los jefes principales de la revuelta, fue sometido a muerte con las más crueles torturas. Esta acción decisiva le puso fin a las insurrecciones de los indios del Perú⁵...

En los mismos términos, más o menos, se expresa acerca de Túpac Amaru Alcides D'Orbigny. El eminente naturalista y viajero que recorrió Bolivia y Perú en 1830, dice que Túpac Amaru "al reclamar una herencia que le correspondía legítimamente, tomó el partido de los oprimidos"⁶...

Las noticias acerca de Túpac Amaru llegaron inclusive a los aborígenes de las pampas del Sur. Cuenta Julio A. Costa que el cacique Cipriano Catriel, en un discurso a los indios, les recordó que los españoles "descuartizaron vivos a José Gabriel Tupac-Amarú y a toda su familia, después de arrancarles la lengua y los ojos".⁷

También en las coplas anónimas, y en el período más álgido de la lucha por la independencia en el actual territorio argentino, el nombre de Túpac Amaru era citado como la más categórica manifiesta-

⁵ *Correspondencia diplomática de los Estados Unidos concerniente a la independencia de las naciones latinoamericanas*, seleccionada por William R. Manning, tomo I, parte II, doc. 243, Buenos Aires, 1930.

⁶ Alcides D'Orbigny, *Viajes por América del Sur* (Biblioteca Indiana), pág. 570.

⁷ Julio A. Costa, *Roca y Tejedor*, Buenos Aires, 1927, pág. 41.

HISTORIA

ción en contra del régimen hispano. He aquí lo que dice una de las coplas:

*Al amigo Ño Fernando
Baya que lo llama un buey,
Porque ya los tupamaros
No queremos tener rey*⁸.

Corresponde agregar que en las obras de ficción, sobre todo en el período de lucha por la independencia, la figura de Túpac Amaru atrae el interés de los escritores enrolados en la causa emancipadora. En Buenos Aires aparece, en 1816, la ORACIÓN FÚNEBRE DE TUPAC AMARU de Melchor Equazini, curioso opúsculo dedicado a San Martín, en el cual, en los términos más enérgicos, se condenan los proceder es españoles con el último inca, cuya figura se exalta. En 1821 se estrena el drama TUPAC AMARU, atribuido al actor Ambrosio Morante, que tiene las mismas características que el trabajo anterior. En cambio, Juan Bautista Alberdi, en su CRÓNICA DRAMÁTICA DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO, hace una invocación del inca rebelde con motivo del juramento de los conspiradores en la víspera del magno acontecimiento histórico: "Por el Dios de la libertad, de la igualdad y de la patria, por los sepulcros sagrados de nuestros abuelos los incas, por las víctimas de Tupamar"...

Pertenece, en cierto modo, a la literatura de ficción el opúsculo que, con el título de CUARENTA AÑOS DE CAUTIVERIO, publicó en Buenos Aires el hermano de José Gabriel Túpac Amaru, Juan Bautista. Éste, después de inenarrables penalidades en España, en 1822, llegó a Buenos Aires y obtuvo de Rivadavia una pensión vitalicia, con la condición de hacer un relato de su vida. CUARENTA AÑOS DE CAUTIVERIO más que un relato es una vehemente exaltación de la figura de Túpac Amaru y una acre condena de sus perseguidores.

Ahora bien, los libros sobre Túpac Amaru mencionados hasta ahora son una mezcla de datos históricos auténticos y de elementos de creación libre. Pero también en obras de novelística llamada pura, su personalidad suele integrar la trama o servir para probar una tesis.

En ISMAEL del uruguayo Acevedo Díaz el nombre del gran rebelde y el adjetivo de él formado, aparece de este modo:

⁸ Debo el conocimiento de esta copla a un joven colega que es un avezado investigador, don Ricardo Rodríguez Molas, quién la copió en el Archivo General de la Nación.

A cuarenta alcanzaba el número de los hombres de que disponía Benavídes [caudillo de las luchas emancipadoras] diseminados en grupos en distintos lugares del bosque, pero muy próximos al potrill donde acampaba el grueso de la fuerza.

Los *tupamaros* figuraban en primera línea, y, sabido es que bajo ese dictado irónico era como distinguían a los criollos o nativos los dominadores, comparándolos con los adeptos del animoso cuanto infortunado Tupac-Amarú, que fue dividido en pedazos al furioso arranque de cuatro potros. Esta denominación era extensiva a los innumerables próceres de la independencia sin excluir a sabios ilustres, que sufrieron otro género de suplicio: el de arcabuceo por la espalda

.....
El aislamiento en que se había dejado la extensa campaña del territorio, al punto de que la acción de la autoridad llegó a ser nula en absoluto hasta que Artigas echó sobre sí a fines del pasado siglo la ardua tarea de limpiar inexorable las comarcas, contribuyó a formar en el ánimo de la gente agreste la convicción firme de que los campos solitarios con sus ríos y selvas, montañas, valles y rancherías, era suelo de *tupamaros*, y no de *godos*

.....
dividido ya el campo entre *uropeos* y *tupamaros*, estos últimos negaban la existencia de todo vínculo social o político con sus antiguos dominadores [los subrayados en el original].

En *AVES SIN NIDO* de la escritora peruana Clorinda Matto de Turner, Túpac Amaru aparece como heroico vindicador de los derechos autóctonos.

Es particularmente interesante que también un escritor español, don Juan Valera, en su *COMENDADOR MENDOZA*, trató con simpatía y comprensión la figura de Túpac Amaru.

El gran rebelde americano de 1780 fue un hombre de extraordinaria fuerza física y psíquica, lo que se evidencia, sobre todo, a través de su comportamiento en la cámara del tormento. Escasas son las personas que soportaron las torturas metódica y refinadamente aplicadas, por más destacado que fuese su papel en la vida pública. El autor de estas líneas cree tener bases suficientes para poder afirmarlo, porque ha realizado largos estudios sobre la Inquisición, y en las torturas que ésta aplicaba a sus víctimas hubo poquísimos casos de un resultado negativo para los torturadores.

Hay una profunda razón psicológica en el hecho de que las torturas, en todas las épocas, se lleven a cabo en la madrugada. También Túpac Amaru fue atormentado a las cuatro de la mañana. Sucedió es-

HISTORIA

to el 29 de abril de 1781, por orden y en presencia del oidor Mata Linares. De acuerdo con el ritual jurídico de la época, antes de aplicársele el tormento se le hizo la última advertencia y se le dijo farisaicamente que si muriera o fuese lisiado en él, la culpa sería suya, “por no haber querido decir la verdad”. Como en respuesta a esa intimidación Túpac Amaru dijo no tener nada que agregar a la confesión que le fue tomada por el juez pesquisidor Benito de la Mata Linares, el mismo que dirigía el procedimiento brutal, le fueron amarradas las muñecas a la espalda y atados los pies. En la atadura de éstos fue colgada una barra de hierro de 100 libras y alzado el cuerpo de la víctima a dos varas del suelo. Pese al inhumano dolor que le causaba la tortura, cuyo resultado inmediato fue la dislocación de un brazo, Túpac Amaru no dijo nada de lo que tanto ansiaban saber las autoridades españolas. El representante superior de éstas, el Visitador general de los virreinos del Perú y el Plata, José Antonio de Areche, le hizo justicia, al estampar en su informe al ministro de Indias, del 30 de abril de 1781, al día siguiente del tormento, que Túpac Amaru “es un espíritu y naturaleza muy robusta, y de una serenidad imponderable”.⁹

Túpac Amaru, como hemos señalado, fue también un hombre muy inteligente, de manera que, una vez en manos de sus enemigos no se hizo ilusiones acerca de su destino; pero tampoco se le sometió con pasividad. Por dos veces intentó la fuga, mas ambas infructuosamente, debido a la fidelidad de sus centinelas a la causa realista. A uno de los soldados que lo vigilaban, a quien supuso dispuesto a ayudarlo con la promesa de un gran soborno, le contestó a cierta pregunta sospechosa que no diría a nadie la verdad, aunque le sacasen la carne a pedazos. Lo que, como hemos visto, no fue jactancia vana.

El mismo vigor mental, la misma rapidez de orientación ante el peligro demuestra Túpac Amaru en los interrogatorios. Cuando se le pregunta a quién estaba dirigido el tafetán que contenía unas frases escritas con su propia sangre y que quería enviar por intermedio de un centinela, contesta que a un capitán cuyo nombre ignora, aunque aparezca tal palabra en la misiva, pero si lo viera lo reconocería¹⁰...

⁹ Documentos del Archivo de Indias en Sevilla. Copias microfilmicas en poder de don Francisco A. Loayza en Lima, gentilmente facilitadas al autor.

¹⁰ Ibid. Declaración de Túpac Amaru ante Mata Linares del 28 de abril de 1781.

En el momento culminante del interrogatorio principal, cuando se le manifiesta el borrador de la proclama real hallado en sus bolsillo y se le exige la confirmación de su contenido, responde lo siguiente “este borrador es de un tal Higinio de Marcapata, español, minero blanco, pelo rubio, ojos azules, que estuvo con el confesante en una mula blanca”¹¹ . . .

Búsquenlo, pues, si pueden.

Después de esta contestación, el Visitador general quiere que Túpac Amaru diga quiénes fueron sus cómplices y cómo se atrevió a desencadenar un cataclismo que costó la vida de decenas de miles de hombres y provocó la ruina de dos virreinos. A esto el inca responde

Así como si el reino fuera una hacienda, y él tuviera derecho a ella, teniendo ésta indios y los viera tratar mal, sería preciso sacar la cara por ellos para que no los tratasen mal, así él, siendo descendiente de los incas, como tal, viendo que sus paisanos estaban acongojados, maltratados, perseguidos, él se creyó en la obligación de defenderlos, para ver si los sacaba de la opresión en que estaban¹²

Nos parece que existe cierta similitud entre esta explicación de Túpac Amaru y el texto de la respuesta que, según tradición popular habría dado a Areche:

Nosotros somos los únicos conspiradores; V. M. por haber agobiado el país con exacciones insostenibles, y yo, por haber querido libertar al pueblo de semejante tiranía¹³.

Lo que nos importa en esta tradición no es tanto su veracidad ni la certeza de nuestra interpretación, sino el hecho de que, a través de ella, Túpac Amaru surge como símbolo de rebeldía americana.

¹¹ Ibid. Declaración de Túpac Amaru ante Mata Linares del 19 de abril de 1781.

¹² Documentos del Archivo de Indias en Sevilla. Copia microfilmica en poder de Francisco A. Loayza (Lima).

¹³ Se conocen, además de esta variante que se publica en el *Diccionario* de Mendiburu t. VIII, pág. 142, tres más. Según Markham (*Historia del Perú*, pág. 144) Túpac Amaru habría dicho: “Somos los dos únicos conspiradores. Vos por opresor del pueblo y porque os habéis hecho intolerable. Yo, por haber tratado de libertarlo de tanta tiranía”. Según el general Miller (Archivo General de la Nación, V32-6-25. Manuscrito inglés. Tiene la siguiente inscripción: Relativo a Tupac-amaru. Escrito en Chile en 1833, corregido en Cuzco 1835), la contestación era la siguiente: “Usía y yo somos los únicos [culpables] V.S. por haber oprimido el reino con contribuciones excesivas y yo por quererlo libertar de tales vejaciones”. Según Juan Bautista Túpac Amaru, hermano del inca, éste habría dicho: “Aquí no hay más cómplices que tú y yo; tú por opresor, y yo, por libertador, merecemos la muerte”. (*Cuarenta años de cautiverio*, Cuzco, 1941, pág. 18).

Teatro

Universidad y profesión teatral

JUAN CARLOS GENE

NACIDO EN Bs. AIRES en 1928. Inició sus estudios teatrales bajo la conducción de Roberto Durán en el Teatro Estudio de Buenos Aires (1953-54). En 1955 fundó la Pequeña Compañía de Pipo, presentándose en el "Teatro de la Luna". En 1956 integró el "Teatro del Buen Aire", dedicado a las representaciones al aire libre bajo los auspicios de la Municipalidad de Buenos Aires. En 1958 integró el elenco del "Teatro de San Telmo", en Buenos Aires. Desde 1953 es profesor de práctica escénica en el Departamento de Teatro de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de La Plata. A partir de 1957 ejerce la dirección de dicho departamento y desde el año último es director del Teatro de la Universidad. OBRAS: El herrero y el diablo (1955), compuesta sobre el capítulo XXI de "Don Segundo Sombra", que le valió el Premio Municipal; y Señoras y Señores del Tiempo de Antes (1956), en colaboración.

COMO todas las actividades creadoras del hombre, el teatro presenta un sinnúmero de aspectos desde los cuales puede ser juzgado. La variedad y complejidad de estos aspectos sólo podría ser comparada, tal vez, con los que ofrece la política. Efectivamente, política y teatro presentan símiles tentadores y útiles para sensibilizar la capacidad de comprensión de los problemas del teatro en los sectores alejados de él. Como la política, el teatro se basa en una concepción del hombre y de su destino, de sus relaciones con sus semejantes y con la eternidad... y también en la mezquina realidad diaria hecha de lucha por la vida, competencia, propaganda, costos y precios, éxitos, intriga, vanidad... Teatro y política, se sientan en las mesas de Dios y del Diablo.

Apresurémonos a aclarar en primer lugar que al referirnos al teatro, no aludimos a su simple manifestación literaria, a la dramaturgia, que no es más que uno de sus aspectos y elementos. Teatro es la síntesis de ac-

tividades humanas que intervienen en la creación del espectáculo dramático y que abarca: espacio, actuación, dirección, texto, técnica, capital y público. Como se ve, una suerte de cajón de sastre que agrupa en aparente confusión los más dispares elementos. Lo complejo para el teatro surge de que en ninguna forma puede prescindir de ninguno de los elementos de esa síntesis. Donde uno de ellos falta, el teatro se hace imposible. A nadie escapará entonces que la condición previa a todo planteo de alto nivel en el terreno de la estética teatral es la existencia y coexistencia de los elementos básicos del teatro. Discurrir y discutir sobre "ismos" y tendencias, sobre forma y contenido, sobre realidad y símbolo, resulta inútil si no se aseguran antes los instrumentos imprescindibles del teatro.

En este sentido nuestra época, por tantos motivos paradójica como ninguna, presenta también en el terreno teatral las más atroces contradicciones. No es un aislado y trágico caso de mala suerte, el que las teorías de Gordon Craig hayan permanecido hasta la fecha como teorizaciones en el papel y hayan servido, a lo sumo, para inspirar algunos tímidos acercamientos prácticos a sus llamadas utópicas concepciones. Tampoco es casual la decepción que acompañó a Jacques Copeau hasta su muerte, ni que Gastón Baty haya refugiado en los titeres su pasión por la belleza. La contradicción a que aludíamos se hace patente en la desproporción entre el caudal de concepciones teatrales de los grandes maestros, audaces y profundas como ninguna otra época pudo concebirlas, y el escaso margen de realizaciones concretas que el siglo ha logrado dar a esas teorías. Porque mientras los maestros buscan el camino de la belleza y de la legítima expresión del hombre, la circunstancia social hace difíciles los caminos de sus concepciones y a tal punto, que corremos el riesgo de perder para siempre el instrumento que haga posible realizar nuevas concepciones de los dramaturgos y de los creadores del teatro. El instrumento teatral sufre una crisis que lo imposibilita de adaptarse con agilidad a nuevos planteos. Y aún sin poder sospechar que nuevas formas dramáticas reserva el futuro de la humanidad, prevemos que mientras la crisis subsista en su forma actual de incompatibilidad de uno de los elementos del teatro con respecto a los otros, las teorías no pasarán el plano de la teoría y la nueva dramaturgia quedará en el terreno de la literatura, sin aliento ni sangre humanos.

TEATRO

Mal que nos pese, la evolución de lo específicamente teatral, del espectáculo teatral en sí, se ha detenido hace tiempo. Sólo teóricos y dramaturgos siguen buscando una renovación de las formas. Son libres para ello y nadie tienen que esperar para concebir y trabajar en la medida de sus fuerzas. Pero de los creadores teóricos del teatro tal vez sólo Bertolt Brecht ha logrado materializar en hechos teatrales su formidable revolución dramática, reuniendo en sí los talentos del dramaturgo, del director y del teórico y teniendo en sus manos los capitales colosales de un estado socialista. Mientras tanto no podemos permitirnos nuevos planteos del espectáculo porque no serán realizados. Lo que está en juego ahora es la supervivencia del teatro mismo en un tiempo que lo hace intrincado y difícil. Nuestra posición, la única posible, debe tender a asegurar ante todo la *posibilidad del teatro*. Tal vez nos ayude el recordar las palabras del Mahatma Gandhi a Rabindranath Tagore cuando éste le reprochaba su militancia política —y una vez más la política nos sale al paso—: “Cuando una casa se quema, todos toman un balde para apagar el incendio”. Y ciertamente, a nadie se le ocurriría conjurar el peligro trazando a la luz del incendio nuevas concepciones arquitectónicas.

La dificultad del teatro está en su carácter colectivo. Obra de conjunto para el conjunto, es una ecuación cuyos dos términos son colectivos: de un lado el equipo creador, del otro la masa del público que presencia (la existencia de un público unipersonal es inconcebible). De tal modo, el teatro no puede ser ni trascender si a) el equipo creador no puede concretarse, y b) si el público carece de cohesión y de voluntad de comunión.

Dejemos de lado el segundo supuesto, porque se refiere al elemento que por ahora se mantiene aún en pie, si bien en estado imperfecto, en esta caótica sociedad de hoy (y quien dude de la existencia de la actual voluntad de comunión del público del teatro, tendrá de todos modos que reconocer que la solución a una posible falta de cohesión excede la posibilidad de ser considerada dentro de los límites de este trabajo). Vayamos directamente a considerar los problemas relativos al punto *a*, los que hacen a la existencia del equipo creador del teatro, el que resultará de la combinación armoniosa de los elementos más arriba dados como componentes infaltables del producto “teatro”.

Y en la dificultad de aglutinación y supervivencia de este equipo es donde aparece la falla fundamental, falla que no está en la superada antinomia actor-director, ni en la también superada discusión sobre la supremacía del actor sobre el texto o de éste sobre aquél. La desarticulación del sistema, el punto donde reside la misma "crisis" teatral de la que tanto se habla, está en el elemento *capital*.

El axioma económico "sin capital no hay producción", es también válido para el teatro. La realización del teatro como tal necesita la inversión de capital. Y para precavernos contra las previsibles asociaciones de ideas en el lector, aclaremos que hablamos de una ley de la realización teatral y no de una determinada concepción de la sociedad. La existencia del capital no implica necesariamente la existencia del capitalista.

Pero es el hecho que en la actualidad toda la profesión teatral se basa sobre el principio de la empresa comercial, entendiéndose por tal la actividad capitalista por la cual se invierte dinero en espectáculos para obtener ganancias y multiplicar el capital. En todos los países del hoy llamado Mundo Occidental en que existe actividad teatral profesional, ésta se realiza sobre esta base, salvo unos pocos casos excepcionales que no pueden invadir la generalidad de la afirmación.

La profesión teatral estable, vale decir la actividad remunerada de los actores que por este medio viven exclusivamente de su trabajo, existe prácticamente desde la época renacentista. En aquellos monárquicos tiempos el capital del teatro era puesto por los grandes de la nobleza que *protégían* a una compañía. En reconocimiento y retribución para la vanidad del señor solían los actores ostentar sus armas y su divisa al frente de sus espectáculos. Se trata, como se ve, de un fenómeno anterior a la eclosión del capitalismo en el mundo. Por esta razón el sistema funcionó vigorosamente durante siglos, descontada la obsesión de la ganancia y de la reproducción del capital en quienes disponían generosamente de bienes que disfrutaban "por derecho divino".

Pero cuando la revolución industrial derrumbó los cuadros de la sociedad monárquica, el sistema cambió fundamentalmente. En adelante el teatro, demandado con fervor por ser la única forma del espectáculo dramático conocida entonces, pasa a ser una empresa capitalista manejada por empresarios. El único país de Europa que con-

TEATRO

servó, junto con una vigorosa organización nobiliaria, la costumbre de la protección del teatro por príncipes y señores hasta muy entrado el siglo XIX, fue Alemania. Actualmente el Estado ha heredado ese hábito y Alemania ofrece la actividad teatral profesional más sólida de Europa.

Con la nueva organización de la empresa teatral, se abre un período que llega hasta nuestros días, durante cuyo transcurso el sistema ha dado frutos de notable importancia. Pero hoy está en crisis, agotadas sus posibilidades por presión de las circunstancias económicas del mundo de hoy. Dos guerras mundiales de proporciones sin precedentes, el consiguiente proceso de destrucción y de reconstrucción y el fenómeno inflacionista universal que lo acompaña han provocado el descalabro. La causa es, en resumidas cuentas, sencilla y puede tal vez sintetizarse en dos palabras: *costos y riesgos*.

En el mundo en que sólo las ganancias fabulosas pueden considerarse como tales, la empresa debe invertir capitales enormes para montar espectáculos de costos elevadísimos y correr los riesgos más grandes que pueda imaginarse en el mundo de los negocios (en este caso, los aumentativos y superaltivos son inevitables). Agreguemos a esto, sistemas de relaciones capital-trabajo más y más complicados y exigentes y la consecuencia se presenta clara: las empresas se retraen y las inversiones se desplazan hacia campos menos aventurados, como resultan —sin salir del espectáculo— el cine y la televisión. El cine, por ejemplo, demanda inmensas inversiones de capital, pero ofrece siempre seguridades y posibilidades con las que el teatro no puede competir jamás. La obra cinematográfica se guarda en un pequeño bulto de latas circulares que puede dar la vuelta al mundo, conservándose idéntica a sí misma, ofreciendo a cientos de millones de espectadores el rostro de un actor famoso. El espectáculo teatral es esencialmente inestable, efímero, inasible casi, sólo accesible, en el mejor de los casos, a unos pocos miles de personas.

La empresa teatral, sin haber desaparecido, persiste en lo que consideramos sus últimas manifestaciones. Pero costos y riesgos han obligado a las empresas a restringir a tal extremo las posibilidades de realización, a exigir tantas limitaciones de los realizadores, que el trabajo teatral de calidad y, sobre todo, en profundidad, se hace día a día más imposible. La solución no está, por supuesto, en abaratar los cos-

tos haciendo menos rígidas las cláusulas de los contratos de trabajo en perjuicio de los trabajadores. Tampoco puede entusiasmarnos demasiado la excepción que en los Estados Unidos constituyen las firmes empresas teatrales de Broadway que, al parecer, ofrecen espectáculos de alta jerarquía pues el ejemplo se basa en muy especiales circunstancias económicas y sociales que el resto del mundo no puede imitar. La solución está en considerar caduco el sistema de explotación por empresa y buscar nuevas formas de producción de teatro.

La interminable discusión sobre la existencia o inexistencia de una actual crisis teatral, se basa en que los puntos de vista de los contendientes son distintos. Así es evidente que no existe crisis del teatro desde el punto de vista de la demanda por parte el público, fenómeno muy visible en nuestro medio, por ejemplo. Pero *si hay crisis de una forma económica que ha posibilitado el teatro hasta ahora, hay crisis de la empresa teatral capitalista*. Porque los costos y los riesgos hacen imposible que empresas y gran teatro puedan seguir unidos por mucho tiempo más.

En estos días el Instituto Internacional del Teatro, de la Unesco, realiza una amplia encuesta en todo el mundo sobre las relaciones del teatro con el Estado. Las publicaciones de dicha encuesta del ITI, demuestra que es el Estado quien en todas partes está tomando cartas en el problema del teatro. En cuanto a la Unesco, parece ser el sentir de la institución internacional de la cultura, que sólo un avanzado estatismo puede salvar la tradición del teatro, antigua como la sociedad humana misma, de los riesgos de un mundo en peligro de deshumanización.

Las cifras que los estados invierten en apoyo del teatro son año a año más abultadas. La protección estatal reviste muchas formas, desde la creación de teatros oficiales y la implantación de premios y de subsidios, al total estatismo que caracteriza al teatro del mundo socialista en su mayor parte.

Ciñéndonos al problema en nuestro medio, la crisis empresaria es ya definitiva y su índice inequívoco reside por una parte en la demolición o cambio de destino de decenas de salas y por otra en la reducción y, prácticamente, anulación de las compañías de gira, que hace unas décadas representaban una parte substancial del movimiento teatral del país y fundamentaban la prosperidad de varias

TEATRO

empresas. El panorama es semejante en otras partes de América del Sud y será tal vez ejemplo concluyente el Uruguay, donde prácticamente ha desaparecido la actividad teatral empresaria y sólo subsisten una Comedia Nacional oficial, teatros independientes no profesionales y unas pocas compañías por empresa que por lo general realizan espectáculos de la especie de sub teatro a que la forma de explotación en crisis nos ha acostumbrado, a fuerza de evitar riesgos y costos.

Entre nosotros la crisis es doblemente grave por lo reducido del mercado teatral, que la competencia del cine y de la T. V. restringe cada vez más. Pero por otra parte nuestro posible estatismo —ya patente en el sostenimiento de varios teatros oficiales, en subsidios, premios y franquicias— es, a pesar de su parte innegablemente positiva, un poco peligroso por la inestabilidad de nuestras instituciones políticas. Este fenómeno latinoamericano por excelencia debe ser muy tenido en cuenta para discernir qué aspectos o funciones del Estado deben ser las que encaren la solución *definitiva* del problema del teatro.

Ante el planteo la imagen de la universidad autónoma se presenta casi automáticamente, pues la universidad es entre nosotros la institución sostenida por el Estado que mayores posibilidades tiene de mantenerse al margen de sus desequilibrios políticos. Conocemos, por supuesto, las imperfecciones que aún afectan al sistema de relaciones Universidad-Estado y sabemos en qué medida repercuten en las altas casas de estudio los altibajos de la política nacional, especialmente en sus crisis más graves y profundas. Pero la tradición y la legislación consagran a la autonomía como el único estatus legal posible y hacia él tenemos que tender con renovado esfuerzo.

Al carácter de institución de saber y de enseñanza de la *universalidad* del saber científico, técnico y artístico, común a toda casa de estudios del máximo nivel, la universidad argentina —y a ello tiende en general la universidad americana— tiene voluntad de orientación de todo el quehacer nacional. Hay en ello una fértil semilla de revolución humanística que contrasta con el carácter tradicionalmente conservador de las universidades europeas, que son depósito de una añeja tradición de cultura. Nuestras universidades difícilmente pueden salvaguardar tradiciones estéticas que no tenemos —y en

cuanto al teatro la afirmación es concluyente—; se les reserva una función revolucionaria no ya en el sentido de las formas —y este aspecto tampoco debe desecharse— sino en el de *posibilitar* el quehacer, colaborando con actitudes positivas en la destrucción de estructuras que retrasen el cumplimiento de objetivos artísticos profundos.

La profesión teatral, única forma posible del teatro, requiere medios y circunstancias que el campo comercial no tolera. Por ese lado la experiencia está agotada. Y las posibilidades serán siempre mezquinas, comparadas con los planteos teóricos y estéticos de que debe partirse. El sistema de Constantin Stanislavsky, que tanto ha aportado a la renovación del teatro del siglo y que permanece en sus fundamentos esenciales como una de las verdades inamovibles del hecho teatral y del hacer del actor, no puede practicarse en forma efectiva y perpetua, cuando el levantarse del telón está sujeto a las premuras de un negocio riesgoso. Un acercamiento a los textos basado en un hondo y prolongado trabajo introspectivo y analítico, en disciplinas de hierro de maestría de sí mismo y de concentración, requiere tiempo y paz. El teatro ha dejado atrás la época de los grandes divos de monstruosa intuición. El tiempo y la problemática humanas reclaman ahora para ser interpretados, equipos homogéneos de actores y sensibilidad e imaginación escénicas afinadas con disciplinas de estudio y de trabajo. Mientras el actor sea un simple engranaje que actúa por presencia y simpatía, sólo preocupado —obsesionado, más bien— por lograr el dinero que le permite satisfacer sus necesidades más fundamentales, son inútiles teorías y planteos. Y no se vea como exageración lo que acaba de decirse: en nuestro medio son contados los actores que viven de su exclusivo trabajo en el teatro. Los que lo logran, es seguro que no viven demasiado bien. Los restantes reparten su día en una afanosa y hasta humillante carrera por estudios radiales, cinematográficos y de T. V. para dar a la noche sus últimas fuerzas a los escenarios comerciales.

Si el “Actor’s Studio” de Nueva York, ha tomado las tradiciones del sistema Stanislavsky para educar notables actores para Broadway y Hollywood, ello se debe —aparte, claro, el talento de sus directores— a que un mecanismo económico próspero ha brindado los medios para hacerlo posible (otro problema es el que crea la necesidad de mantener la prosperidad del negocio al hacer desembocar ese es-

TEATRO

fuerzo en realizaciones cuyo sentido no siempre agradaría a Stanislavsky).

En el caso del teatro, hay en este momento una sola revolución posible y necesaria: el regreso a las verdaderas fuentes, a las ideas de los grandes maestros. Ya en 1958, Oscar Fessler señalaba en qué medida la estética de Brecht es realización global del mundo ideológico de Stanislavsky. Pero el regreso está trabado por formas de producción teatral en desarmonía con los tiempos. Hay que cambiarlas. La Universidad puede constituir un órgano de competencia con más medios que las empresas y menos temores que ellas.

Insistimos en el planteo *profesional*. La posibilidad de los teatros *universitarios* no profesionales está agotada, al menos para nosotros. En los Estados Unidos subsisten sólidamente y proveen de futuros valores para las empresas de Broadway y de Hollywood y para el prestigio mismo del mejor teatro norteamericano. Pero volvemos a recordar la circunstancia económica distinta: el gran mercado teatral norteamericano no existe entre nosotros. Por ello, no se trata de capacitar valores para fuentes de trabajo inexistentes, sino de crear trabajo en condiciones dignas para adosarle después las escuelas de capacitación y de perfeccionamiento.

Se trata de un programa de trabajo que requiere decisión y una cierta dosis —no pequeña por cierto— de valentía. Pero las soluciones se reclaman con urgencia porque lo que está en peligro es la posibilidad misma del teatro. Generación tras generación, se frustran los más nobles e interesantes planteos y la juventud que en las aulas toma contacto emocionado con las ideas de los grandes creadores, se siente frustrada al comprobar en los hechos la imposibilidad de realizarlas.

Pero la imposibilidad no está en la naturaleza de las cosas, sino en las actitudes de los hombres. La Universidad puede provocar un cambio de actitud definitivo.



MERCADO DE COAYACÁN, dibujo por Diego Rivera (Col. Frida Kahlo).

Problemas Argentinos

La enfermedad de Chagas, uno de nuestros principales objetivos sanitarios

MAURICIO B. ROSENBAUM

DOCTOR EN MEDICINA graduado en la Universidad de Córdoba. Actualmente es jefe del departamento de electrocardiografía del Hospital Ramos Mejía de Buenos Aires. Ha sido médico de la Dirección de Enfermedades Transmisibles del Ministerio de Salud Pública de la Nación (1958-59) Becario del Instituto Científico Judío (I.W.O) para realizar estudios sobre etiología de las enfermedades cardiovasculares (1948) Research Associate de la División de Medicina Experimental de la Universidad de Vermont, EE. UU. (1954). Concurrió al Congreso Internacional sobre Enfermedad de Chagas realizado en Río de Janeiro en 1959. Ha dictado cursos para graduados sobre electrocardiografía en la Facultad de Medicina y en la Asociación Médica Argentina (1956). Dio cursos para graduados en el Hospital Ramos Mejía y en la Facultad de Medicina de Vermont. Ha publicado 50 trabajos científicos.

TODO proceso o enfermedad que *perturba* el bienestar físico, mental o social de un *determinado número de individuos*, es un problema de salud pública (según la OMS, salud es el perfecto estado de bienestar físico, mental y social). Como la perturbación puede variar desde un estado angustioso pasajero porque se cobró el aguiñado con retraso, hasta la muerte por cualquier enfermedad o accidente; como el número de individuos puede oscilar entre tal vez una decena y 20.000.000; y como en términos generales la cantidad y gravedad de los problemas sanitarios son inversamente proporcionales al grado de desarrollo social de las comunidades o países, no es de extrañar que tengamos muchos y variados de esos problemas. Y para enfrentarnos con los tantos problemas que nos afligen, lo primero que hay que hacer es *medir su importancia, o sea evaluarlos*. Por otra parte, la evaluación y en último término el afrontamiento de un problema sanitario no son posibles sino en

función del grado de desenvolvimiento social del medio sobre el que el problema actúa y al que afecta. Y así, si la enfermedad de Chagas tuviera por ejemplo en los Estados Unidos la misma extensión que tiene en nuestro país, no por ello sería la misma su ubicación sanitaria y, con toda seguridad, sería también muy diferente la atención o el trato que recibiría por parte de las autoridades sanitarias de ese país. De ahí este intento de señalar los lineamientos generales de la ubicación de la "enfermedad de Chagas"¹ en el conjunto de "nuestra" realidad sanitaria y social, cualquiera sea el tipo y medida de captación de la misma que el lector posea. Para ello, vamos a tratar de mostrar en primer término que la "enfermedad de Chagas", de cuyo agente causal y mecanismo de infección hablaremos más adelante, es un gravísimo problema sanitario, y en segundo lugar, que constituye uno de nuestros principales objetivos de salud pública.

I. LA ENFERMEDAD DE CHAGAS ES UN GRAVE PROBLEMA SANITARIO.

Porque es severa, porque es frecuente, porque concentra su ataque sobre grupos sociales cuya capacidad productiva es particularmente importante y porque tiene un alto potencial expansivo.

1. SEVERIDAD DE LA ENFERMEDAD DE CHAGAS

La severidad de una enfermedad se mide en función de su potencial de incapacitación y de su potencial letal (que no es en último término sino la incapacitación máxima). Como habitualmente ese potencial varía de caso a caso, la severidad de una enfermedad es una especie de promedio de los casos más y menos severos de la misma, y por lo tanto, es más un concepto que una propiedad objetivable. Para captar el concepto de la severidad propia de la enfermedad de

¹ En recuerdo del investigador brasileño Carlos Chagas (1879-1934), quien descubriera, el 23 de abril de 1909, el agente etiológico de la enfermedad, el *Tripanosoma cruzi*, en el interior del Estado de Minas Gerais (Brasil), en ocasión de dirigir una campaña antimalárica destinada a proteger la salud de los trabajadores ocupados en la construcción de un ramal ferroviario. Le dio el nombre de T. cruzi en homenaje a su maestro, el sabio Oswaldo Cruz, a quien sucedió en la dirección del Instituto Manguinhos, a su muerte, acaecida en 1917. La enfermedad de Chagas, también llamada *tripanosomiasis americana*, es una endemia propia de las Américas, sobre todo de los países sud y centroamericanos.

Chagas, es, pues, necesario conocer cuales son sus modalidades clínicas.

Hay dos formas clínicas fundamentales de la enfermedad de Chagas. *La forma aguda*, ocurre de preferencia en los niños y es caracterizable en su modalidad habitual como un cuadro infeccioso, con manifestaciones uniuclares o cutáneas que le dan un sello distintivo, con o sin edemas generalizados, acompañada o no de evidencias de miocarditis aguda y complicándose a veces, sobre todo en los lactantes, de una grave meningoencefalitis. Pero sólo el 1 % de los individuos que se infectan tienen esas manifestaciones y el 99 % restante adquiere la enfermedad en forma inaparente.

Si bien algunos autores han registrado hasta un 13% de mortalidad, en nuestro país difícilmente se supera el 2 a 3 %, y lo notorio, es que la mayoría de los casos agudos son clínicamente benignos, sus manifestaciones retroceden y desaparecen en uno a dos o tres meses. Aunque los exámenes de laboratorio demuestran que el individuo sigue infectado y que ha pasado a tener *la forma crónica* de la enfermedad, lo cierto es que la mayoría de estos pacientes, cuando son seguidos a lo largo de varios años, siguen pareciendo clínicamente sanos.

En cambio, la situación es muy diferente cuando 10 a 25 años más tarde, esos mismos individuos desarrollan una *miocarditis crónica chagásica*, lo que sucede en el 20 a 30 % de los infectados. Esta forma clínica, substracto primordial de la importancia de la enfermedad, es una afección cardíaca irreversible, cuyas consecuencias no son, en el mejor de los casos, más benignas que las de las enfermedades cardíacas en general. Como tal, se trata de un proceso incapacitante, que limita la actividad física y el rendimiento vital, que mata y constituye una amenaza de muerte. En efecto, en sus formas más severas produce insuficiencia cardíaca y múltiples arritmias, con considerable cardiomegalia y grandes anomalías electrocardiográficas, y es de muy mal pronóstico, puesto que mata en corto plazo. Ahora bien, dentro de la miocarditis crónica chagásica, como en cualquier otra forma de enfermedad cardíaca, al lado de los casos severos hay también casos menos graves, generalmente asintomáticos (sobre todo cuando se los sorprende en etapas iniciales de su evolución, como sucede en las investigaciones de campo), que se manifiestan por un moderado agrandamiento cardíaco que inclusive puede faltar, o so-

bre todo, a través de alteraciones electrocardiográficas más o menos típicas. En estos casos, la sobrevida puede ser prolongada y la incapacidad mínima, aunque con el correr del tiempo, muchos de ellos llegan a alcanzar la modalidad más severa. Pero, lo que indudablemente confiere mayor gravedad al pronóstico de la enfermedad es la muerte súbita, sincopal, que ocurre en cualquier momento de su curso evolutivo, no sólo en los que ya están incapacitados por su insuficiencia cardíaca sino también, y ello es de la mayor importancia, muchas veces imprevisiblemente en individuos que aparentemente gozaban de buena salud. La muerte repentina de individuos jóvenes supuestamente sanos, que es ya una tradición de nuestras zonas rurales no se debe a otra cosa que a la miocarditis crónica chagásica. Quien se ponga a registrar electrocardiogramas en zonas rurales altamente endémicas, no tendrá que tomar muchos para "ver" el porqué de esas muertes súbitas.

La experiencia clínica y epidemiológica muestra, pues, que la miocarditis crónica chagásica es "muy severa", porque tiene un alto potencial incapacitante y letal. Los datos siguientes contribuirán a afianzar el concepto: a) En la ciudad de Buenos Aires, la miocarditis crónica chagásica fue la causa de muerte en el 1,2 % de 241 casos autopsiados en un servicio de Clínica Médica y en el 5,2 % de 190 casos autopsiados en un servicio de Cardiología. Es fácil imaginar lo que se encontraría si se hicieran estudios similares en las zonas endémicas del interior; b) En una zona altamente endémica, más del 50 % de los internados (Hospital de Ojo de Agua, Santiago del Estero) por afecciones clínicas incapacitantes eran casos de miocarditis chagásica; c) En el único estudio efectuado sobre el particular, el 18 % de los casos de miocarditis chagásica diagnosticados en un servicio de Cardiología fallecieron dentro de los dos primeros años de observación. Téngase finalmente presente que, siendo la miocarditis crónica chagásica una cardiopatía incurable, las enfermedades cardíacas en general son responsables de cerca del 50 % de la mortalidad general en la mayoría de los países.

2. FRECUENCIA DE LA ENFERMEDAD DE CHAGAS

Para medir la frecuencia de las enfermedades se utilizan fundamentalmente dos índices: la tasa de incidencia y la de prevalencia. I

PROBLEMAS ARGENTINOS

tasa de incidencia es el número de individuos que *adquieren* la enfermedad en un determinado período, con relación a la cantidad de sujetos expuestos al riesgo de contraerla. La tasa de prevalencia es el número de individuos que *tienen* la enfermedad, con relación a la población expuesta. Dado que la enfermedad de Chagas es de curso eminentemente crónico y que en sus efectos sobre la población han venido haciéndose sentir desde hace muchos años, la tasa de prevalencia debe ser la información básica para la cuantificación del problema por ella determinado.

Para obtener esos índices, y dado que gran cantidad de los chagásicos son asintomáticos, no puede uno sentarse a esperar que los casos sean denunciados desde las zonas afectadas.² Los servicios sanitarios de “notificaciones”, cuando realmente funcionan, sirven para otras enfermedades pero poco y nada para ésta. En este caso, hay que ir convenientemente equipados a las propias zonas afectadas, y efectuar exámenes de la población general de las zonas representativas de toda la extensión demográfica comprometida. Es decir, hay que *definir la población expuesta* al riesgo de contraer la enfermedad y *examinar muestras representativas* de la misma.

Los exámenes de esas muestras o encuestas, pueden ser *prospectivas o longitudinales*, cuando se quieren obtener tasas de incidencia (y también de mortalidad)³. O pueden ser *retrospectivas o transversales*, cuando se quieren obtener tasas de prevalencia (cada una sig-

² En casi todo el interior, y especialmente en las zonas de mayor intensidad de la endemia, los médicos no cuentan con los elementos necesarios para el diagnóstico de la forma crónica de la enfermedad (en unos pocos lugares, ello ha sido resuelto por encomiables esfuerzos individuales de algunos médicos y bioquímicos). Si a ello unimos la frecuente asintomaticidad de la afección, se explica que el médico rural esté tantas veces constreñido a ignorarla. La dificultad principal estriba en la carencia de antígenos, indispensables para los exámenes de laboratorio, particularmente la tan importante reacción de Machado-Guerreiro. Y ello es tanto más lamentable, cuanto que esos antígenos podrían ser preparados y distribuidos con una erogación insignificante, si se utilizaran apropiadamente las instalaciones de las instituciones vigentes. Es pues incomprensible que, ni las autoridades sanitarias nacionales, ni las de las provincias afectadas, hayan jamás resuelto este simple problema, cuya solución constituiría el vehículo más apropiado para llevar la enfermedad al plano clínico que jerárquicamente le corresponde.

³ Lamentablemente, no se han efectuado en el país estudios de ese tipo. Más que lamentable, puesto que con una inversión no mayor que 1.000.000 de pesos, en 2 ó 3 años se hubiera obtenido una información de valor fundamental para gestionar los medios financieros necesarios para la programación y ejecución de una campaña de lucha contra la enfermedad. Es difícil de justificar que las autoridades sanitarias nacionales, de tres años a esta parte, no hayan querido contemplar la posibilidad de llevar a cabo planes de ese carácter.

nifica el examen de *una sección transversal* de los diferentes momentos del ciclo evolutivo de la enfermedad en que se encuentran los diferentes individuos que constituyen el material de la encuesta y en las mismas se recoge información sobre lo que ha ocurrido *retrospectivamente* o en el pasado con los individuos que se examinan en el momento; a diferencia de las encuestas longitudinales, en que se toma un grupo de población y se lo examina periódicamente *a lo largo* de su vida, para ver que le pasa *en el futuro* a cada individuo, desde el punto de vista de la enfermedad). Los datos que se referirán a continuación fueron obtenidos en encuestas transversales, efectuadas con la colaboración del Dr. José A. Cerisola entre mayo de 1956 y mayo de 1959.

| PROVINCIAS | 10 . | 10 . 19 | 20 . 29 | 30 . 39 | 40 . 49 | 50 . 59 | 60 . 69 | mas de 69 años | Edad desconocida | TOTALES |
|---------------------------|-----------|---------|---------|---------|---------|---------|---------|----------------|------------------|-----------|
| CATAMARCA | 44 734 | 35451 | 20992 | 15.918 | 12 591 | 8 795 | 5.029 | 3339 | 364 | 147 213 |
| JUJUY | 45355 | 34257 | 29749 | 22357 | 14.772 | 8474 | 3967 | 2123 | 5646 | 166 700 |
| LA RIOJA | 33475 | 26244 | 15.650 | 12254 | 9526 | 6.756 | 3949 | 2457 | 433 | 110 746 |
| SALTA | 81792 | 63169 | 48.256 | 37540 | 26.256 | 15.525 | 7243 | 3837 | 7208 | 290 826 |
| SAN JUAN | 73085 | 58277 | 44.344 | 32586 | 24378 | 15921 | 8180 | 4041 | 417 | 261 229 |
| SAN LUIS | 47881 | 38558 | 25254 | 19.366 | 14930 | 10.333 | 5657 | 2986 | 581 | 165 546 |
| SGO DEL ESTERO | 10557 | 114 285 | 62 788 | 50 727 | 39999 | 24 311 | 12927 | 8566 | 5313 | 4 29 473 |
| CHACO | 133 769 | 99507 | 68 964 | 53188 | 38800 | 21.378 | 9.981 | 4096 | 872 | 430 555 |
| FORMOSA | 36340 | 25011 | 19813 | 14.604 | 9373 | 5.019 | 2.615 | 914 | 101 | 113 790 |
| LA PAMPA | 40111 | 36155 | 28673 | 23672 | 16544 | 12903 | 7618 | 3280 | 524 | 169 480 |
| NEUQUEN | 24810 | 17 350 | 20.719 | 10029 | 6497 | 3637 | 1.642 | 904 | 1048 | 86 836 |
| CORDOBA (Pob Rural) | 178.233 | 157876 | 115.866 | 95.931 | 72507 | 48.984 | 26.313 | 11.826 | 2156 | 710 692 |
| MENDOZA (Pob Rural) | 77859 | 64.523 | 54.738 | 37114 | 25948 | 17.358 | 9195 | 4.557 | 364 | 291 656 |
| TUCUMAN (Pob Rural) | 92471 | 68.259 | 41.841 | 34344 | 26472 | 16.926 | 8072 | 4.339 | 1.324 | 293 988 |
| CORRIENTES (Pob Rural) | 115.058 | 79426 | 49498 | 36690 | 26484 | 17.926 | 11149 | 7254 | 1956 | 345 511 |
| MISIONES (Pob Rural) | 62340 | 45778 | 33551 | 24.066 | 17408 | 9647 | 4.703 | 2222 | 885 | 200.600 |
| TOTALES | 1.247.870 | 964126 | 680.696 | 520.386 | 383425 | 243965 | 128440 | 66.741 | 79192 | 4 264 841 |
| | 29% | 22% | 15% | 12% | 9% | 5% | 3% | 1% | 0% | |

TABLA I.— Estimación de la población expuesta al riesgo de contraer la enfermedad de Chagas, por provincias y por grupos de edad.

La tabla I muestra la estimación de la población del país expuesta al riesgo de contraer la enfermedad de Chagas, clasificada por

PROBLEMAS ARGENTINOS

grupos de edad y por divisiones políticas ⁴. La información epidemiológica hasta el presente reunida en el país permite postular que esa población está expuesta, en conjunto, a una intensidad intermedia de endemia chagásica.

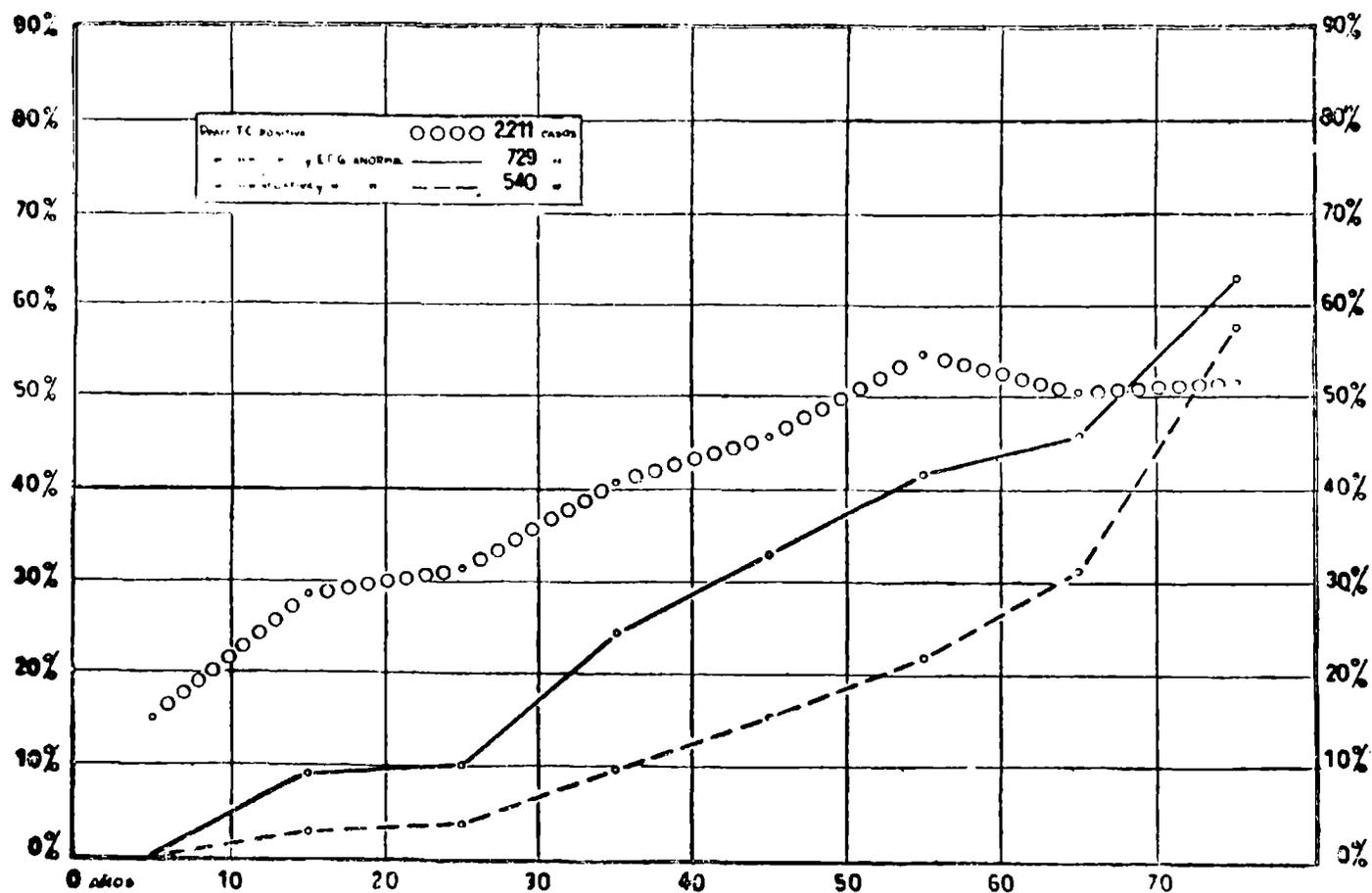


FIG. 1. — Frecuencia de infección chagásica en 2211 individuos de zonas endémicas (curva superior); de electrocardiogramas anormales en 729 individuos infectados (curva intermedia) y en 540 individuos no infectados (curva inferior), en función de la edad.

En la figura 1, la curva superior representa los porcentajes de infección chagásica en función de la edad, en 2211 individuos no seleccionados de diversas zonas endémicas del país (9 localidades pertenecientes a 5 provincias). Comparada con las curvas individuales de cada una de las localidades, corresponde a un nivel intermedio de

⁴ Como en la estimación se han excluido algunas provincias donde el nivel de la endemia es relativamente bajo; como la información entomológica sobre la cual se basó la estimación fuera recogida en gran parte hace ya muchos años y no parece haber ocurrido mientras, nada que se haya opuesto a la procreación progresiva de las vinchucas, ni a su migración a zonas todavía vírgenes; y como la estimación fue hecha con los datos del último Censo Nacional de 1947, cuando la población del país era de 15.893.827 habitantes (para poder disponer de los grupos etarios), puede asegurarse que esa estimación está seguramente muy por debajo de la realidad.

intensidad de la endemia chagásica (por ejemplo, las curvas eran mucho más altas en localidades de Santiago del Estero y del norte de Córdoba, y mucho más bajas en La Pampa). La curva intermedia muestra la frecuencia de electrocardiogramas anormales en 729 individuos infectados de las mismas localidades. Obsérvese como ambas curvas crecen con la edad, lo cual es lógico para la primera, puesto que a mayor tiempo de vida, mayores son las posibilidades de infectarse, y también para la segunda, pues de acuerdo con la evolución crónica de la enfermedad, los infectados van desarrollando su miocarditis crónica con el correr del tiempo (se hace uno a la idea que, de vivir lo suficiente, todo el mundo terminaría infectado, y tal vez todos los infectados terminarían desarrollando la miocarditis). La cur-

| E D A D | HABITANTES | Indices de Infeccion | Nº de Infectados | Indices de Miocarditis Chagásica | Nº de Casos de Miocarditis Chagásica |
|------------------------|------------------|----------------------|------------------|----------------------------------|--------------------------------------|
| menos de 10 años | 1.247.870 | 135% | 168.462 | 0.0% | 0 |
| 10 a 19 .. | 964.126 | 28.6% | 275.740 | 9.1% | 25.092 |
| 20 a 29 .. | 680.696 | 31.5% | 214.419 | 9.1% | 19.512 |
| 30 a 39 .. | 520.386 | 40.9% | 212.837 | 22.2% | 47.249 |
| 40 a 49 .. | 383.425 | 46.0% | 176.375 | 28.5% | 50.266 |
| 50 a 59 . | 243.965 | 54.6% | 133.204 | 36.5% | 48.619 |
| 60 a 69 .. | 128.440 | 50.3% | 64.605 | 34.3% | 22.159 |
| más de 69 .. | 66.741 | 51.3% | 34.238 | 31.0% | 10.613 |
| Desconocida | 29.192 | — | — | — | — |
| T O T A L E S : | 4.264.841 | | 1.279.880 | | 223.510 |

TABLA II.— Cálculo del número de infectados y de casos de miocarditis crónica chagásica existentes en el país.

PROBLEMAS ARGENTINOS

va inferior representa la frecuencia de electrocardiogramas anormales en 540 individuos no infectados de las mismas zonas, y sirve de control con respecto a la anterior. La extrapolación de las dos prime-

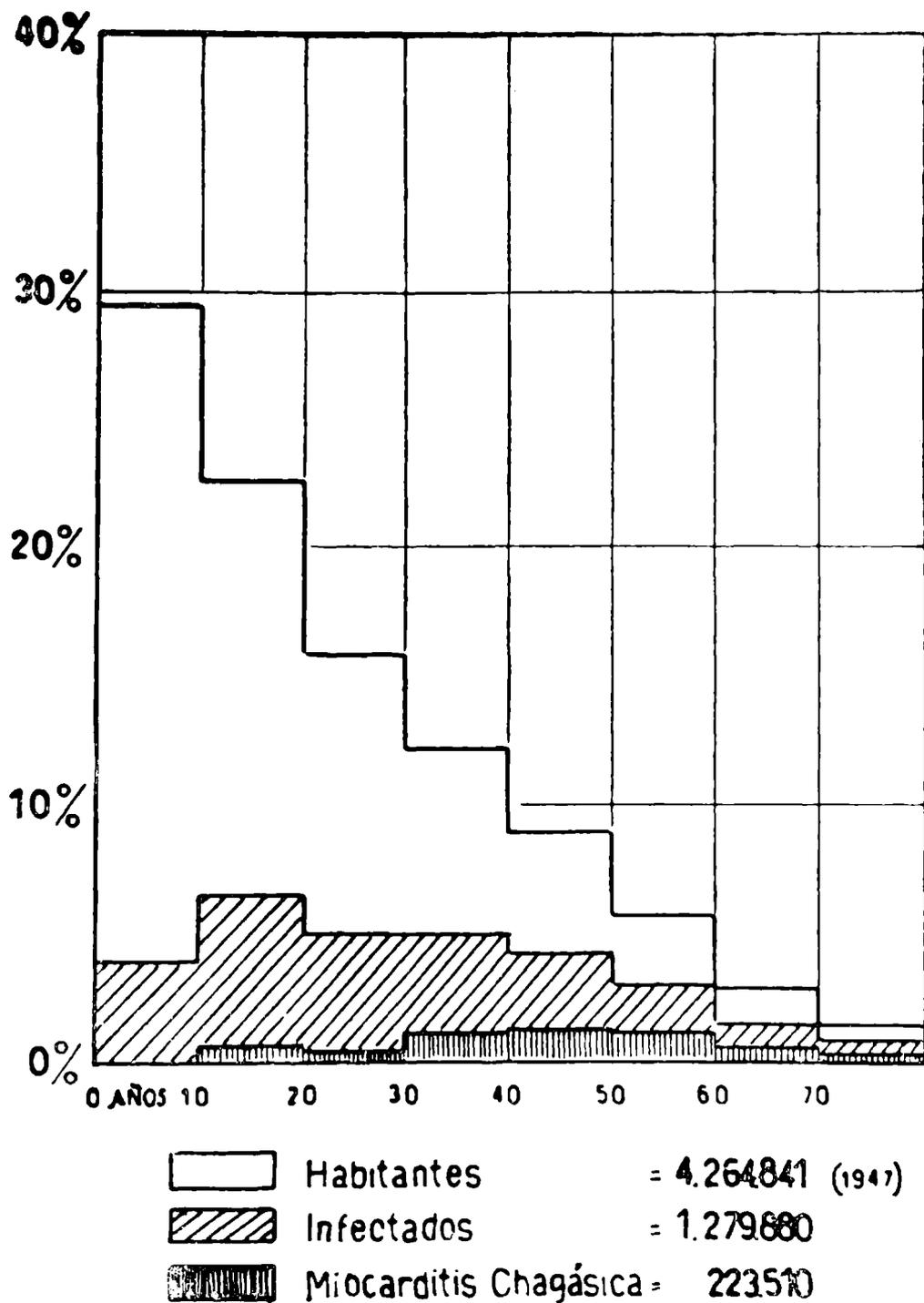


FIG. 2. — Distribución de la población expuesta, infectada y con miocarditis chagásica existentes en el país, por grupos de edad.

ras curvas (la intermedia corregida, de acuerdo a la frecuencia con que los electrocardiogramas anormales de los infectados se deben a otras enfermedades cardíacas, lo que se determina por el examen clí-

nico de cada uno de los casos) a la población expuesta, permite calcular el número total de infectados y de casos de miocarditis crónica chagásica que hay en el país. Los resultados están expuestos en la tabla II, y en forma gráfica en la figura 2. La figura 3 muestra, a título comparativo, los resultados obtenidos en una zona del sur de Santiago del Estero, de gran intensidad endémica.

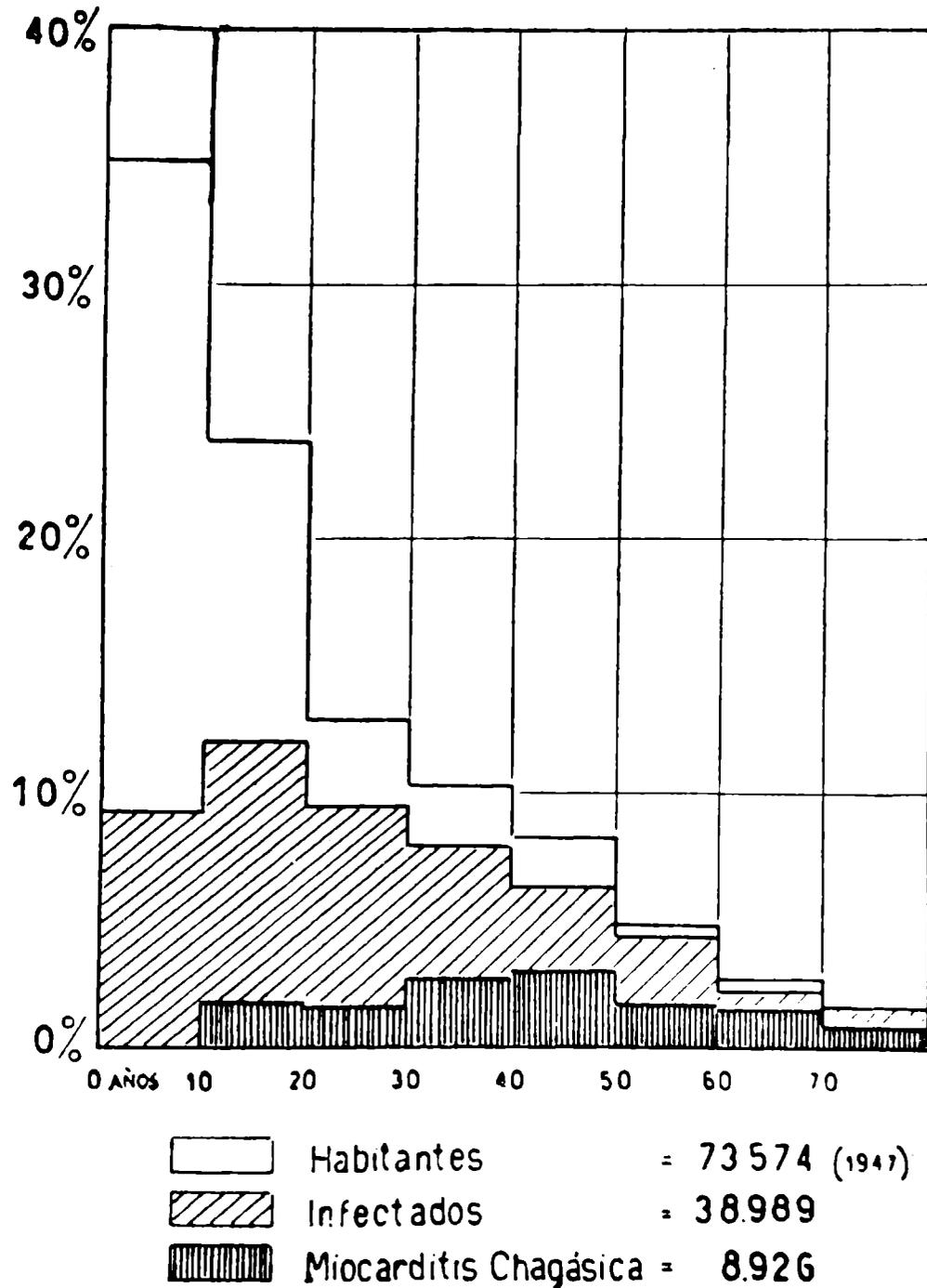


FIG. 3. — Distribución de la población expuesta (población total), infectada y con miocarditis chagásica existentes en el sur de la provincia de Santiago del Estero, por grupos de edad.

PROBLEMAS ARGENTINOS

Hay, pues, en el país 1.279.880 individuos infectados, o sea el 30% de la población expuesta y el 6,4% de la población total; y 223.510 casos de miocarditis crónica chagásica, o sea el 17,4% de la población infectada, el 5,2% de la población expuesta y el 1,1% de la población total del país. De los 223.510 casos de miocarditis, 146.134 (el 65,38%) ocurren en individuos entre 30 y 60 años de edad, constituyendo el 27,97% de los individuos infectados y el 12,73% de los habitantes expuestos comprendidos dentro de esas edades. Obsérvese a través de la figura 3 que, en las zonas de mayor intensidad endémica, la infección llega a comprometer el 53% de toda la población y que la miocarditis chagásica afecta el 12% de la población total y el 30,6% de los individuos entre 30 y 60 años de edad.

Además de las tasas de prevalencia referidas, los datos siguientes son notablemente expresivos de la extraordinaria frecuencia que la enfermedad de Chagas y la miocarditis crónica chagásica pueden alcanzar en algunos grupos de población.

a) *Infectados y casos de miocarditis chagásica en grupos de población "activa"*.

En Sebastián Elcano, población de 1.600 habitantes del norte de Córdoba, a 180 km., de su ciudad capital; y el Ojo de Agua, población de 1.200 habitantes del sur de Santiago del Estero, a mitad de la ruta que une las ciudades de Córdoba y Santiago, fueron examinados 9 policías, incluido un comisario, y 26 empleados hospitalarios, incluidos dos médicos (todo el personal hospitalario de ambas poblaciones). De los 9 policías, 7 estaban infectados y 4 tenían miocarditis chagásica. De los 26 empleados hospitalarios, 19 estaban infectados y 4 tenían miocarditis chagásica, incluido uno de los médicos.

En La Rioja fueron examinados 100 soldados de 20 años, en entrenamiento militar activo procedentes de todos los departamentos de la provincia; 25 estaban infectados y en 6 había anomalías electrocardiográficas, seguramente debidas en 2 ó 3 de ellos a una miocarditis chagásica incipiente.

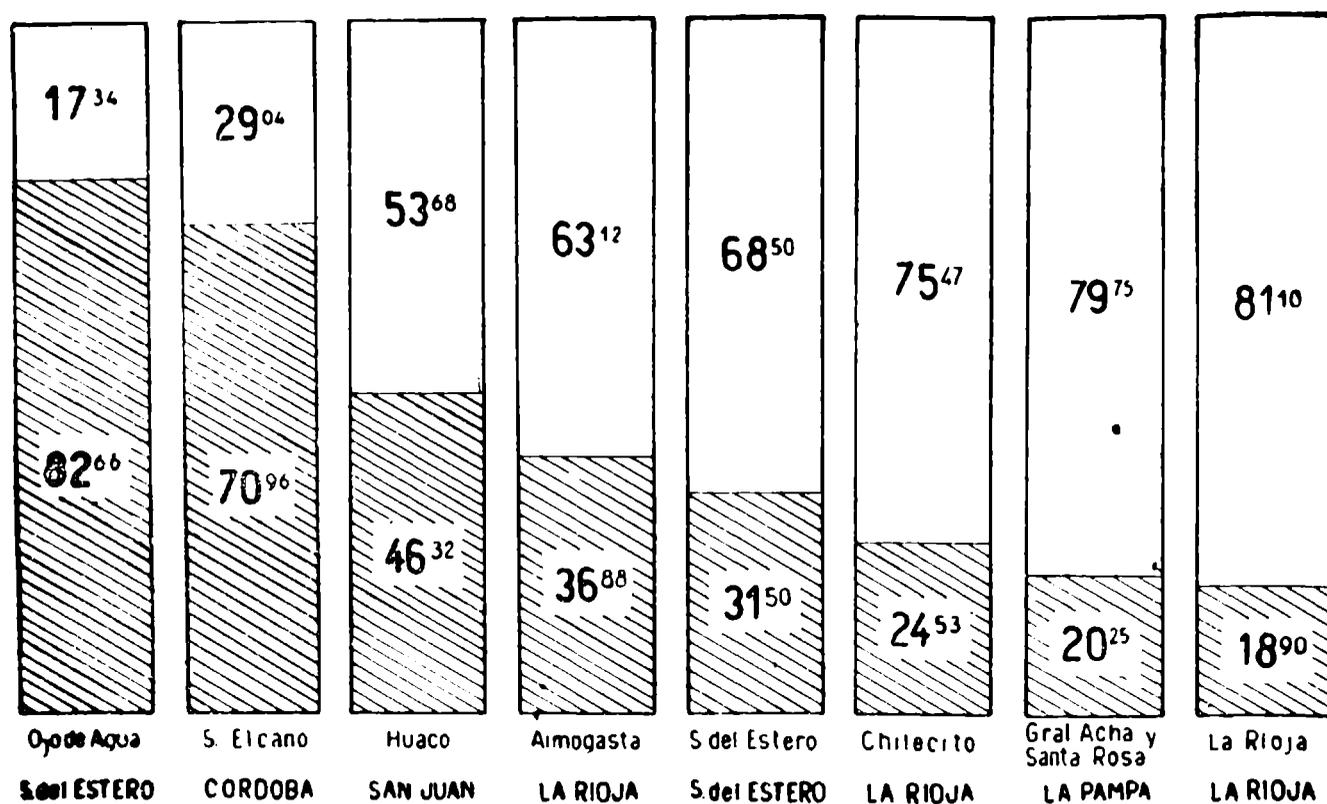


FIG. 4. — Frecuencia comparada de cardiopatías chagásicas (en rayado) y no chagásicas (en blanco), en diferentes poblaciones.

b) *Frecuencia comparada de cardiopatías chagásicas y no chagásicas (tasas de prevalencia relativa de la miocarditis crónica chagásica).*

La figura 4 muestra esos datos según fueron obtenidos en 8 localidades del país. Piénsese mientras se observa la figura en lo que representan las enfermedades cardíacas para la salud de una población o comunidad.

c) *Cardiopatía chagásica familiar.*

Aunque no fue investigada sistemáticamente, en las zonas de mayor intensidad endémica pudo muchas veces comprobarse la presencia de la enfermedad en varios miembros de una misma familia. La tabla III resume los hallazgos en 9 familias de Sebastián Elcano y Ojo de Agua. Sólo una insólita frecuencia de la enfermedad puede explicar la facilidad de esos hallazgos, que exhiben dramáticamente la gran repercusión social que la enfermedad es capaz de alcanzar.

SEBASTIAN ELCANO

| Familiares Examinados | INFECTADOS | MIOCARDITIS | BRD | EXTRAS V | ALTERACIONES de T | BLOQUEO A-V |
|-----------------------|------------|------------------------|-----|----------|-------------------|-------------|
| 3 | 3 | 2 (54) (23) | 2 | 0 | 1 | 0 |
| 6 | 6 | 3 (17) (23) (31) | 3 | 0 | 0 | 0 |
| 5 | 3 | 3 (58) (50) (51) | 3 | 1 | 1 | 0 |
| 3 | 3 | 2 (47) (67) | 2 | 1 | 1 | 0 |

OJO DE AGUA

| | | | | | | |
|---|---|----------------|------------|---|---|---|
| 2 | 2 | 2 (49) (11) | 1 (incomp) | 1 | 1 | 1 |
| 2 | 2 | 2 (39) (70) | 0 | 2 | 1 | 1 |
| 2 | 2 | 2 (40) (41) | 1 | 0 | 1 | 0 |
| 2 | 2 | 2 (42) (62) | 2 | 0 | 0 | 0 |
| 2 | 2 | 2 (39) (44) | 1 | 2 | 2 | 1 |

En círculo - Edad de familiares con miocarditis

TABLA III.— Infección chagásica y miocarditis crónica chagásica en 9 familias de Sebastián Elcano y Ojo de Agua. Los cuatro casilleros de la derecha corresponden a diferentes alteraciones electrocardiográficas.

3 — REPERCUCIÓN SOCIAL DE LA ENFERMEDAD DE CHAGAS

La enfermedad de Chagas es padecida sobre todo por los individuos de más bajo nivel social de nuestras zonas rurales y del interior en general, por “los habitantes del rancho”, que incluye a las vinchu-cas en su conocido conglomerado de deficiencias higiénicas y sanitarias. La adquisición de la enfermedad está pues íntimamente vinculada con la condición económico-social de los individuos expuestos a ella. Pero además de estas “causas sociales”, la enfermedad tiene también trascendentes “consecuencias sociales” para el resto de la comunidad, consecuencia que es preciso considerar y valorar para abarcar la total magnitud del problema chagásico.

Desafortunadamente, no tenemos suficientes elementos de juicio —ni los habrá mientras la situación económico-social del país no se estabilice— para juzgar cuanto cuesta y perjudica al país la enfermedad de Chagas, por incapacitación y muerte de tantos individuos de nuestras campañas, en sus edades de máximo rendimiento actual y potencial. Ya que si es difícil en las actuales condiciones calcular “el costo de cada individuo” según su edad y “el valor del producto de su trabajo” en las zonas industriales, lo es mucho más en las zonas rurales y especialmente en la de mayor intensidad endémica.

Sin embargo, a más de conocer cual es el receptáculo social de la enfermedad, sabemos que la misma hace sentir sus máximos efectos entre los 30 y 60 años de edad. Es pues evidente que la enfermedad concreta su ataque sobre las grandes masas de trabajadores rurales (recuérdese que hay 223.510 casos de miocarditis crónica chagásica) y desde luego en sus familias, limitando su capacidad de trabajo y reduciendo su ya precario nivel económico, cerrando así el círculo vicioso en que se entrelazan sus causas y consecuencias sociales. Puede entonces afirmarse que, a través de su ataque a la población rural, la enfermedad de Chagas está atentando en forma permanente y solapada, y desde el fondo de nuestra historia, contra uno de los pilares fundamentales de la producción y riqueza de la nación. Son aplicables a nuestro país las palabras con que Magalhaes se refiere al mismo problema en Brasil: “En un país como el nuestro, tan carente de brazos para las tareas del campo, estos aspectos de la enfermedad constituyen una verdadera calamidad pública”.

4 — POTENCIAL EXPANSIVO DE LA ENFERMEDAD DE CHAGAS

La enfermedad de Chagas es producida por un protozario (*Schizotrypanum cruzi*) y transmitida por insectos estrictamente chupadores de sangre o hematófagos: las *vinchucas*. El parásito vive en el tubo digestivo de las *vinchucas*. Cuando estas pican, depositan en el lugar gran cantidad de parásitos, no a través de la picadura, sino con las deyecciones que generalmente eliminan después de haberse alimentado. Los parásitos contenidos en las deyecciones atraviesan la piel excoriada o las mucosas e infectan al individuo. La enfermedad se transmite exclusivamente (o casi) por este *mecanismo contaminativo*, y no es contagiosa de hombre a hombre. Su mecanismo de transmisión depende, pues, de la existencia de *vinchucas* infectadas.

La *vinchuca* (la variedad *triatoma infestans*, responsable de prácticamente todos los casos humanos de enfermedad de Chagas del país), es hoy en día un insecto *doméstico*, que nace, vive y se reproduce en el rancho o sus adyacencias; que no nace infectada sino que se infecta picando a alguno de sus habitantes (o animales domésticos) portadores de parásitos. Al infectarse, queda permanentemente habilitada para transmitir la enfermedad al ser humano, durante su ciclo vital, que dura unos 12 meses. Por todo esto, la presencia de *vinchucas* domiciliarias infectadas significa invariablemente la existencia de seres humanos infectados en la misma vivienda. El insecto ataca al hombre en la obscuridad, generalmente de noche, en tanto que durante el día permanece oculto en las hendiduras de las paredes, en los techos de las viviendas o en cualquier otro escondrijo aparente.

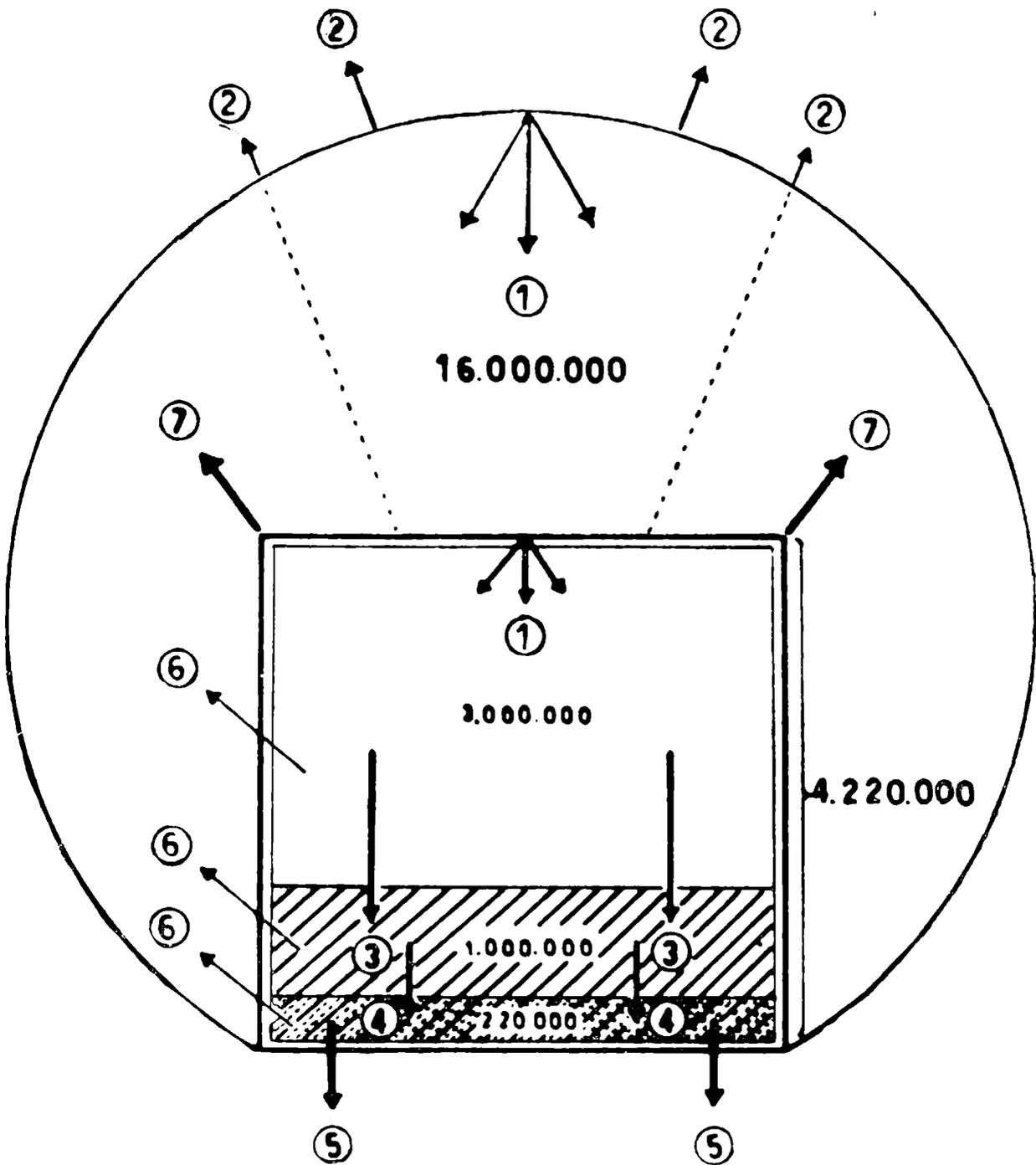
Cuando un individuo es picado e infectado, hemos ya dicho que tiene síntomas y signos llamativos (los que caracterizan la forma clínica aguda) en no más del 1% de los casos y que el 99% restante se infecta sin darse cuenta. Estos individuos, asintomáticos e ignorantes de su condición, constituyen el gran contingente de infectados chagásicos crónicos del país y son el gran reservorio que tienen las *vinchucas* para infectarse y renovar interminablemente el ciclo de la enfermedad (además de ser los individuos de los cuales surgirá con el tiempo el gran grupo de casos de miocarditis crónica chagásica).

Hay pues en el país un gran reservorio humano de la enfermedad, constituido por más de 1.200.000 individuos infectados. Hay,

además, vinchucas domésticas en toda la extensión del país, desde su límite norte hasta por debajo del paralelo 40 (con exclusión de la mitad oriental de la provincia de Buenos Aires, la Capital Federal y alrededores, la ciudad de Rosario y alrededores). Pero *la densidad del triatomismo doméstico* varía dentro del territorio ocupado por las vinchucas, siendo menor en los centros más y mejor poblados y mayor en las áreas estrictamente rurales, y habiendo zonas limitadas o aisladas en las cuales esa densidad es cero. Como no se puede eliminar el reservorio ni agotar en él la infección por medio de drogas (como sucede en cambio en el paludismo); como en todo el interior del país las viviendas y las condiciones sociales son propicias para que las vinchucas se desenvuelvan a sus anchas; como las vinchucas tienen una gran vitalidad, pudiendo resistir meses de ayuno; como frecuentemente los individuos infectados se movilizan de zona, siendo las propias vinchucas transportadas en esas movilizaciones, en bártulos, paquetes, etc., es lógico suponer que el problema chagásico no permanece estático ni ha llegado a su propia cúspide sino que, con seguridad, la enfermedad tiende a extenderse cada vez más. Hay pues una "dinámica del problema chagásico", de la que depende "el futuro de la enfermedad de Chagas supuestamente librada a sí misma". La figura 5, que representa esquemáticamente el panorama epidemiológico de la enfermedad en el país, pretende incluir los factores estáticos y también los dinámicos, que determinan la magnitud actual y las eventuales perspectivas del problema chagásico.

II. LA ENFERMEDAD DE CHAGAS ES UN GRAN OBJETIVO SANITARIO

Hemos evaluado, en la medida de nuestras posibilidades, la importancia del problema determinado por la enfermedad de Chagas. Veamos ahora que es lo que puede o debe hacerse para afrontar el problema, responsabilidad nada fácil en un medio donde los problemas sanitarios abundan, donde los elementos disponibles son precarios y donde cualquier intento de ampliarlos tropezará con la resistencia que opondrán los responsables de la solución de otros problemas nacionales. Para ello, y según la orientación impartida por los principios más básicos de la política sanitaria, es necesario efectuar los siguientes tres movimientos.



- Población del País 
- Población expuesta 
- Población infectada 
- Población con miocarditis 
- ① TASAS de natalidad general
- ② " " mortalidad "
- ③ TASA de incidencia de infección
- ④ " " " " miocarditis
- ⑤ " " mortalidad chagásica
- ⑥ " migratoria interna
- ⑦ Extensión de triatomismo doméstico

FIG. 5.— Esquema del panorama epidemiológico de la enfermedad de Chagas en la República Argentina. El sentido de las flechas indica los desplazamientos numéricos que continuamente están ocurriendo entre los diferentes compartimentos.

Sabemos ya que la enfermedad de Chagas es un gran problema sanitario, pero no sabemos todavía qué otros problemas sanitarios, más y menos graves, hay en el país. Entonces, *hay que clasificar a todos los problemas sanitarios*, y darles un orden de importancia, para saber que lugar le corresponde al problema chagásico. Ese es el primer movimiento. Sabremos entonces cuantos problemas tenemos y cuanto mide cada uno, pero no todavía lo que podemos hacer por ellos. Tendremos pues que averiguar que posibilidades existen para la solución de esos problemas; cuales pueden ser erradicados y cuales sólo controlados; cuales pueden ser prevenidos y cuales no; y en particular para la enfermedad de Chagas, si su erradicación es o no posible, y si lo fuera, en cuanto tiempo y a que costo. Es decir, que, del conjunto de los problemas sanitarios, *hay que separar los que tienen categoría de "objetivos de salud pública y clasificarlos como tales*, que es como establecer un orden de los problemas de salud pública según que lo que se pueda hacer por su solución (desde el punto de vista técnico) sea mucho, poco o nada. Y éste es el segundo movimiento. Finalmente, habrá que apreciar el material humano y financiero disponible, calcular el que se necesitará y el que se podrá obtener, y de acuerdo con todo ello, *elegir entre los objetivos de salud pública*, aquellos cuya solución nos consta que podrá hacerse efectiva. Y éste es el tercer movimiento. Dada su importancia, veamos en particular algunos aspectos involucrados en la ejecución de los tres movimientos.

I — CLASIFICACIÓN DE LOS PROBLEMAS SANITARIOS

Este es básicamente un problema de información, que no ofrecería dificultades si cada uno de los problemas sanitarios estuviera avaluado, en función de su severidad intrínseca, frecuencia, consecuencias sociales y potencial expansivo, lo que lamentablemente no es así en todos los casos ni mucho menos. En efecto, reunida esa información, poco costaría establecer un "ranking" con los principales problemas sanitarios del país y determinar que puesto ocupa en el mismo la enfermedad de Chagas. Pero hasta que esa evaluación se complete y para poder proseguir, hagamos con la información que tenemos a mano un ranking provisorio (por orden alfabético, para no comprometernos demasiado). Y así se podría tener: 1) Arterioesclerosis; 2) Brucelosis; 3) Cáncer; 4) Enfermedad de Chagas; 5) Hiperten-

PROBLEMAS ARGENTINOS

sión arterial; 6) Lepra; 7) Mortalidad infantil; 8) Paludismo; 9) Salud mental; 10) Tuberculosis (a no dudarlo, muchos otros problemas disputarán con buenas razones el derecho a estar en el ranking). Y así podríamos también vaticinar que es muy difícil que la enfermedad de Chagas deje de ocupar alguno de los cinco primeros puestos.

2 — CLASIFICACIÓN DE LOS OBJETIVOS SANITARIOS

Corresponden en este momento algunas apreciaciones que permitan definir de que depende que un problema sanitario pase a ser un objetivo de salud pública. *Lo primero*, es que el problema sea importante, y de preferencia, que esté en el ranking (aunque esto último no es imprescindible). *Lo segundo*, que el problema sea solucionable o dominable (si es sumamente severo, que sea atenuable, mitigable o limitable en su expansión). Y ello depende de que *los progresos de la técnica* pongan en nuestras manos los medios para arbitrar esas soluciones. Por ejemplo, la poliomielitis pasó a ser un objetivo sanitario de primera línea cuando se obtuvo la vacuna Salk; y la rabia, cuya importancia como problema sanitario nacional es mínima, es sin embargo un objetivo de salud pública, porque es erradicable. Y aquí cabe la siguiente y muy importante pregunta: ¿cómo es posible que no sea considerado objetivo de salud pública un problema muy grave, tal vez el primero del ranking, simplemente porque la ciencia no ha podido encontrarle solución *hasta ahora*? Y la respuesta servirá para mostrar la relatividad del concepto de lo que es un objetivo sanitario y para ilustrar como los enfoques sanitarios no pueden independizarse de la realidad social circundante. Tomemos el caso de la arterioesclerosis, problema mucho más importante que la enfermedad de Chagas, pero no solucionable (a lo sumo mitigable en sus efectos, y no mucho, a través de la medicina asistencial). En los países de más alto nivel sanitario, donde no hay enfermedad de Chagas, ni alta mortalidad infantil, ni paludismo, ni brucelosis, y donde la tuberculosis, la sífilis y la lepra han sido dominadas, la arterioesclerosis sí es un objetivo de salud pública, porque aunque la enfermedad no es controlable y ni siquiera se sabe si podrá llegar a serlo, la gravedad del problema lleva a buscar medios de lucha contra el mismo, y se justifica entonces la inversión de enormes recursos en la investigación de esos medios de lucha. Pero volviendo a nuestro país, donde los

otros problemas existen y donde los recursos siguen siendo precarios, evidentemente *no*. Por lo menos en este momento, en que no podría justificarse que se derivaran a la arterioesclerosis los recursos que están haciendo falta para la mortalidad infantil o para la enfermedad de Chagas. *Lo tercero*, es la organización políticsocial de la comunidad. E ilustrando ésto con un ejemplo extremo, si en los tiempos de Espartaco se hubiera desarrollado una enfermedad que atacara únicamente a los esclavos, bien se hubiera cuidado "el estado" de considerarla un objetivo de salud pública, como no fuera para favorecerla. En cambio en nuestro país y en este tiempo, es inadmisibile que los individuos que nacen en zonas rurales, en un medio social subdesarrollado, tengan que padecer enfermedades que no hubieran tenido de nacer en Buenos Aires. Y a no considerar este tercer factor como una cosa anacrónica o ya superada, porque es indudable que, si los 4.000.000 de individuos expuestos al riesgo de la enfermedad de Chagas fueran justamente los 4.000.000 de habitantes de la Capital Federal, ya hace tiempo que la enfermedad hubiera sido ascendida a objetivo de salud pública. Es decir que, en cierta medida, el que hasta ahora no lo haya sido es reflejo de la imperfección de funcionamiento a nuestra democracia.

De acuerdo con lo anterior, lo único que nos falta conocer para poder clasificar a la enfermedad de Chagas entre los objetivos sanitarios es si el problema puede ser solucionado. Y ello está en este momento más allá de toda duda. El *hexaclorociclohexano* (en el comercio Gammexane, Hexagua, etc.), cuyas virtudes como "insecticida de acción residual" son conocidas desde 1942, es el producto de elección para la lucha contra las vinchucas. Dos "rociados" que contengan un mínimo de 500 miligramos del isómero gama del producto por metro cuadrado de superficie a rociar, separados por uno o dos meses de intervalo, han mostrado ser suficientes para eliminar las vinchucas de una zona ocupada. Ello ha sido probado por experiencias de laboratorio y confirmado en trabajos de campo, incluídas varias "campañas piloto" efectuadas en poblaciones íntegras de nuestro país y países vecinos. Los controles hasta dos años después han mostrado que, efectuada la campaña con el rigor necesario, se puede obtener la erradicación de las vinchucas. Ello es posible porque, como fuera dicho, la variedad trasmisora de nuestro país es exclusivamente doméstica,

PROBLEMAS ARGENTINOS

y la lucha contra la misma puede completarse dentro del ámbito doméstico y sus adyacencias.

Este es el único camino actual para actuar eficazmente y a corto plazo contra la enfermedad. Por lo menos mientras no se descubra una droga que elimine al parásito productor del reservorio humano. O hasta que las condiciones económicas mejoren tan verticalmente como para que se renueven la mayoría de las viviendas de nuestras zonas rurales, y para que toda la población expuesta esté educada y preparada para luchar por su cuenta contra el insecto. En realidad, *el mejoramiento de la vivienda y la educación sanitaria* constituyen, junto a *los insecticidas*, el trípode sobre el cual ha de edificarse la lucha integral, que indudablemente no podría ser llevada a cabo sin la colaboración activa de la población afectada. Pero de los insecticidas depende la posibilidad de un éxito decisivo a corto plazo. Y aunque no se han hecho cálculos definitivos, puede presumirse a título de orientación que una campaña de ese tipo, con una inversión que oscilaría entre los 500 y 1.000 millones de pesos, sería suficiente para erradicar las vinchucas o reducirlas a un nivel inocuo.

La enfermedad de Chagas cumple pues con los requisitos exigibles para poder considerarla como uno de nuestros objetivos de salud pública. Por algunas razones ya anotadas, y por otras que no podemos analizar con mayor extensión en este artículo, es además muy difícil que dejara de ocupar uno de los dos o tres primeros puestos entre los objetivos sanitarios nacionales.

3. ELECCIÓN DE LOS OBJETIVOS SANITARIOS

Hay una diferencia entre clasificar los objetivos de salud pública y elegirlos. Elegir es favorecer a algo o alguien, en perjuicio de algo o alguien. Y elegir en este caso, aún cuando mejor se elija, significará perjudicar a grandes núcleos de seres humanos en beneficio de otros. Por eso, la elección de un objetivo sanitario es un paso decisivo, es la decisión final, estudiada y madurada, de librar contra el objetivo elegido la batalla terminante. La determinación de hacer algo que un interés de la población reclama, algo que se sabe con certeza que concluirá exitosamente, algo que exigirá y obtendrá cuando sea necesario los recursos que hagan falta, porque ya se sabe que el país podrá

Aportación Extranjera

La obra de Diego Rivera

JUSTINO FERNANDEZ

NACIO EN LA CIUDAD de México en 1904. Historiador y crítico de arte, se ha dedicado especialmente al estudio del arte mexicano. Director del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor, desde 1944, de historia del arte contemporáneo en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Universidad. Doctor en filosofía. OBRAS: El arte moderno en México (1937), Orozco: forma e idea (1942), Prometeo (1945), Arte moderno y contemporáneo en México (1952), Coatlicue, estética del arte indígena antiguo (1954), Arte mexicano desde sus orígenes a nuestros días (1958). El retablo de los reyes (1960) y otros trabajos menores y numerosos artículos sobre arte mexicano. Realiza en 1952 un viaje de estudio a Europa. Ha dado conferencias en las universidades de Yale, Harvard, Chicago, Evans, Texas y La Habana.

SIN duda la distancia en el tiempo nos hace ver de nueva manera los acontecimientos y las cosas. La muerte de un artista renueva la visión de su obra. Así, apenas desaparecido el gran pintor mexicano Diego Rivera (1957) y ya nos parece otro, en cierto sentido, porque es inevitable hacer un balance de su vasta producción. Pero, ni es fácil, ni siquiera es posible lograr ese propósito en unas cuartillas, sin embargo, se puede intentar poner de relieve algo de lo más sobresaliente. Desde luego hay que advertir que sin duda su obra de muralista constituye lo verdaderamente importante, si bien sería incompleto dejar fuera su obra de pintura de caballete, pues en ésta se encuentran aspectos y creaciones que unifican su producción. Rivera expresó, con buen sentido, la histórica epopeya del pueblo mexicano en plan universal en sus obras murales y reservó toda la riqueza de nuestro folklore y su flora para sus obras de caballete, aspecto en el cual hay que considerar también algunos espléndidos retra-

tos y otras composiciones líricas. Gusten más o gusten menos sus obras; se esté en acuerdo o en desacuerdo con lo que ha expresado, es indudable que Rivera es un gran pintor de nuestro tiempo; podemos aceptar y estimar algunas obras suyas más que otras, se pueden dejar varias a un lado, sin comentario, pero no se puede negar que el arte del siglo XX no sería lo que es sin Diego Rivera. Su fama ha pasado allende nuestras fronteras. Dio buena guerra y tuvo desplantes geniales. En más de un modo era un artista cuyas dos cualidades más aparentes fueron su inteligencia y su sensualismo, que en su obra se manifestaron en las grandes composiciones y en su dibujo y colorido.

Su primera aportación original al arte del siglo XX es en el *cu-bismo*. Sus pinturas cubistas son de primer orden. ¡Con qué gusto se ven aquellos cuadros: *Hombre del cigarrillo*, *Joven con sweater*, *Retrato de un pintor* y *El despertador!*, todos de color restringido y refinado, que se reserva el artista hasta que explota en un *Paisaje de Mallorca*, que sin aviso podría tomarse por una visión del trópico mexicano; es una verdadera joya, de esta parte de la producción del pintor. Y después otros, en que Rivera introduce con originalidad en el *cu-bismo* objetos tales como un trozo de sarape de Saltillo, o un *equipal*. Estos mexicanismos vienen a tener una cumbre en *Paisaje Zapatista*. ¿Quién hubiera imaginado que un sombrero de charro, un mauser, unas cananas y un paisaje pudieran entrar en una composición cubista? El cuadro es original, grande, bien compuesto y de un color y texturas excelentes. Y la elegancia en líneas y colores, la sencillez clásica, tienen su mejor expresión en el *Retrato de un poeta*. La historia del *cu-bismo* no estará completa sin considerar a Rivera.

El impacto de Cezanne en nuestro pintor quedó patente en aquel cuadro excepcional *El matemático*. Un grupo de dibujos a lápiz de esa época ponen a Rivera a la altura de cualquier maestro de la historia, pero sobre todos, su *autorretrato*. Es el primer Rivera cabal y el que había de ser después en sus obras murales; línea, trazo y modelado tienen sabrosura, precisión y grandeza; es magistral.

Contra la opinión de algunos a mí nunca me ha dejado de gustar el primer mural que pintó Rivera en el *Anfiteatro Bolívar*. Su composición es algo así como la de una maquinaria de relojería en la que cada engrane supone a los demás y tiene figuras de una verdadera emoción, como aquella tan inspirada de *La Fe*, que difícilmen-

APORTACION EXTRANJERA

Se encontrará algo de esta altura en su propia obra posterior. En los murales de la Secretaría de Educación, además de los efectos de conjunto, hay trozos inolvidables, como *La muerte del peón*, que muestra hasta dónde puede llevar el drama un espíritu clasicista. *La repartición de tierras*, el *Mercado* y aquella composición del *Día de muertos*, donde el propio Rivera aparece entre la multitud, en los *bustos*; son otros tantos tableros jugosos y representativos. Después en la escalera, casi todo, pero; especialmente otro *Autorretrato* de primerísimo orden. Por último aquí, algunos tableros del piso superior, como aquel en que se empieza a cantar un corrido, que parece un Gauguin veinte años más moderno y muy Rivera.

Del Salón de Actos de Chapingo hay que hablar con el sombrero en la mano. Obra que por sí sola justificaría la fama de Rivera y de la pintura mexicana, contiene todo aquello de que el artista ha sido capaz. Su única rival en nuestro tiempo es la de Orozco en el Hospicio Cabañas y ambas han de compararse entre sí y con obras de ese nivel en Europa, que son pocas, y la de Rivera tiene lo suyo tan excelente como la que más. Todo allí es bueno, pero los desnudos femeninos hacía mucho tiempo en la historia que no alcanzaban tanto esplendor y grandiosidad. *La tierra dormida* quedará entre obras semejantes del pasado, aventajándolas, pues ¿dónde encontrar otra de esa monumentalidad, fino sensualismo, poesía y emoción auténtica? ¿Miguel Angel, Rubens? Esa sensualidad, ese amor por la carne es lo que con frecuencia ha salvado a Rivera de las fealdades intelectualistas; es su equilibrio genuino y un formidable medio expresivo; también aparece en aquellas manos monumentales. Chapingo es la obra maestra de Rivera.

Ahora recuerdo un gran cuadro: *Baile de Tehuantepec*, de rico colorido y luminoso, sensual, festivo y admirable.

Considerando el bien logrado conjunto de los murales de Cuernavaca casi todo es bueno o excelente. ¿Quién puede dejar de gustar aquellas imágenes de Morelos y Zapata, y aquel indio en piel de coyote con sus manos dibujadas magistralmente?

Los retratos ocupan un sitio importante en la obra de Rivera; uno finísimo es el de la señora *Burke Sherwin*, de admirable sencillez y unidad.

Los murales de Detroit constituyen otra obra maestra; allí está toda la visión poética de Rivera del mundo mecanicista; es él quien ha cantado a la máquina como nadie y ha sido capaz de imprimirle una sensualidad insospechada, y ya está bien sensualizar y hasta *sexualizar* aun las máquinas.

El mural del Palacio de Bellas Artes, obra bien característica, es excelente y tiene trozos que no podrían ser mejores, como las composiciones a ambos lados del hombre al centro. Otra obra magistral es la escalera del Palacio Nacional, no ya sólo por su concepción y ejecución sino por los trozos de pintura al fresco de calidad suprema: todo el muro del mundo indígena antiguo es poético y grandioso; aquellos campesinos —en el muro opuesto— que siegan la mies, uno de los fragmentos más emocionantes; los retratos en la parte baja; el primer mural de los corredores con la vista de Tenochtitlán; la imagen de Cortés, que es pintura de verdad, aunque no guste por la idea. De los murales del Reforma quizás sea el mejor el de *Agustín Lorenzo*, movido y teatral.

En ese tiempo Rivera alcanza uno de sus momentos más fecundos en su pintura de caballete: el admirable *Retrato de Lupe Marín*, de formas tan nobles que pocos de nuestro tiempo están a su altura; dos imágenes, o dos cuadros pequeños, que resumen cuanto ha pintado el artista con tema de niños; y dos cuadros formidables, *Bailarina en reposo* y *Danza de la tierra*, el primero sin paralelo, sensual, armonioso en todo, rico en matices, único, y el segundo también original, brutal y sin manierismos. Más tarde, una *Vendedora de flores*, decorativa y atrayente, de la cual pintó varias versiones.

El mural que pintó para el San Francisco Junior College tiene grandiosidad, que disminuye en los temas de la *predella*, pero la imagen central, medio *Coatlicue* y medio máquina, es emocionante. Los dos muros del *Instituto de Cardiología* deben contar entre las obras de importancia, sobre todo por sus composiciones y por la galería de retratos que contienen, algunos en la parte superior son de primer orden. Buena obra es también el mural del *Hotel del Prado*, en ella hay trozos de gran calidad, como el *pelado* que duerme y sueña, sentado en una banca de la Alameda.

Los autorretratos de Rivera abundan en su obra mural, mas ejecutó uno, sólo la cabeza, en ocasión de su exposición retrospectiva

APORTACION EXTRANJERA

(1949) en el Palacio de Bellas Artes (reproducido en *Time*), que por sí vale más que otros y que recuerda aquel autorretrato a lápiz (1918) ya mencionado; es de gran calidad y profundo.

En los murales para la *Caja de Agua en Dolores, D. F.*, reaparecieron unas manos monumentales y sensuales que daban gusto. Podrían agregarse otras obras, pero, a lo menos me han impresionado hasta conmoverme algunos retratos de los últimos años, primero, el de la señora Carrillo Flores, por sus formas grandiosas, su composición excelente, su preciosa naturaleza muerta en primer plano, por las grandes líneas y por su color; está en la tradición de la *Olimpia* y en verdad no deja de sorprender que, después de otros intereses, Rivera vuelva a ser el gran pintor, sin remilgos ni curiosidades, sino el Rivera grande y noble de formas, que es el que verdaderamente me emociona. Otro retrato de índole distinta es de un niño de doce años de edad, *Antonio del Pozo*, obra también de perfección y del Rivera que más me gusta, sugerente y magnífico. Los dos retratos mencionados, y algunos otros, fueron los últimos de importancia que pintó el artista.

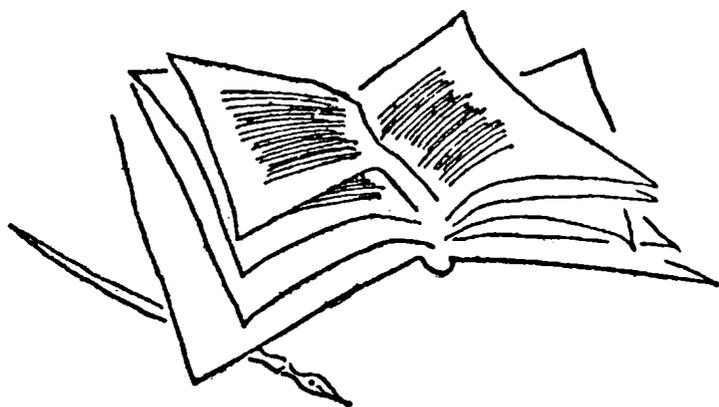
No he pretendido sino evocar, de memoria, algunas de las obras del gran pintor que para mí no tienen discusión en cuanto a su originalidad y calidad suprema; no son todas, claro está, pero son más que suficientes. Espero no haber incurrido en el feo y novísimo pecado de explicar el arte, pero se puede hablar, explicar y contar mucho sobre el de Rivera, y no prometo dejar de pecar en el futuro.

Como en *El viejo y el mar*, Rivera nos trajo un pescado enorme, pero, a diferencia de aquél, éste no llegó en los huesos; algunos mordiscos le hemos dado los tiburones, pero quedó suficiente para que se mantengan varias generaciones en el futuro.

Por cuanto he mencionado solamente y por tanto más que se quedó *en el mar* y por muchos motivos, Rivera tiene un sitio de honor en la historia universal del arte.



Estudio para LAS ILUSIONES, por Diego Rivera (Col. Frida Kahlo).



TESTIMONIOS

∞ MARSHALL R. NASON: Profesor asociado del Departamento de Lenguas y Literaturas Modernas de la Universidad de Nuevo México, Albuquerque, EE. UU., vino a la Argentina a comienzos de este año para realizar estudios sobre literatura criollista rioplatense y en especial sobre Benito Lynch. Doctor en filosofía y letras en la Universidad de Chicago con una tesis sobre "Benito Lynch y su creación literaria". Durante diez años fue secretario ejecutivo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, del que en la actualidad es vicepresidente.

∞ JULIO PAINCEIRA: Profesor de letras graduado en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Actualmente es rector del Colegio Nacional dependiente de la misma universidad. Ejerce la docencia en la Escuela Industrial de la Nación. Fue codirector de la revista de humanidades "Renacimiento".

∞ EMILIO AZZARINI: Médico veterinario graduado en la Universidad de La Plata. Fue secretario de publicaciones de la misma casa de altos estudios, colaborando en la edición de importantes obras, como el "Facundo" de Domingo F. Sarmiento y el "Dogma Socialista" de Esteban Echeverría. Experto en musicología, posee una rica colección de instrumentos musicales de diferentes épocas.

∞ CATALINA ANTELO DE HUSSON: Profesora de filosofía y letras, abogada y escritora platense. Ha publicado *Cuentos insulínicos* (1953) y escribe en la "Revista de Educación" y otras publicaciones del país y del extranjero. Obtuvo diversos premios y distinciones, entre ellos la medalla de oro del Instituto Mitre. Becada para estudiar a España por la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia y por el Instituto de Cultura Hispánica, representó, asimismo, a la Universidad de La Plata.

VIAJES — CRÓNICAS
SEMBLANZAS
CARTAS DE BECARIOS
LOS PADRES VISTOS POR LOS HIJOS
PAPELES DE ARCHIVO

Madrid, noviembre de 1959.

“Queridos amigos:

Estamos nuevamente en Madrid, después de haber asistido a los Cursos de Verano que nos dispersaron a los cuatro puntos cardinales de este clavel de los vientos que es España. Los que regresan de Málaga o Mallorca traen el azul del Mediterráneo en los cabellos y aparecen desconocidos, transparentes, como si el oro de sus costas los hubiera iluminado irremediamente. Vienen otros de Salamanca, donde cursaron “Historia del arte y del pensamiento español contemporáneo”, “La formación del pueblo español” y “Cultura popular”, en aulas cuyos bancos aparecen tallados con nombres gloriosos como los de Lope de Vega y donde ascendieron, en muda reverencia, hasta la cátedra desde la cual Fray Luis deleitaba a los estudiantes. Algunos gozaron en Valencia o Sevilla del encanto de un Curso de Verano y alternaron las clases de historia, geografía o literatura, con la asistencia a conciertos de música española o recitales de poesía especialmente preparados para los alumnos extranjeros. La mayor parte de ellos ha cedido al prestigio que ostenta mundialmente la *Universidad Internacional Menéndez Pelayo* de San-

tander y nos conmueven, ya de regreso, con sus crónicas sobre el Festival que allí se celebra anualmente con asistencia de los más célebres conjuntos de ballet, música y teatro. Yo llego también de las costas del Cantábrico, pero mi “saudade” es más honda, por ser de la tierra gallega, y además el nudo de la partida me ciñe ya estrechamente como un abrazo.

En el Instituto de Cultura Hispánica, rodeando las polícromas mesas de su bar, nos reencontramos, como después de una batalla, los sobrevivientes de la partida. Del grupo de treinta y cinco profesores iberoamericanos que hicimos durante el invierno el “Curso de especialización en lengua y literatura española”, sólo quedamos un puñado añorante, que armoniza en sus voces los matices del mejicano, salvadoreño, argentino, boliviano y chileno. Recién llegados de América, jóvenes becarios se incorporan tímidamente al ritmo madrileño y el Instituto es, como lo fue antes para nosotros, nodriza tierna para la iniciación de la vida en España. En su salón de actos, donde escuchamos a Marañón y Bernárdez, unidos en la Semana Argentina, se nos ofrecen semanalmente conciertos, conferencias, funciones teatrales o deslumbrantes muestras del folklore

CARTAS DE BECARIOS

americano. Los domingos, autobuses del Departamento de Viajes Culturales nos llevan a Toledo, Avila, Segovia, Aranjuez, El Escorial u otros puntos cercanos a Madrid, o aquellos jóvenes, que durante los cursos prefieren los deportes de invierno, se trasladan a Navacerrada a practicar esquí, deslizarse en trineos de juguete o "volar" en la telesilla hasta la cumbre, casi siempre envuelta en su ropón de nieve.

Yo quisiera poder contarles, con pinceles, de color de este otoño, sonoro de tan aúreo, porque la "Ciudad Universitaria" brilla con amarillos recién nacidos sobre verdes maduros dignamente silenciosos. Octubre era rojo en Galicia como si el follaje no pudiera desfallecer sino en los cobres y las vides, azuladas en primavera tienen ahora en las hojas el recuerdo del vino. Pero en Madrid, cada árbol hace reservas de luz para el invierno y hasta el aire es dorado y la esperanza de los que llegan y la tristeza de los que partimos. En las facultades de Filosofía y de Derecho, estudiantes españoles y núcleos muy compactos de extranjeros, se agolpan en las ventanillas de la secretaría para formalizar sus inscripciones. La apertura de los cursos será solemne como todos los años y en ceremonia que guarda el formalismo del Medioevo: Rector y profesores con sus togas y birretes (cada Facultad tiene su color distintivo) presiden la iniciación del nuevo año de estudios. Recuerdo ahora algunos de los actos rituales que celebran los estudiantes en los mismos claustros universitarios como el simbólico "cruce de la línea" cuando se ha rendido la mitad de las materias de la carrera. Escuché en Filosofía el discurso en latín que uno de ellos, caracterizado como el rector, dirigía en tono jocoso a

sus compañeros y ví en la Facultad de Derecho a moros y romanos con sus armaduras desfilar por los corredores en medio de cantos y risas de los cuales eran partícipes los mismo profesores. Aún cruzábamos las futuras plazas empujados por el cierzo del Guadarrama y en el Parque Retiro habíamos asistido en conmovido silencio al espectáculo de la primer nevada.

Los alumnos de la Universidad madrileña, a diferencia de los nuestros, asisten en su totalidad a las clases, diariamente de 9 a 14, y trabajan en Seminarios anexos a las cátedras: el examen los sorprende entonces preparados y éste no supone el rigor de una prueba final sino, por lo menos, en las materias psicopedagógicas a que asistí como alumna, la reiteración del juicio que el profesor se ha formado en contacto con la labor constante del discípulo. Sin embargo, grupos de jóvenes cargados de libros y congoja, sentados sobre la hierba o en los caminos que atraviesan los pinares trataban de acordar primavera y exámenes tan incompatibles, en Europa como en América. ¡Qué difícil era entonces retener el pensamiento de los filósofos mientras Madrid enrojecía bajo las amapolas! A pocos metros de la Facultad descendíamos, ya en pleno campo, hacia bosquecillos de pinos, o, un poco más lejos, al encuentro de los eucaliptus que tendían su capa de sombra para el reposo de las muchachas. Ríos de sangre parecían despeñarse por las laderas y sobre las ondulaciones de la tierra flotaba un rojo tierno, sin descanso exultante, como si presintiera la brevedad de su existencia. En las aulas el trabajo en equipo se formalizaba en eruditas exposiciones, mientras en el seminario de psicología, anexo a la

cátedra del profesor Gil Faoaga, jóvenes rumorosos, apiñados en torno de las mesas, trabajaban febrilmente en la aplicación y medida de las pruebas. En esos días, los becarios iberoamericanos "vivíamos" la mayor parte de nuestras horas en la magnífica biblioteca del Instituto de Cultura Hispánica preparando nuestras tesis, requisito indispensable para la aprobación del curso. A través de las ventanas se tendían a nuestros ojos delgados brazos térreos que emergían de verdes inocentes y mórbidos. Hierbas perfumadas se mezclaban al césped ríguoso y éste se ceñía, como una malla, sobre el terreno ondulado acrecentando la belleza del paisaje. Pero nosotros leíamos apresurados haciendo con los libros de consulta altísimas barreras para el azul obsesionante. El aroma campesino y el bullicio de los pájaros eran sin embargo tan expresivos como los sobres aéreos, con estampillas multi-americanas, para distraernos.

A veces los profesores prolongaban el contacto con sus alumnos en reuniones o visitas como el doctor Javier Lasso de la Vega que nos agasajó varias veces en su magnífica residencia, y otras, concertó visitas relacionadas con el cursillo de biblioteconomía al cual asistíamos unos diez alumnos todos de distintas nacionalidades. Una princesa hindú, que dictaba clases en la misma Facultad de Filosofía, preparaba en su casa manjares típicos de su país y ataviada con las poéticas vestiduras de su tierra recibía a sus discípulos para colmarlos con su gentileza. Pálido en enero con el blancor y la ceniza, rojo en abril de juventud y anhelo, esperanzado en junio: sobre los verdes tulipanes y rosas hasta lo inverosímil y dorado en octubre, como una

playa sin mareas, el rostro de Madrid tiene siempre una sonrisa para los argentinos. Aquel rayo de luz sobre la nieve o este aire tibio anestesiando el dolor en la herida de las hojas. El director del Instituto de Cultura Hispánica que nos despide "hasta el próximo viaje" o el decano de Filosofía cordialísimo amigo de los americanos.

Como en un sueño, las paredes de los corredores del Instituto están nuevamente cubiertas con los programas de viaje y los becarios inéditos convierten en sus cuadernillos los pesos, bolívares, soles en pesetas antes de hacer sus proyectos. Podrán viajar a Italia durante las vacaciones de Navidad y encontrar que en Roma todos los días son domingos de infancia y en Venecia dar un paseo en góndola o tomar el "vaporetto" hasta Murano, donde un artífice podrá hacer para ellos, como lo hizo antes para mí, el milagro de un vaso florecido en la llama. Génova les dará su bienvenida con el guiño de la "Lantern" y deslumbrados por su belleza, desearán perderse para siempre en una de sus inolvidables callejuelas. Durante Semana Santa viajarán a Andalucía, donde el Instituto tiene reservado el alojamiento para sus becarios y organizadas las visitas en compañía de guías eruditos. Recuerdo, ya con nostalgia, la procesión del Sacromonte en Granada viendo encender las hogueras de los gitanos o escuchando en Sevilla a una "saeta" rasgar el aire y el silencio, tan expresiva de ardorosa fe, que al escucharla se encendían los cirios, o en Málaga el domingo de Pascua la sucesión de los encapuchados con sus vestiduras de terciopelo color de musgo y mar, cielo de la Alcazaba o azul mediterráneo intenso y pensativo como en ninguna

CARTAS DE BECARIOS

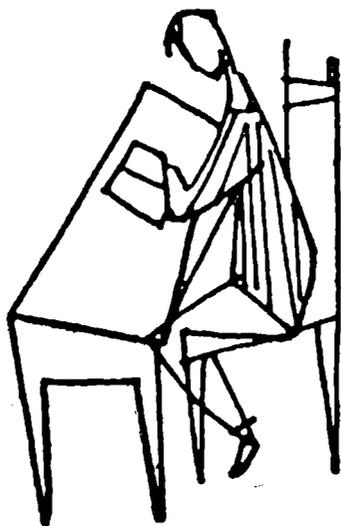
otra costa. Regresábamos de estos viajes culturales en el mismo autobús del Instituto que nos había conducido y reanudábamos las clases diarias y obligatorias alternadas con exposiciones sobre el movimiento cultural de cada uno de nuestros países. A mi turno me referí a la "Trascendencia de lo español en la literatura argentina" y elegí como tema de tesis, la obra del poeta argentino Francisco Luis Bernárdez. Semanalmente nos reuníamos para cambiar ideas sobre los problemas que crea la enseñanza secundaria en los países iberoamericanos o visitar centros de estudio, bibliotecas o museos. Así conocimos en sus menores detalles la Real Academia Española y el vecino Museo del Prado, donde ca-

si a diario podían hallarnos inmóviles frente a alguna de sus mágicas telas.

Yo les deseo a ustedes esta felicidad de ser alguna vez un estudiante iberoamericano en tierras de España. Hacer la ruta del Quijote, polvorientos y cansados, o llegar a Salamanca el día en que todos los vientos se reúnen en la plaza más hermosa del mundo o recibir el bautismo de la lluvia en Compostela, porque siempre encontrarán más fuerte que el viento y el agua los anchos muros de un corazón español y el techo protector de una sonrisa".

Cordialmente,

Catalina Antelo de Husson



LA presencia de la vastísima producción intelectual de Joaquín González; el reconocimiento que ha hecho la posteridad de su profunda sabiduría; el mérito de muchos de sus conceptos visionarios sobre la enseñanza, que se mantienen hoy vigentes; el aprecio de su agitada actividad política y su incansable laboriosidad en las importantes funciones que ocupó; toda esta consideración que hacemos frente al caudal torrentoso de su vida útil a la sociedad, aquilata aún más el sentido de esos momentos venturosos en que dejó volar el alma por el aire libre de sus más auténticos deseos; por sus montañas de La Rioja. “Los recuerdos de mi infancia y la poesía de las regiones de portentosa belleza —dice en el párrafo tan conocido de MIS MONTAÑAS— donde un tiempo se alzó el hogar de mis mayores, eran la fuente de los consuelos que yo anhelaba, en medio de esas luchas que sólo la historia describe y analiza, y en las calles cada uno derrama, cuando no la sangre de sus venas, esa otra sangre invisible que filtra en el corazón, de heridas más hondas y dolorosas, abiertas por las injusticias de los hombres”.

Vayamos pues, en vuelo imaginativo, a su tierra natal, al extenso valle que se abre entre los sistemas montañosos del Velazco y del Famatina, donde González encontró el consuelo de sus decepciones y reconvirtió sus energías morales para mantener tenazmente su incesante lucha.

Cuando un integrante de esta Universidad se prepara a visitar a Samay

Julio Painceira

IMPRESIONES

de

SAMAY HUASI

Huasi, es fuerza que lo domine una acentuada emoción. Por un lado, la imagen venerada del Maestro, su gravitación en la Universidad que fundara, donde el tiempo lo mantiene como la figura permanentemente rectora, nos sumerge, al entrar en su casa de reposo, en la sensación de introducirnos en un templo dominados por una profunda fe.

Por otro lado, la lectura de MIS MONTAÑAS, la compenetración con el ambiente riojano, que nos ha comunicado González por el lazo que tienden los escritores de verdad con sus lectores, en las obras literarias logradas (las que se escriben con apasionada sinceridad), nos hará gozar a cada paso la impresión de un reencuentro, de un resaboreo de sensaciones viejas y queridas, vividas por nosotros mismos hace mucho tiempo, con ese mismo clima de nostalgia que supo crear el autor al añorar su pasada e irretornable felicidad provinciana.

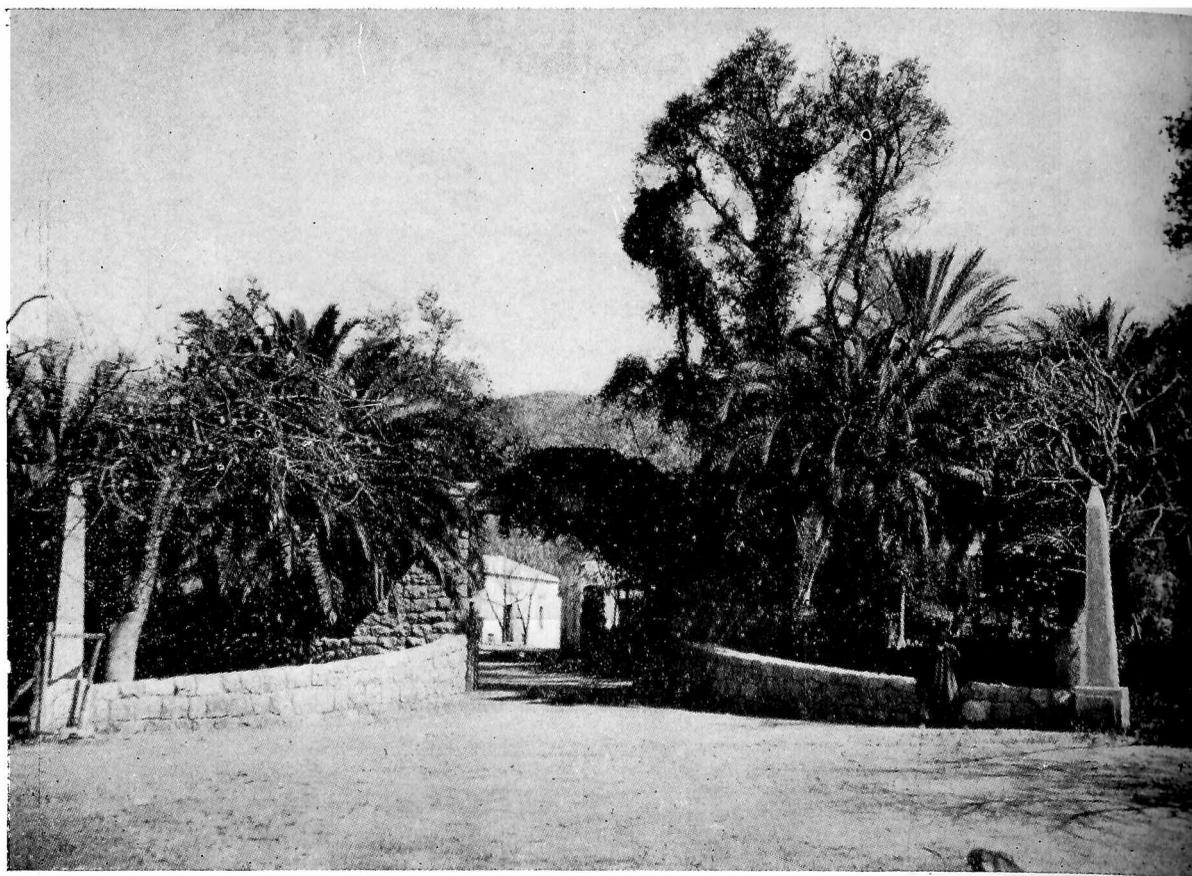


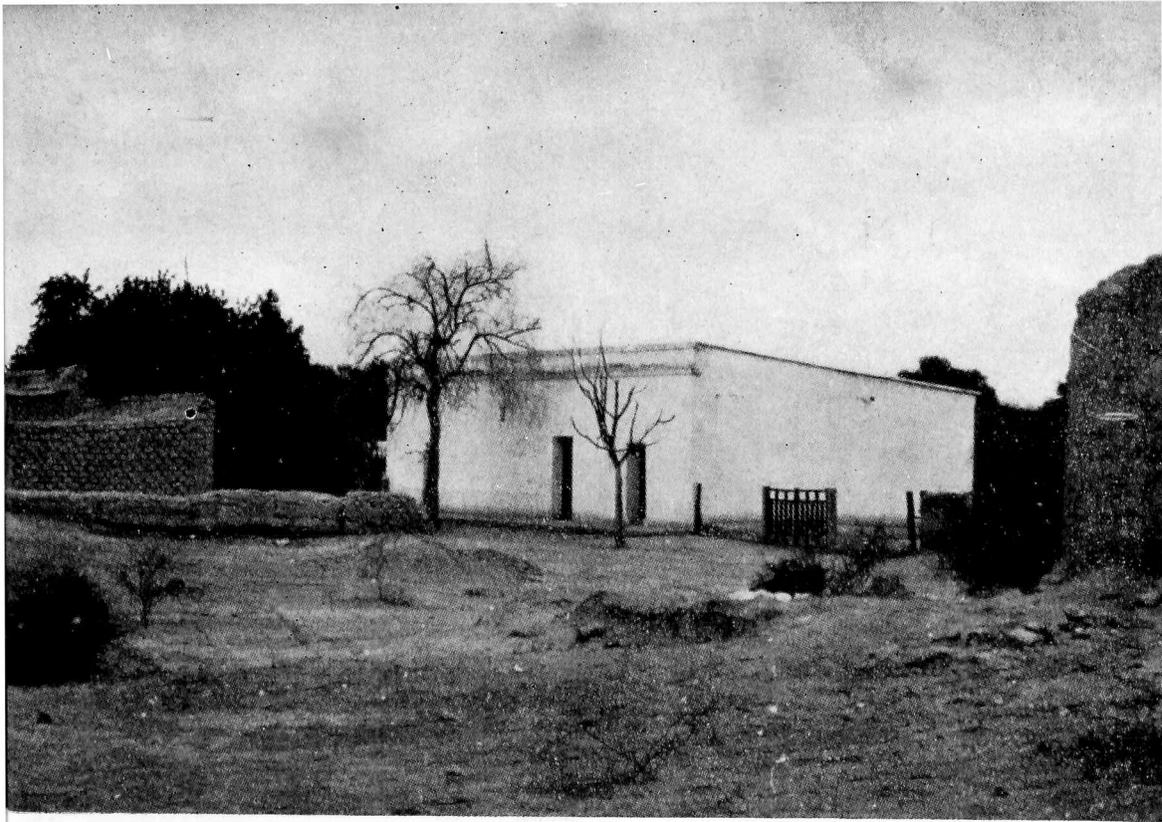
Puerta de Micenas, de estilo incaico, en Samay-Huasi, la casa de descanso que la Universidad posee en La Rioja.



Avenida de los Siete Sabios Griegos.

Entrada a Samay-Ituasi, en Chilecito. La Rioja.





Casa natal de Joaquín V. González, en Nonogasta (La Rioja)

En La Rioja, en medio de las montañas, cerca de Chilecito, la Universidad de La Plata posee, desde 1941, una residencia temporaria para artistas, escritores y profesores, llamada Samay-Huasi, que en lengua quichua significa "Casa del Descanso". La finca perteneció al fundador de la Universidad, Dr. Joaquín V. González. (Véase en este número "Impresiones de Samay-Huasi", por Julio Paineira).



Campanas de la capilla de Sañogasta.



Tribuna de Demóstenes, con la estatua de González, por Sforza.



Paisano de la provincia de Salta.

CARNET DE VIAJE

Así, al pasar por Nonogasta, prelude de este viaje de evocaciones, faltando poco para arribar a Chilecito, sobre la calle misma que continúa la carretera que viene desde Patquía, encontramos la casa natal del Maestro. Un pequeño monumento le otorga importancia histórica. Perteneció la construcción al gobierno de la provincia, que la recibió para sede de una biblioteca pública. Está prácticamente abandonada. Ante la impresión ruinoso de la vieja casona y de sus alrededores, recordamos el pasaje de MIS MONTAÑAS: "Cuando después de veinte años de ausencia, he vuelto a visitar aquellos sitios, consagrados por la poesía y los ensueños de mi infancia, lo confieso, he llorado a solas sin poderlo resistir. Estaban los sauces, los álamos y los naranjos tan descoloridos; había tanta desnudez en los parrones predilectos y tanto mutismo en aquellas inmensas viviendas, llenas en otro tiempo de bendiciones y de inocente bullicio que tuve necesidad de imponer silencio a mi cerebro, y de ahogar el corazón bajo la presión de mis manos".

Ahora, ni siquiera álamos, ni sauces desteñidos, ni parrones desnudos. Sólo hierbas y una aislada palmera.

Saliendo de Chilecito, que está separado de Samay Huasi por un cordón de cerros bajos, la sierra de Anguinán, tomamos un camino que se introduce entre dos macizos llamado: El Portezuelo. A poco de andar llegamos a la Puntilla, donde una casa de adobe nos indica que debemos dejar la ruta a Malligasta, para torcer a la derecha. Desde aquí hasta nuestro esperado destino, el camino de arena y cantos rodados serpea entre espinillos, cactus y cardones, bajando por vados ríscosos de ríos muertos que reviven ocasio-

nalmente cuando llueve en el Famatina.

Al frente de nosotros, cubriendo el horizonte, a la distancia, ya está el Velazco, con sus tonos indefinidos, casi siempre entre brumas, y que martiriza a los pintores que buscan obsesivamente llevar al lienzo la fidelidad de sus matices exquisitos. La desvaída policromía se desvanece ante la técnica de la plástica, como ante el esfuerzo del escritor la transcripción de esos inasibles estados del alma que lindan con los entresueños.

Otra vez el recuerdo de las sensaciones que nos comunicó el Maestro, registradas en algún atardecer: "Al frente, la vista se detiene en los filos lejanos de la sierra de Velazco —nos dice—, que se presenta como una masa uniforme veteada de rosa y de oro por los reflejos del sol del ocaso".

Al volver la cabeza, ya veremos, entre el abra de El Portezuelo, del que nos vamos alejando, los picos perpetuamente nevados del Famatina, si tenemos la suerte de que las nubes no los escondan.

"En ese caso, servirán para transmitir nuestra impresión ante su imponencia aquella descripción de MIS MONTAÑAS: "Cinzelado por cíclopes de mitologías desconocidas y levantado por arquitectos fantásticos, el Famatina aparece, sobre el fondo azul del firmamento, como palacio de nieve de proporciones inmensurables..."

Desde ese momento, el Famatina y el Velazco serán los puntos referenciales de todas nuestras andanzas inquisitivas por los alrededores de Samay Huasi.

Vamos costeano la falda pedregosa de la sierrita de Anguinán, cuajada de esbeltos cardones. Ya se divisa el

monumento al Maestro, que esculpió Sforza. Por la impresión a la distancia, sobre el fondo oscuro de la ladera, los regionales le llaman "el fantasma blanco de Samay Huasi".

Ya estamos frente a la entrada principal de "la casa del reposo". El camino sigue para el pueblito de San Miguel, pero nosotros doblamos hacia la portada donde un cartel nos anuncia, como bandera de posesión, el lugar del predio heredado justicieramente por la Universidad.

Frente al pórtico de piedra pulida, antes de entrar a este santuario del recuerdo gonzaliano, nos conmueve pensar que luego de recorrer 1.250 kilómetros de tierra patria, estamos aún en nuestra querida Universidad, en nuestra casa, como protegidos por las alas gigantescas de un cóndor, extendidas sobre cuatro provincias.

Y si nos detenemos un instante más, nos pondremos a reflexionar sobre el destino de esos hombres-cóndores nacidos entre las grietas de estas montañas tan abruptas y distantes, que, a impulsos de su llamado interior, se desprendieron de sus precarios ambientes y volaron tan alto como para erigirse en apóstoles de la cultura.

Pasemos bajo el dintel que lleva escrito sobre granito rosado la leyenda: Samay Huasi. A la izquierda, un roble enorme y dos laureles, aseguran sombra fresca, propicia al descanso, a la charla o a la lectura, aún bajo el sol riojano de enero, y muy cerca, todavía se conserva y da flores un rosal que plantó y cuidó el Maestro.

Siguiendo el camino de entrada, hacia la derecha, un portalillo, también de piedra pero de inspiración incaica, da entrada a la casona que ocupó Gon-

zález, rodeada por un espeso jardín arbolado.

Retomando el camino de entrada, se abre un enorme patio limitado por la construcción que ocupa el depósito, el museo y los talleres; por la vieja caballeriza convertida hoy en habitaciones, y la galería que da comunicación a la antigua residencia.

Al fondo, contra la pared, pueden apreciarse dos de los numerosos detalles que se encuentran a cada paso y van dando un clima evocativo. Un arado indígena, recostado en el muro de la izquierda, y un "noque patero", vasija de cuero calzada en troncos que se usaba como lagar y cuyo adjetivo, "patero", responde al hecho de triturarse allí la uva con los pies.

¡Cómo no recordar aquellas escenas de MIS MONTAÑAS, donde se narra vivamente las fiestas desbordantes de la "Chaya", después de la cosecha!:

"Debajo de las higueras, —dice— los naranjos o los parrones, ya está repleto el noque de la aloja espumante con que se liba al Baco montañés durante las fiestas anuales: sin ella no hay alegrías, ni cantos, ni reuniones; es la vida de la chaya..."

O cuando evoca González sus correrías infantiles: "marchaba la pandilla a dar un malón a los ranchos, donde tenían aloja fresca en los grandes noques de cuero que le sirven de vasija o en tinajas de barro cocido tapadas con ramas de sauce llorón".

En el medio del gran patio, señorea un aguaribay, que tiene una amplitud de copa de unos treinta y cinco metros y constituye una verdadera preocupación para los administradores. El complicado aparato de horquetas que lo apuntalan y las riendas tendidas para conservar sus largas ramas, le permi-

CARNET DE VIAJE

ten mantener la esbeltez de su corpulencia y atestiguan, de paso, los despiadados vendabales serranos que soportó.

Pasando la línea de edificación ocupada por los dormitorios, a través de una puerta pequeña se llega a un patio cubierto de enredaderas, rosales, sostenidos por armazón de hierro.

En este lugar había una mesa donde González ordenaba disponer la cena en tiempo propicio. Y como es costumbre en el norte, hacía sacar hasta aquí la cama para dormir al sereno. Un gran dosel de tul, con caída hasta el suelo, colgado de un travesaño del rosal, lo protegía de los molestos mosquitos y de las peligrosas vinchuca. Y aquí, antes de entregarse al reposo, oyendo el canto de los grillos, disfrutaba de esas noches de cielo tan puro que multiplican y agrandan las estrellas, y excitan la imaginación hacia los pensamientos más sublimes.

El espacio desde la finca, hasta el mismo pie del Cerro, está ocupado por una quinta de hortalizas, tendidos de parrones y montes de diversos frutales: naranjos, mandarinos, higueras, cerezos, ciruelos, duraznos, damascos, olivos, castaños, membrillos, granados, nogales.

Podremos cruzar los doscientos metros de huerta que nos separan de las sierras, por varios caminos. Por el de los rosales, o bien, por uno de esos jalonados por gruesas y vigorosas cepas que retorcieron los años y vio crecer el Maestro. Andando bajo el dosel de hojas y de racimos enormes que comprometen la seguridad del tendido, vuela la imaginación hacia las expresivas escenas bucólicas del capítulo: *Las cosechas*: "Cuánta algazara al despertar el día, de mozos que enganchan

los carros o uncen los bueyes a la carreta tradicional, o ensillan las mulas, o cargan los cestos al hombro para marchar a las viñas a recoger la uva, que se cae de puro sazónada, y traerla a los lagares".

O ya nos parece estar viendo en uno de los parrones, a aquella muchacha que "monta sobre la cepa para cortar el racimo más alto y al bajarse se enreda el vestido en presencia del festejante".

En tanto vamos hacia el fondo, la vista se tiente con los granos reventones, de color verde transparente o violeta oscuro aterciopelado, y la mano obedece el impulso para satisfacer el gusto, hasta llegar al pie del Cerro, donde otros tendidos cruzan en línea perpendicular. Son los más antiguos; algunos cepones llegan a centenarios, pero todavía están fuertes y se ven rodeados de verdes vástagos.

Estos sí que han visto al Maestro pasear a su sombra, con un libro bajo el brazo, soñando sus anhelos, o abriendo las compuertas de la acequia para que corra el agua que se transforma en savia promisora, o cortando, como nosotros, esos granos que al entrar en la boca hacen sonreír.

Siguiendo hacia la izquierda, tras un reposadero apoyado contra unas rocas decoradas con pictografías indígenas, se abre el panorama en una extensa curvatura de la sierra. Aquí el Maestro, que tenía el alma iluminada por resplandores áticos, vio el lugar ideal para levantar un anfiteatro griego y se conformó con una imitación, que hizo como jugando, con piedras que simulan perfectas graderías. Los cardones y algún pichanillo que brotó entre las grietas de las rocas, son

el ornato sobrio de este majestuoso parainfo natural.

Siguiendo el camino hacia la izquierda, bajo los racimos, pasamos a pocos metros de la sierra, en la que observamos una concavidad para nosotros sugestiva.

Una versión transmitida oralmente y que algún familiar ha confirmado, nos dice que a este recinto natural le llamaba González *La Capilla*. Y hasta se dijo era el lugar destinado por preferencia personal para guardar sus restos, que se conservan actualmente en Chilecito. Bien pudo ser así, como dicen que quiso el Maestro. El hombre público, el ciudadano de virtudes cívicas incommovibles, el publicista, el estadista, merece el mausoleo de Chilecito como justiciero homenaje de la posteridad reconocida.

Pero el autor de MIS MONTAÑAS; el hombre sensible a la emoción de su tierra natal, a la que amaba con fervor panteísta; el hombre que se entrega, en este sitio de reposo, a la intimidad de sus sueños, consubstanciado con el ambiente que él mismo va creando; en suma, el Joaquín González de Samay Huasi, se nos infiere que deseó permanecer aquí en Samay Huasi, y en esta sencilla capillita de roca viva, exornada con cardones a modo de candelabros.

Si al llegar desde la residencia por la avenida de parrales, en lugar de tomar hacia el anfiteatro, como lo hicimos, torcemos hacia la derecha, bajo la bóveda de sarmientos, hojarasca y racimos, ya podemos ver la famosa Avenida de los siete sabios griegos y el segundo portal de entrada a la finca, "la puerta de Micenas", trilito levantado bajo la inspiración de la famosa puerta de los leones.

La Avenida de los siete sabios griegos, ha gozado de enorme preferencia entre la temática de Samay Huasi. Nuestros pintores platenses, que se llegan hasta el norte para buscar motivos originales y de intenso vigor, no resisten empero, al impulso de pretender una personal interpretación del difundido tema.

En primer lugar, la gran piedra romana que llamó González "Tribuna de Demóstenes", por ser el sitio propicio para ejercitar la oratoria con sus amigos. Sin duda alguna, ha desmerecido el efecto de su elevación sobre el nivel del suelo, y por lo tanto, de su primitiva grandiosidad, el hecho de haberse tomado la tribuna de Demóstenes como pedestal de la enorme estatura que esculpió Sforza.

Entre todos los sitios de reposo, dentro de la Casa del Reposo, la Avenida de los siete sabios tiene una atracción muy especial. No es lo mismo gozar despreocupadamente el fresco agreste que da la tupida fronda de los castaños o de los nogales del huerto alejado de la vieja vivienda; o quedarse bajo un pino del jardín frente a la balaustrada de la casona residencial, para nosotros tan llena de evocaciones; y es también distinto, sentarse sobre los bancos de piedra, bajo la sombra del aguaribay que está en el gran patio, en el corazón mismo del movimiento de la finca.

El reposo en la Avenida de los siete sabios, se nutre con la quintaesencia de los valores universales. El Maestro ha reflejado aquí, en síntesis admirable, toda su sólida formación clásica y la ha materializado con recursos de sencillez primitiva. Ha esbozado en trazos mínimos una avenida de estatuas cuyos pedestales son columnas or-

CARNET DE VIAJE

namentales, sin estatuas y sin ornamentos. Pero los ornamentos y las estatuas están allí señaladas por el nombre que buscó González para que así se las viese: Avenida de los siete sabios griegos. El espíritu de Grecia, interpretado en granito de La Rioja, con rústica esquematización.

Las raíces de este estado espiritual del reposo que buscó González en Samay Huasi, hienden tan hondo en el alma humana de todos los tiempos, que quiso valerse de la fecunda sugestión de la Grecia eterna para lograrlo. Y allí comparten ambientados, en armonioso equilibrio, la tribuna de Demóstenes, la Avenida de los siete sabios, la puerta de Micenas, y el anfiteatro, entre las piedras resquebrajas de la sierra, entre los pichanillos de lacia melena, entre los sobrios cardones y añosos aguari-bays.

Samay Huasi, además de ser el templo de la Universidad donde se rinde culto a González, es un estado de espíritu. Apeadero de reconfortante sombra que, sobre el camino, nos permite recibir el mensaje permanente de la contemplación.

Apreciar a Samay Huasi no es privilegio de recién llegado, aunque sepamos de antemano lo que significó para el fundador o acelere el camino de la comprensión la fresca lectura de MIS MONTAÑAS. El alma se desazona un tanto al pasar de prisa desde el mundo de las cosas urbanas, desde la compleja inter-relación social, desde el hervidero de convenciones que soporta, a este perfecto hallazgo de la vida placida.

Para comprender a Samay Huasi, dentro de su ambiente, hay que ascender por sucesivas "escalas de perfección". Será como entrecerrar los ojos

por un tiempo e ir antreabriéndolos lentamente para acostumbrar la vista. Así se irá saboreando un horizonte de apreciaciones inéditas, hasta llegar a un mirador que pudieran compartir el poeta bucólico y el místico.

Después de la visita a la finca, que debe efectuarse con parsimoniosa despreocupación, sin urgencia de turista de paso, iremos poniéndonos en contacto con el ambiente total, donde está emplazado Samay Huasi. Hay que saber compenetrarse de la esencia de las cosas que manan de un pasado aborigen, heroico o pastoril. Hay que indagar los nombres regionalmente auténticos de las plantas y animales, porque al reconsiderarlos por el puente de su etimología indígena, sueltan todo el zumo de su expresión. Indagar el significado toponímico de las poblaciones cercanas, y gozarlo evocativamente, dando preferencia, en el encuentro de diversas versiones, a la que mejor satisfaga la imaginación: *Malligasta*: pueblo del lavadero de oro; *Anguinán*: cerro que divide el valle; *Nonogasta*: poblado de los senos, *Vichigasta*; pueblo del labrantío; *Antinaco*: poblado del sol, de los metales y del agua; *Sañogasta*: pueblo de la alfarería; *Tilimuqui*: fragancia que trasciende a las alturas.

Hay que caminar por esos pueblitos terrosos, de calles tortuosas y de casas de adobe, chatas, como temerosas del aplastante sol. Hay que mirar esos ranchos de techo de quincha, en cuya galería queda la cama durante el verano, para poder descansar en las noches cálidas.

En el tono monocorde de todos estos pueblitos de color pardo, cuyos alzados de adobe se confunden con la tierra de las calles y caminos, el único carác-

ter diferencial de la construcción lo constituyen las viejas capillas, algunas de las cuales tienen siglos. A pesar de las irrespetuosas refecciones que pretendieron mejorarlas, de ellas trasciende una venerable sensación de recogimiento y devoción auténticos.

Veamos por ejemplo, la de Sañogasta, con sus campanas al exterior desde que se derrumbó la torre; la de Anguinán; la de Malligasta, cuyo patrono es San Nicolás y que todos los primeros de enero centraliza los festejos llamados "del Niño Alcalde", descritos en MIS MONTAÑAS; la de los Sarmientos, donde el dintel grabado de la puerta resiste la intemperie desde el año que menciona: 1764.

Hay que entrar en la galería del viejo caserón que habla aún de pasada grandeza. En San Miguel, por ejemplo, debemos visitar la casa de Doña Juana Giménez. En el dintel de la puerta de gruesa madera, trabada al quicio con goznes que rechinan al paso del tiempo, consta el año de construcción: 1804. Doña Juana nos conduce al interior desde donde se aprecia mejor al contraluz la reja colonial, en el vano de la ancha pared de adobe.

En un muro del salón, hay una hornacina con portezuelas que abre con unción el ama de casa y quitando unos lienzos protectores, quedan al descubierto una virgencita de cara morena, como "cholata" riojana, y un cristo de palo, herencia secular de la imaginería de las misiones.

La evocación de las patriarcales costumbres se identifica con la que hace González: "Allí está la alcoba clásica —dice— donde la madre de familia, de hábitos reservados y serenos, reúne a sus hijas y a sus criadas para las costuras, y en la noche, para arrodillarse

delante del Cristo hereditario, que pende de la pared cubierto por un velo..."

Hay que entrar en contacto con la gente de esos pueblos vecinos, tostada por el sol, curtida por la sequía, y hay que oír sus razones, envueltas por la pureza que aún no ha mellado la desconfianza.

Hay que alternar con ella y compartir sus fiestas, para captar esa mezcla de ardiente religiosidad y candoroso paganismo. Y presenciar también, la otra fiesta, la de las montañas, en la época en que los cactus y cardones se cuajan de flores blancas.

Hay que compartir de cerca el alborozo de los chiquilines cuando, después de un extenuante período de privación, ven llegar el torrente de frescura por los canales de regadío.

Hay que sentir, con sufrido estoicismo, el calor abrasante del camino asoleado, para comprender mejor el dolor calcinado de la tierra, y recibir después como una bendición, el gozo de sentarnos en la piedra fresca sombreada por algún pacará.

Hay que explorar una de esas pampitas donde dice la tradición que asentó el indígena una tambería y saber regocijarse ante el hallazgo sugestivo y emocionante de restos de cantarillos o urnas funerarias, que al dejarse acariciar vierten en nuestras manos un mensaje de siglos.

Hay que dejarse llevar por el misterio de la senda cerril que no sabemos a dónde va, abriéndose paso entre espinillos hostiles —mientras la desconfianza acautela el paso y se aguzan la vista y el oído para prevenir la aparición de un chelco o una víbora ponzoñosa.

CARNET DE VIAJE

Hay que trepar, desde los fondos de Samay Huasi, por algunos de los senderos zigzagueantes del Cerro que lo respalda, hasta sus crestas romas, para abarcar la plenitud del valle; contemplar el salpicado blanco de Chilecito; avistar el lomo monstruoso, perpetuamente nevado, del Famatina, con su corona de nubes brillantes y la réplica de sombras en la cuesta baja, y recostar la vista hacia el lado opuesto para apreciar el color cambiante del Velazco, que podemos sorprender con túnica de brumas grises, o de suave azul ultramar, o de violáceo, o de rojo vivo, rayado por haces de sol.

Hay que dejarse estar a la sombra de un jacarandá, y dejar correr la meditación en el tiempo con perfecta sensación de libertad, mientras se oyen

las castañuelas de sus semillas secas estremecidas por la brisa riojana.

Y por último, hay que dejar amalgamar en el espíritu tan distintas sensaciones, cuya conjugación motiva ese estado de alma que se goza solamente en Samay Huasi; la casa del descanso, del descanso feliz.

Después, ya estamos capacitados para pasear por la Avenida de los siete sabios griegos con íntegro sentido de su significación universal, y hasta podremos, sin sufrir el estremecimiento de cometer una atrevida profanación, cobijarnos en esa concavidad de la piedra que está sobre la tribuna de Demóstenes, para meditar —como lo hacía el Maestro— a la vista del maravilloso valle, entre “Mis Montañas”.



BENITO LYNCH
por
Emilio Pettoruti

E. Thynón Lebic

*Seudónimo
de un
autor consagrado*

Marshall R. Nason
University of New México

Más de ciento cincuenta reportajes, notas y estudios —incluso alguno de considerable envergadura— atestiguan el creciente prestigio de Benito Lynch, sobre todo cuando se considera que la tercera parte de ellos han aparecido durante los pocos años transcurridos desde su muerte. Curioso es notar, sin embargo, que en ninguno se hace alusión al pseudónimo utilizado por el insigne novelista platense. Tampoco figuran en las bibliografías existentes los títulos de escritos suyos que llevan tal firma. Puesto que la valoración definitiva de su obra supone el conocimiento de su creación entera, nos parece apropiado comentar brevemente este aspecto, al parecer desconocido, de su trayectoria literaria.

Al confeccionar su *nom de plume* el joven se sirvió de procedimientos comunes en el mundo de las letras. El producto, "E. Thynón Lebic", resulta ser una anagrama de las letras contenidas en su nombre. Para descifrarla, sin embargo, importa saber que las letras integrantes no son las de la firma usada por Lynch en sus demás escritos. Las normas sobrias de su proceder dictaban que firmara sencilla e invariablemente "Benito Lynch", sin rúbricas ni floreos, de tal forma que a primera vista parece sobrar en la anagrama una "e" mayúscula. Dato poco divulgado es el hecho de que el nombre completo del autor de LOS CARANCHOS DE LA FLORIDA es, en realidad,

PAPELES DE ARCHIVO

Benito E. Lynch. En alguna parte¹ se registra como "Benito Edgardo Lynch", y razón hay para creer que algunos familiares suyos estaban convencidos de que así debía rezar. Sin embargo un deudo del autor² nos hace saber que acento gráfico queda a la discreción del linotipista.

Las colaboraciones halladas en el archivo de EL DÍA, con sus respectivas firmas, son las siguientes:

- E. Thynon Lebic: "Redondelitas", 11 de octubre de 1906, págs. 1 y 2.
- E. Thynón Lebic: "El doctor Pérez", 22 de octubre de 1906, pág. 2.
- E. Thynón Lebic: "1932". 19 de noviembre de 1907, págs. 5 y 6.
- E. Thynón: "El servicio doméstico", 9 de abril de 1909, pág. 2.
- E. Thynon: "El venenoso", 19 de abril de 1909, pág. 2.
- E. Thynon: "Novela corta (para mujeres)", 16 de mayo de 1909, pág. 2.
- E. Thynón: "El hombre-buey", 8 de noviembre de 1909, pág. 2.
- E. Thynon: "El enemigo íntimo", 14 de noviembre de 1910, pág. 2.
- E. Thynon: "Mi perro", 19 de mayo de 1911, pág. 4.
- E. Thynon Lebic: "En el zoo", 26 de agosto de 1912, pág. 3.

Durante este lapso, el único relato que aparece con firma de Benito Lynch es "Manolita", que corresponde al 12 de noviembre de 1910.

Evidentemente, no puede haber duda por lo que respecta a la autenticidad del pseudónimo, ya que dos de los cuentos vuelven a publicarse años después con la firma normal del autor. Tal el caso de "Mi perro" que reaparece en Leoplán (Año II, N° 44, 16 de septiembre de 1936) y en el mismo EL DÍA con fecha de 26 de julio de 1954, sin que la dirección del diario se diera cuenta de que había sido su bautista literario. En esta oportunidad lo acompaña la nota siguiente: "Benito Lynch, el insigne novelista desaparecido no ha mucho, habría cumplido ayer 74 años. Uno de sus biógrafos, el escritor Manuel Trigo Viera, nos remite un cuento muy poco conocido del autor de LOS CARANCHOS DE LA FLORIDA". Otro título que confirma la relación Lynch-Lebic es "El hombre-buey", relato repetido en la revista PLUS ULTRA (Año IV, N° 37, mayo de 1917), en el REPERTORIO AMERICANO (San José de Costa Rica, XIX, 1929), así como en EL DÍA (28 de diciembre de 1958).

A modo de juicio provisional nos aventuraríamos a afirmar que el período del pseudónimo está limitado, cronológicamente, por los años 1904 y 1912. Indicio hay, en efecto, para creer que otro capricho —el del anónimo— le pone punto y rúbrica. Hacia el final de 1911 aparecen tres obritas sin firma alguna: "La ley del divorcio (Diálogo de actualidad)", "La prue-

¹ Ver la noticia biográfica de Julio Caillet-Bois que aparece en Benito Lynch: *El inglés de los güesos*, Buenos Aires, Ediciones Troquel, 1960.

² Debo esta aclaración a la gentileza del Dr. Juan Manuel Lynch, sobrino del autor.

ba del agua" (Fábula), y "De actualidad", las que por su tema, por el estilo y por la estructura parecen ser de la pluma de Lynch. De 1912 en adelante, siendo ya autor de dos novelas⁶ y quizá más consciente de su valer artístico, se encamina sin disimulo hacia la vocación literaria. Consta que siempre reservaba el pseudónimo para piezas de menor aliento: —ficciones urdidas al margen de las noticias diarias, breves reflexiones irónicas sobre la conducta humana y fábulas el nombre verdadero —el que figura en la partida de nacimiento— no es Edgardo sino Eduardo.

A pesar de no haber firmado ninguna de sus obras con el nombre Benito Eduardo Lynch, ni siquiera como Benito E. Lynch, datos no faltan para asegurarnos de que tenía plena conciencia de su nombre completo y correcto. Nos ha tocado en suerte examinar³ un documento curioso en el que aparece, y de una mano idéntica a la de su firma común (salvó la añadidura), la firma "Benito E. Lynch". Se trata de dos páginas arrancadas a un pequeño álbum de confidencias de los que circulaban entre amigos en una época por cierto más sentimental que la nuestra. La índole de las preguntas (Quel est, selon vous, l'idéal du bonheur terrestre?, Quel vice détestez-vous le plus?, etc.) así como el hecho de que van impresas en francés

dan a entender que el intercambio de *confidences* era pasatiempo de "niños bien". Donde la libreta pide "nom et prénoms" Lynch firma "Benito E. Lynch (hijo)", y al final, en el apartado titulado "autographe" se suscribe a "une de vos pensées ou une citation dont vous approuvez le sens" en forma igual. Da la casualidad de que una de las preguntas evoca el nombre de Poe, de cuyo nombre de pila la versión española sería Edgardo. Pero Lynch se equivoca de ortografía, escribiendo "Egard" en vez de Edgar, lo cual desvirtúa el aserto de que en algún momento puede haber creído que su segundo nombre fuera Edgar. Los "confidences" de Lynch están fechados 1909, o sea el año en que utiliza más el pseudónimo.

Hace falta abrir aquí un paréntesis para aclarar que la tarea literaria de Lynch se remonta a los primeros años del siglo en curso. Si bien ninguna bibliografía registra título suyo anterior a PLATA DORADA⁴, los archivos de *El Día*, periódico de la capital de la Provincia de Buenos Aires, rinde una cosecha de quince colaboraciones anteriores a esa fecha⁵. Ya para 1909 comienza Lynch a sentir el imperativo literario que pronto había de convertirse en una vocación exclusiva.

En efecto, el empleo de un pseudónimo punto menos que ignorado hasta el presente puede haber despistado

⁶ Si bien *Los caranchos de La Florida* no se edita hasta 1916, el mismo Lynch afirmaba haberla guardado en la gaveta de su escritorio durante cuatro años antes de consignarla a la imprenta. Efectivamente, parece haberla terminado mucho antes, pues aparece todo el Capítulo XIII en *El Día*, 30 de mayo de 1910.

³ Expreso mi agradecimiento por este dato al librero D. Ezequiel Elía, de Buenos Aires.

⁴ Omisiones que se espera pronto sean rectificadas por un trabajo bibliográfico en preparación.

⁵ El autor desea expresar su agradecimiento a la señora Raquel M. de Cleve, jefa del archivo de *El Día*, quien puso a su disposición las facilidades de la empresa.

PAPELES DE ARCHIVO

a sus bibliógrafos, puesto que media entre las primicias (firmadas con el nombre verdadero y aparecidas allá por 1903) y la obra más reciente y conocida, un lapso de cinco años durante el cual casi todas las colaboraciones llevan el pseudónimo en alguna forma u otra. En los años 1903 y 1904 aparecen en EL DÍA siete relatos firmados por Benito Lynch. Entre 1904 y 1912, en cambio, diez de los once cuentos publicados llevan el pseudónimo o alguna variante del mismo. Fácil es concebir que la súbita carencia de obras anteriores a 1912 puede haber engañado a los que procuraban precisar el comienzo de su inquietud literaria.

Las diversas formas que reviste el pseudónimo son las siguientes: "E. Thynón Lebic", "E. Thynon Lebic", "E. Thynón", "E. Thynon", y hasta

"E. Tlynon", versión esta última que sospechamos descubre la desesperación de algún atareado linotipista frente a un nombre tan poco plausible. Como se ve, la intención del joven escritor fue alternar la forma completa con la abreviada; la presencia o ausencia de la tilde resulta ser una deformación de poca monta, ya que, tratándose de palabras impresas en letra mayúscula la cuestión del empleo u omisión del y diálogos de propensión moralizadora. Sus obras de proporciones mayores, así como los extractos de las mismas publicados anticipadamente en los diarios, merecen siempre el nombre verdadero del autor. La obra de "Lebic", sin embargo, no puede menos de interesar al estudiante del proceso creador y del pensamiento de Benito Lynch.

La Plata, cuna del sistema musical de doce notas

Angel Menchaca: teórico genial

EN diversas andanzas e indagaciones, tuvimos oportunidad de toparnos, repetidas veces, con figuras de gravitación en la vida política, social o artística del país e incluso del exterior. Sus rasgos y virtudes al por menor rebasan los límites específicos del estudio que venimos abordando desde hace tiempo, en torno a determinados aspectos de la vida universitaria platense. En sendas notas y por separado, brindaremos, pues, crónicas de sucesos que resulta imposible incluirlas en aquél.

En primer término, nos ocuparemos de la interesante y benemérita personalidad del dr. Angel Menchaca. Na-

ce en Asunción (Paraguay) en 1855 y estudia derecho en Montevideo. Más tarde se radica en Buenos Aires y, simultáneamente, actúa en La Plata a poco de fundarse. En la nueva capital de la Provincia, alterna con miembros de las famosas "colonias" estudiantiles allí existentes alrededor del 900¹. Fallece en la Capital Federal en 1924.

Jurisconsulto, profesor de literatura y de historia, teórico de relieve internacional en materia de taquigrafía², político y periodista de nota³ y precursor del sainete criollo propiamente dicho con su obra UNA NOCHE EN LORETO⁴ —estrenada en 1885 en el viejo Teatro Apolo, de La Plata—, su inten-

¹ Modo societario de vida muy típico de los estudiantes de la ciudad de La Plata. Las "colonias" ejercieron enorme influencia en el desarrollo histórico del movimiento de la juventud universitaria. En aquel entonces, la mayoría estaban constituidas por alumnos de la Facultad nacional autónoma de Agronomía y Veterinaria y de la Universidad Provincial. La primera fundóse en 1889 y la segunda inició los cursos en 1897.

² Al respecto puede consultarse de Menchaca: "*La Taquigrafía*", publicado en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Tomo XVI, año 1883, págs. 33-55.

³ Consúltese de Menchaca: "*El periodismo argentino*", Bs. Aires, S. a.

⁴ La partitura primitiva pertenece al maestro Francisco G. Guidi. Posteriormente Men-

CRONICA

sa actividad en los más diversos campos del quehacer humano fue sobresaliente y eficaz.

El motivo que impulsa a esbozar una de las tantas facetas del dr. Menchaca, no obedece a hechos concernientes con la profesión, ni tampoco a la acción que ejerce en el campo docente, ni a los vínculos que contrae con el fresco ambiente estudiantil de la época y mucho menos a su gestión como funcionario. Menchaca viene a la mente atraído por la apasionada actividad que le cupo en el dominio del arte sonoro.

El ilustre publicista considera el culto de la música poderosísimo factor de civilización. Con el fin de avivarlo no regatea afanes, ni economiza esfuerzos. Sus escritos relacionados con tan cautivante disciplina artística son claros, precisos, sobrios, de ágil estilo y plenos del más noble fervor militante. Léense con deleite e incluso acucian la atención de personas no iniciadas. Revelan una textura moral generosa, inalterablemente empeñada en el porvenir de la juventud. "Yo creo, señores —afirma en uno de sus discursos—

que trabajo en beneficio de las generaciones futuras".

Fruto de tamaño sacerdocio es el NUEVO SISTEMA TEÓRICO-GRÁFICO DE LA MÚSICA, editado en La Plata en 1904 y reimpresso en París por Pleyel, en 1914. Con dicha publicación, Menchaca echa los sólidos cimientos del sistema de doce notas, que tanto interés suscita hoy entre los más destacados musicólogos del orbe. Con él pretende suplantar —nada menos— la casi milenaria gama tradicional de siete notas, iniciada en el siglo XI por el monje benedictino Guido D'Arezzo, en sus MICROLOGUS y ANTIFONARIO.

Para ejecutar el salto multiseccular recurre a variados recursos: escribe en la prensa numerosísimos artículos; edita folletos; pronuncia conferencias y polemiza punzantemente; inventa un piano especial, con teclas blancas, negras y rojas, adaptado al nuevo sistema; promueve audiciones; compone comedias, canciones y coros infantiles, utilizando la grafía creada por él; forma discípulos con el fin de difundir el método; y, por si fuera poco, efectúa una larga gira, con la cardinal intención de dar a conocer sus teorías y

chaca redujo los tres cuadros de la obra a uno sólo. Así fue reestrenada en el Onrubia, de Buenos Aires, en 1890, con nueva partitura, compuesta por el célebre maestro Francisco Hargreaves, tal vez el músico argentino más notable del siglo pasado.

Más tarde Menchaca dio a luz dos obras más: LOS ESTUDIANTES DE BOLOÑA (1897) y EL FALLO (1903).

La última pieza la redactó en tres días, expresamente para la Compañía Podestá Hnos. y en honor de la Delegación Chilena, presente en esos momentos en Buenos Aires, con motivo de la enojosa cuestión de límites, que estuvo a punto de desencadenar una guerra entre dos países hermanos.

En el corto proemio, Menchaca destaca su deseo de "fomentar la amistad argentino-chilena, por una paz sincera y sólidamente cimentada". Nótese la nobleza de propósitos.

El libreto contiene, además, una advertencia: "Se baila el pericón nacional "Por María", original de Antonio Podestá, y una "Cueca Chilena".

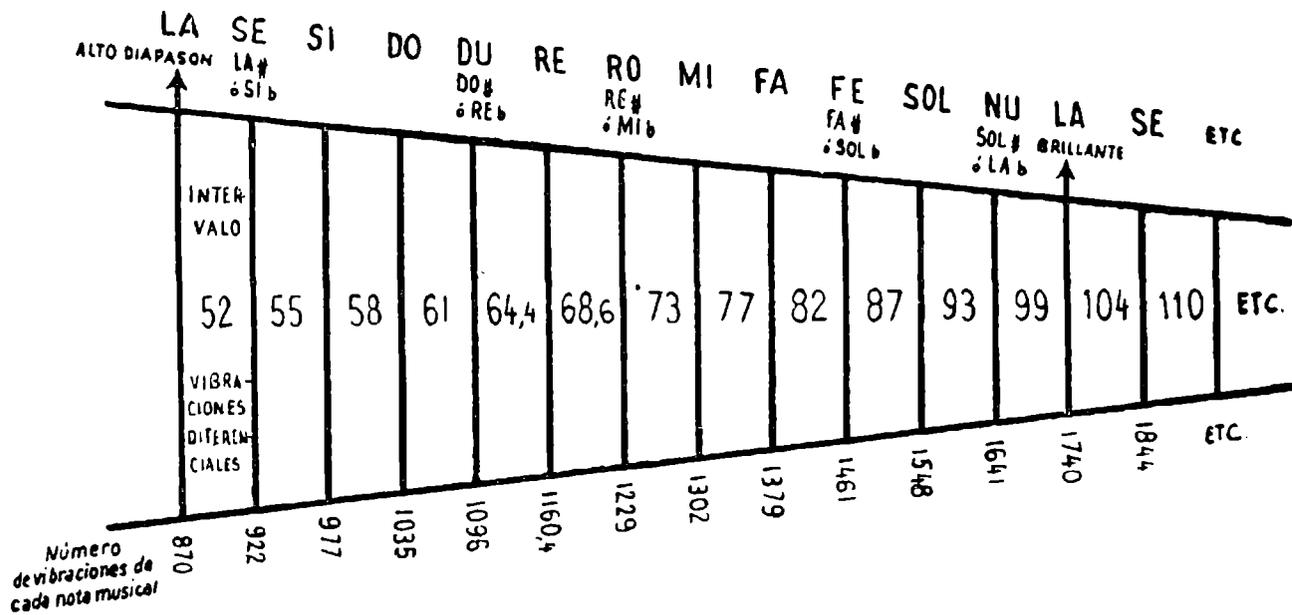
afrontar, con la mayor responsabilidad y honradez intelectual posibles, la prueba de fuego de los círculos musicales más evolucionados de ambos mundos. Acicateado por ese propósito, visita América, Italia, España, Bélgica, Inglaterra, Alemania y Francia. En París, pronuncia una conferencia en la Sorbona sobre el nuevo sistema musical, que despierta hondo interés entre los musicólogos especializados en tan intrincada disciplina. En síntesis, Menchaca configura un prototipo de innovador.

las octavas con puntitos; las barras divisorias de los compases; las ligaduras, el puntillo, el doble puntillo, el triple y el cuádruple; las indicaciones de los compases y casi toda la nomenclatura relativa a los movimientos”.

“3º Se escribe en una sola línea, lo que reduce a dos posiciones de treinta y tantas del sistema en boga y facilita enormemente la lectura.

“4º Da a los elementos constitutivos de la música tipos unitarios que sirven de medida y término de comparación invariables

IMAGEN GRÁFICA DE LA ESCALA



Esquema gráfico que muestra la base acústica del sistema Menchaca, con la correspondiente nomenclatura de las notas

En pocos párrafos resume las ventajas que posee su sistema con respecto a los usuales:

“1º Establece un alfabeto de doce notas, como lo exige el arte musical que tiene por base doce sonidos.

“2º Emplea un número mucho menor de signos, pues suprime: el pentágono; las líneas suplementarias; los espacios; las siete llaves; los sostenidos, bemoles y becuadros simples y dobles;

“5º El nombre, duración y altura de todos los sonidos musicales se expresan de manera fija, sin necesidad de signos independientes auxiliares.

“6º Divide la escala general en docenas, lo que le permite determinar la ubicación de cualquier nota con brevedad y precisión.

“7º La notación es una y exactamente igual para todas las voces y para todos los instrumentos, evitando la

CRONICA

confusión que hoy causa el empleo de las diversas llaves.

“8º No presenta dificultad alguna el transporte de un tono a otro.

“9º Los intervalos son siempre *justos* y desaparece el complicado cuadro de: intervalos *cromáticos* y *diatónicos*; *mayores* y *menores*; *aumentados*, *disminuidos*, *superaumentados* y *subdisminuidos*.

“10º La precisión y claridad en la manera de contar los intervalos, reduce a términos fijos la formación de los acordes y simplifica inmensamente el estudio de la armonía y de la composición.

“11º Todas las escalas del sistema actual (entre las cuales hay algunas que siendo las mismas tienen distinto nombre y distinta armadura de clave) se reducen a tres series, cuya estructura obedece a tres fórmulas invariables y sencillísimas.

“12º Todos los compases se reemplazan por la sola medida del tiempo, que es el verdadero elemento generador del ritmo y de los movimientos.

“13º Suprime la división monótona, rutinaria e inútil de las composiciones musicales, en pequeños trozos de igual duración, y establece reglas de *puntuación* y *acentuación* racionales, que dan idea del giro y lineamiento de la frase melódica como se hace con el lenguaje escrito.

“14º Acaba con las interpretaciones dudosas de los movimientos, dando *duraciones reales* a todos los sonidos”⁵.

Ignoramos las vigiliadas insumidas en coordinar y condensar tan sorprenden-

te conjunto de principios y reglas, que hoy de nuevo comienza a suscitar universal atracción. No han de haber sido pocas, por cierto. Si se sopesa el caudal de ideas novedosas que el TRATADO encierra, colígese que Menchaca —como todo auténtico precursor— no transita por un sendero de rosas. En minucioso inventario, enumera las cizañas y los enconos confabulados que debe superar. Véase el recuento que hace en el discurso pronunciado en La Plata en 1903, es decir, al año de la puesta en marcha del sistema: “Y bien, señores: todas estas dificultades nada serían, nada son, ante otras que no se ven, que obran como fantasmas impalpables y que podríamos llamar del medio ambiente, fuerzas mucho más dañosas y amedrantadoras. El macizo imponente de la rutina; los gestos y las sonrisas despreciativas; la indolente indiferencia general; la oposición solapada de muchos, transmitida secretamente de oído a oído; el ataque directo de los egoístas, de los que no son capaces de dar de sí una idea, de sentir el menor impulso altruista, ni de aportar un átomo a la obra del bien común. Esto, unido a la acción de los eternos demoledores, de los críticos universales que todo lo saben, que en todo son maestros, pero que tampoco producen jamás nada, es capaz de hacer flaquear cualquier voluntad por firme que sea y sólo puede triunfar de tales monstruos una verdadera y honda convicción”.

Y, al aceptar el desafío de las fuerzas negativas confederadas, a renglón seguido, concluye: “Y bien, señores:

⁵ Tomado del opúsculo: SISTEMA MUSICAL MENCHACA./ Sus bases y ventajas./ Breve, claro, científico./ Representación perfecta del sonido./ Igual para todas las voces y todos los instrumentos./ Publicado por la Sociedad Anónima “Sistema Menchaca”. Buenos Aires, Imprenta Etchecopar, 1909, págs. 24-25.

yo tengo esa convicción. Creo de conformidad con las enseñanzas de la historia que todo lo que no responde a su fin desaparece; y así este sistema pasará, como una de las tantas tentativas frustradas, si no tiene un gran fondo de verdad; pero si lo tiene, si realmente es bueno, triunfará tarde o temprano”.

Bien es cierto que el sistema de Menchaca merece elogios de músicos de renombre, como Tomás Bretón⁶, y de algunos escritores de real valía, como Max-Nordau⁷. Pero, en definitiva, también soportará el despiadado responso de figuras esclarecidas. De modo que, aparte de las mordeduras provocadas por las furias de los espíritus mediocres, le salen al paso los cerrados disparos de la artillería de grueso calibre de los eruditos. No obstante ello, los grandes mandones de la música fallan fiero una vez más. Como veremos, el juicio histórico que Menchaca invoca más arriba le otorga la razón.

Entre los detractores de jerarquía, cuéntase nada menos que a Felipe Pedrell. En el libro *MUSICALERIAS* —suerte de recopilación de artículos periódicos— incluye el juicio publicado en 1906, donde la emprende, con aires de pretenciosa superioridad, contra los descubrimientos de Menchaca. El ilustre musicólogo catalán cuenta a su favor con el pasaporte que le otorga la condición de ser el fundador de la escuela nacional de música española y maestro e inspirador de compositores de la ascendencia de Albeniz, Granados, Falla, Turina, Nin, Arbós, etc., etc. Su opinión negativa pesa tanto y es tan bien utilizada por sus enemigos, que le ocasiona no pocos sinsabores.

Véase uno de los juicios de Pedrell: “Este simple anuncio bastará para comprender lo que el nuevo sistema significa: un capítulo más que añadir a los mil y un delirios de la interminable novela” de la historia de los sistemas que propugnan innovar en ma-

⁶ En carta dirigida desde Madrid, el 12 de mayo de 1905 el maestro Tomás Bretón expresa: “He leído atentamente su obra y no le exagero si le digo que me ha maravillado. Los fundamentos son inmovibles y la realización por todo extremo ingeniosa”.

Posteriormente, el distinguido compositor pronuncia en la Unión Iberoamericana de Madrid una conferencia especialmente dedicada al Sistema Menchaca. En uno de los párrafos expresa, textualmente: “Las montañas de granito que llamamos pirámides, las esbeltas y colosales arpas de piedra que llamamos acueductos; la desviación del Sil anticipando el moderno túnel en tantos siglos; la conquista de Constantinopla, llevando los turcos al Cuerno de Oro por carreteras sus naves; el mismo descubrimiento de América, la ruptura de istmos, la perforación del Gothardo y el Simplón... son hechos asombrosos sin duda, pero salen menos de la realidad que el hecho que propongo. Y, sin embargo, por mucho que os asombre, aún dado por supuesto que cambio tan radical se verificase —el relativo a nuestra literatura— aún os quedaríais por debajo de la transformación que en la República Argentina se proyecta, mejor dicho, se ha empezado a realizar; la literatura española afectaría casi exclusivamente a su raza y hay muchas literaturas en el mundo, mientras que el intento de que me ocupo, afecta al mundo entero, ya que se trata de cambiar la gráfica de la música, que tiene carácter universal”.

⁷ El gran crítico Max-Nordau afirma, por su parte: “Es Ud. un maestro. He leído con el más vivo interés su libro y admira su talento de simplificación, de organización y de síntesis. Su sistema de notación es, ciertamente, más sencillo y más comprensible que el usado. No he encontrado en él ningún vacío”.

CRONICA

teria musical, cuyo balance —agrega— “formaría una montaña de volúmenes”. Y, como broche final, expide este lapidario dictamen: “En suma, el NUEVO SISTEMA es uno más que añadir al catálogo interminable... de los que valía más que no se hubiesen inventado como atentatorios al sexto sentido”. En buen romance —aclaramos nosotros— al sentido común.

Eso ya no. Es un folleto editado en La Plata en 1907 —cuyo facsímil reproducimos— al sostener la falacia de las objeciones del Pedrell de las MUSICALERÍAS —Menchaca rebate, tirando a fondo: “Resulta, a todo esto, que el *desvalido* en historia y en técnica musical es el señor Pedrell, que ha escrito con gesto apolíneo sobre mi obra, sin estudiarla ni entenderla y en la seguridad de dar un mortal mazazo bibliográfico, sin conseguir otra cosa que aumentar una página de nimiedades a sus *majaderías*... digo *Musicalerías*”.

No entra en los propósitos de esta escueta nota abordar de lleno los detalles e invenciones técnicas aportados por el dr. Menchaca. Por el momento, sólo preocupa salvar del olvido la personalidad de un reformador genial, cuya obra y memoria merecen revivirse, si se pretende que la verdad, para completarse, debe ir apareada a la justicia.

En virtud de la desigual relación de las fuerzas actuantes y la inmadurez

del ambiente musical de la época, la solución del problema que la polémica encierra queda diferida a los tiempos futuros, soterrada durante cerca de sesenta años, con un planteo perfectamente definido: por un lado, la vehemente posición de Menchaca; por otro la desdeñosa oposición de Pedrell. Pero sin que una succulenta profecía de Menchaca testimonie su fe en el veredicto del porvenir: “La alta Sociedad de esta Capital y de La Plata —y digo esto, no como una queja, sino como constancia de un hecho— quizá han de reprocharse algún día, la indiferencia y la injusticia con que han mirado mi innovación, mi enseñanza y mi lucha tenaz por cimentarla y difundirla, cuando otras sociedades rompan el yugo de la sugestión conservadora, de la rutina que acorrala, estanca y momifica”.⁸

La ruptura —tan perfectamente sugerida— sólo se produce muchos años después. Mas se produce.

En puridad: sobre la figura y la labor de Menchaca, poquísimas noticias son factibles rastrear en los diversos papeles de música, salvo sumarias líneas aparecidas en un par de importantes diccionarios especializados. Por añadidura, editados en el extranjero. Empero, de pronto, un acontecimiento en apariencia fortuito resucita a los muertos y nos retrotrae a la vieja disputa.

⁸ El general-escritor Lucio V. Mansilla —autor de uno de los libros capitales de la literatura argentina: UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES— envíale desde París una carta, en la que descubrimos el juicio que sigue: “Lo único que puedo decir es que, en este caso, no falla el proverbio: nadie es profeta en su tierra...”

“Dos colaboradores necesita el hombre: tiempo y paciencia.

“A lo que se añade que si en vida no nos aplauden, ¿Quién puede responder de que mañana, ya bajo tierra, no será otra cosa? ¿Quién? Nadie”.

Al ojear el número de setiembre del año 1954 de la magnífica revista *MÚSICA* —editada en París— en la necrología del musicólogo Nicolás Obouhow, fallecido en junio, firmada por Esther Van Loo, se descubren algunos párrafos sustanciosos. “Esta nueva notación, según la cual está escrita toda la obra de Obouhow —dice la autora— encuentra calurosa acogida entre nuestros más grandes compositores y en muchos profesores de música”. Cita, a continuación, a Ravel, el primero que acepta la nueva notación; a Honegger, quien dedica a Obouhow un entusiasta capítulo en su libro *INCANTATION AUX FOSSILES*; Büsler, Messiaen, Martinot, Jolivet y tantos otros más. Menciona, luego, el ya famosísimo *TRATADO DE ARMONÍA, TONAL, ATONAL Y TOTAL*, de Emile Damais, José David y Luciano Gardan, para concluir testimoniando: “Este sistema está muy cerca del propuesto por el teórico argentino doctor Menchaca, preocupado, también él, por la simplificación gráfica, respecto del cual nuestro compositor ignoraba absolutamente todo, incluso hasta la misma existencia de su autor. Ese *TRATADO DE ARMONÍA* (1947) jalona, por ende, una fecha en la historia de la música”.

Por la latente universalidad que sus escritos engloban, Menchaca vuelve a presentárenos por vía París, al sobrepasar el medio siglo de instituido el sistema.

Tiene noción cabal sobre el exacto alcance de su labor. Manifiesta: “Mi trabajo no será tal vez más que el cimiento de la obra futura, el comienzo de una revolución artística que no puede consumarse en un día. La muerte de los neumas duró más de un siglo y para llegar al pentagrama de Juan

de Mouris (1300-1360) hay que partir del tetragrama de Ubaldo (840-930) con sus líneas roja y amarilla, origen de las llaves. No trabajo, pues, persiguiendo un triunfo inmediato: conozco las leyes de las evoluciones humanas; y aún cuando hoy, los medios de difusión se han mirificado, si he tenido la suerte de acertar en algo, solamente se arraigará y tomará forma definitiva después de muchos años de experimentación”.

Es inexcusable que nuestros musicólogos carguen con la responsabilidad de tan valiosísima herencia; y sin retardos, al minuto, definan posiciones y entablen contacto directo con sus enseñanzas, so pena, si no lo hacen, de incurrir en el mismo craso error de antaño, con el serio agravante de reincidir hoy en la tremenda apostasía del olvido y de la indiferencia, que nos postra en un permanente estado de infantilismo cultural, de tutelaje ahistórico, simiesco, de verdaderos antropoides, tan oportunamente puntualizado, en 1907, por el propio Menchaca: “Aquí, donde se corre desalado tras todo lo nuevo que nos viene de afuera, es inexplicable este misoneísmo por lo propio. ¿Será que estamos condenados a imitar siempre? ¿No aspiraremos jamás a servir en algo de modelos? ¿No pagaremos nunca la enorme deuda de asimilación extranjera, con la producción de una obra propia, enteramente original?”

A La Plata, le cabe, pleno, el honor de ser la cuna del sistema de doce notas. Tiene contraída, pues, una gran deuda de reivindicación con la historia del arte y la cultura universal. En su seno, en 1902, Menchaca inicia las experiencias sobre la enseñanza y aplicación del flamante método. Asimis-

CRONICA

mo, en La Plata, en 1904, costeada por el gobierno provincial, ve la luz la edición príncipe del manual que contiene tan novedosa teoría musical, de inmensas proyecciones, difícilísimo de valorar en toda su amplitud. En La Plata, por fin, amurallado por la acogida que supieron dispensarle un núcleo de estudiantes y amigos comprensivos, entabló las primeras batallas en

pro de las doctrinas revolucionarias.

Por extensión, no debe considerarse temerario sostener que la personalidad del Dr. Menchaca es, tal vez, la de mayor originalidad y una de las más singulares que han pasado por la Oxford de América. En consonancia con la magnitud de su altura, brindémosle el justo lugar que debe ocupar entre los más preclaros loores platenses.



Revista de libros

JEAN DOAT: *La Expresión Corporal del Comediante*. Traducción de Osvaldo Bonet, Cuadernos Eudeba de la Editorial Universitaria de Buenos Aires; 1959, edición en rústica de 54 páginas.

El manual de Jean Doat que la Universidad de Buenos Aires lanza ahora en castellano, tras haber circulado en su original francés desde hace unos diez años por algunos círculos teatrales vinculados a la enseñanza de las disciplinas dramáticas, tiene todos los inconvenientes y las ventajas de los manuales. Por una parte, sintetiza con método y objetividad los capítulos esenciales de la preparación del cuerpo del actor. Pero al mismo tiempo, su extrema parquedad priva al sistema expuesto de los fundamentos en que está basado, con lo que los capítulos del libro se transforman con frecuencia en receta práctica cuya interpretación por el profano corre el riesgo de desbarrancarse en equívocos o en círculos viciosos de difícil superación. Como ejemplo clarísimo citaremos los pasajes dedicados a la relajación, que se limitan a una breve se-

rie de instrucciones para lograr una descontracción correcta. Pero al faltar en ellas un modo de abordar los complejíssimos mecanismos psico-físicos que regulan la relajación, difícilmente pueden contribuir a lograr grados realmente serios de relajamiento.

No obstante las salvedades apuntadas, el manual, fruto de la larga experiencia pedagógica de Doat, contiene un material de primera calidad en lo relativo al dominio del cuerpo por la disociación y a los ejercicios prácticos del actor en el espacio, a los que se agrega un tercer capítulo sobre la expresión con máscara y una interesante iconografía que ejemplifica claramente, sobre la base de la escultura y de la pintura clásicas, algunos de los aspectos tratados en el manual. Son especialmente notables los ejercicios combinados de disociación muscular, de dificultad creciente, que conducen a

REVISTA DE LIBROS

un dominio corporal más y más refinado. En este sentido, la obra de Doat puede brindar un camino metódico y efectivo a cuantos se acerquen a sus páginas con deseos de trabajar.

Lo importante, creemos, es advertir previamente aquello que, en cierta forma, nos hace notar el propio autor en su prefacio: estamos ante una introducción, ante un trabajo serio y meditado que sólo intenta ponernos en camino, ayudarnos a elaborar sobre una base concreta verdades más profundas.

En nuestro medio teatral, tan ávido de verdades y con tantas desorientaciones por solucionar, puede ser pe-

ligrosa la interpretación de algunos capítulos de Doat —especialmente los de la tercera parte, destinada a “la expresión con máscara”—, como una solución definitiva y sistemática para los problemas que la materia nos plantea. No olvidemos las palabras del prefacio: “Estos ejemplos han sido tomados del material donde *yo mismo busqué* la enseñanza de la verdad, de la fuerza y de la belleza de la expresión corporal...”

Esta búsqueda personal debe ser renovada por cuantos tomen esta obra con sincero deseo de búsqueda y de estudio.

Juan Carlos Gené

HANS JANTZEN: *La arquitectura gótica*, trad. de José M. Coco Ferraris, Edit. “Nueva Visión”, Buenos Aires, 1959, vol. rúst., 199 págs.

En los últimos siglos de la Edad Media la religiosidad mística dominante alcanzó su culminación en el arte por medio de la arquitectura gótica. La única expresión artística reinante en el mundo medieval era la arquitectura; pintura y escultura debían someterse a los fines de aquélla. No han sido aun plenamente interpretados los móviles que animaron a los arquitectos medievales para producir tan geniales creaciones, pero existen meritorios esfuerzos por penetrar en ese mundo, y uno de ellos está representado por la obra de Jantzen, traducida recientemente al español. Se trata de un prolijo estudio del arte arquitectónico que produjera en los siglos XII y XIII las catedrales góticas, expresiones de un mundo so-

brenatural hecho realidad por medio de un estilo de mágico lenguaje. Desafortunadamente nuestra época no puede repetir el fenómeno del goticismo; las esperanzas, los ideales y las creencias del hombre medieval distan mucho de parecerse a las del hombre moderno; la espiritualidad mística de aquel se ha desvanecido. “Ya no somos hombres de catedrales”, dice con acierto Jantzen, y cita un testimonio de Robert de Mont-Saint-Michel, del año 1144: “Este año vimos en Chartres, por primera vez, a los fieles uncidos a carros cargados con piedras, maderas, cereales y muchas otras cosas necesarias para los trabajos de la catedral”. La finalidad arquitectónica también ha cambiado: “las catedrales

eran los rascacielos de la ciudad gótica". Nuestros rascacielos responden a exigencias vitales o utilitarias.

El autor sitúa el nacimiento del arte gótico en los alrededores de París, hacia la segunda mitad del siglo XII. Las catedrales de París, Noyon, Senlis y Laon, pertenecen al *gótico primitivo*, que evolucionó durante dicho siglo hasta lograr su perfección en el *alto gótico* del siglo XIII, con las "catedrales clásicas".

Hallamos en el libro un estudio minucioso de la estructura interna y externa de la catedral, a partir de los modelos clásicos de Chartres, Reims y Amiens, que poseen caracteres básicos comunes pero también importantes detalles que los individualizan. Compara Jantzen estas tres catedrales con las primitivas, señalando los aspectos que representan un progreso en la evolución del estilo gótico. Las numerosas láminas y figuras insertadas en la obra nos permiten apreciar tales aspectos, entre los que habría que citar la invención del *sistema tripartito* (arcada, triforio y ventana), la supresión de la *galería alta* empleada por el gótico primitivo, la transformación de los pilares circulares en pilares acantonados, etc., modificaciones todas ideadas por el maestro de Chartres y adoptadas luego por las posteriores construcciones góticas. El mismo artista transformó también el espacio interior en un ámbito de luz sobrenatural, mediante la revolucionaria arquitectura de las ventanas. Jantzen pone de relieve la importancia del arco ojival, solución gótica por excelencia, que resolvió los problemas planteados por la bóveda "de crucería", ya que permite alcanzar la misma altura de

culminación cuando los lados de la planta poseen diferentes longitudes.

El ensayo que comentamos contiene también una clara comparación entre las catedrales de Reims y Amiens, destacando la plasticidad y refinamiento alcanzado por Reims, cuyo arquitecto, Jean D'Orbais, creó la ventana "de tracería", llamada desde entonces "ventana gótica" y que fue imponiéndose en toda Europa. La catedral de Amiens adquiere proporciones gigantescas: la vertical descuella sobre las articulaciones horizontales y toda la estructura entra en un torbellino imponente de altura y abstracción. La característica lucha de la arquitectura gótica contra la gravedad se patentiza en intensidad inusitada: lo sustentado desaparece y sólo se perciben formas que rematan en un punto de conjunción.

En lo que respecta a la estructura exterior, Jantzen hace notar que la ingravidez producida por las paredes y la fragilidad aparente que se observan en todos los edificios góticos, constituyen la resultante del sistema de apoyos exteriores o *contrafuertes* que sostienen toda la nave. Cronológicamente tiene que haberse concebido antes el espacio interior, adaptándose luego a éste toda la compleja técnica de la construcción, con el objeto de proporcionarle el sostén material necesario. Los contrafuertes de manifiesta finalidad utilitaria se transformaron en pilares cuya forma semeja la de las torres, y que junto con éstas componen la base de la rica ornamentación exterior de la catedral. Tal ornamentación se completa con la monumental variedad escultórica de los portales y las finas pinturas de los vitrales que proyectan su belleza hacia

REVISTA DE LIBROS

la parte interior. Las imágenes reproducen toda la historia sagrada, comienzo y fin de la humanidad, tal como fuera concebida en el siglo XIII.

Jantzen termina su interesante libro —cuyo contenido erudito no es inaccesible al mero aficionado— destacando el hecho de que la simple existencia material de la catedral gótica constituye una indiscutible obra de arte y gran testimonio o mensaje de belleza, incluso al margen del significado simbólico que encierra. Su presencia mantenida a través de los siglos prolonga en un cúmulo de generacio-

nes humanas la posibilidad de una de las más profundas vivencias estéticas.

A los diversos tópicos del tratado, el autor ha añadido una "Nota enciclopédica", en la que proporciona elementos para una hermenéutica histórica del problema; un apéndice orismológico destinado a facilitar la comprensión del texto a lectores no especialistas, y una guía bibliográfica de indudable utilidad a todo aquel que desee realizar un profundo estudio de las cuestiones aquí desarrolladas.

Lucrecia Teresa Taboada

ANDRÉ BERGE: *La libertad en la educación*. Traducción de Selva E. Ucha. Editorial Kapelusz, Buenos Aires 1959. Volumen en rústica de 113 páginas.

André Berge trata en su libro un problema cuya importancia y actualidad dramática no necesitan subrayarse, dice Maurice Debesse en el prólogo de esta obra. Efectivamente: por el tema que enfoca es de un apasionante interés y de palpitante actualidad. La oposición, percibida en todos los ambientes educativos, entre las concepciones tradicionales y modernas de la educación, reconoce su origen en una confusa noción de la libertad en este terreno. Hay quienes acusan a la nueva educación de permitir al niño todas las libertades y de negarle toda conducción, y la responsabilizan de los desvíos de la conducta juvenil que se manifiestan actualmente en casi todo el mundo. Este libro aclara conceptos, rectifica errores comunes y sugiere modos de conducta en el terreno pedagógico. De ahí su interés y la convenien-

cia de que sea leído por todos aquellos que tienen alguna responsabilidad en la educación de un niño.

El libro consta de un prólogo de Maurice Debesse, un prefacio del autor, y siete capítulos titulados: *La libertad del niño a los ojos del educador*, *Libertad y sentimiento de libertad*, *Libertad y autoridad*, *Las reacciones del niño ante la coacción*, *Coacción y libertad*, *medios pedagógicos*, *Coacción y libertad*, *medios terapéuticos*, y *La libertad-fin*.

Los tres primeros capítulos consideran aspectos psicológicos del problema, y en los últimos se extraen las consecuencias de aplicación pedagógica.

Frente al problema de la libertad en la educación pesan sobre el educador dos grandes influencias: la de su propia subjetividad, que teme la independencia del niño, y la de la opi-

nión pública, que lo responsabiliza directamente de la conducta de aquél.

En realidad, la responsabilidad del educador es sólo indirecta, pues él no debe conducir sino enseñar a conducirse. Esta diferencia señala la oposición de los métodos de educación antiguos y modernos. En los primeros, el eje de la educación pasa por el adulto y en los segundos pasa por el niño, cuya iniciativa y responsabilidad personales son respetadas y cultivadas.

Por un concepto erróneo de la libertad, el educador la considera sediciosa y le teme, se inquieta ante la actividad autónoma del niño, desconfía de la conducta que podría revelar si atenuara su vigilancia. Cuando así actúa desconoce el carácter peculiar de la educación, que alcanza su perfección cuando logra la independencia del niño, que ha aprendido a conducirse solo.

Otros, con una conducción aparentemente más liberal, muestran también la influencia de su subjetividad: los que se consideran víctimas de una educación muy autoritaria aflojan la conducción y tratan de destruir toda apariencia de jerarquía; los que anhelaron una mayor libertad en su juventud, empujan a sus hijos a una independencia forzada. Estas actitudes son igualmente autoritarias: no se trata sólo de imponer órdenes, aquí se trata de imponer ideas.

Al educador le cuesta conceder una verdadera libertad al niño y liberarse afectivamente de él. Esto último es particularmente difícil para las madres, que creen que su dedicación les otorga derechos sobre la personalidad de sus hijos.

Por otra parte, la noción de libertad es compleja y de difícil definición,

pero hay evidentemente un *sentimiento de libertad* que puede identificarse con la libertad que todos buscamos. Se manifiesta en distintos grados, como: 1) un sentimiento de no servidumbre, 2) un sentimiento de liberación, 3) un sentimiento de verdadera libertad.

El primero proviene de aceptar una autoridad o una coacción sin sentir otras solicitaciones contrarias. La atracción de otras posibilidades, la incertidumbre, la vacilación, hacen nacer el sentimiento de servidumbre.

El sentimiento de liberación es correlativo del de servidumbre: de un intento por liberarse nace a menudo el sentimiento de servidumbre y, a su vez, el rechazo de una servidumbre trae el goce de la liberación. Corresponde casi siempre al terreno de las relaciones humanas y proviene del rechazo de una autoridad considerada opresora y que no ha podido integrarse en nuestra afectividad.

El sentimiento de verdadera libertad sólo aparece cuando hay respeto por la naturaleza del niño y por las leyes de su evolución, cuando se favorece el desarrollo de sus facultades, la armonía de su personalidad y su integración en la realidad exterior. Libertad es sinónimo de equilibrio, de expansión y de libre desarrollo. Se diferencia de "las libertades" en que éstas corresponden a la satisfacción de deseos momentáneos, no de profundas necesidades. No significa ausencia de conducción, porque ésta proporciona seguridad al que no es capaz de conducirse solo. Y significa también actividad, ejercida sin violencia y correspondiendo a un auténtico interés.

Entendiendo así la libertad, desaparece su antagonismo con la autoridad y ambos términos se tornan concilia-

bles, puesto que la última debe contribuir a la afirmación de la primera. En la práctica, las formas de la autoridad se presentan así: "tener autoridad", "ser autoritario" y "actuar con autoritarismo". La primera forma tiene todas las ventajas y se apoya sobre cualidades naturales, que pueden cultivarse. No exige apariencias exteriores, está más bien sobreentendida, pero se manifiesta cuando la oportunidad lo requiere. Ser autoritario supone un formalismo que puede estar vacío de autoridad y es pernicioso cuando coarta la autonomía del niño. El autoritarismo exagera aún más el formalismo para disimular la debilidad o ausencia de autoridad.

La función de la verdadera autoridad es conducir al niño a su libertad, permitiéndole la satisfacción de sus necesidades más profundas. En la práctica esto no se logra fácilmente, siendo a veces necesario el uso de la coacción, que provoca reacciones de rebelión, de excesiva docilidad o de identificación con la autoridad. Estas varían según la edad, el sexo y la afectividad de sus destinatarios, y según las modalidades de la autoridad.

Son formas de coacción como medio pedagógico: las amenazas repetidas e insistentes, las sanciones automáticas previamente anunciadas, las intimaciones al sentido de responsabilidad y a la confianza que el niño espera merecer del adulto, las coacciones dirigidas a la sensibilidad (generalmente sin sanción), la coacción física inmediata, etc. Poseen valor muy dispar y son más negativas cuanto más afectan el sentimiento de libertad.

La coacción no necesita manifestarse cuando se permiten al niño las experiencias impuestas por sus necesida-

des. Aquí interviene la libertad, como medio pedagógico, imponiendo limitaciones a las imposiciones exteriores para favorecer el aprendizaje del gobierno de sí mismo.

Un ejemplo típico es un medio educativo organizado según las ideas y los métodos de María Montessori. Por medio de la libertad "en el orden" y "en la actividad", es decir, mediante el acatamiento de ciertas reglas fundamentales y la libertad de elegir sus actividades, el niño es conducido hacia la expansión de su propia personalidad.

En la práctica es difícil al adulto juzgar sobre lo que debe prohibir y lo que debe permitir. El autor aconseja conceder al niño "zonas de libertad", es decir, permitirle una amplia libertad en determinado lugar, tiempo o actividad, en los que no estará sujeto a ninguna imposición o vigilancia. Aunque sean dedicadas al ocio, estas zonas tienen un valor educativo, en cuanto ayudan a asimilar la educación. Y, en opinión de Berge, el ocio tiene un valor funcional, pues "una existencia demasiado densa deshumaniza al individuo empobreciendo su afectividad".

La libertad y la coacción pueden ser utilizadas también como medios terapéuticos ante los resultados negativos de una educación defectuosa. Los casos extremos requieren una cura de libertad, o una cura de coacción. La primera se indica cuando la rebeldía hace insostenible cualquier tipo de coacción, por razonable que fuere. La segunda es necesaria cuando falta la estructura interna que se forma en los primeros años de la vida sobre la base de las compulsiones impuestas por los educadores, de los automatis-

mos morales que se van adquiriendo, de la imitación de una personalidad que se admira.

Decidir entre el empleo de la coacción o de la libertad no es siempre fácil. Especialmente la libertad, debe ser dosificada, y llegado el momento habrá que volver a imponer la autoridad. "El caso es aceptable como punto de partida, pero no de llegada".

A través de lo dicho se ve a la libertad como medio, pero también se ha hecho referencia a ella como fin. Como tal, consiste en el desenvolvimiento integral de la personalidad por el desarrollo armonioso de todas sus facultades. Es libertad interior, pero integrada con el mundo exterior, permitiendo la expansión de las tendencias sociales.

Se llega a ella mediante el acrecentamiento del sentido de la realidad, y el acrecentamiento de las fuerzas que permiten afrontar a esa realidad.

Lo primero significa que el individuo tenga la conciencia de sus actos, pueda prever y medir sus consecuencias, sepa distinguir entre lo que depende de él y lo que no depende de él, y que conozca también los determinismos psicológicos que provocan sus propias reacciones y las de los demás.

El acrecentamiento de las propias fuerzas lo hace más capaz para pensar y actuar con independencia, y lo conduce, por lo tanto, a la libertad.

Esta libertad-fin corresponde a la madurez psíquica que caracteriza al estado de adultez. Pues el adulto "es aquel que asume su propio destino, aquel hacia quien vuelve la responsabilidad de los propios actos y que debe soportar sus consecuencias, de las que ya nadie trata de cuidarlo".

Así entendida, la libertad es el término de una evolución lograda, y en este sentido, puede también asimilarse a la definición de la felicidad.

Julia F. Alias de Aguirre

LUIS FARRÉ: *Heráclito* (exposición y fragmentos), Ed. Aguilar, Buenos Aires, 1959. Vol. rústica 174 págs.

El libro del profesor Farré, con la traducción de los 126 fragmentos del filósofo de Efeso y una explicación de los mismos, es un trabajo que será recibido con beneplácito por los estudiosos de la filosofía.

Consta de dos partes, como lo anuncia el subtítulo: una *exposición* de su doctrina y la *traducción* de los fragmentos. El autor nos enfrenta desde las primeras páginas con las dificultades que inciden en la exposición de la filosofía de Heráclito: su ubicación en

el tiempo, lo fragmentario de sus escritos y las diversas y hasta contradictorias interpretaciones que ha tenido su doctrina desde Platón y Aristóteles hasta nuestros días. Cierra el libro una bibliografía sobre el tema con una especial mención de la obra de Hermann Diels, que ha tomado "como guía insustituible".

El primer tropiezo en el estudio de Heráclito es la fecha de su nacimiento; esto tiene suma importancia, ya que de ello se deducirán las influen-

REVISTA DE LIBROS

cias que sobre él se ejercieron y las proyecciones de sus propias teorías. Al respecto confiesa que "no es un pensador resignado a la tradición" y así lo vemos pronunciarse contra Homero y Hesíodo "constructores de mitos y fábulas", actitud ésta que comparte con Jenófanes. Encuentra el autor, aunque atenuadas, influencias órficas y de los milesios, pero la cuestión capital al respecto es aclarar que relación tuvo con la escuela eleática; cita las tesis de Calogero y Spengler, quienes opinan que fue anterior a Parménides; las de Carlotti y otros, que consideran que no hay tal diferencia entre ambos filósofos y concluye: "creemos con K. Reinhardt, que Heráclito supone a los eleatas".

Trata separadamente, cotejando las distintas teorías, los tópicos esenciales que hacen a la filosofía de Heráclito; *el fluir constante*, expresado en el fragmento 49a: "entramos y no entramos en los mismos ríos; somos y no somos", a lo que anota: "un dato directo de la experiencia tomada del mundo interior, pero que repercute en el alma, como un anuncio consciente de nuestra inestabilidad. El hombre es similar a la naturaleza: un ser que de continuo está integrándose y desintegrándose".

La tesis fundamental del filósofo "oscuro", la que explica el fluir constante, lo inestable, el fuego, la mutación de todo, tanto de lo material como de lo espiritual, es la *armonía de los contrarios*, como lo expresa Heráclito en el fragmento 8: "Lo contrario se pone de acuerdo; y de lo diverso la más hermosa armonía, pues todas las cosas se

originan en la discordia". Idea que retomará Platón, y por él San Agustín, quien en la *Ciudad de Dios*, libro XI, cap. 18 trata de "la belleza del universo en la oposición de los contrarios". Pero Heráclito no se queda en la mera contemplación del constante fluir, tiene una idea del universo, una cosmología, que sobrepasa la percepción de lo cambiante, aunque reconoce, en el fragmento 29, que "la naturaleza aprecia el ocultarse", que tiene en el fuego su símbolo más acabado y en sí misma su causa y su fin, la conflagración final por el fuego, para reanudar después un nuevo ciclo.

Lo que para el mundo físico es el sol, para el metafísico es el *logos*: el principio de la armonía de los contrarios. He aquí la concepción metafísica de Heráclito: "con el logos se abarca el universo y el alma del hombre". Finalmente desemboca, como todo que hacer filosófico, en una interpretación del hombre; como está inmerso en la naturaleza, participa y comparte su mutabilidad y fluidez. No sólo ante el hombre todo cambia y se transforma, sino que el hombre mismo es variable e inconstante; pero, al "escudriñarse" "aprende en sí mismo y en su trascendencia el sentido, la razón y el logos", dice el autor. Para lograr esto el sabio debe aislarse; puede llegar así al conocimiento de ese logos que "se confunde con el Uno y con la intelección del hombre, pues se le revela internamente".

El autor se propuso dar a la obra "claridad e imparcialidad", lo que ha logrado con amplitud.

Martha Georgina Lapalma

JUAN COLLANTES DE TERÁN: *Las novelas de Ricardo Güiraldes*. Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, Sevilla, 1959; vol. rúst. 209 páginas.

Juan Collantes de Terán, que en 1958 presentó su tesis. *El arte de novelar de Ciro Alegria*, para optar al grado de doctor, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, nos ofrece ahora un estudio estilístico: *Las novelas de Ricardo Güiraldes*.

Desde el prólogo advierte el objetivo y la intención de su trabajo: ha "tratado de analizar el sistema expresivo del narrador, precisamente porque la estilística se interesa por el sentimiento de un autor, y lo estudia, buscando en él, todo lo que haya de creación poética. De suerte que, como este sentimiento no se comunica directamente al lector, el novelista ha necesitado utilizar una serie de recursos de las expresiones, procedimientos poéticos y datos sugestivos que preparan el camino para que las imágenes puedan ser transportadas en toda su integridad".

Con este propósito destaca los rasgos biográficos del novelista estudiado, que lo ubican en el panorama literario de la época, en relación con los movimientos de vanguardia y las influencias que pudo haber recibido. Se refiere a los años de su primera juventud vivida en el Buenos Aires elegante, las temporadas pasadas en las estancias y concluye situándolo en la generación intermedia entre el final del modernismo y las primeras manifestaciones vanguardistas de Jorge Luis Borges a quien acompaña desde las revistas *Proa* y *Martín Fierro* bajo cuyos auspicios

se publicó en 1926 *Don Segundo Sombra*.

Desde la Independencia, Francia estuvo siempre presente en la literatura latinoamericana y Güiraldes no escapó a esta influencia. Bien conocida le era la literatura francesa desde Proust hasta Romain; "los simbolistas fueron nuestros maestros", confiesa. Juan Collantes de Terán subraya la influencia de Laforgue a quien Güiraldes "adoraba". Laforgue acentúa en él la preferencia por la alusión, el símbolo, las imágenes ideales de los objetos y también su fatalismo. Aprende de la literatura francesa a construir ideológicamente sus vivencias interiores.

Collantes de Terán demuestra la "existencia de un interesante juego de fuerzas psíquicas desde las primeras páginas de sus relatos hasta la novela que lo consagró definitivamente"; *Don Segundo Sombra* se encuentra prefigurado en sus narraciones iniciales. La huida de Güiraldes a París a causa de la incompreensión y el desacuerdo con su grupo, el retorno a la patria, el viaje por Europa, la conciencia de la enfermedad que lo aquejaba, su trágica soledad, se subliman en la figura del resero que como él es un hombre "sin rumbo" cierto.

Juan Collantes de Terán estudia en orden cronológico todas las narraciones de Ricardo Güiraldes, buscando el nacimiento de los temas. Analiza el sentido lírico de su prosa y la evolución de su lenguaje poético, las imágenes, metáforas, sinestesias, la personificación del paisaje, el sentido plásti-

REVISTA DE LIBROS

co y el sentido del tiempo, el ritmo, la construcción. Destaca asimismo la presencia del poema en prosa, herencia de Francia.

Los tres últimos capítulos del libro están dedicados al análisis estilístico de *Don Segundo Sombra*. "Los procedimientos de la comparación" y "la técnica de la imagen" motivan dos de ellos, el tercero constituye un "nuevo asedio a la imagen", especialmente con relación a los temas de la noche y el agua.

Al final de su obra, Juan Collantes de Terán nos ofrece una bibliografía

selectiva sobre Ricardo Güiraldes que contiene los trabajos más recientes e importantes.

Agradecemos a España el envío de este libro sobre un novelista argentino, realizado por un estudioso serio y sensible, que supo construirlo ágil y orgánicamente. Consideramos *Las novelas de Ricardo Güiraldes* una contribución valiosa para "esclarecer la existencia real y presente del pensamiento latinoamericano".

María Concepción Garat

LUIS E. VALCÁRCEL: *Etnohistoria del Perú Antiguo*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Patronato del Libro Universitario, Lima, Perú, 1959, 204 págs. con una bibliografía y cuadros cronológicos; liminar por Manuel Mujica Gallo; carátula por Alfredo Ruiz Rosas.

Editado por el Departamento de Publicaciones de la Universidad de San Marcos, llega a nosotros, enviada por manos amigas, esta nueva obra del eminente hombre de letras e historiador peruano, don Luis Eduardo Valcárcel, catedrático en la Universidad de Cusco y desde 1931, en la de San Marcos, en cuya Facultad de Letras dicta Historia del Perú Antiguo e Introducción a la Etnología y es su actual decano. Sus obras, *Del Ayllu al imperio*, *De la vida incaica*, *Tempestad en los Andes*, *Mirador indio*, *Garcilaso el Inca*, *Ruta cultural del Perú*, *Historia de la Cultura antigua del Perú*, así como numerosos artículos en revistas del prestigio de Cuadernos Americanos o la revista del Museo Nacional de Lima, cuya publicación dirige, no sólo lo ubican como uno de los investigadores más serios y comple-

tos de la historia antigua del Perú, sino como una de las voces más claras y nobles de la cultura indígena de América.

Pertenece este libro a la serie de textos universitarios destinados al alumno sanmarquino, que, transformando el apunte de clase en texto estética y didácticamente organizado, se propone publicar el Patronato del Libro Universitario, presidido por Manuel Mujica Gallo y con la cooperación de profesores jóvenes como Augusto Salazar Bondy, Víctor Li Carrillo y Alberto Escobar. La nómina de miembros del comité de organización, de instituciones públicas, profesionales y culturales que prestan su concurso al Patronato y de empresas comerciales e industriales patrocinadoras que preside la publicación, nos habla de las penurias económicas de nuestras univer-

sidades al mismo tiempo que de un ejemplar esfuerzo por superarlas, recurriendo para ello al ámbito social de influencia de la universidad.

Consta la obra de dos partes. Una, dedicada a Introducción y que desarrolla los siguientes temas: 1) métodos y criterios; 2) fuentes; 3) cronología y áreas geográficas; 4) origen y unidad de la cultura peruana antigua; 5) el Perú en el mundo antiguo americano. La segunda, analiza, 1) órdenes de la actividad cultural (economía, política, derecho y moral, técnica, ciencia, religión, magia, mito y juego, arte, filosofía); 2) instrumentos de la cultura (a. - lenguaje; b. - educación); 3) organización social; 4) el ciclo vital del hombre peruano antiguo; 5) ethos de la cultura antigua del Perú; que estudian, reconstruyendo, el conjunto de la existencia del Perú precolombino a través de sus manifestaciones económicas, políticas, religiosas, artísticas, etc., tratando de "hacer un esfuerzo por trasladarnos a aquellos tiempos e identificarnos con aquella gente, no mirar las cosas desde el punto de vista actual, como hombres de este tiempo, sino colocarnos en la posición que tuvieron los antiguos peruanos" (p. 28), como criterio-guía.

Los aportes de la *Etnohistoria del Perú Antiguo*, resultan inapreciables para nuestros estudiosos, bastante huérfanos de buena información, sobre todo en los capítulos referentes a cronología y áreas geográficas y a religión, cuyo estudio lleva andado largo camino en la preocupación de Luis E. Valcárcel, a partir de su trabajo de tesis: *Kontiki - Pachacamac - Viracocha*.

El análisis de la cronología incluye las últimas fechas dadas, para el Perú,

por el carbono 14 y las diversas periodificaciones, cuyos cuadros y esquemas figuran al final de la obra, propuestos en los últimos años por W. C. Bennett y J. Bird en 1949; por la Mesa Redonda de Terminología en 1953; por J. H. Rowe en 1955; por G. Willey en 1958; cuadros relativos a áreas determinadas como el esquema de Rafael Larco Hoyle, para la costa norte; el de los esposos Henry y Paule Reichlen, para la sierra norte; el publicado para el valle del Rímac por Luis Stumer; el elaborado por el Instituto de Etnología y Arqueología de la Universidad de San Marcos, presentado por Luis Guillermo Lumbreras y por último, un cuadro general del desarrollo de la cultura andina en el Perú y Bolivia, elaborado por el Museo de Arqueología de la Universidad de San Marcos, que resume todos los anteriores. En cuanto a áreas geográficas, figuran los esquemas de Julio C. Tello (1942) y de Wendell C. Bennett y Junius Bird (1949), como intentos de encontrar una mejor clasificación de áreas geo-culturales.

En religión, distingue entre una religión oficial y una religión popular que es la más persistente, de "mayor duración y que ha llegado hasta nuestros días sobreviviendo a los cuatro siglos de presión católica" (p. 138).

La concepción del mundo de la clase superior, era la de un universo limitado y por consiguiente, divisible. Por encima de este mundo hay un ser supremo que es su autor o creador. Un dios creador y trascendente que aparecerá tardíamente en la organización religiosa de los incas, pero de origen muy antiguo, Apu-Kon-Titi-Wira-Kocha, señor de todo lo creado, señor supremo del fuego, de la tierra y del agua. Este dios o demiurgo ha forma-

REVISTA DE LIBROS

do la tierra con esos tres elementos fundamentales: agua, tierra, fuego y el mundo está constituido por la mezcla de esos elementos. De la aplicación de esos principios surge un universo tripartito: Janan Pacha o mundo de arriba, que corresponde a los seres celestes, sol, luna, estrellas, arco iris, rayo, que son los dioses; Cay Pacha, el mundo de aquí, donde están el hombre, los animales, las plantas y los espíritus y Ucu Pacha, el mundo de adentro, donde están los muertos y los gérmenes.

Estos mundos se comunican entre sí. Entre el mundo de adentro y el mundo de aquí hay una comunicación a través de las oquedades de la superficie terrestre, cavernas, cráteres volcánicos, lagunas, fuentes, manantiales, que los antiguos peruanos llamaron Pacarinas. El mundo de aquí y el de lo alto se comunican por un personaje que participa de lo divino y lo humano, el Intip Churin, hijo del sol, es decir el propio inca, cuyo linaje es divino, hijo del sol que nace en la tierra. También sirven de comunicación entre esos dos mundos las dos grandes serpientes míticas, el rayo y el arco iris, dioses del agua y de la fecundidad. La unión entre la vida y la muerte, la fecundidad que está en lo alto —colores verde, rojo, etc., del arco iris que significan vida— y dentro de la tierra, corrupción, putrefacción, se hace patente en la palabra Mallqui, que significa en quechua: almácigo y momia. Así “muertos y gérmenes quedan en una ecuación en que el término común es Mallqui. Una identificación del proceso de la vida que se representa por un círculo” (p. 141). Y cuando los del mundo de aquí “entierran un muerto, es como si enviaran un mensajero al mundo de adentro” (p. 142), un mensajero que

pedirá la fecundidad para el mundo de aquí.

En el proceso religioso popular esta concepción del mundo se complica con la presencia de seres que no son celestes ni ordinarios, aunque se manifiesten de manera semejante. Son los espíritus de la naturaleza y de los muertos, ya de residencias fijas —cerros, cuevas, lugares solitarios, manantiales—, ya móviles, espíritus individuales, espíritus familiares y por fin, espíritus de la comunidad que constituyen una Huaca, o es el Apu, espíritu guardián de la comunidad o son los Auquis, de menor categoría, que forman como una guarnición defensiva del pueblo.

Tal concepción religiosa, que implica una cosmogonía y una cosmovisión características y propias, la determinación, por el autor, del proceso de la cultura peruana “que se realiza aquí mismo, sin factores exógenos” (p. 75), la unidad de su Alta Cultura, producida “por la unión o contacto de dos grandes agrupaciones: la de los pueblos de clima tropical del mundo amazónico y la de los pueblos de clima frío del mundo andino” (p. 74) con una base común centrada en el alimento, vestido, organización social, magia, mitos, comunes, anteriores al Imperio de los Incas y que se conservan a través del dominio español en las “comunidades indígenas” actuales, integran, a lo largo de las clases del maestro convertidas en libro, la imagen vital del antiguo peruano en su ethos de pueblo de alta cultura agraria, apegada a la tierra, sin escisión entre el mundo natural y el sobrenatural y el “ritmo alterno, lento y repetido” de su arte y de su vivir de hombre-tierra, hombre-río, hombre-montaña.

Nejama Lapidus de Sager

*ARTISTAS QUE ILUSTRAN
ESTE NUMERO*

DIEGO RIVERA

Nació el 8 de diciembre de 1886 en Guanajato (México) y murió el 25 de noviembre de 1957 en su residencia suburbana de la ciudad de México. Se guardan dibujos de 1899 y 1900, copias de bajorrelieves de mármol reproducidos con estupenda exactitud. El futuro artista tenía apenas 13 años y un don que le permitía trasladar a la tela o al papel la realidad de las imágenes. Comenzó a depurar esas condiciones —impulsadas por una fuerte vocación— en las clases nocturnas de la Academia Nacional. Pasó luego a Madrid —al taller de Chicharro— y de allí a París, donde permaneció diez años. Viajó —estudiando siempre— por Holanda, Portugal e Inglaterra. En 1921 regresó a México, dueño ya de los instrumentos para comenzar su gran tarea. Lo que le faltaba se lo dió generosamente su patria, única y diversa, colorida y dramática, vibrante siempre. El artista, emocionado, la interpretó como pocos, en su obra pictórica, clásica y moderna a la vez. Sobre todo en sus murales fabulosos, iniciados en 1922 con su trabajo "Reacción", para la Escuela Nacional Preparatoria. Los frescos de la secretaria de Educación Pública de México, de la Escuela de Agricultura de Chapingo, del Palacio de Gobierno de Cuernavaca, del Instituto de Cardiología, de la Escuela de Bellas Artes de California, de la Bolsa de Valores de San Francisco, del Museo de Arte Moderno de Nueva York, etc., dejaron plasmados en los muros un inmenso testimonio americano.

Los cinco dibujos reproducidos en este número han sido tomados del libro de Enrique F. Gual: "100 dibujos de Diego Rivera" (Ediciones Arte, México, 1949).

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

PUBLICACION CUATRIMESTRAL

LA PLATA (REP. ARGENTINA)

ENERO - ABRIL 1960

COLABORAN EN ESTE NUMERO:

ARTICULOS: ELSA TABERNIG △ ARMANDO
ASTI VERA △ GUSTAVO CIRIGLIANO △ LUIS
MARIA RAVAGNAN △ ALFREDO L. PALACIOS △
BOLESLAO LEWIN △ JUAN CARLOS GENE △
MAURICIO ROSENBAUM △ JUSTINO FERNANDEZ

TESTIMONIOS: CATALINA A. DE HUSSON △
JULIO PAINCEIRA △ MARSHALL R. NASON △
EMILIO AZZARINI

REVISTA DE LIBROS: JUAN CARLOS GENE △
LUCRECIA TERESA TABOADA △ JULIA F. ALIAS
DE AGUIRRE △ MARTHA GEORGINA LAPALMA
△ MARIA CONCEPCION GARAT △ NEJAMA
LAPIDUS DE SAGER